

EL PUÑAL DE TRASTAMARA,

PROLOGO.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. MANUEL TORRIJOS.



MADRID, 1858.

IMPRESA DE BELTRAN Y VIÑAS,

calle de la Estrella, núm. 17.



+ 1155561

EL PUÑAL DE TRASTAMARA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

Esta obra es propiedad exclusiva de
la empresa editorial LAS GLORIAS ES-
PAÑOLAS.

MADRID, 1938.

IMPRESA DE OLIVERA Y ALVAREZ

Corrección de pruebas.



abandonado y toda clase de aflicciones le habian abandonado
 que no tenia ley sino á quien mejor le parecia sus ser-
 vicio, y en sus labras, que no conservaba en su pecho
 sino un fondo inextinguible de amor, el cual no pocas veces
 habia llorado á porfio. Pero de los casi todos
 sus compañeros y hermanos que en el mundo de ellos se

PROLOGO.

Alfonso Fernandez de Olmedo, se hallaba por conti-
 guencia tan dispuesto á servir con la punta de su espada
 el corazon de su mayor amigo. I. Alfonso Fernandez
 el pecho de su mas terrible adversario. Alfonso Fernandez
 como acabamos de decir, no tenia ley ni á servir ni á se-

CORRÍA el mes de marzo de 1354, y apenas acababa de
 ponerse el sol el dia en que damos comienzo á nuestra his-
 toria, cuando un escudero de ruin talla y de mirada algo
 traviesa, marchaba á caballo por una estrecha y tortuosa
 senda que conducia desde Llerena á la villa de Talavera.

Podria contar unos veinticinco años de edad, y en sus
 facciones pronunciadas leíanse claramente los malos senti-
 mientos que abrigaba su corazon. Alfonso Fernandez de Ol-
 medo, pues este era el nombre del escudero, era en efecto
 un hombre rudo, lanzado á la vida como otros tantos seres
 desgraciados sin saber quienes eran los autores de sus dias,
 y que no habiendo recibido ni aun los mas pequeños rudi-
 mentos de la escasa educacion que en el siglo XIV podian
 dar los padres á sus hijos, se habia visto precisado á lu-
 char brazo á brazo con la desgracia, resultando de esta
 insoportable y fatigosa lucha lo que á todos los hombres á
 quienes la suerte colocó en iguales circunstancias: esto es;
 que su corazon estaba empedernido, que los sentimientos de

humanidad y toda clase de afecciones le habian abandonado, que no tenia ley sino á aquel que mejor le pagaba sus servicios, y en una palabra, que no conservaba en su pecho sino un fondo inagotable de egoismo, el cual no pocas veces habia llegado á perjudicarle malquistándole con casi todos sus compañeros y haciendo que la mayor parte de ellos le aborreciesen.

Alfonso Fernandez de Olmedo, se hallaba por consiguiente tan dispuesto á atravesar con la punta de su espada el corazon de su mejor amigo, como á hundir el puñal en el pecho de su mas terrible adversario. Alfonso Fernandez, como acabamos de decir, no tenia ley ni á siervos ni á señores, y se vendia sin escrúpulo ninguno á aquel que mejor le pagaba sus servicios; era indudablemente la persona mas apropósito de quien la viuda de Alfonso XI podia haber echado mano para llevar á cabo sus sangrientos planes.

Acercábase ya á las puertas de la villa de Talavera, cuando echando pie á tierra y dando un fuerte puñetazo sobre la puerta de una especie de meson, delante del cual se hallaba, murmuró algunas palabras ininteligibles y se dispuso á esperar aunque armado al parecer de muy poca paciencia.

— ¡Dios de Dios!—esclamó despues de un corto instante haciendo retemblar la puerta de un segundo puñetazo—¿si no habrá quien cuide de esta venta? Pues buenos tiempos corren para dejar de ese modo abandonados los hogares.

— ¿Quién va?—gritó desde adentro una voz cascada y chillona como la de un viejo achacoso.

— Soy yo, maese Pero—contestó Alfonso Fernandez con impaciencia;—pero abridme pronto; ¡voto á una legion de

diablos! porque traigo prisa, y asuntos de importancia reclaman mi presencia en la corte.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, señor Alfonso Fernandez ?—prosiguió la misma voz aunque orilla ya de la puerta.

— El mismo; pero despachad y no os hagais el remolon.

Maese Pero, que podria tener unos cincuenta y ocho años, meses mas ó menos, abrió de par en par el destartado postigo de la venta, y nuestro escudero penetró en ella dejando atado su corcel á un cuerno retorcido que habia á la entrada de la misma.

— ¿ Traereis hambre?—repuso el viejo fijando sus lagrimosos ojos en el rostro de Alfonso.

— ¿ Y quién lo duda? por vida mia, que cada dia que paso por aqui os encuentro mas torpe que el anterior. ¿ Quién sino maese Pero hiciera esas preguntas?

— Es cierto; dispensad.

— Estais dispensado; pero daos prisa: bacalao, arroz, guisado de conejo, lo que á vos os plazca ó lo que mas á la mano balleis.

— Nada tendreis que desear; y aunque la hora es algo avanzada...

— ¿ Avanzada y acaba de anohecer?

— Teneis razon; pero!...

— Pero nada, esta noche estais hablador en demasia.

Y Alfonso Fernandez dió á sus últimas palabras una expresion tal de disgusto, que maese Pero, asustado y tembloroso, corrió en busca de las viandas que su huésped le pedia, y antes de que éste tuviese tiempo de impacientarse, ya se hallaba de vuelta con todo lo que Alfonso necesitaba para satisfacer el hambre devoradora que sentia, sin que

por eso se olvidase de poner sobre la mesa un enorme jarro de vino, que Alfonso Fernandez dejó mediado después de su primer envite.

— ¿Y qué noticias corren por los alrededores de Talavera?—preguntó el escudero al dueño de la venta.

— Corren tantas, señor Fernandez.

— ¡Tantas! esplicate.

— Quiero decir, que son tantas las mentiras que se cuentan, que no puede darse crédito á ninguna cosa. Vos, acaso, que venís de la corte os hallareis sin duda mejor informado acerca de lo que dicen de doña Leonor.

— ¿Qué dicen, pues?

— Dicen que la han hecho tomar un bebedizo.

— ¡Un bebedizo!

— Así parece; y por orden, segun he oido, de la madre del rey don Pedro.

— ¿Y qué fin podia llevarse doña María de Portugal al mandar administrar ese brevaje á la que no ha mucho se titulaba reina de Castilla?

— Indudablemente el de asesinarla para acabar cuanto antes con ese maldito bando que tanta guerra tiene que dar al rey don Pedro.

— Y haria bien si llevase á cabo ese pensamiento; pero yo estoy seguro de que esa noticia es falsa; completamente falsa.

— Yo lo he oido, y no puedo hacer otra cosa que referir.

— Es cierto; pero quien eso haya afirmado ha mentado como un bellaco.

— ¿Luego vos estais en los misterios de la corte?

— Esos misterios son difíciles de penetrar, amigo. Pero; más veo que estais bastante conservado; me parece que fué ayer cuando pasé por vuestro meson con un mensage de don Alfonso y hoy os encuentro tan colorado como entonces.

— Eso siempre, señor Fernandez; porque el vino ha sido siempre mi bebida favorita, y el vino, como sabeis, conserva los colores. Hoy como entonces profesé un ódio implacable al agua, y ojalá que nunca hubiese probado más que la del bautismo. Recuerdo tendré hasta el día en que me muera de los resultados que ha tenido para mí el baño que me dieron en las aguas del Tajo al pasar por Toledo el día 2 de junio de 1337.

— ¿Tanto daño os causó aquel pequeño lavatorio que aun conservais recuerdos de él?

— Y tanto que me causó, como que tuve que permanecer en cama por espacio de ocho días, y el judío Samuel anunció á mi esposa mi próxima muerte.

Alfonso Fernandez de Olmedo concluía en este momento de cenar, y apurando el jarro de vino que maese Pero le habia puesto sobre la mesa, se levantó del pesado taburete en que hasta entonces habia permanecido, y se dirigió á la puerta de la venta.

— ¿Tanta prisa teneis-le preguntó el ventero—que vais á proseguir vuestro camino siendo ya tan entrada la noche? Mirad lo que haceis antes de marchar; porque segun me han dicho esta tarde unos escuderos que han pasado por aquí, las gentes de los bastardos andan rondando los alrededores de Talavera.

— ¿Qué dices, Pero?

— Lo que ois; así al menos me lo han asegurado.

— ¿Y cuál es el designio de las gentes de don Enrique al rondar por las cercanías de Talavera? ¿No sabian por ventura, que esa villa pertenece al dominio de la reina madre, y que las gentes del rey se echarian inmediatamente sobre ellos en el momento mismo en que tratasen de acometer?

— Sin embargo, como ahora los bastardos están bien con el rey, quizá piensen dar el golpe por lo mismo que nó infunden sospechas.

— ¡El golpe! por Dios, que no comprendo ni una sola de vuestras palabras.

— Pues á fé mia que os hablo en romance castellano. Trataban al parecer de sacar á doña Leonor del alcázar, en que por orden del rey se encuentra presa.

— Si, ¿eh? pues errados eran sus planes como soy Alfonso. No creo yo que Gutier Fernandez de Talavera, á cuyo cargo está la custodia del alcázar, se dejase sorprender tan fácilmente para que esos rebeldes se saliesen con la suya. ¡Salvar á doña Leonor! Buenas se han puesto las cosas para que la favorita de Alfonso XI salga de la prision; sin vida saldrá primero, que no libre y en poder de esos traidores.

— ¡Ay! señor Fernandez, y que amigo os habeis hecho de la reina viuda de poco tiempo á esta parte. No hablabais asi hace unos meses.

— ¡Silencio!—esclamó el escudero adelantándose al que de una manera tan brusca le recordaba su pasado proceder.

— Entonces era entonces, y ahora es ahora. Si entonces defendí á doña Leonor, era porque doña Leonor reinaba en el corazon del rey Alfonso; y si hoy defiendiendo á doña Maria, es porque doña Maria influye poderosamente en el ánimo

del rey don Pedro. Defendiendo entonces á doña Leonor defendia al rey de Castilla, y atacándola hoy defiende tambien al rey de Castilla. Si mañana don Pedro sucumbiese, me veriais tambien al lado de los bastardos; pero ¿por qué? porque alguno de ellos se alzaria con la corona. Yo siempre defiende al rey; nunca á sus desleales.

— Y haceis muy bien, señor Fernandez; no trataba yo de ofenderos al recordaros que en otro tiempo defendiais á doña Leonor, siendo así que ahora os mostrais su mas acérrimo enemigo. Haceis muy bien, señor Fernandez; de nobles y de leales es el defender los intereses de los legítimos reyes de Castilla, contra los infames bastardos que tratan de ceñirse la corona; pero tened en cuenta, que no ha sido mi intencion la de ofenderos al hablar de esa manera.

— Es que si esa intencion hubiesen tenido vuestras palabras, os revolcariais á estas horas sobre vuestra propia sangre, sin que súplicas ni ruegos hubiesen bastado para contenerme; y no por que seais un viejo achacoso y miserable; ya sabeis que al filo de este puñal han sucumbido muchos jóvenes vigorosos.

— Y Alfonso Fernandez Olmedo, estrechaba el puñal entre sus manos, dando á su semblante una espresion tal de ferocidad, que maese Pero tembló de pies á cabeza sin atreverse á desplegar sus labios.

— ¡Ira de Dios! no tiembles;—esclamó el escudero volviendo el puñal á su cintura;—no se tiñe esta arma en sangre de un villano, cuando su muerte no está bien pagada, y nadie diera un dinero por tu vida. Pero adios, que es tarde y tengo que volver á Llerena antes de dos horas.

Maese Pero acompañó al escudero hasta la puerta del

menson, y teniendo al caballo por las bridas mientras aquel montaba, no osaba levantar los ojos, temeroso de encontrarse con la traidora mirada de su huésped.

— Hasta la vuelta; dijo Alfonso Fernández metiendo espuela á su corcel;—entonces te pagaré lo que te adeudo. Adios.

Y partió al galope con direccion á Talavera de la Reina.

— Anda con el diablo!—dijo entonces maese Pero encerrándose en la venta.—¿Cuándo te alejarás de Castilla; para que no vuelvas á pisar los umbrales de mi casa?

II.

Al cuarto de hora de haber salido de la venta, Alfonso Fernández de Olmedo se encontraba en la sala de armas del alcázar de Talavera hablando con el alcaide.

— Pero ¿es posible—decia éste—que la reina doña María se haya atrevido á poner en ejecucion ese horrible pensamiento?

— Creo, señor alcaide,—repuso el escudero sacando un pergamino enrollado de su limosnera—que os acabo de hablar con bastante formalidad, y me estraña sobremanera que así dudeis de mi palabra, cuando se trata de un asunto de tanta trascendencia. Ahí teneis la orden de la reina; si dudais todavia de ese sello...

El alcaide entre tanto habia desarrollado el pergamino, y pasaba con rapidez sus ojos por las cortas líneas con que se hallaba emborronado.

— Es una orden de la reina; no hay duda:—dijo despues de haberle leído. ¡Oh! ¿y será posible que doña María

de Portugal se haya decidido á dar este paso tan arriesgado sin tener en cuenta los muchos trastornos que esta orden tiene que ocasionar? imposible, imposible; doña María estaba loca cuando se decidió á poner en planta este horrible pensamiento.

—Doña María,—repuso Fernandez de Olmedo—estaba en su sano juicio cuando mandó estender esa orden á su escribano.

—; Imposible!—volvió á repetir el alcaide arrojando el pergamino sobre su mesa.—Doña María de Portugal no ha meditado bien las fatales consecuencias que va á traer consigo esta terrible ejecucion, tan luego como se lleve á cabo; doña María de Portugal debe haberse dejado aconsejar por alguno de sus enemigos.

—Doña María de Portugal no ha tomado consejo de nadie; y si bien es verdad que ha dado parte de esa determinacion á don Juan Alfonso de Albuquerque, no por eso deja de ser menos cierto lo que acabo de deciros. La reina madre no ha pedido parecer á nadie acerca de la ejecucion que me acaba de encomendar.

—Asesinato dirás mejor—repuso el alcaide fijando una mirada penetrante en el escudero.

—O asesinato, como mejor querais,—contestó Alfonso Fernandez con frialdad.—Yo estoy al servicio de doña María; doña María me paga corrientes mis soldadas, y creo que cumplo con mi obligacion al hacer lo que me manda.

—; Pero cuando os manda cometer un crimen....

—Cumplo con mi deber al echar sobre mí la mancha de criminal. Además, á cargo de su conciencia irá el asesinato que me manda cometer.

ob.— Sin embargo, doña Maria debía haber meditado mucho antes de decidirse á firmar esta orden de muerte.

ed.— En veinte años ha tenido el tiempo suficiente para meditar sobre ella.

— No comprendo vuestras palabras.

ed.— Pues se necesita andar un poco escaso de inteligencia para no comprender una cosa tan sencilla. ¿No ha sufrido doña Maria por espacio de veinte años seguidos los desvíos de su esposo, mientras éste se entregaba en brazos de su manceba? ¿No ha sido doña Leonor la que por espacio de veinte años seguidos ha influido en el ánimo del monarca para que todas las altas dignidades de Castilla recayesen en sus parientes? ¿No ha sido doña Leonor la causa de que el difunto don Alfonso tratase con tanto desdén á su legítimo hijo, mientras otorgaba cuantiosas donaciones á los hijos bastardos de su manceba? ¿El Infante don Pedro, hoy rey de Castilla, qué le debe á su padre? ¿La corona? La corona se ha puesto sobre sus sienes, porque así lo han querido la nobleza y el pueblo castellano. Don Pedro ha sido aclamado rey en Sevilla, y todos le han reconocido como legítimo heredero del trono de Castilla y de Leon. ¿Y qué han hecho los bastardos? ¿Se han opuesto por ventura á la coronacion de su hermano? No; no se han opuesto porque saben muy bien que ningun derecho les asiste para pretender una corona que por ningun motivo debe posarse sobre sus sienes. Si las intrigas de doña Leonor de Guzman, aun estando aprisionada en el alcázar de Sevilla, han bastado á desbaratar los planes del privado del rey y de la reina madre; si doña Leonor de Guzman ha tenido bastante talento para casar á su hijo don Enrique con la hermana de don

Fernando de Villena; si doña Leonor de Guzmán ha tenido, en fin, la sangre fría suficiente para ver sufrir á la reina de Castilla, mientras ella ocupaba su lugar prodigando los alhagos y caricias á su real amante; doña María de Portugal debe despojarse hoy tambien de todo sentimiento religioso hacia esa infame manceba que se ha complacido en atormentarla ocasionándola tan terribles celos, y descargar sobre ella el puñal de un asesino para hacerla purgar de esa manera los muchos y muchos padecimientos que la ha causado por espacio de veinte años seguidos. Doña María de Portugal ha hecho lo que debia al dictar esa sentencia de muerte que teneis sobre la mesa, doña María de Portugal no es culpable ante los ojos de los hombres, y si ante los ojos de Dios pasa por criminal, en su dia le rendirá cuenta de sus actos. Yo disculpo á doña María; doña Leonor de Guzman es muy culpable.

Y Alfonso Fernandez de Olmedo se levantó del sitio en que se hallaba sentado, y echó mano á un puñal que llevaba pendiente de la cintura.

— Qué vais á hacer?—dijo el alcaide levantándose tambien y deteniendo al escudero.

— Voy á asesinar á doña Leonor; voy á cumplir las órdenes de la reina.

Gutier Fernandez de Talavera se quedó mudo y pensativo durante unos instantes, y luego dijo guardándose el pergamino en la escarcela:

— Cumple tu obligacion: la órden de la reina debe llevarse á efecto.

Y echando delante del escudero, salió de la estancia cabizbajo y silencioso.

Alfonso Fernandez de Olmedo siguió al alcaide de la fortaleza, sin apartar su vista de la empuñadura de su daga.

III.

Entretanto que este diálogo tenían Alfonso Fernandez y el alcaide del alcázar, doña Leonor de Guzman, sola y encerrada en un elegante y espacioso camarín, del cual no podia salir sino para pasear por las galerías, y aun esto escoltada por cuatro hombres de armas y con especial permiso del alcaide; lloraba amargamente apoyada en el respaldo de un sillón blasonado, y levantaba de cuando en cuando la cabeza, dirigiendo en torno suyo sus miradas, temerosa de que algun enemigo la acechase.

— ¡Oh! Dios mio! Dios mio!—esclamaba sollozando la antigua favorita de Alfonso XI.—¿Por qué no bajé yo tambien á la tumba cuando la muerte me arrebató de los brazos á mi querido Alfonso? ¿Cuánto mas dulce me hubiera sido la muerte, que no una vida tan amarga como lo que hace algunos dias estoy sufriendo? Sola y sin ninguna amiga con quien compartir mis desventuras, y á quien hacer participe de mis penas; sola y privada de ver á mis queridos hijos, rodeada de gente estraña, y vigilada sin cesar por un estúpido centinela.....yo, que he sido la reina de Castilla, yo, que he tenido á mi disposicion cuantos hombres de armas pasaban por dentro de las fronteras.....¡Oh! esto es atroz, esto es horrible, insoportable.

Y doña Leonor de Guzman volvía de nuevo á sus meditaciones apoyándose en el respaldo del sillón.

— Pero no;—prosiguió despues de unos instantes.—¡Imposi-

ble! ¡imposible! yo saldré de mi prision; yo no quiero permanecer encerrada por más tiempo; porque no puedo, porque no debo, porque no es justo que permanezca aquí un solo instante siquiera. Aun tengo fuerzas bastantes á mi disposición para que en caso de necesidad me presten sus auxilios; aun tengo algunos fieles servidores que vendrán en mi socorro tan luego como yo los llame desde una de las almenas. Poco me importa que don Alfonso Fernandez Coronel me abandonase; poco me importa que me hayan abandonado algunos de los que antes se llamaban mis leales; aun tengo mis hijos, aun viven don Enrique de Trastamara, y don Fadrique y don Tello; todos juntos me prestarán su apoyo, ¡y saldré de esta triste fortaleza: me prestarán su apoyo, sí; vendrán en compañía de sus lanzas al lado de su querida madre, y entraremos á saco en la corte de don Pedro. ¡Oh! Enrique sobre todo. Enrique no me abandonará, porque así me lo ha jurado en nuestra última entrevista; y me ha jurado también que dará fin con la vida de don Pedro; de don Pedro, de ese jóven receloso que tanto odio nos profesa, y que tan cruel se muestra conmigo desde la muerte de su padre. Pero doña Maria es la que yo destino para mí; esa será la víctima en cuyos crueles tormentos tengo que gozarme. ¡Oh! gozaré en verla sufrir; la haré padecer horriblemente recordándola los amargos ratos que me hizo pasar en este alcázar cuando me tuvo aprisionada. Y cuando me pida perdón, cuando implore mi misericordia, cuando hincándose de rodillas y besándome los pies, me ruegue y me suplique que la deje marchar á climas estrangeros; entonces la atraeré hácia mí con solo una mirada y gozaré en verla llorar al lado del cadáver de su hijo. Ahí tienes á tu

hijo, la diré; ahí tienes al que hace cuatro días se sentaba orgulloso sobre el trono de Castilla y de Leon; pero ahora no es nada; ahora de nada sirve su poder; no esperes á que se levante su cadáver; porque ha sido bien asesinado, porque le he visto yo exhalar el último suspiro.—Y doña María de Portugal se sentirá como herida por el rayo al escuchar estas palabras; y derramará lágrimas de amargura regando con ellas el cadáver de su hijo; pero yo no me compadeceré, y la haré sufrir constantemente hasta el último momento de su vida. Doña María morirá, porque yo quiero que muera; pero después de haberla visto sufrir por espacio de algún tiempo.

—Doña María es la que ordena vuestra muerte—dijo entonces Alfonso Fernandez de Olmedo penetrando en el camarín de doña Leonor por una puerta secreta practicada en uno de los lienzos de pared.

La antigua favorita del rey Alfonso lanzó un grito de sorpresa; y corriendo hácia su dormitorio se cubrió el rostro con el cortinaje de damasco.

—En vano es que os ocultéis, doña Leonor; añadió entonces el escudero acercándose á la dama: vos habéis hecho muy infeliz á la esposa de don Alfonso; y justo es que llegue la hora de vuestro martirio.

—La hora de mi martirio? ¿qué dices millano?—esclamó doña Leonor de Guzman adelantándose al escudero con toda la magestad y aplomo de una reina.—De mi martirio has hablado y no comprendo como de unos lábios tan ruines pueden salir palabras tan insolentes, y mucho menos cuando se dirigen á una dama de mi clase. ¿Qué quisiste decir al hablar de mi martirio? ¿O crees por ventura atemorizar-

me lanzando amenazas contra mí? pues te engañaste y muy mucho, villano de los villanos! Doña Leonor de Guzman no tiembla nunca ante las amenazas de ningun traidor.

— ¡Traidor! medid, señora, vuestras palabras, porque pudiera ser..... vasallo vuestro he sido, y si hoy doy este paso.

Al oír doña Leonor las últimas palabras del escudero, fijó sus ojos en él llena de asombro, y despues de haberle observado con detencion durante unos instantes, exclamó:

— ¡Ah! si; no me acordaba... tú eres... el mismo que te hallabas en Medinasidonia con don Alfonso Fernandez Coronel: no, no me estraña tu venida; ¿qué quieres de mí?

— Quiero vuestra cabeza, señora; contestó el escudero con temor.

— ¡Mi cabeza!—esclamó doña Leonor llena de espanto,

— O vuestra vida.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y rompió á llorar amargamente.

— Aquí teneis la orden de la reina;—repuso el escudero sacando de su escarcela otro pergamino enrollado como el que acababa de entregar al alcaide del alcázar.

Doña Leonor no levantó los ojos, y oculto el rostro entre sus manos, sollozaba amargamente sin articular una palabra.

Alfonso Fernandez de Olmedo desenrolló entonces el pergamino, y empezó á leer en voz alta lo siguiente:—

«Por quanto doña Leonor de Guzman, en compañía de sus hijos, los hermanos bastardos del rey don Pedro, promoviendo siempre trastornos, y armando matines en las ciudades.....»

— ¡Basta! ¡basta!—esclamó doña Leonor lanzando una colérica mirada al escudero:—no prosigas la lectura. ¡Traidora doña María! os emplazo ante el tribunal de Dios.....

Y cayó desmayada á los piés del escudero sin poder concluir la frase.

Alfonso Fernandez de Olmedo sacó entonces su puñal, é hincando una rodilla en tierra lo sepultó hasta la empuñadura en el pecho de la dama.

Un gemido lúgubre y silencioso vagó por los ángulos del camarín en aquel momento, y fué á apagarse entre las góticas molduras que adornaban el abovedado techo del contiguo dormitorio.

Alfonso Fernandez de Olmedo sacó el puñal del pecho de doña Leonor, y limpiándolo en una de las gasas de seda que velaban el lecho de la desgraciada favorita, salió del camarín lleno de turbacion.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Vuestra orden está cumplida, señora;—decía Alfonso Fernandez de Olmedo presentándose al dia siguiente delante de la reina madre, doña María de Portugal.

— ¿Ha muerto?—repuso ésta clavando una mirada penetrante en el rostro del escudero.

— Muerta la dejé á mi salida del alcázar.

— ¿Y estás seguro?—

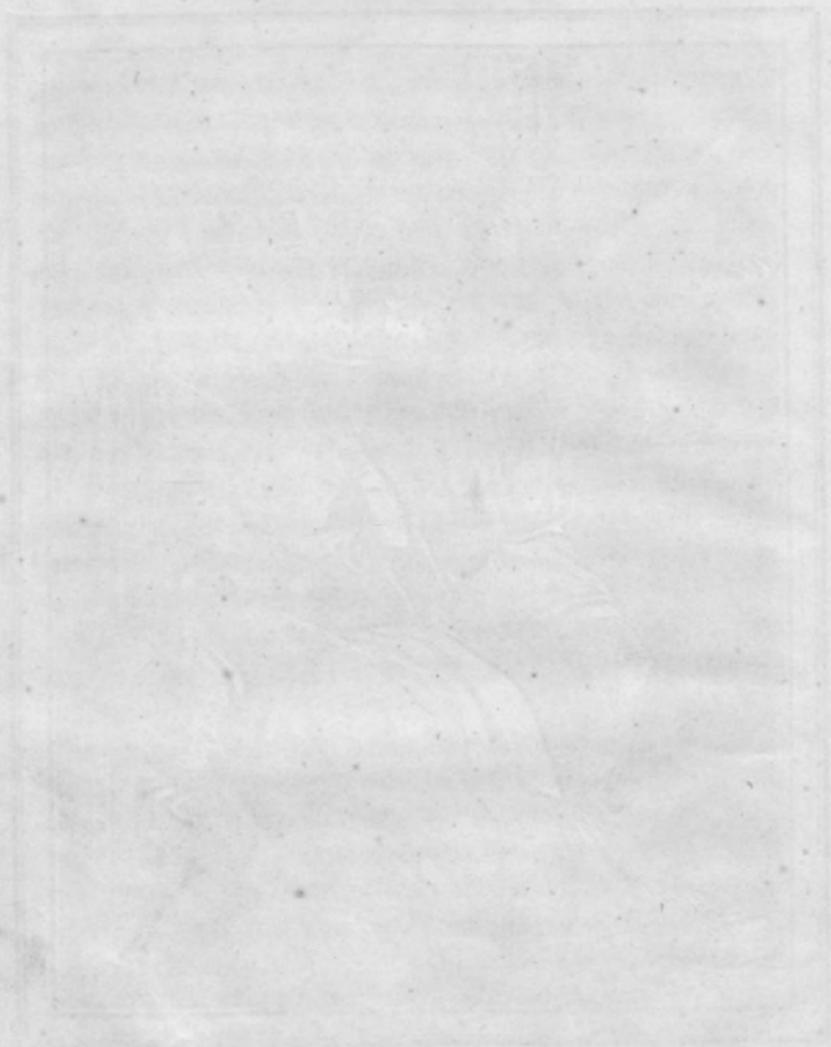
— De qué señora?

— De que quedó sin vida?

— Tan seguro estoy de ello, como de que no volverá á molestaros con sus intrigas.



Alfonso Fernandez de Olmedo sacó entonces su puñal, é hincando una rodilla en tierra....



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
1954

Y la madre de don Pedro fijaba los ojos en Alfonso Fernandez de una manera tal, que éste no pudo menos de esclamar como asombrado:

— Paréceme, señora, que dudais de mis palabras; pero mañana tendreis aqui al alcaide de la fortaleza, y él os podrá dar mas pormenores acerca del horrible espectáculo que ayer ha presenciado. Doña Leonor de Guzman cayó desmayada á mis piés tan luego como la noticié la órden que llevaba, y aprovechándome entonces de aquella circunstancia favorable, la sepulté el puñal en el costado izquierdo, atravesándola el corazon. Ella lanzó un lúgubre gemido, y yo salí de la estancia despues de haberla xisto espirar á las puertas de su dormitorio.

— Toma;—dijo la reina sacando un bolsón de su limosnera y alargándosele al escudero.

— Señora.... esclamó éste acertando apenas á articular una palabra:— tanta merced,.... ya sabeis que yo soy uno de vuestros mas leales servidores, y que no necesito de ninguna de estas pruebas para obedecer vuestras órdenes como cumple á todo buen vasallo; pero....

— Marchad, marchad; necesito estar sola.

Alfonso Fernandez de Olmedo hizo una profunda reverencia, y salió de la estancia lleno de gozo, guardando en su limosnera el bolsón que la reina le habia entregado y á través de cuyas mallas se veian brillar algunos maravadises de oro.

— Mi venganza está cumplida;—dijo doña Maria tan luego como el escudero hubo salido de la estancia.— Pero qué digo mi venganza? justicia y mucha es la que acabo de hacer en este instante, mandando asesinar a la manceba de

mi esposo. No es venganza el aplicar el justo castigo á la que por espacio de veinte años ha sido criminal; no es venganza el dar muerte á la que por espacio de veinte años ha estado dándome martirio. ¿Qué derechos la asistían para disponer del reino á su capricho y repartir dones y mercedes entre los hijos bastardos de sus amores criminales? ¿Con qué derecho se titulaba reina de Castilla la que solo era manceba de su rey? ¿Era licito que una infame prostituta alejase del trono á la que por medio del matrimonio se habia legitimamente unida con el rey? ¿Era licito que el verdadero Infante de Castilla y de Leon estuviese postergado á los hermanos bastardos que habian sido fruto de la lascivia de su padre? No; de ninguna manera: la justicia de Dios tenia que cumplirse, y Dios ha elegido por instrumento á una reina desvalida y postergada; desvalida, sí, porque mientras doña Leonor de Guzman imperaba en el ánimo del rey, la esposa de Alfonso XI representaba en la corte mucho menos que el último de sus vasallos; postergada, sí, porque el rey se desentendió de mí completamente para entregarse con mas libertad en los brazos de su manceba. Yo no he cometido un crimen; yo no he mandado hacer un asesinato; yo he cumplido con un deber de mi conciencia, aplicando el justo castigo á la que hace tiempo se habia hecho acreedora á él, por los muchos disturbios que habia ocasionado en el reino de Castilla. Y Dios no me pedirá cuenta de esta justicia que acabo de ejecutar; Dios no me pedirá cuenta de una accion que hace tiempo estaban reclamando las circunstancias. Si doña Leonor viviese, el reino de mi hijo no se veria libre jamás de enemigas banderías; ella era la que promovia y agitaba las contiendas; ella la que desde el humilde reti-

ro de su prision escitaba á sus hijos á que se rebelasen contra el que habian reconocido como legitimo soberano, y rendidole pleito homenaje; ella la que desbarató, siempre que pudo, todos nuestros planes; ella la que descompuso el matrimonio del rey con la hermana de don Fernando de Villena, y ella, en fin, la que sembró el gérmen de la discordia, en donde quiera que pudo permanecer mas de dos dias. Doña Leonor ha muerto; pero su muerte no será llorada; yo no he cometido un asesinato he obrado con justicia al ordenar que muera.

Y doña María de Portugal salió de su estancia á pasos acelerados.

En el que se ve que una hermosa dama traspasa á su galan la puerta de la del jardín.

El 15 de mayo de 1382, y una hora despues de haber anochecido, un gallardo varracho, cuyo semblante iba enrujado en el embozo de su capa, se desliza silencioso por una de las mas estrechas callejuelas de Sabana, procurando al parecer, oírse el ruido de sus pisadas.

Empocho hasta los ojos y pegado siempre á las desnudas tapias de los edificios que formaban aquella calle, nuestro héroe prosiguió silencioso sin cuidarse de si alguno le seguía los pasos, y de cuando en cuando tenia necesidad de alumbrarse con una linterna que llevaba sujeta al cinturón, sobena de espulsarse en uno de los muchos y profundos huecos que encontraba á cada paso.

Llevaba una gorrilla de paño azul adornada con una pluma

to de su prision esclaba á sus hijos á que se rebelasen con-
tra el que habian reconocido como legitimo soberano, y ten-
dole pleito homenaje; ella la que desbaratase siempre que
pudo, todos nuestros planes; ella la que descubriese el ma-
trimonio del rey con la hermana de don Fernando de Lillo,
y ella en fin la que sembró el germen de la discordia en
donde quiera que se oyesen los dos dias. Doña
Leonor ha muerto; pero su muerte no será gloriosa; yo no he
cometido un asesinato de estado con justicia ni ordena-

que muera.
Y doña Maria de Portugal salió de su estancia á pasar
secretados.

En el que se vé que una hermosa dama franquea á su galan la puer-
ta del jardin.

EL 15 de mayo de 1352, y una hora despues de haber
anochecido, un gallardo mancebo, cuyo semblante iba en-
vuelto en el embozo de su capa, se deslizaba silencioso por
una de las mas estrechas y oscuras callejuelas de Sahagun,
procurando al parecer, que no se oyese el ruido de sus pi-
sadas.

Embozado hasta los ojos y pegado siempre á las desnua-
das tapias de los edificios que formaban aquella calle, nues-
tro héroe proseguia silencioso sin cuidarse de si alguno le se-
guia los pasos, y de cuando en cuando tenia necesidad de
alumbrarse con una linterna que llevaba sujeta al cinturon,
sopena de sepultarse en uno de los muchos y profundos ho-
yos que encontraba á cada paso.

Llevaba una gorrilla de paño azul adornada con una plu-

ma blanca; una especie de capa negra por debajo de la cual asomaba la punta de su espada, unas calzas de vellorí, y unos zapatos de ante, cuyas hebillas de plata brillaban en medio de la oscuridad tanto ó mas que la punta de su espada.

Esto era lo único que merced á los pálidos reflejos de su linterna podía distinguirse en aquella noche tenebrosa, cuando alguna vez se levantaba la capa por delante para ver el terreno que pisaba.

Dobló la esquina de aquel tortuoso y estrecho callejon, que en aquella época, si hemos de dar crédito á las crónicas, era una de las mejores calles de Sahagún; y torciendo hácia la derecha cruzó por otras dos calles tan malas como la primera, y se detuvo delante de un enorme casaron, sobre cuya puerta principal se veía un escudo de piedra tan toscamente labrado como todas las esculturas de aquel tiempo.

Permaneció pensativo durante unos instantes enfrente de a casa ante cuya puerta habia hecho alto, y acercándose despues á la reja de una ventana baja que habia á la izquierda del edificio, dió tres golpecitos en ella murmurando estas palabras:

— Si; me abrirá: esta noche hablaré con ella; pero donde nadie pueda escuchar nuestras palabras; donde nadie pueda ser testigo de nuestras promesas y juramentos.

A través de las rendijas que los rigores del tiempo habian formado en la ventana, se distinguian los pálidos reflejos de una luz, que indudablemente iluminaba aquella habitacion; pero la luz debió apagarse, porque tan luego como el manco tocó en la ventana con los nudillos, no se volvió á ver nada á través de las rendijas.

Todo permaneció en silencio durante unos momentos; é impaciéntado el nocturno galán al ver que la ventana no se abría, volvió á tocar en ella, aunque con mas fuerza, que la primera vez, y entonces un sonido áspero y prolongado por espacio de un minuto, le anunció que no en valde había vuelto á llamar.

El postiguello se abrió, y detrás de la reja apareció una hermosa joven vestida de blanco y cubierta la cabeza con una especie de toca del mismo color.

¡Idolo mio! — exclamó el embozado aproximando su linterna al rostro della dama.

¿Qué haceis? — repuso esta sobresaltada, y asiendo por entre los hierros de la reja la mano del galán, como para obligarle á que ocultase la luz debajo de la capa.

Quiero admirar tu belleza; — contestó el de la gorrilla lleno de emoción.

Y os parece prudente?

Dispensad, hermosa miá, el gozo me embarga y no sé lo que digo; Soy tan feliz cuando os contemplo!

Pues por lo mismo que sois feliz cuando os hallais á mi lado, debéis procurar que nadie nos observe.

Y quién osaría el osado que se atreviese á espiar nuestros amores? Llevó una espada pendiente de la cintura, y ninguno que aprecie en algo su vida debe acercarse á donde nosotros nos hallamos.

Sin embargo; ya sabéis que desde que el rey se encuentra en esta villa, los escuderos y demas gentes que trae consigo andan rondando por las calles, y nada tendria de es-

— Ninguno de sus servidores se atreverá á poner los pies

en esta calle, cuando vos y yo nos hallamos en la reja.
 — Permittedme que os diga que sois muy arrojado, y que
 no basta la audacia en estos tiempos para salir airoso de
 cualquier empresa.
 — ¿Por Dios! doña María, que esta noche me estais mar-
 tirizando y pienso que sentís un gran placer en darme tor-
 mento. Si de ese modo gozais, no me opongo á vuestro capri-
 cho; pero si en efecto temeis tanto que nos descubran,
 ¿por qué no me franqueais la puerta de vuestro jardín?
 ¿Abrigais temores, acaso, acerca de mi conducta? ¿Creeis
 por ventura, que ignoro lo que un caballero debe á su seño-
 ra? Abrid, abrid, doña María; no mostreis recelo alguno al
 franquearme las puertas de vuestra casa; yo os amo, yo sé
 el respeto que debe guardarse á una dama como vos, y no
 creo que debais abrigar ninguna duda con respecto á mi
 persona, y mucho menos cuando os empeño mi palabra.

— ¡Don Juan!

— No os escuseis, María; abridme las puertas ó decidme
 que no me amais; lo último me será menos doloroso, porque
 si quiera sabré que me sois franca; pero engañarme, decirme
 que me quereis y dudar de mis palabras.... ¡Oh! no me mar-
 tirizeis; acceded si quiera por una noche á mis repetidos ruegos.

— Imposible, imposible; lo que exigiis de mí en este ins-
 tante no puedo concederoslo.

— Es que no me amais.

— ¡Oh! no me digais eso. Dios que nos escucha sabe
 muy bien lo que pasa por mí desde el momento en que por
 primera vez os acercasteis á esta reja. Ocho dias hace, don
 Juan, y ya me parece que ha pasado un siglo.

— ¡Doña María!—esclamó entonces el embozado estre-

chando entre las suyas la mano de su dama;—no me atormentéis con vuestras palabras; abridme la puerta de vuestro jardín si es cierto que me amais, ó de lo contrario creeré que es fingido cuanto me estais diciendo.

— ¡Oh! no, no; si habeis de dudar de mi cariño, esperad, que franca tendreis la puerta.

Y la graciosa dama cerró la ventana en que hasta entonces habia permanecido, y se retiró llena de emocion y temblorosa, accediendo á las súplicas de su amante.

— ¡La adoro!—decia éste llevándose la mano al corazón;—la adoro, sí, con toda mi alma, y todo lo arrostraré por ella; mi situacion es grave; el compromiso adquirido el sério; pero nada me importa; todo lo arrostraré; mi corazón es de María.

Y una puerta pequeña situada en uno de los extremos del edificio, se abrió en este momento dando paso al amante de doña María.

Atravesaron el jardín ambos galanes, y cruzando despues por un oscuro pasillo débilmente iluminado por los últimos resplandores de una lámpara moribunda, doña María guió á su amante hasta el aposento en el cual hablaban momentos antes por la reja.

El nocturno galanteador se puso á los pies de doña María, y tomándola una de sus blancas y delicadas manos;

— Repetidme que me amais;—la dijo con un acento amoroso y lleno de ternura.

— ¡Oh! no me martirizéis;—repuso ella abandonando generosamente la mano á su amante, que estrechándola entre las suyas lleno de emocion posaba en ella de vez en cuando sus ardorosos lábios.

— No, no os martirizo, María; pero jamás me cansaré de escuchar de vuestros labios esa declaración que me hace tan feliz.

— Os amo, sí, don Juan; me habeis abrasado el corazón con vuestras amorosas miradas, y yo no sé lo que pasa por mí desde que os trato.

— Es el amor, hermosa mía; el amor que ha penetrado en vuestro pecho para colmaros como á mí de felicidad.

— ¡Oh, don Juan! si no os equivocáseis...

— No, me equivocó; no; hemos nacido el uno para el otro, y los dos juntos seremos siempre felices; pero antes de proseguir, María, ruégos que me perdoneis, porque he sido culpable.

El semblante de la jóven se tornó lívido, y un rayo de sorpresa brilló en sus ojos en aquel instante.

— Perdonadme, sí;—prosiguió el mancebo:—os había engañado; mi nombre no es don Juan.

— ¡Explicaos!—repuso doña María toda temblorosa.

— Perdonadme antes de que os confiese mi pecado.

— Hablad, hablad;—continuó la dama cada vez mas agitada.

— Os he engañado—repuso entonces el jóven,—al deciros que mi nombre era don Juan: mi nombre es Pedro; yo soy...

— ¿Quién?—esclamó la dama como acosada por un fatal presentimiento.

— El Rey de Castilla.

— ¡Ah, infeliz de mí!—esclamó entonces la bella con acento dolorido y tornándose pálida como un cadáver:—don Pedro de Castilla...; y por qué me habeis engañado?

¿Por qué habeis robado mi felicidad? ¿Por qué no me dejasteis sola en mi retiro, y vinisteis á hacerme desgraciada?

—No, doña María;—dijo el rey echándose á los pies de la doncella:—no os he hecho desgraciada; por el contrario, pienso haceros feliz; y por eso me he descubierto á vos antes de tiempo. Me condolia al oír apellidarme don Juan, y he querido deshacer la equivocacion que padeciais.—Yo no soy don Juan; pero el rey de Castilla os ama, y el rey de Castilla no se separará de vos mientras aliente.—

—Imposible, imposible! Doña Blanca de Borbon vendrá muy pronto de Francia y con ella os casareis, porque así lo habeis prometido.—

—No importa, María; el rey de Castilla será esposo de Blanca ante los ojos de los hombres, y amante y esposo tuyo ante los del mismo Dios.—

—Oh! me engañais, me engañais: vos no podéis ser mi esposo; vos estareis casado con doña Blanca dentro de pocos dias. Dejadme, dejadme por Dios, don Pedro. No me sigais martirizando, ya que por desgracia habeis envenenado mi corazón y convertido en humo todas mis ilusiones.—

—Os repito que no, María; repito que sereis mi esposa ante los ojos de Dios, y que solo vos sereis mi ángel en este mundo; mi ángel sí, porque vuestro será mi corazón hasta la muerte, y únicamente á vos acudiré en mis momentos de amargura. No os condolais, María; decídmme que me quereis, repetídmme que me amais, y no echéis sobre mí el sello de la infelicidad haciéndome víctima de vuestros desdenes.—

—No, no, don Pedro; no es posible que os ame ya; vuestro corazón es de otra; tenéis contraído un serio com-

promiso, y no quiero ser la causa de la infelicidad de vuestra esposa. Yo os amaré, os seguiré amando hasta la muerte; pero dejadme sola; retiraos; huid de mi presencia, porque vuestro corazón no os pertenece. Ni no quiero ser criminal.

—¿Y me dejarás morir de desesperación? ¿Consentirás que un rey de Castilla eche mano de su daga para cortar el hilo de su existencia, porque su vida sin su amor, tiene que serle insoportable? ¿Tendrás la suficiente sangre fría para verme morir de hastío y no compadecerme? ¿Tendrás valor para atormentarme de ese modo, haciéndome blanco de tus iras? No quedará en tu corazón ni una sola chispa de fuego, con que sostener viva esa llama en que ha poco te abrasabas? ¡Oh! doña María, doña María... no me amais; yo estoy convencido de que era fingido ese cariño que no ha mucho me demostrabais asomada por esa reja; pero matadme, matadme; hundid ese puñal en mi corazón, y no me asesineis de esa manera.

Y el rey don Pedro había dado á sus palabras una entonación tan lúgubre y apasionada, que doña María de Padilla rompió á llorar amargamente; dejando caer la cabeza sobre el pecho de su amante.

—Me amais; sí; prosiguió este con un acento lleno de ternura, y estrechando á la dama contra su seno. Perdonadme, María; perdonadme, si dudé un solo instante de vuestra palabra. Vos sois la única persona que me profesar algún cariño, y la única con quien en adelante compartiré mis placeres y desventuras.

Doña María de Padilla prosiguió derramando lágrimas de desconsuelo; pero por fin levantó la cabeza, y posando sus hermosos ojos en el rostro de don Pedro; —

— Os amo, sí; — dijo con una especie de delirio que solo puede comprender aquel que lo ha sentido: — os amo y quiero que nunca me abandoneis.

El rey don Pedro, cuyo corazón, aunque jóven, jamás se enternecía, sintió que de sus ojos iban á desprenderse algunas lágrimas, y le costó mucho trabajo el poder contener en aquel instante uno de esos desahogos tan naturales que el hombre tiene en ciertos momentos de la vida.

Don Pedro quería llorar al ver el llanto que derramaba doña María; pero se sobrepuso á aquella fuerte impresion con muchísimo trabajo, y pudo conservar su imperturbable serenidad en aquel tan crítico momento.

Doña María le miraba y no podía articular ni una sola frase.

En este momento se escucharon pasos en la estancia inmediata á la en que don Pedro y doña María se encontraban, y levantándose esta con rapidez y como herida por un rayo:

— ¡Huid! ¡huid! — esclamó llena de agitación y dirigiendo en torno sus espantados ojos.

— No, doña María; — contestó el rey con firmeza y dispuesto al parecer á no abandonar su puesto.

— ¡Por Dios! don Pedro; no comprometais el honor de una doncella virtuosa; salid al punto de mi estancia, y dejadme por esta noche.

— Pero, señora...

— ¡Por Dios! don Pedro; — volvió á repetir la dama echándose á los pies del rey; — no es doña María la que suplica á su amante; es vuestro mas humilde vasallo el que os ruega que salgais.

— ¡Doña María!

— Salid, don Pedro; os lo pido por mi honor!

Y el rey de Castilla salió de la estancia silencioso y pensativo.

CAPITULO II.

En el que se dan algunas noticias históricas indispensables para la inteligencia de esta obra.

Preciso nos será volver los ojos atrás á fin de que nuestros lectores comprendan mas fácilmente el por qué don Pedro I de Castilla se hallaba en Sahagun de paso para Asturias.

Muerta doña Leonor de Guzman por la reina madre doña Maria, los hermanos bastardos del rey, como hijos que eran de aquella desgraciada favorita, huyeron de la cólera del rey y se refugiaron en varios puntos de la entonces reducida monarquía castellana.

Agréguese á esto, que habiendo padecido don Pedro una grave enfermedad en el alcázar de Sevilla que le puso

á punto de muerte, todos los principales señores de su córte empezaron á tratar formalmente sobre quién habia de sucederle en el trono, pues no tenia en realidad legítimo heredero; y se comprenderá desde luego el giro nada pacífico que tomaban las cosas del reino.

Don Juan Alfonso de Alburquerque, ayo del rey y ahora su favorito; el maestre de Calatrava y algunos otros nobles, se declararon por el infante don Fernando de Aragon como hijo de doña Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI. Don Alfonso Fernández Coronel, Garcilaso de la Vega y algunos otros caballeros de Castilla, tomaron partido por don Juan Nuñez de Lara, á quien decian tocaba reinar como único descendiente de los infantes de la Cerda. Unos y otros trataban de casar al sucesor que cada cual habia elegido, con la reina viuda doña María de Portugal; pero uno y otro plan quedaron completamente frustrados con el impensado alivio del rey, y claro es que siendo don Juan Alfonso de Alburquerque íntimo consejero del monarca, el partido de don Juan Nuñez habia de quedar espuesto al enojo y persecucion, no solo de su soberano, sino tambien de su favorito.

Don Juan Nuñez de Lara tuvo por conveniente refugiarse en sus tierras de Burgos, é indudablemente hubiese sucumbido á las manos del privado del rey, si la muerte que á los pocos dias le sobrevino, no hubiese atajado tan pronto los fatales designios de aquel. Don Juan Nuñez de Lara murió á las pocas semanas, y el favorito del rey se vió libre, por consiguiente, de uno de sus mas poderosos enemigos. Falleció tambien al mismo tiempo el sobrino de don Juan Nuñez, don Fernando Manuel, señor de Villena y cuñado

del conde de Trastamara, y los enemigos del rey se vieron de este modo privados de los dos mas grandes apoyos con que contaban para llevar á cabo sus planes de rebelion.

Sofocados por el momento los grandes disturbios á que la enfermedad del rey habia dado lugar, éste se decidió á reunir sus Córtes, convocando para este objeto á todos los nobles de su reino en el mes de febrero de 1351.

Encaminóse hácia Valladolid, y pocas horas hacia que se hallaba en aquella ciudad, cuando supo que en Burgos se notaban síntomas de alteraciones promovidas por Garcilaso de la Vega, uno de los parciales mas decididos del difunto don Juan de Lara, y enemigo declarado del favorito del rey don Juan Alfonso, y marchó hácia allá con toda su corte á sofocar en su principio aquella insurreccion. Garcilaso de la Vega cayó al suelo á impulso de los terribles golpes de los ballesteros de maza del rey, y de este modo purgó los crímenes y desafueros de que se le suponía autor, segun los rumores del vulgo aseguraban. La venganza del rey, sin embargo, no quedó satisfecha todavia con la muerte del rebelde, y mandó arrojar el cadáver á la plaza desde uno de los balcones del palacio en que se hospedaba. Lidiáronse toros aquel dia en Burgos con motivo de la solemne entrada del rey en aquella ciudad, y el pueblo entero fué testigo de un espectáculo horrible, del que hay muy pocos ejemplos en la historia. Los toros que pasaban por delante del alcázar pisoteaban el ensangrentado cadáver del rebelde Garcilaso, y el alegre bullicio de aquella fiesta popular contrastaba notablemente con las sombrías tintas que le prestaba el cadáver de Garcilaso tendido en medio de la plaza y revuelto entre su sangre.

Todas las gentes que con él fueron presas, sufrieron tan terribles castigos como su noble gefe, y entre ellas dos de sus cuñados; prendióse tambien á su llorosa y desconsolada viuda, con otras varias personas de distincion, y solo un pequeño hijo de Garcilaso se vió libre de la cólera del rey, siendo trasladado por algunos de sus criados á las tierras de Castilla, donde el conde don Enrique de Trastamara abastecía uno de sus mas fuertes castillos. Muchas fueron las personas que huyeron de Burgos, temerosas de sufrir la misma suerte.

La rebelion quedó por entonces sofocada, y el adelantamiento de Castilla se dió á don Juan García Manrique por disposicion del rey.

Sentados, pues, estos precedentes, no era de estrañar que los rebeldes del monarca se hiciesen fuertes en todos los castillos de que podian disponer, y se preparasen á la defensa contra un rey que con dramas tan sangrientos inauguraba su reinado. Produjo tal temor en Castilla el suplicio de Garcilaso y la muerte violenta de doña Leonor de Guzman, que ningun noble se creia seguro de la cólera del rey.

Don Alfonso Fernandez Coronel, antiguo mayordomo de la favorita de Alfonso Onceno, como adherido que estaba á la causa de Lara, y amigo que era por lo tanto de Garcilaso, se fortificó en su villa de Aguilar, en las fronteras de Andalucía, disponiéndose tambien para el ataque, en caso de que el rey ó don Juan Alfonso de Alburquerque tratasen de hacer estensiva hasta él la furia de su venganza.

Habiase acordado entretanto por consejo de la reina madre, de su canciller mayor don Vasco, obispo de Palencia, y del señor de Alburquerque, de casar al jóven mo-

narca con una sobrina del rey Carlos V de Francia, llamada doña Blanca, é hija del duque de Borbon, y enviáronse para este objeto en calidad de embajadores, á don Juan Sanchez de las Roelas, obispo que fué de Burgos, y á don Alvar García de Albornoz, noble y bizarro caballero de Cuenca, con poderes para solicitar la mano de la hermosa y jóven princesa, y arreglar en caso de necesidad los desposorios. Convinieron en ello el monarca francés, el padre de la pretendida y la futura princesa, y los esponsales fueron firmados.

Circunstancias diversas estorbaron, no obstante, la venida de doña Blanca á Castilla, y el rey don Pedro, por consejo de su privado, se fué entretanto á Portugal á tener una entrevista con su abuelo don Alfonso, que á la sazón ocupaba el trono de aquel reino.

Volvió don Pedro de Portugal, y entonces fué cuando supo que don Alfonso Fernandez Coronel se habia sublevado en Aguilar, y que su hermano bastardo don Enrique hacia otro tanto encerrándose en uno de sus castillos.

Este era el estado en que se hallaban las cosas de Castilla cuando damos principio á nuestra novela.

Pasemos, no obstante, á Gijon, donde los caballeros que á las órdenes de don Enrique se encontraban iban desmayando poco á poco, temerosos ya de continuar la defensa de aquella fortaleza. Pero Carrillo, capitan que era de las tropas rebeldes reunidas en aquella villa, mantenía con Hurtado Diaz de Mendoza el siguiente diálogo, á la caída de una de las tardes mas calurosas del mes de junio de 1352.

— Paréceme—decía—que tendremos que ceder en la demanda, so pena de que como Garcilaso seamos víctimas de la cólera del rey.

— Poca esperanza tienes, amigo Pero;—contestaba Diaz de Mendoza paseándose cabizbajo y pensativo por uno de los mas pintorescos valles que por aquella época se veian en los alrededores de Gijon.—¿Qué motivos tienes para pensar de esa manera? ¿Crees, por ventura, que don Enrique haya agotado ya todos sus recursos para no poder continuar haciéndose fuerte en esta plaza? ¿Crees que alguno de nuestros caballeros sea tan traidor á su bandera que le abandone en el mas crítico momento y cuando ya don Pedro de Castilla ha traspasado estas fronteras? No, Pero; don Enrique es valiente y esforzado; don Enrique no se arredra ante lo crítico de las circunstancias; don Enrique sabe luchar, y luchará indudablemente hasta soltar el último maravedí para pagar á sus servidores.

— Ya sabes que don Enrique ha agotado todos sus recursos, y que hoy se ve precisado á echar mano de las joyas que su madre dió á su esposa doña Juana como regalo de de boda, cuando se hallaba presa en el alcázar de Sevilla.

— Todo lo sé, Pero; estoy al corriente por desgracia de la crítica situacion en que se halla el conde de Trastamara hace algunos dias, y sé que se le van agotando ya todos los recursos; pero no importa: nosotros sabremos defenderle; nosotros sabremos pelear hasta verter la última gota de sangre que haya en nuestras venas, y si no vencemos no será por culpa nuestra; culpa será de la estrella fatal que guía nuestros pasos. Constancia, pues, que aun no lo hemos perdido todo; aun tenemos víveres con que mantener á nuestras lanzas, y si don Pedro se acerca á los muros de Gijon y los destroza, en nuestros pechos hallará otra segunda muralla que destruir.

— Decidido estás, amigo Hurtado;—repuso Pero Carrillo fijando una mirada de asombro en el rostro del capitán;—pero dudo mucho que una docena de los que se hallan en la plaza opinen como tú. La terrible ejecución de Garcilaso los tiene sobrecogidos, y creo que mas deseos tienen de huir que de ponerse á la defensa.

— La muerte de Garcilaso es justamente la que mas debe haber influido en el ánimo de nuestros servidores para ansiar que llegue el momento de la venganza;—repuso Hurtado de Mendoza dando á sus palabras una espresion profética imposible de esplicar.—Garcilaso de la Vega ha sido horriblemente asesinado y su cadáver está pidiendo venganza á voz en grito. La muerte de doña Leonor de Guzman, por otra parte, ha irritado bastante los ánimos de todos los parciales de don Enrique, y creo que ni uno solo de los que hoy se encuentran en Gijón se halle tan acobardado como tú piensas.

— ¿Tú lo crees así?

— No solo lo creo, sino que estoy convencido de ello.

— Cuidado con tus convicciones, amigo Mendoza; ya sabes que no siempre suelen salir las cosas conforme se piensan, y por esta vez creo que no voy tan descaminado para opinar de esta manera.

— Podrá ser; pero lo que yo veo en tí es poca decision, poco valor, poco ánimo para entrar en combate con las huestes del rey don Pedro.

— No soy yo solo, Hurtado; es el conde el que se halla dispuesto tambien á que capitulemos.

— ¿El conde!

— El conde, sí; ¿te estrañas?

— ¿Y cómo no, cuando hace dos días me dijo en la sier-

ra de Monteyo que se hallaba decidido á combatir hasta vengar la muerte de su madre? ¿cómo no, cuando me encargó que vigilase mucho el estado de nuestras gentes, y que no perdiese de vista ni uno solo de los movimientos de algunos oficiales, porque temia que el oro del rey los corrompiese? ¿Será posible que ahora se encuentre ya tan aterrado, que ni á sostener se atreva la bandera que acaba de levantar?

— Y tan posible, Mendoza; el conde don Enrique ve su causa ya muy mal parada y no se atreve á continuar por mas tiempo su rebelion: piensa pedir un seguro al rey y darse á partido con él si las cosas no varían. Por otra parte, el estado de sus arcas es tan precario, que, francamente, si no paga á sus gentes se sublevarán y harán armas contra él. Ya sabes que á escepcion de las lanzas que sirven por nuestra cuenta, las demás tropas que pelean por don Enrique son gente aventurera y de mal vivir, gente miserable que no teniendo esperanza ni hogar donde refugiarse, se acogen á la primera bandera que les ofrece una soldada decente y á su tiempo repartida.

— Es verdad; los hombres que hacen armas en contra de don Pedro....

— O son gente aventurera ó asesinos de oficio que venden su puñal á aquel que mejor paga sus golpes. ¿Cómo se habian de esponer sino á la cólera del furioso y terrible monarca castellano?

— Es cierto, es cierto.

— Y por otra parte, ¿no ha visto ya don Enrique el giro que van tomando los asuntos de Castilla, y la imposibilidad en que se encuentra de vencer á su poderoso herma-

no? ¿No ha visto qué á su salida de Andalucía, donde don Alfonso Fernandez Coronel se acaba de levantar, ha tomado las villas de Montalban, Burguillos, Capilla y Torija, pertenecientes al señorío de aquel noble? ¿No ha llegado á sus oídos el espectáculo sangriento que han presenciado los burgaleses el dia mismo de la entrada del rey en su ciudad? Pues que, ¿no causa terror ver á los toros pisoteando el cuerpo de un noble como Garcilaso, que ha tenido la debilidad de cometer algunos desafueros y de dejar impune la muerte del recaudador de la alcabala real? No, amigo Hurtado; don Enrique sabe muy bien todo lo que por Castilla pasa, y esta es la causa de que hoy se encuentre decidido á capitular. Por otra parte, meditando bien en la situacion del conde, preciso es convenir en que no le queda otro recurso que acogerse á la proteccion del rey. ¿Qué ha conseguido don Alfonso Fernandez Coronel con rebelarse? Hasta ahora permanece encerrado en Aguilar y esperando sin duda la vuelta del rey, con el cual llegará al propio tiempo la sentencia de su muerte. ¿Qué consiguieron ni don Enrique, ni nosotros, ni ninguno de sus parciales, cuando nos retiramos á Algeciras dispuestos á levantar nuestra bandera? Que el pueblo entero se levantara en masa dando vivas de ¡CASTILLA POR EL REY DON PEDRO! apenas asomó Gutier Fernandez de Toledo al mando de las galeras del rey.

— Es verdad, es verdad;—decia Hurtado Diaz de Mendoza abismado al parecer en profundas meditaciones;—mientras los planes no se organicen y piensen mucho mejor de lo que hasta aqui lo hemos hecho, todos nuestros pasos serán inútiles, y nos espondremos indudablemente á que los ballesteros de maza del rey echen á rodar nuestras cabezas.

— Y ¿quién sabe si aun despues de que don Pedro conceda un seguro á su hermano don Enrique, estaremos libres nosotros de la cólera del soberano? ¿Quién nos dice á nosotros que el rey no nos perseguirá? ¿Hay algo imposible, por ventura, si tenemos en cuenta el carácter irascible del jóven rey?

— Es cierto, es cierto;—contestaba Diaz de Mendoza cada vez mas reflexivo.

— Tan cierto como yo me llamo Però Carrillo y capitaneo las gentes de Gijon al servicio de don Enrique. Lo que nos conviene indudablemente es que el conde de Trastamara pida un seguro al rey de nuestras vidas y haciendas, y aun asi, asi, quizá no salgamos muy bien librados de esta pequeña asonada. Ese maldito privado, ese infame don Juan Alfonso.... ¡Oh! si fuese posible que le cogiésemos por nuestra banda.... él es el que aconseja al rey que persiga sin descanso á don Enrique y á todos los bastardos; él el que en union con la reina madre queria casar al rey con doña Juana de Villena, hoy esposa de don Enrique. ¡Oh! si pudiésemos coger al de Alburquerque....

— Dicen, sin embargo,—prosiguió Hurtado de Mendoza,—que ha perdido mucho para con el rey; que éste ya no toma como antes sus consejos, y que solo de su madre es de quien se fia.

— Pero como don Juan Alfonso de Alburquerque y la madre de don Pedro marchan siempre unidos....

— Es verdad; no de otro modo se comprenden los desposorios que el rey ha contraido con la sobrina de Carlos V.

— Boda, que segun públicos rumores, ha sido dispuesta por los dos.

— Y ¿ cómo no , cuando don Juan Alfonso solo pretende entretener al rey para que de ese modo le deje en completa libertad para gobernar el reino á su capricho? Ahí están, sino , los parientes de doña Leonor ; ¿ qué beneficios disfrutan hoy ? ninguno. Todas las grandes mercedes han sido repartidas á gusto del favorito.

En tanto que de este modo discutian los parciales de don Enrique refugiados en Gijon , don Alfonso Fernandez Coronel , encerrado en Aguilar y dispuesto á morir antes que entregar su plaza , se hacia fuerte en ella esperando á que el rey volviese de Asturias , para ver qué giro dar á una cuestion , que por lo continuada ya , requería que siguiese adelante en su fatal empeño , aun cuando le costase la pérdida total de todas sus fortalezas , y aun la de la vida si fuera necesario. Sabia ya que el rey á su salida de Andalucía y despues de haberle mandado poner cerco , le habia tomado las villas de Montalban , Burguillos , Capilla y Torija ; pero firme , no obstante , en su idea de defensa , no pensaba abandonar la plaza ínterin por la fuerza no se le obligase á abandonarla , y aun así despues de sostenerla auxiliado por sus tropas.

Las gentes del rey que por órden suya habian acometido ya la fortaleza , se vieron en la necesidad de retirarse con el pendon real agujereado por las muchas piedras y saetas que contra ellos dispararon desde el adarve.

Don Pedro , lejos de inmutarse por esto , mandó hacer secuestro de todos los bienes y pertenencias del magnate , y no hubiera descansado hasta someterle y castigarle , si la nueva de que su hermano don Enrique se fortificaba en Asturias , no le hubiese distraido y hecho cambiar de rumbo ,

marchando él mismo en persona á sofocar aquella insurrección que en otro extremo de su reino le amenazaba.

Dejó, pues, por frontero de Aguilar, al maestre de Calatrava, don Juan Nuñez de Prado, á fin de que no perdiese de vista al rebelde don Alfonso, y emprendió su marcha hácia Asturias, donde le dejamos en nuestro primer capítulo, entregado á sus aventuras amorosas, y olvidado, al parecer, de someter á los rebeldes parciales de su hermano.



Don Pedro, lejos de inmutarse por esto, mandó hacer escudo de armas por las hazañas y proezas del marqués, y no dudó de mandar á su hijo don Enrique, á quien ya se le había dado el título de conde de Trastámara, que se dirigiese á Asturias, y se ocupase de reducir á su obediencia á don Alfonso, y de someter á los rebeldes parciales de su hermano. Don Pedro, al ver que don Enrique se dirigía á Asturias, se puso en marcha, y se adelantó hácia ella, para estar presente en la batalla que se había de dar. Don Pedro, al ver que don Enrique se dirigía á Asturias, se puso en marcha, y se adelantó hácia ella, para estar presente en la batalla que se había de dar. Don Pedro, al ver que don Enrique se dirigía á Asturias, se puso en marcha, y se adelantó hácia ella, para estar presente en la batalla que se había de dar.

CAPITULO III.

Del encuentro que tuvo el rey en casa de doña Maria de Padilla.

TAN luego como doña Maria suplicó á su amante que saliese de aquella habitacion, el rey don Pedro atravesó la estrecha y oscura galería que le habia servido de tránsito para entrar en la cámara de la doncella, se dirigió al jardin, y entreabriendo el pequeño postigo que la dama le habia franqueado momentos antes, salió á la calle murmurando estas palabras :

—¡Oh! me ha engañado; me ha engañado, sí; no me cabe la menor duda: aquella voz.... era de hombre, sí, no me he equivocado, era él, su amante.

Y marchaba silencioso por el oscuro callejon volviendo atrás de cuando en cuando la cabeza, temeroso sin duda de que alguno le espiese.

Dominado al parecer por otra idea, volvió pies atrás tan luego como llegó á la esquina, y se detuvo delante del postigo por donde acababa de salir.

— Sí ;—dijo despues de reflexionar un instante :—entraré, le encontraré con ella, y le haré probar el temple de mi espada ; doña María me ha engañado , me ha hecho ver cosas que no existian , me ha fingido amor cuando su corazon era de otro , ha burlado mis esperanzas haciéndome concebir doradas ilusiones. Ella , ella la que me decia que me amaba , se ha gozado en el martirio del rey don Pedro de Castilla , fingiéndole un amor que no sentia y burlándose de su credulidad ; pero ella tambien sufrirá el castigo , ella tambien será blanco de mis iras ; no la atravesaré con la punta de mi espada , no la haré temblar ante el contacto del acero ; pero la encerraré en uno de los mas fuertes castillos que tengo en las fronteras ; haré que la vigilen cuatro de mis ballesteros mas leales , y no saldrá de alli sino para la tumba. Y él , el venturoso amante que hasta hoy ha gozado sus caricias , morirá esta noche aunque no sea culpable , porque él nada tiene que ver con la perfidia de su amada , pero me vengaré atravesándole el corazon con mi puñal ; saciaré mi furia , mi cólera , mis celos , la sed de sangre que me devora , seputándole mi daga hasta la empuñadura. Sí , sí , entremos ; la infame doña Maria se ha burlado de mi credulidad brindándome con un amor fingido ; pero yo la haré ver que no se engaña impunemente al que es rey de Castilla.

Y esto diciendo con una especie de fiebre violenta causada por los celos que en aquel momento habian llagado su corazon , penetró en el jardin segunda vez y cruzó la galería á pasos agigantados como el tigre feroz que corre en seguimiento de su presa.

La puerta que daba paso á la habitacion de doña María se encontraba cerrada. El primer pensamiento de don

Pedro fué el de echarla abajo sin atender a las consecuencias á que su ciega imprevision pudiera dar lugar; pero un bulto negro que á través de otra estrecha galería se deslizaba en este momento ante su vista, llamó de repente su atencion y se encaminó hácia él, decidido, si era su rival, á darle muerte en aquel sitio.

— ¡Traidor!—esclamó lleno de cólera y arrojando fuego por sus encendidas pupilas.—¡Traidor!—volvió á repetir desenvainando su espada y encaminándose hácia el bulto:—¿qué haceis aqui, villano? ¿quién os ha dado permiso para agriar de esta manera los amores de un noble como yo?

El bulto permaneció inmóvil y sin atreverse á contestar.

— ¿No respondeis?—volvió á decir don Pedro cada vez mas irritado y arremetiendo á él sin miramientos.

— ¡Señor!—esclamó el hombre de la galería; pues hombre era aquel á quien don Pedro acababa de acometer con la espada desnuda.—Señor, creo que ningun daño os he causado para qué de ese modo me trateis.

El rey quedó como asombrado al oír las palabras que el incógnito acababa de pronunciar, y aproximándole al rostro su linterna:

— ¡Ah don Juan!—esclamó envainando su espada y lanzando un profundo suspiro, como de desahogo.—¿Sois vos?

— Yo que velando por el rey á todas horas me hallo siempre donde vos os encontráis.

— No me aduleis, don Juan; estoy de muy mal temple en este instante, y juro que á no haberos reconocido hubiese dado fin de vuestra vida.

— No comprendo—repuso el de Albuquerque como asombrado—el sentido que dais á vuestras palabras.

—Pues á fé mia-replicó don Pedro-que no sé cómo he podido contenerme ; pero decidme ¿ cómo os hallais aquí ?

— Por Dios, señor don Pedro, que me estais confundiendo ya con preguntas tan inocentes.

— ¡ Inocentes ! esplicaos.

— Creo, señor, -contestó el de Albuquerque inclinándose respetuosamente la cabeza-que sabéis ya ó debiais saberlo por lo menos que estais en vuestra casa.

— No os chanceeis, don Juan ; os repito que no estoy de buen temple, y que las chanzas por lo tanto están muy fuera de lugar en este instante.

— Confesad don Pedro que los desdenes de alguna dama son la causa de vuestro mal humor ; y por vida mia que la dama de quien vos os mostrais celoso, os ama quizá más de lo que conviene y há menester el honor de una doncella.

— ¡ Don Juan !-esclamó por segunda vez el soberano de Castilla colérico y enfurecido como si su favorito acabase de hacerle algun agravio :-por tercera vez os digo que no estoy para bromas, y que depongais vuestro buen humor si no quereis incomodarme.

— Os he dicho, señor, que estais en vuestra casa, porque el techo bajo el cual os hallais en este momento, pertenece á la casa de vuestro siempre humilde y leal servidor Juan Alfonso de Albuquerque ; yo creí que no necesitábais de esta corta explicacion para comprenderme ; pero puesto que lo ignorais al parecer, sabed que esta casa es vuestra, porque los bienes de un vasallo pertenecen siempre al dominio de su rey.

— Basta, basta don Juan ; -repuso don Pedro como buscando un medio apropósito para dar otro giro á la conver-

sacion:—esa jóven doña María, por la que indudablemente sentia celos en este instante ¿quién es? ¿Cómo se encuentra en nuestra casa?

— Esa jóven es doña María de Padilla, hija de don Diego Garcia de Padilla, señor de Villagera, y de doña María González de Hinestrosa. Educada desde niña al lado de mi esposa, tiene un carácter angelical, y es á no dudarlo la única mujer que pudiera hacerme feliz en este mundo.

— ¿No me engañáis, don Juan?—repuso don Pedro fijando una mirada escrutadora en el rostro de su privado.

— ¡Engañaros! No, señor; ya sabéis que desde niño os he tenido siempre á mi lado, y que de mis labios solo habeis podido escuchar sanos consejos.

— Sin embargo, como mis enemigos lo minan todo, como apenas puedo contar con un fiel servidor; porque todos me abandonan, unos por cálculo y otros por temor á mis verdugos, nada tendria de extraño que vos tambien me abandonáseis; yo me encuentro rodeado de rebeldes y no tengo ni un solo servidor de quien poder fiarme; corro á sofocar la insurreccion en una de las fronteras de mi reino, y ya el pendón de los traidores se levanta orgulloso en cualquiera de los castillos de la frontera opuesta. Don Alfonso Fernandez Coronel se levanta en Aguilar dispuesto á hacer armas contra su soberano; acudo á someterle con ayuda de mis lanzas, y tengo que abandonar mi puesto para ir á sujetar á don Enrique de Trastámara, que acaudilla á sus rebeldes en Asturias; estoy cerca ya del castillo en que el bastardo se hace fuerte, y los desmanes de Garcilaso me obligan á entrar en Burgos haciendo rodar la cabeza de este noble. Mi situacion, como veis, no es nada buena; rodeado por todas

partes de enemigos, dudo de todos y no sé quiénes son mis servidores. Don Enrique se habia refugiado en Asturias despues de mi conferencia con el rey de Portugal, y cuando ya le dejaba vivir libre en mis estados y le daba un seguro para que nada tuviese que recelar, él levanta su pendon pagando con una rebeldia la generosidad de su soberano. No os estrañeis, pues, don Alfonso; no puedo creer en nadie: rodeado de traidores y precisado á sostener una lucha encarnizada con todos ellos, necesito los halágos de una mujer que me ame, que me adore, que lejos de las intrigas de la córte solo piense en mí y procure hacerme feliz prodigándome palabras de consuelo, dulcificando un poco la insupportable vida que traigo desde que ocupo el trono de mi padre, y viviendo solo para mí en medio de su retiro. Doña María de Padilla me ama; llegué á dudar un instante de su amor; creí que me habia fingido una pasion que no sentia; escuché pasos en su estancia, y creí que eran los de su amante; pero ya estoy desengañado. Doña María me ama, soy feliz, don Juan.

Y don Pedro I de Castilla pronunciaba estas palabras con un acento tal de desesperacion, que cualquiera que hubiese escuchado su razonamiento no hubiera podido menos de condolerse de la crítica situacion á que se hallaba reducido dicho soberano. Lo que don Pedro decia era verdad; no podia contar ni con uno solo de sus vasallos para llevar á cabo ninguna empresa; todos le eran traidores, hasta algunos de los que comian el pan en su palacio. Don Juan Alfonso, no obstante, aunque mas bien por cálculo que por amor, era el único que se mostraba fiel á la causa de su rey; pero don Juan Alfonso dominaba completamente á su soberano, y

encargado de su educacion cuando era niño, comprendia muy bien el carácter de don Pedro, sabia muy bien todas sus inclinaciones, y débil como todos los privados, satisfacía los caprichos del rey por no verse privado del favor que éste le dispensaba; y por seguir gobernando el reino, puesto que cuanto don Pedro hacia lo consultaba primero con su favorito.

Sabia don Juan Alfonso que el rey, no obstante la dureza y ferocidad de su carácter, se dejaba impresionar muy fácilmente por la hermosura de cualquier mujer que encontráse en su camino. Don Pedro I de Castilla marchaba á Asturias con el fin de sofocar la insurreccion, y don Juan Alfonso dispuso que hiciése noche en Sahagun donde indudablemente el rey se quedaria prendado de doña Maria. Mandó en efecto á su esposa, que acompañada de la hermosa dama se hallase á la ventana el dia en que don Pedro hiciése su entrada en aquella villá; encaminóse el privado con el rey por las tortuosas callejas de Sahagun, y con toda la habilidad y discrecion que le eran características, pasó con él por frente á la ventana donde se hallaba doña Maria, sin llamarle la atencion sobre la belleza angelical de aquella dama y disimulando mas de esta manera el paso que ayudado de su esposa acababa de dar.

Fijó don Pedro, no obstante, sus atrevidos ojos en el rostro de la jóven, y cautivado por aquella hermosura sin límites y hasta entonces para él desconocida, no pudo menos de esclamar:

— Hermosa es esa jóven, don Alfonso, y por Dios que me ha llagado el corazon con esa lángida mirada que acaba de dirigirme.

El privado convino con el rey en que era muy linda aquella jóven, pero sin hacer elogio alguno de su belleza, firme en su propósito de que no conociese el lazo que acababa de tenderle.

Esto avivó mas los deseos de don Pedro, y aquella misma noche, solo y embozado hasta los ojos en su capa, salió del palacio en que don Juan Alfonso le habia dispuesto su morada, y se encaminó hácia la calle en que algunas horas antes acababa de ver aquella hermosa. La dama, sin embargo, no salia y el rey se desesperaba, llegando hasta dudar si seria ilusion lo que él creyó realidad por la mañana.

Paseaba y volvia á pasear la calle entonando algunas trovas amorosas de las que por aquella época enseñaban al pueblo los juglares, y nada conseguia; la casa de la dama permanecia silenciosa, y ni un rayo de luz se veia á través de las rendijas de puertas y ventanas.

Don Pedro se decidió por fin á llamar á la reja, y la ventana se entreabrió silenciosamente, dejando ver en medio de la oscuridad el blanco trage que la dama vestia, y con el cual la vió don Pedro por la mañana, acompañada de la esposa de don Juan Alfonso.

— ¡Hermosa! — la dijo llenó de emocion y casi tembloroso.

Pero la ventana se cerró y don Pedro quedó en la calle y asomado á la reja sin acertar á comprender el singular comportamiento de aquella dama.

Pasaron así algunas noches, don Pedro cada dia mas enamorado, y la dama cada vez menos esquivada, y del amor del uno y de la amabilidad de la otra vino á resultar lo que ya saben nuestros lectores; esto es, que la puerta del jardin se abrió y don Pedro penetró en el camarín de la doncella.

En él tuvo el encuentro con don Juan Alfonso de Alburquerque, y ya sabemos los medios de que este privado se habia valido para hacer caer al rey en la tentacion de enamorarse y lo satisfecho que naturalmente debia verse al tocar los buenos resultados de su empresa.

Don Pedro y el favorito se despidieron : aquel fué á referir á su esposa lo que con el rey le acababa de pasar , y éste volvió á la cámara de doña María , en la cual la encontró pálida y triste é impresionada al parecer por la brusca despedida que habia tenido que dar al rey , á consecuencia de los pasos que se escuchaban en la galería.

Miráronse tiernamente, cambiaron algunas palabras como para disculparse, y prosiguieron hablando por espacio de dos horas; que nunca les falta que hablar á dos enamorados cuando se encuentran solos en una habitacion y nadie es-
cucha sus prótestas amorosas.



Don Juan Alfonso de Alburquerque mandaba al lado de don Pedro, animándole siempre á no estar en su manda con los bastardos hasta echar por tierra su bandera. — Si don Pedro decía el de Alburquerque en tono serio: — es necesario matar, es necesario estruñar á esa maldita raza de rebeldes que tantos daños ha causado y tiene que causar en nuestros reinos. Seguid mis consejos, don Pedro; interin vivan los bastardos, la paz no tornará nunca en Castilla.

En el favor el encuentro con don Juan Alfonso de Alburquerque, y ya sabemos los medios de que este príncipe se había valido para hacer caer al rey en la tentación de enamorarse y lo satisfecho que animadamente debía verse al local los buenos resultados de su empresa.

CAPITULO IV.

Don Pedro y el rey se encontraron en la batalla de Aljubarrota, y este fue su esposo lo que con el rey le acordaba de pasar, y este volvió a la cámara de don Pedro, en la cual se encontró privada y triste e impresionada al pararse por la justicia de lo que había tenido que dar al rey, y consecuencia de los pasos que se escribían en la cámara.

De cómo el rey don Pedro se mostró generoso con su hermano a despecho de los consejos que le daba su favorito.

que nunca les falta que hablar a los enamorados cuando se encuentran solos en una habitación y nadie es—

ALGUNOS días después, don Pedro de Castilla, acompañado de casi todos los principales nobles de su reino y seguido de un gran número de tropas, se encaminó hácia Gijón decidido á poner sitio á aquella fortaleza hasta tanto que su hermano don Enrique se sometiese haciéndole pleitesía y rindiéndole homenaje.

Don Juan Alfonso de Alburquerque marchaba al lado de don Pedro, animándole siempre á no cesar en su demanda con los bastardos hasta echar por tierra su bandería.

— Sí, don Pedro;—decía el de Alburquerque en tono sentencioso:—es necesario matar, es necesario esterminar á esa maldita raza de rebeldes que tantos daños ha causado y tiene que causar en vuestros reinos. Seguid mis consejos, don Pedro; ínterin vivan los bastardos, la paz no reinará nunca en Castilla.

— Es cierto, es cierto;—contestaba don Pedro abismado al parecer en profundas meditaciones;—es necesario comprar la paz á costa de mucha sangre; y esa sangre tiene que deramarse, esa sangre tiene que verterse á los pies del trono real, si queremos que la paz reine en Castilla; pero los nobles me acusarán, me llamarán cruel, me tacharán de injusto como me tacharon cuando di muerte á Garcilaso; y vos sabeis muy bien las razones que me asistieron para obrar de esa manera.

— Aun cuando ese dictado recaiga sobre vos; aun cuando los nobles todos, el pueblo en masa y todos vuestros vasallos juntos os apelliden justiciero, nada os importe, señor; la historia os juzgará imparcialmente: los que la vuestra escriban tendrán presentes las grandes razones que para obrar de ese modo os asistían, y nadie os tildará de cruel ni justiciero; dirán que habeis obrado conforme á las necesidades de la época, y que no era posible gobernar de otra manera cuando vos ocupábais el trono de Castilla.

— Sin embargo....

— Nada, señor, haced lo que os digo, y no tembleis al seguir estos consejos.

— Pero ya veis, don Juan....

— No veo más que cabezas de traidores delante de nosotros, y tiempo hace que la cuchilla del verdugo debiera haberlas separado de su tronco.

— Alburquerque, estáis muy sanguinario, y no siempre es conveniente al reino ni á la dignidad del que gobierna derramar sangre á su antojo, por mas que las circunstancias lo hagan necesario.

— Es decir, que no os hallais dispuesto....

— A ser fratricida no; se trata de mi hermano don Enrique, y aun cuando ya se ha rebelado tres veces contra mí, sin embargo, quiero ser generoso.

— Esa generosidad es la que os tiene que perder.

— No lo creais, don Juan; cuando llegue la ocasion de luchar brazo á brazo y cuerpo á cuerpo, entonces don Pedro sabrá salir contra su hermano; pero mientras quede un recurso, mientras puedan conciliarse las cosas sin acudir á medios tan duros y represivos, nunca echaré mano de mi espada, nunca mandaré trabajar á mis verdugos.

— Como querais, don Pedro; pero vuestro hermano don Enrique tiene que haceros mucha guerra.

— Me hallo resignado á todo; aguantaré, sufriré, seré víctima de mi generosidad; pero mientras me quede una esperanza de reconciliacion, jamás abusaré del poder ni de la fuerza.

Y don Pedro volvió á su posicion meditabunda.

De este modo prosiguieron largo rato su camino, ya discutiendo acaloradamente acerca de los medios que para contener la rebelion convenia poner en juego, ya acerca de la posicion náda envidiable en que don Enrique se encontraba, cuando hallándose á corta distancia de Gijon, hicieron alto en uno de los mas frondosos valles que habia en aquellos alrededores.

— Ya nos encontramos frente á frente de las tropas de don Enrique;—dijo el rey dirigiendo su vista hácia los muros de Gijon:—cercaremos esa villa y veremos si el bastardo se dá á partido.

— Como querais, don Pedro—contestó el de Alburquerque resignado.

Y á la cabeza de los tercios castellanos se encaminaron hácia la villa.

— Pero Carrillo y Hurtado Diaz de Mendoza montados en dos airosos alazanes, y armados de todas armas segun la costumbre y usanza de aquellos tiempos, aparecieron en este instante por una senda que conducia á las puertas de la villa, y dirigiéndose á don Pedro en ademán respetuoso le entregaron un pergamino enrollado de parte de don Enrique.

— Señor, —esclamaron á un tiempo echando pié á tierra y arrodillándose delante de su soberano:—don Enrique de Trastamara nos envia con este legajo para que vos os entereis de lo que en él os dice, y le concedais seguro para vivir en vuestra córte.

— Levantaos;—les dijo el rey tomando el pergamino que Pero Carrillo le presentaba y rompiendo el sello de cera con que venia cerrado.—Decís que don Enrique os envia....

— Don Enrique, sí, señor;—repuso Hurtado de Mendoza inclinando su cabeza en señal de respeto, y atreviéndose apenas á levantar sus ojos delante del rey.

— ¿Y donde está mi hermano?—añadió el rey con indiferencia y gravedad.

— En la sierra de Monteyo;—contestó Mendoza con timidez.

— ¿Con todos los rebeldes?—prosiguió el rey dando á sus palabras el tono de una reconvención.

— Con todos sus servidores;—repuso Carrillo adelantándose á Mendoza que no sabia que responder á la pregunta del soberano.

— Con todos los traidores, dirias mejor;—observó el rey lleno de cólera.

— Señor.....

— Dejadme en paz y no volvais á presentaros delante de mi vista sino quereis que haga un ejemplar castigo mandandoos cortar la cabeza en este instante. Los que defienden la causa de don Enrique son traidores al rey de Castilla, y creo que vosotros no sois de los que con menos ardor sostienen la causa del bastardo.

Pero Carrillo y Hurtado Diaz de Mendoza temblaron de pies á cabeza al oír las últimas palabras del rey don Pedro, y no acertaban á murmurar una sola palabra, siquiera fuera en disculpa de su proceder.

— Veamos;—dijo el rey despues de unos instantes, rompiendo el sello de cera que sujetaba el pergamino, y entregándoselo á Alburquerque;—leed, y sepamos lo que en él nos dice nuestro hermano don Enrique, conde de Trastámara.

Don Juan Alfonso de Alburquerque desenrolló el pergamino que acababa de recibir, y leyó en voz alta:

«Sepan cuantos esta carta vieren como yo don Enrique, hijo del muy noble rey don Alfon, conde de Trastámara é de Lemos é de Sarria, é señor de Noreña é de Cabrera é de Rivera; por que vos el muy alto é muy noble é mucho honrado señor rey don Pedro de Castiella, por me facer bien, tovistes por bien de me otorgar las peticiones que vos envié pedir, señaladament *que perdonastes á mi, é á todos los míos que conmigo fueron en facer esta guerra, de todos los maleficios que ayamos fecho fasta aqui.* Et otro sí que mandastes dar é tornar á mi, é á la Condesa doña Jhoana mi mujer, todas las heredades que nos fueron tomadas despues que el dicho rey mio padre, que Dios per-

«done, finó acá, asi villas é castillos, é casas fuertes é tierras llanas, et nos mandastes degembargar á Orduña, é Balmaseda, é Santa Olalla, é Izcar (1).....»

— Basta, basta don Juan; no prosigais la lectura; ya sé donde vá á parar mi hermano en este escrito. Quiere que le perdone; ¿no es eso?—añadió dirigiéndose á los comisionados del bastardo para entregarle aquel mensaje.

— Eso es señor; quiere que le perdoneis á él y á todas las gentes que con él han combatido, en atencion á las muchas mercedes que vos les habeis otorgado, y á las cuales nunca sabrá corresponder debidamente, y como cumple á todo vasallo leal y amante de su rey.

— ¿Amante de su rey? ¡Vasallo leal! Por fuerza que te estés burlando cuando de ese modo te atreves á hablar delante de mí.

— Señor.....»

— Marcha, marcha y dile á don Enrique que por esta vez le perdono, que he tenido su vida á mi disposicion, pero que soy bastante generoso y le doy un seguro á él y á todas las gentes que como él han peleado en contra mia.

— ¡Señor!—esclamó segunda vez Pero Carrillo, cada vez mas tembloroso.

— No tiembles, no;—dijo don Pedro dirigiendo una mirada rencorosa al asturiano;—hasta ahora os he tratado con benevolencia; pero de aqui en adelante os trataré con crueldad, porque los rebeldes á su rey se hacen acreedores á un justo castigo. Marchad, marchad, y decidle á don Enrique que por esta vez le perdono; pero que no vuelva á

(1) Documento histórico.

incurrir en delitos de esta clase si no quiere que su cabeza rueda confundida con la del último de los escuderos.

Pero Carrillo y Hurtado Diaz de Mendoza, se retiraron llenos de confusión y sin acertar á comprender lo que aquellas palabras quieren significar.

— Don Juan Alfonso de Alburquerque permaneció mudo durante el diálogo anterior, y por fin rompió su silencio para decir al rey:

— Señor, teneis bastantes enemigos, y creo que por ahora sólo conseguireis acallarlos; pero no tardará en llegar un dia en que tarde os desengañeis; don Enrique os es infiel; y tarde ó temprano os hará conocer su rebeldía.

— Basta, basta;—esclamó el rey encolerizado; don Enrique se somete gustoso, y no es cosa de hacerle blanco de mis iras.

Don Juan Alfonso de Alburquerque se tornó como asombrado y no supo articular una palabra.

El rey permaneció en su actitud meditabunda y se volvió de Gijon emprendiendo su marcha hácia Sahagun, donde de doña María de Padilla le esperaba.

— Señor!—esclamó segunda vez Ferrn Carrillo, cada vez mas temeroso.

— No tardéis, no;—dijo don Ferrn dirigiendo una mirada severa al rey;—dada ahora, es un tratado con benevolencia; pero de aquí en adelante tratad con circospección, porque los rebeldes á su rey se hacen revoltosos á un justo castigo. Marchad, marchad, y decidle á don Enrique que por esta vez le perdono; pero que no vuelva á

(1) Documento histórico.

— ¡Silencio! exclamó desde afuera el nocturno espediente empujando la puerta de una manera brusca, y penetrando en aquella casa.

— ¡Dispensad! repuso el que acababa de abrir, acortando apenas á murmurar una frase.

CAPITULO V.

— ¡Que dispensad en que os he de dar un consejo! dice empujando en comprometido y ¡vive Dios! que lo vas á conseguir! pero cuenta despues con lo que te espera.

Y el pobre vio á quiza estas duras recomendaciones tan dirigidas, que era el mismo á quien se dirigian. En el que el lector traba conocimiento con un fraile.

SERIAN poco mas de las doce de la noche, cuando un hombre, viejo al parecer, y arrebujaado en un ancho tabardo de paño oscuro, éntaba en Valladolid á pasos acelerados, y cuidando mas bien de andar de prisa que de librarse del fuerte chaparron que en aquel momento caia sobre sus espaldas.

Torció por una porcion de oscuras é intrincadas callejuelas, é internándose por fin en una de las mas retiradas que habia en el barrio del Obispo, hizo alto ante la puerta de una taberna, de cuya muestra pendia un ramo de olivo, y dando en ella tres golpes, se dispuso á esperar recostado sobre el quicio.

— ¿Quién vá?—gritó desde adentro una voz seca y avinagrada.

— Soy yo, maese Pero;—contestó el embozado misterioso aproximándose á la puerta.

— ¡ Ah! ¿ sois vos? bien venido seais fray Diego Lopez.

— ¡ Silencio!—esclamó desde afuera el nocturno espedicionario empujando la puerta de una manera brusca, y penetrando en aquella casa.

— ¡ Dispensad ;—repuso el que acababa de abrirla, acertando apenas á murmurar una disculpa.

— ¡ Qué dispensad ni qué diablo! te has empeñado en comprometerme y ¡ vive Dios! que lo vas á conseguir ; pero cuenta despues con lo que te venga.

Y el pobre viejo á quien estas duras reconvenciones iban dirigidas, que era el mismo á quien en uno de los capítulos de nuestro prólogo vimos hablando con Alfonso Fernandez de Olmedo en una venta de las cercanías de Talavera, temblaba de piés á cabeza sin atreverse á levantar los ojos delante del altivo huésped á quien acababa de recibir.

— Te he dicho que guardases silencio—continuó fray Diego—porque nuestros asuntos van muy mal y es necesario dar otro giro á la cuestion, si queremos salir bien librados de ella.

— ¡ Qué decis!

— Lo que oyés maese Pero. Don Enrique se ha entregado.....

— ¡ Será posible!—le interrumpió maese llevando las manos á la cabeza como en señal de asombro.

— Y tan posible.

— Es decir que ya nos hallamos otra vez....

— Como al principio.

— ¡ Oh raza maldita de los traidores!

— No ; por esta vez—continuó Fr. Diego—no tenemos que

echar la culpa á nadie del mal éxito de nuestra empresa. Don Enrique ha tenido la culpa; él ha sido el que no se ha determinado á proseguir la defensa de sus castillos.

— ¿Eso mas?

— Decia que se le agotaban los recursos y que no tenia ya dinero para pagar las soldadas á sus gentes.

— En ese caso....

— ¿Qué? ¿tambien tú defiendes ó disculpas el proceder de don Enrique?

— Yo, señor....

— Eres tan ruin y tan cobarde como todos ellos; no te explicárias de ese modo si tuvieses ánimo suficiente para luchar por una causa que defendieses de todo corazon; pero ya se vé.... todos los que servís á las órdenes de don Enrique sois gente perdida y miserable, hombres que solo combaten por el interés, y que tanto les dá afiliarse en esta como en la otra bandera.... ¿qué ha de suceder? y don Enrique no saldrá nunca victorioso interin no haga un escarmiento horrible, empezando por los que se acogen á sus banderas.

— ¡Señor Diego!—esclamó nuestro antiguo conocido lleno de terror y temblando á presencia del fraile del mismo modo que cuando en las cercanías de Talavera se hallaba delante de Alfonso Fernandez de Olmedo.

— Calla, villano;—dijo con voz de trueno el fraile despojándose de su tabardo y colgándole de un clavo que habia en la pared, á fin de que se le secase.

— No comprendo, señor....

— Calla;—calla; vuelvo á repetir—si no quieres que desahogue sobre tus espaldas toda la cólera de que me siento dominado.

— Me callo, señor,—repuso maese Pero con forzada resignacion.

— Digo que don Enrique ha tenido la culpa del mal éxito de nuestra empresa—prosiguió Fr. Diego paséándose por la estancia—porque si se hubiese dejado llevar de mis consejos, la plaza á estas horas no se hubiese rendido; y obligado don Pedro por la gravedad de las circunstancias á marchar á Andalucía, hubiese dejado por frontero á cualquiera de sus vasallos, y en ese caso la cuestion era ya en un todo diferente.

— Sin embargo....

— Repitó que sí; don Tello además ha salido de Aranda de Duero, y robando una recua que desde Búrgos marchaba á la feria de Alcalá, ha esparcido tambien el desórden por toda esa comarca, y es muy posible que el rey hubiese dejado á Gijon para ir á sujetar á su otro hermano don Tello.

— Es verdad, es verdad;—dijo entonces maese Pero, conviniendo por esta vez en lo que fray Diego le decia;—es cierto; don Pedro hubiese dejado á Gijon, don Enrique entonces hubiera abastecido la fortaleza, y con que el de Aguilár entretanto hubiese recibido algunos auxilios del moro....

— Ahí tienes—le interrumpió fray Diego—el por qué yo no me engañaba cuando te decia que Gijon podia estar á estas horas por don Enrique.

— El conde se ha acelerado.

—Y su indiscrecion no tiene remedio.

— ¿Qué medio pensais, pues, poner en práctica para que triunfe el partido del conde de Trastamara?

—Dificil es, en verdad, maese Pero; y ¡por Dios! que,

no obstante lo que medito, apenas encuentro un solo recurso de que echar mano. Dicen que el rey se ha enamorado en Sahagun...

— De doña Maria de Padilla, sí; ¿lo ignorábais por ventura?

— Habia oido alguna cosa, pero no tenia detalles.

— Pues hoy mismo la teneis en Valladolid.

— ¿Será posible?

— Lo que estais oyendo.

— Pero custodiada, por supuesto, por los ballesteros de maza del rey?

— ¿Y quién pregunta una cosa tan sabida?

— Es cierto; es cierto: don Pedro de Castilla es receloso y muy desconfiado, y nada de extraño tiene que eche mano de los hombres en quienes deposita toda su confianza para guardar el tesoro de sus amores; pero guíame hasta la habitacion que me tengas destinada, porque me siento bastante frio, y quisiera dormir hasta que amaneciese.

— Poco falta; pero seguidme.

Fray Diego Lopez siguió los pasos de maese Pero, y murmurando palabras ininteligibles, atravesó tras él por un largo y estrechísimo pasillo, al fin del cual habia una puerta pequeña pintada de negro.

— Esta es vuestra habitacion;—dijo maese Pero, abriéndola de par en par y dejando paso á fray Diego.

— Adios, pues;—contestó maquinalmente el fraile.

— Que descanséis.

Y maese Pero volvió piés atrás, se encaminó á la cocina, y despues de calentarse un corto rato á la lumbre de troncos que en ella ardian, se marchó tambien á la cama, no

sin cerciorarse primero de si la puérta de la calle estaba bien cerrada.

— En estos tiempos—murmuró al retirarse—nada hay que estrañar, y cosa bien fácil sería el anocheçer aquí y amanecer en un castillo.

Fray Diego entretanto paseándose por la estancia que maese Pero le había destinado para alojamiento, meditaba al parecer algun plan de batalla, segun lo profundamente abstraído que se hallaba en aquel momento.

— Sí, sí;—decia como inspirado, y golpeándose la frente con la diestra:—saldrá como lo pienso; no hay dudá. Y el rey temblará; redoblará las guardias de su alcázar.... ¡Oh! sí, sí; mi plan está bien calculado; pero ese don Enrique es tan imbécil!....



— Fray Diego Lopez se acordó de maese Pero, y murmurando palabras inteligibles, avanzó tras él por un largo y estrechísimo pasillo, al fin del cual había una puérta pequeña pintada de negro.

— Esta es vuestra habitación;—dijo maese Pero, abriendo la puérta de par en par y dejando paso á fray Diego.

— Adios, pues;—contesto inmediatamente el fraile.

— Que descanses.

Y maese Pero volvió pies atrás, se encaminó á la cocina, y despues de calentarse un corto rato á la lumbre de troncos que en ella ardeían, se internó tambien á la cama, no

CAPITULO VI.

En el que doña María de Padilla se lamenta de la marcha del rey don Pedro.

— No os aflijais, doña María; el rey don Pedro os ama, y no teneis motivo para llorar de esa manera.

— ¡Oh! ¡Beatriz! El rey don Pedro me ama, es cierto; pero quién me afirma que tarde ó temprano no se cansará de mí? ¿quién me afirma que despues de casado con doña Blanca de Borbon.....?

— Callad, señora; dejad á un lado presentimientos, y pensad solo en el presente; si siempre hubiésemos de meditar en lo futuro.....

— Pero mi posición como tú comprendes es demasiado angustiada, para que mire con indiferencia esta incomprendible trama de la que no sé como podré salir, y en la cual me hacen desempeñar un papel muy importante.

— Repiteos, señora, que no os altereis por eso y que

el rey don Pedro vela por vos, pensando solo en vuestra felicidad.

—Pero dime, Beatriz ¿si don Pedro me amase consentiría jamás en llevar á cabo ese matrimonio que tantos disgustos tiene que causarme?

— Quien sabe señora.....

— ¡Oh! no me digas eso, Beatriz; no pretendas vencerme con tus palabras, porque no hay razones que alegar en pro de ese casamiento; si don Pedro me amase, como dice, nunca hubiese pensado en realizar su matrimonio con doña Blanca de Borbon. Don Pedro no me ama, don Pedro quiere tener en mí una humilde sierva con quien compartir sus amarguras, y á quien hacer partícipe de todos esos males de que continuamente se encuentra rodeado. El amor de don Pedro es un amor impuro; un amor por medio del cual pretende ligar su existencia con la mia, obligándome á ser esclava de todos sus caprichos; soy muy desgraciada Beatriz; yo no debí salir de la villa de Sahagun. ¡Me encontraba tan bien en casa de doña Isabel! ¡Oh! ya no volveremos á pisar las espaciosas calles de aquel jardin encantador. ¡Cuánto hemos gozado en él, querida Beatriz! ¡Cuántas tardes hemos pasado juntas sentadas á la sombra de aquellos árboles! ¿Te acuerdas? me parece que fué ayer. Estaba asomada á la ventana con la esposa de don Juan Alfonso de Albuquerque, cuando el rey don Pedro acertó á pasar por aquella calle seguido de su brillante escolta: yo le miré como al descuido, y él posó una mirada ardiente sobre mi pobre rostro, que me dejó como aturdida durante unos instantes; un vivo carmin coloró de repente mis mejillas; sentíme desfallecer, y doña Isabel de Meneses me

preguntó si padecía; yo la contesté que nada sentía en aquel momento; pero la mirada del rey don Pedro penetró en el fondo de mi corazón haciéndome desgraciada. Desgraciada, sí, porque desde aquel día no he gozado ni una sola hora de tranquilidad. Si yo no hubiese escuchado sus canciones.....

— Vamos, doña María, no recordeis ahora escenas que ya han pasado y que solo contribuirán á aumentar vuestro tormento; no debeis desconfiar; don Pedro os ama, repito, y aun cuando los estrechos lazos del matrimonio le unan para siempre con doña Blanca.....

— ¡Oh! no, no, antes muerta que favorita de don Pedro. No quiero heredar el puesto de doña Leonor; la mancha de Alfonso XI ha sucumbido víctima de los justificados celos de una reina desvalida, y yo no quiero ser la causa de nuevos disturbios que siembra la discordia por el reino de Castilla.

— ¡Doña María!

— Sí, Beatriz; doña Leonor de Guzman ha sido asesinada por orden de la reina madre, y yo no quiero causar la infelicidad de ninguna esposa.

— Tened en cuenta, señora, que si el rey don Pedro lleva á cabo su casamiento con doña Blanca, no es porque la tenga amor, puesto que todavía no la ha visto; sino porque el compromiso ya contraído con el duque de Borbon...

— Los compromisos se rompen cuando hay una causa poderosa que justifique su rompimiento; y esa causa, Beatriz.....

— Existe, sí; ya lo sé, doña María: pero convenid conmigo en que el rey don Pedro no encontraría razones que alegar para romper con doña Blanca; cuando don Pe-

dro pretendió la mano de la sobrina del rey de Francia, ningun compromiso tenia adquirido con vos, y él es por lo tanto el culpable. ¿Cómo sincerarse, pues, de los cargos que sobre su inicuo proceder le hará el duque de Borbon, padre de la desposada?

— Es cierto, es cierto; pero si don Pedro sabia todo esto, si no ignoraba los tristes resultados que iban á tener sus amores para conmigo, ¿por qué no me lo anunció á su debido tiempo? ¿por qué me ocultó los planes que acerca de su casamiento meditaba?

— Don Pedro creeria que vos nada ignorábais.

— Yo no ignoraba que don Pedro habia mandado á Francia en calidad de embajadores á don Alvar Garcia de Albornoz y á don Juan Sanchez de las Roelas para solicitar la mano de la princesa; pero ignoraba el resultado de este mensaje. Doña Isabel de Meneses me aseguraba que la peticion del rey seria desatendida; don Juan Alfonso de Alburquerque me pintaba como cosa fácil mi enlace con el rey de Castilla, y yo proseguí amándole con delirio y sin pensar nunca en el triste porvenir que mi estrella me deparaba. Soy muy desgraciada, Beatriz; el rey don Pedro ha echado sobre mi frente el sello de la ignominia, y yo sin embargo le amo; le adoró, mi pensamiento vuela con él á todas partes, y su imágen jamás puede borrarse de mi mente. Le amo, Beatriz; sé que este amor tiene que hacerme desgraciada; pero el destino lo ha querido y nadie puede oponerse á la suerte que Dios le tiene reservada. Mi porvenir será muy triste; pero mi corazon es de don Pedro.

En este momento un agudo y prolongado silbido que resonó como en el fondo de alguna galeria subterránea, pe-

netró en el retrete de doña María, yendo á perderse en las góticas ensambladuras que adornaban los ángulos de aquel precioso camarín.

— Ahí está Beatriz; dijo la deseconsolada jóven levantándose del sillón toda temblorosa, y poniéndose enfrente de una plancha de metal pulimentada que le servia de espejo.—Me parece, añadió, que me encuentro algo demudada.

— No lo advertirá, señora;—observó Beatriz posando sus lindos ojos en el rostro de doña María.

Otro segundo silbido mas agudo que el primero y que resonaba al parecer mas cerca de la estancia; vino á interrumpir el comenzado diálogo de las doncellas; y doña María exclamó dirigiéndose á su dama.

— Retírate, Beatriz; el rey se acerca y no quiero que sospeche nada de lo que aquí ha pasado; si supiera la conversacion que hemos tenido....

— Adios, señora.

Beatriz salió de la cámara, y doña María volvió á ocupar su sillón, esforzándose por aparentar un aire de serenidad que no podia fingir en aquel momento.

Oyóse un sonido confuso y casi imperceptible como el que produce una llave al dar vuelta á una pequeña cerradura, y en uno de los ángulos del camarín se abrió una puerta secreta, dejando paso á un bizarro y apuesto caballero, que armado á la ligera y pendiente su espada de un magnífico talaborte morisco bordado á dos colores, azul y rojo, se dirigió á doña María con paso silencioso.

— ¡Cuán feliz soy, doña María!—exclamó despues de haberla contemplado durante unos instantes.

El gallardo doncel que de este modo se espresaba, era el

rey de Castilla, como ya habrán podido comprender nuestros lectores.

— ¿Sois feliz?—le interrogó la dama fijando en él una mirada lánguida, y procurando dulcificar algún tanto su semblante haciendo asomar á sus labios una poética sonrisa.

—¿Y cómo no replicó don Pedro—cuando me encuentro al lado de la mujer á quien adoro?

Doña María de Padilla lanzó sin pensarlo un profundo suspiro, y acercándose el rey á ella y observando de cerca la extrema palidez de su semblante:

— ¿Qué teneis?—la preguntó lleno de asombro y sin apartar la vista del rostro de la dama.

— Nada;—contestó esta conmovida:—no es nada; os esperaba hace algun tiempo, y ya estaba impaciente por vuestra venida. Acaso la impaciencia se haya revelado en mis facciones.

— No, no, doña María;—repuso el rey lleno de emoción:—vos padecéis y no os atreveis á explicarme la causa de vuestros padecimientos.

— Os juro que no, don Pedro; vos estais siempre sobresaltado y pensais que yo tengo tambien algun secreto pensar que no me atrevo á revelaros.

Los ojos del rey se fijaban en el rostro de doña Maria de una manera tan tenaz, que parecia querer leer en el rostro de la doncella lo que pasaba dentro de su corazón en aquel instante.

Pero doña Maria, que era una mujer en estremo candorosa, y que por nada de cuanto en su interior sentia se hubiese atrevido á dar el menor disgusto al jóven monarca de Castilla de quien se apellidaba amante, sufría en medio

del silencio, sin descubrirle jamás la causa de sus secretos padecimientos, temerosa de ocasionarle el mas leve pesar. Doña María de Padilla era un ángel de amor arrojado por Dios al mundo para dulcificar en algun tanto el carácter feroz y sanguinario de don Pedro, y destinada á sufrir en el fondo de su retiro las duras y amargas penas con que su amante habia de enlutar los dias de su existencia. Doña María lloraba en medio del silencio de la noche los muchos y graves disturbios que sus amores con el rey habian de ocasionar en el reino de Castilla; y triste, sola, custodiada por los ballesteros de don Pedro y condenada á vivir oscurecida entre las paredes del alcázar que el rey ponía á su disposición, su vida era una serie continua de padecimientos, que indudablemente abreviaron los dias de su existencia conduciéndola al sepulcro cuando aun podia vivir algunos años mas. Doña María de Padilla era la única mujer capaz de inspirar amor á un rey tan sanguinario: su carácter dulce y apacible, la nobleza y generosidad de sus sentimientos, la incomparable hermosura con que el cielo la habia dotado, y sobre todo aquel corazon tan blando é impresionable, y que tan fácilmente se conmovia, eran los únicos diques que la naturaleza podia oponer al terrible desbordamiento de las pasiones de don Pedro; y si mas de cuatro veces no rodaron por el suelo las cabezas de muchos nobles, á la hermosa doña María eran debidas todas estas cosas, que ninguna otra mujer hubiese podido conseguir indudablemente, tratando con un rey tan déspota como don Pedro.

— Imposible, doña María; vos me engaÑais:—decia esto dando á sus palabras una espresion lúgubre é imposible de explicar;—vos padeceis horriblemente y no me quereis decir

la causa de vuestros padecimientos. ¿Qué tenéis, doña María? ¿Por qué os mostráis tan triste cuando tenéis delante al único hombre que os profesa amor sobre la tierra?

La hermosa doña María dirigió á don Pedro por toda respuesta una mirada de temor, y no tuvo aliento para balbucear una sola frase.

— ¿Os empeñáis en guardar silencio? ¿os empeñáis en martirizarme?—prosiguió el rey cada vez más angustiados y echándose á los pies de la desconsolada jóven.

— Levantaos, levantaos:—dijo esta por fin tomando entre las suyas la mano de su amante.

— ¡Oh! no me ocultéis vuestro pesar; no prosigais dándome martirio. Matadme si quereis; tomad la daga que llevo á la cintura y clavádmela en el corazon; pero no me atormentéis con vuestro lúgubre y profundo silencio. Vos padecéis, doña María; algun fatal presentimiento os hace dudar de mis palabras; decidme lo que sentís; esplicadme la causa de vuestra angustia.

— ¡Don Pedro!—esclamó la dama rompiendo á llorar amargamente.—¡Don Pedro!

Y espiró la voz en su garganta.

— ¡Doña María!—dijo entonces el rey—asiendo la mano de su amante y llevándosela al corazon;—por la sombra querida de mi padre os pido que desahogueis vuestro pecho confiándome todos vuestros secretos.

— ¡Ah! ¡cuán desgraciada soy!

— ¡Desgraciada! ¿y por qué, virgen de mis amores? ¿por qué has de ser desgraciada viviendo al lado del hombre que mas te adora?

— Porque dentro de poco me veré quizá abandonada....

Los ojos de don Pedro brillaron entonces como dos chispas de fuego, apagándose despues y quedando apenas en ellos un rayo de vida.

— No, doña Maria;—dijo despues estrechando á la llorosa jóven contra su seno:—seria muy cruel si de ese modo obrase con la única persona que me profesa amor en este mundo; seria muy ingrato si os dejase abandonada despues de haber infiltrado en vuestro pecho la llama de un amor puro y sin límites. No, no os abandonaré, Maria; seréis mi único alivio, mi único consuelo, mi única felicidad; sin vos, la vida, el mundo, el trono, todo me es insoportable; sin vos no quiero vivir.

— Gracias, gracias, don Pedro; pero ahora me abandonaréis; ahora saldréis de Valladolid y quizá nunca volvais á verme.

— ¿Qué decís, doña Maria?

— Vais á castigar á los rebeldes; teneis muchos enemigos, y aunque es cierto que teneis tambien muchos amigos, sin embargo....

— Nada temas, Maria; antes de dos semanas volveré á Sevilla, y allí serás trasladada para morar conmigo en el alcázar.

Don Pedro estaba loco de alegría al pronunciar estas palabras, y en los ojos de doña Maria brilló un rayo de felicidad, que se apagó en seguida volviendo á recobrar la lánguida espresion que hasta entonces habian tenido.

— Y cuando os caseis con doña Blanca....—repuso la jóven temblorosa.

— ¡Oh! no me hableis de eso, doña Maria; dejadme gozar por un momento del dulce éxtasis que me embarga el

corazon y la mente en este instante. Causas habrá suficientes para motivar una separacion....

— ¿Qué decís?

— Nada, doña María; que os amo y os amaré eternamente: juradme, pues, un amor eterno, y vivirá feliz el resto de mi vida.

— ¡Don Pedro! podreis dudar....

— No, no, María; soy muy ingrato; me acordaré de vos en mi ausencia, y todo me será menos penoso.

— ¡Acordaos de mí, don Pedro!

— ¡No me olvidéis, doña María!

Y ambos amantes quedaron como dominados por las delicias de un sueño venturoso, de un sueño de amor.

CAPITULO VII.

En el que el lector traba conocimiento con Guillen y empieza á comprender el carácter de fray Diego López.

Al anochecer de uno de los días mas frios y nebulosos del mes de octubre, varios escuderos y menestrales se hallaban reunidos en la taberna de maese Pero, que como ya saben nuestros lectores, la habia trasladado desde las cercanías de Talavera á uno de los mas estrechos y sombríos callejones de Valladolid.

La venta que maese Pero tenia en las afueras de aquella villa le daba tan poca utilidad, ocasionándole por otra parte gastos tan dispendiosos á consecuencia de los muchos rebeldes y gente de mal vivir que de grado ó por fuerza solian albergarse bajo su techo; que maese Pero echando sus cuentas y decidido á mejorar de suerte para poder dejar algunos bienes á la única hija que le quedaba de su mujer, se aventuró á trasformar su venta en taberna y á trasladarla

desde las cercanías de Talavera á uno de los barrios mas concurridos, aunque menos principales de Valladolid.

Los excelentes vinos que en ella despachaba, la conciencia con que solia llenar los jarros á sus parroquianos mas antiguos y constantes, y mas que todo la estremada baratura á que solia esponder aquellos líquidos, eran causas mas que suficientes para que su taberna se viese continuamente favorecida por los escuderos, peones, hombres de armas y menestrales que diariamente discurrían por aquella ciudad.

Solían frecuentar tambien de cuando en cuando su taberna ciertas mujeres despreocupadas, alegres y camorristas, que internándose en una especie de sala espaciosa que habia en lo que podía apellidarse la trastienda, armaban sus bailes y corrillos, divirtiéndose alegremente con los mozos gentiles que solían acudir á aquella huronera, ya quitando créditos, ya dando honores no muy apetecibles á cuantas muchachas honradas caían bajo el dominio de su maldiciente lengua.

Solía iluminar este divertido cuadro un enorme candilón de hierro, que pendiente de una cuerda sujeta á una de las vigas de la techumbre, esparcía sus débiles y moribundos rayos por aquella atmósfera densa y corrompida, por la cual solían vagar á veces los ecos de algunos juramentos salidos de bocas no menos fétidas y corrompidas que el aire que se respiraba en la taberna.

El figón de maese Pero, pues tambien se asaban en su casa grasientas chuletas de jabalí, gazapillos cazados por la mañana en las cercanías de la villa y tajadas de pescado seco, era, por decirlo así, el punto de reunion donde se

citaban cierta clase de gentes, y nadie como maese Pero habia atinado con el gusto de la época, beneficiando en provecho suyo las costumbres licenciosas del siglo en que vivia.

En la taberna del buen viejo, solian tambien darse citas amorosas, aunque entre las gentes de baja esfera, como pueden comprender nuestros lectores, y no pocas veces tuvo que interyener el Merino del rey en las contiendas que allí se suscitaban, poniendo paz entre los fogosos parroquianos.

Solian reunirse tambien en ella por la época de que vamos haciendo relacion, ciertas gentes de mala catadura—que envuelto el rostro por lo comun entre la capucha de su tabardo se citaban allí para tratar sus planes de rebeldía y ayudar á los bastardos en contra del rey don Pedro y las principales personas de su alcázar.

Una hora hacia que acababa de ponerse el sol, cuando un hombre de ruin estatura, cubierta la cabeza con una gorra de paño verde y envuelto el cuerpo y parte del rostro en una eapa de la misma tela, se presentó en casa de maese Pero, pasó por en medio de todos los circunstantes procurando al parecer guardar el incógnito en todo lo posible, y entrando en una pieza aislada que habia en el fondo de la taberna, tomó asiento en un banquillo de madera colocado enfrente de una mesa de pino y pidió un jarro de mosto para remojar sus fauces.

Maese Pero se lo sirvió con toda la prontitud y amabilidad que le eran características, y aún no habian tocado sus labios al borde de la vasija, y cuando un escudero fornido, cuyo blanco y reluciente arnés contrastaba notablemente con el atezado cutis de su rostro, se presentó en la estancia

y se inclinó reverentemente ante el embozado que acababa de sentarse.

— Buenas noches, Guillén;—dijo este último al escudero ofreciéndole un asiento y alargándole el jarro que maese Pero le acababa de servir.

— Buenas noches, fray Diego;—contestó el escudero devolviéndole el saludo y colocándose enfrente de él.

— Paréceme que vienes algo pensativo, y por vida mia que no comprendo los motivos que puedes tener para presentarte delante de mí con un gesto tan avinagrado.

— Y por mi vida—repuso el interpelado—que no comprendo yo tampoco el por qué me citais á esta taberna, vos que tan buenos vinos teneis en vuestra casa.

— Pero mi casa, como sabes, dista algunas jornadas de Valladolid, y no comprendo tampoco porque me haces esta observacion.

— Os la hago, fray Diego, porque hace tiempo que ando con deseos de probarlos. Ya pasó cerca de un año desde que bajamos á vuestra bodega, y júroos que desde entonces acá me he acordado tantas veces de ella, como ocasiones he tenido de entrar en esta taberna.

— No tardarás mucho en volver á visitarla; pero antes es preciso que me sirvas, y creo que me servirás.

— No teneis motivo para dudar de mí.

— Por lo mismo que no la tengo, es por lo que acabo de decir que me servirás.

— ¿De qué se trata?

— Se trata de una cosa muy sencilla.

— Esplicáos.

— Remoja antes el paladar, que como nuestra discusion

será larga probablemente, bueno es que no nos falte la saliba.

— Por mí no ha de quedar;—repuso el escudero. —

Y esto diciendo, apuró el jarro de vino, poniéndolo despues boca abajo sobre la mesa.

— ¿Y ni una gota has dejado?—esclamó entonces fray Diego como asombrado al ver la estremada facilidad con que el buen Guillen apuraba el jarro.

— No hay que incomedarse, fray Diego; mientras el buen maese tenga llenas sus tinajas.....

— Es verdad. ¡Maese Pero!

Y el tabernero se presentó.

— Este jarro está vacío;—se adelantó á decir Guillen antes de que fray Diego tomase la palabra.

— ¿Es decir que pedis otro?

— ¡Rayos y centellas! y qué preguntas nos haces.

— Señor....

— ¡Otro en seguida!—dijo entonces el fraile con acento brusco. — Te suplico—añadió despues dirigiéndose á Guillen—que no me llames fray Diego; llámame Diego á secas, ó Diego Lopez, como mejor te plazca; pero que nadie se entere de que soy fraile. El rey don Pedro ha sometido á don Enrique, y si supiera que el confesor de dicho conde....

— Acabad....

— Nada; que seria capaz de mandarme colgar de la mas elevada almena de su mas alto castillo.

— Entonces, descuidad.

Confio en tu memoria. Pues es el caso que me han dicho que estás enamorado.

— ¡Fuego del cielo! ¿y quién os ha noticiado mis amores?

— ¿Crees por ventura que pasa alguna cosa en Valladolid que á las dos horas de sucedida no llegue á mis oídos?

— Creo que no; teneis mas de brujo que de fraile; y á propósito de esto me atrevo á preguntaros; ¿cómo no vestis vuestro trage?

— He tenido que ponerme en camino inmediatamente desde Asturias, y esta es la causa....

— Basta, basta; estoy demasiado pregunton:—dijo entonces el escudero como arrepentido.

— No, no te arrepientas; tambien yo tengo que preguntarte.

— Dispuesto estoy á contestaros.

— ¿Y á servirme?

— Y á serviros, cualquiera que sea la clase de favor que me pidais.

— ¿Estás seguro?

— Segurísimo.

— ¿Es decir que me contestareis....

— A todas vuestras preguntas.

— Empiezo, pues.

— Os escucho.

— Parece ser, segun me han dicho, que tus amores con Beatriz continuaban frios.

— Os han engañado.

— ¿Es decir....

— Que ahora es cuando con mas fuego proseguimos nuestras relaciones.

— Me alegro entonces.

— ¿Cómo que os alegráis? no comprendo....

— Ya comprenderás.

— Si no os esplicais....

— A eso voy; doña Beatriz es íntima amiga de doña María de Padilla.

— Alto ahí, señor Diego;—repuso Guillen poniéndose de pié y como ordenándole silencio.

— No te agites, Guillen;—le interrumpió el fraile levantándose tambien y obligando al escudero á que tomase asiento.—¡Qué vivo eres de genio! ¿por las calzas de don Enrique! que has cambiado por completo desde nuestra última entrevista.

— Es que en tratándose de doña María....

— Si no se trata de doña María; ¿á qué viene esa revelacion tan inoportuna?

— Os he dicho que en tratándose de doña María no puedo disponer de mi persona. Doña María de Padilla pertenece al rey, y lo que el rey manda....

— ¿Es decir que no me dejas continuar?

— Proseguid.

— No me interrumpas, pues; se trata únicamente de que tu hermosa Beatriz....! Pero antes de todo; toma esa brillante joya: ha pertenecido á doña Léonor de Guzman, y don Enrique de Trastamara me lo regaló dias pasados en pago de los muchos servicios que acabo de prestarle: es de mucho valor y creo que no la despreciarás.

— Pero esplicaos antes; yo no puedo aceptar regalos de esta especie, cuando no sé la clase de recompensa que se me exige.

— Ten paciencia y escucha. Tú por medio de Beatriz vas á influir en el ánimo de doña María, á fin de que esta vaya poco á poco inclinando al rey....

— ¿A qué?

— A alejar á don Juan Alfonso de Alburquerque de su corte.

— Eso no puede ser.

— ¿Y en qué te fundas para pensar de esa manera?

— En que si no hubiese sido por ese noble, doña María de Padilla no hubiera conocido al rey don Pedro.

— ¿Y esa es por junto la poderosa razon que alegas para oponerte á mis designios?

— Yo no me opongo á vuestros designios ; pero digo que eso es imposible, por étanto que doña María debe estar sumamente reconocida al de Alburquerque por haberle deparado una ocasion favorable para conocer al rey de Castilla.

— Pues ¡por vida mia! que la ha hecho un gran favor para que piense de ese modo. Si don Pedro no hubiese pretendido la mano de la princesa doña Blanca, se comprende; pero ya sabes que el rey se hallaba comprometido con Carlos V de Francia para unirse en matrimonio con su sobrina. Lejos, pues, de haberla hecho el de Alburquerque un gran favor, la ha hecho un gran perjuicio ; paésto que de jóven honrada y virtuosa que éra, la ha convertido en manceba del monarca castellano.

— Sobre eso nada puede discutirse por ahora ; don Pedro se casará ó no se casará con doña Blanca.

— En fin—dijo fray Diego como queriendo dar un corte á la conversacion y obligando á Guillen á que sin pararse en mas reflexiones le contestara ;—¿aceptas ó no el trato que te propongo?

— Pero ¿qué fin os proponéis con que mi hermosa Beatriz

influya en el ánimo de doña María para derrocar á ese privado?

— El fin es el que te importa menos; ó aceptas ó no; si lo primero, no te faltarán joyas de tan inestimable precio como la que acabo de regalarte; si lo segundo, nada tienes que temer por parte de Diego Lopez.

Quedóse pensativo Guillen durante unos momentos, y decidiéndose por fin contestó con resolución:

— Opto por lo primero.

— ¿Es decir—continuó fray Diego—que por medio de Beatriz harás que doña María de Padilla trabaje por derrocar á ese privado?

— Justamente.

— Bebamos, pues.

— Bebamos.

Y apurando los restos del vino que maese Pero había traído nuevamente, se levantaron de sus asientos, y después de satisfacer fray Diego el importe del gasto, salieron de la taberna.

— Mañana á la misma hora nos veremos en este sitio;—dijo el fraile alargando la mano al escudero.

— No faltaré;—contestó éste estrechándosela.

— Adios, Guillen.

— Adios, señor Diego.

Y fraile y escudero partieron en distintas direcciones al doblar la esquina del callejon.

Nuestros lectores estrañarán sin duda que un fraile como fray Diego Lopez, y además de fraile confesor de don Enrique, conde de Trastamara, entrase sin miramientos de ninguna especie y de rondon, como suele decirse, en la ta-

berna de maese Pero, decidido, como en compañía de Guillen lo demostró, á echarse al colete un jarro de mosto, ni mas ni menos que si fuese un zapatero de los que en aquella época vagaban por los figones, sin acordarse de si los ballesteros del rey tenían ó no sus zapatos en buen uso.

Los frailes, que en el siglo XIV no dejaban de abundar, gozaban de tantas libertades y solian tener tantos derechos, que diseminados cada cual por las diversas ciudades del reino y rara vez reunidos en comunidad, se ocupaban como los seglares tanto en matar conejos con ayuda de su arco y su ballesta, como en armar motines alentando á las gentes del pueblo cuando los deseos de algun noble les contrariaba.

Fray Diego, por otra parte, era tan despreocupado y gozaba de unas libertades tan amplias, merced á ser confesor de don Enrique, que tan pronto se le veia montado en un corcel y arengando á las tropas del conde castellano, como disfrazado de escudero, confundido entre la chusma que gritaba por calles y plazuelas, y dando vida á los motines que contra el rey don Pedro se levantaban.

No era estraño por lo tanto el ver un dia á fray Diego Lopez en Asturias al lado de don Enrique, y á la mañana siguiente hablando con los ballesteros del rey, fingiéndose enemigo declarado del conde de Trastamara.

Fray Diego Lopez, obligado por las circunstancias á vivir siempre entre rebeldes, se habia hecho un conspirador de oficio, y no era el agente menos poderoso de la causa de Trastamara.

Sentados, pues, estos precedentes, nada de particular tenia que el susodicho fraile se hallase en la taberna de maese Pero, y nada de particular tenia tampoco el verle apurar

jarros de vino, apostándose las como quien dice con Guillen.

Fray Diego podría contar unos cuarenta años de edad, y su barba espesa, blanca y crecida, le daba todo el aspecto de un hombre venerable; acostumbrado desde niño, gracias á los revueltos tiempos que alcanzó, á vivir siempre entre espadas, el valor era en él una cualidad vulgarísima si se quiere, pero que en un hombre de su temple venia á ser una circunstancia tan recomendable, que don Enrique y todos sus partidarios le apreciaban, llegando á hacerse temible entre las huestes de don Pedro.

Nada extraño tenia, pues, que fray Diego hubiese citado á Guillen en la taberna de maese Pero para atraerle á su partido, conquistarle por medio de ofertas, y ser útil á su señor don Enrique, valiéndose de los amores del escudero.

Dejémosle proseguir, no obstante, su camino, y dirigiéndonos hácia Andalucía, sigamos los pasos del rey don Pedro, que en este instante emprende su marcha hácia Aguilar con intencion de poner cerco á esta fortaleza, y hacer un ejemplar castigo en la cabeza del rebelde.



CAPITULO VIII.

En el que el lector vislumbra alguna cosa del carácter sanguinario de don Pedro de Castilla.

Don Alfonso Fernandez Coronel continuaba haciéndose fuerte en Aguilar, y ni las amenazas de don Juan Nuñez de Prado, ni las continuas embestidas que de cuando en cuando daban á los soldados de sus torres las tropas del rey don Pedro, ni la situacion crítica y nada favorable en que hacia algunos dias se encontraba, nada le arredraba, nada le conmovia. Don Alfonso Fernandez Coronel era un hombre decidido, valiente y arrojado, que nunca retrocedia ante lo horrible de las circunstancias, y que nacido, puede decirse, en medio de la guerra, habia luchado en diversas ocasiones al lado de Alfonso Onceno de Castilla, habia combatido no pocas veces en contra de los moros, se habia encontrado en el famoso cerco de Gibraltar cuando la peste diezaba los tercios castellanos, y se habia visto, en

fin, en medio de los mayores y mas grandes peligros en que un guerrero podia encontrarse por aquellos tiempos, sin que por eso hubiese desmayado nunca en sus empresas.

Don Alfonso Coronel proseguia, pues, haciéndose fuerte en Aguilar, y ni la noticia de la proximidad de las tropas del rey, ni la situacion ya demasiado critica en que se hallaba, le hicieron impresion, y continuó al frente de la plaza, decidido á derramar en su defensa la última gota de su sangre.

— No es posible que nos sostengamos por mas tiempo, don Alfonso;—le dijo un dia uno de sus amigos y oficiales, despues de haberse convencido de la tenaz resistencia que mostraban las tropas del rey en el cerco de la plaza.

— No te comprendo, Carrillo;—contestó Alfonso Coronel dirigiendo una mirada penetrante al caballero.

— Pues ¡por vida mia! que me esplico bien, don Alfonso, al hablaros hoy de esta manera. Los soldados del rey están minando todos los alrededores de la villa, y dudo mucho que podamos continuar en ella, siendo tan criticas las circunstancias en que nos hallamos.

— Por Dios, Juan Alfonso,—repuso Coronel—que te veo ya tan triste y abatido como todas las gentes de la plaza: no hay motivo para desalentarse de ese modo.

— ¿Nos lo creéis...

— ¿Y por qué no? ¿Acaso ha penetrado la peste en nuestras filas para que de ese modo temamos por la plaza? ¿Porque mi yerno don Juan de la Cerda haya buscado auxilio entre los moros, y los moros no se le hayan concedido, por eso debemos ya desanimarnos hasta el punto de huir y dejar la plaza abandonada? No, Alfonso Carrillo; si tú no

quieres continuar en ella, marcha en seguida, que aun puedo mandar abrir una de sus puertas: yo pienso proseguir aqui hasta derramar la última gota de mi sangre en defensa de la villa, y ni los dardos de las tropas del rey, ni las amenazas del privado, ni la triste posicion á la que al parecer me encuentro reducido, nada me aterra, nada me acobarda. Yo continuaré firme en la plaza hasta que quede un solo escudero á mi lado; con él combatiré, con él defenderé mi derecho, y á su lado exhalaré mi último suspiro.

— ¡Don Alfonso!—esclamó Carrillo fijando en él una mirada de despecho;—yo creí que me habia hecho digno de vuestra confianza y que nada teniais que recelar con respecto á mi persona; yo soy vuestro amigo, yo soy vuestro compañero; yo, el único quizá que me intereso por vuestra suerte. Veinte años hace que nos conocemos, y nunca hasta hoy llegásteis á dudar de mi amistad, porque nunca habeis tenido motivos; pero hoy tampoco los teneis, hoy tampoco debeis mostraros receloso. Juan Alfonso de Carrillo permanecerá á vuestro lado hasta el último momento de su vida, y si el rey don Pedro se presenta, combatiremos con el rey don Pedro; á mí nada me arredra.

— Gracias, gracias;—dijo entonces don Alfonso Fernandez Coronel echándose en brazos de su amigo;—tú eres el único que me defiendes, tú el único que has permanecido á mi lado en los momentos de amargura; porque los demás todos me dejan, ó si no me dejan se muestran frios y poco dispuestos á combatir. Gracias, gracias, Carrillo; lucharemos, y quizá la villa quede por nuestra dentro de pocos dias.

— ¡Ah! don Alfonso; es preciso desengañarse y desechar toda clase de ilusiones; hoy estamos á 4.º de febrero; hoy

hace cuatro meses que el rey don Pedro puso cerco á vuestra villa, y si bien es cierto que hasta hoy hemos podido sostenernos; desde hoy no sé cómo podremos salir con nuestra empresa. Nuestras gentes se hallan desanimadas; el terror ha penetrado en nuestras filas desde el momento en que han sabido la llegada del rey; los muros se hallan por todas partes socabados, y no sé, repito, cómo podremos salir de situación tan angustiosa. Esperanza de vencer no tenemos ya; la de luchar es la única que nos queda, si es que nuestras gentes quieren entrar en combate. Lucharemos, pues, don Alfonso; verteremos en Aguilar nuestra última gota de sangre; pero la hueste de don Pedro quedará por vencedora, y su venganza será terrible.

— Es cierto, es cierto;—repuso don Alfonso Coronel, convencido al parecer ante las poderosas razones que Carrillo le presentaba;—nuestra situación es crítica; pero lucharemos sin embargo.

— Lucharemos, sí;—añadió Carrillo.

Y en este momento un estruendo horrible y espantoso como el de un monte que se derrumba, llegó hasta la sala de armas en que don Alfonso Fernandez Coronel y don Juan Alfonso Carrillo se hallaban, y ambos se tornaron pálidos como cadáveres.

Don Alfonso Coronel recobró muy luego su presencia de ánimo, y sin hacer alto en la espresion sombría que habia aparecido en el rostro de Carrillo, se dirigió á uno de los balcones de la sala, permaneciendo en él durante unos instantes sin atreverse siquiera á articular una palabra.

El cuadro que se presentaba ante su vista tenia algo de siniestro, y don Juan Alfonso comprendió que era llegada

la hora de su muerte. Los hombres de armas corrían de una parte á otra como locos y sin saber á donde dirigirse; unos arrojaban los aceros y buscaban al parecer un asilo seguro donde refugiarse; pero todas las puertas de la villa se cerraban, y únicamente las de la Casa-Torre en que se hallaba don Alfonso, eran las que permanecían abiertas. Las mujeres gritaban estrechando contra su seno á sus hijos mas queridos; estos lloraban como si su escaso conocimiento les revelase algun terrible mal: el cuadro que presentaba la villa de Aguilar era demasiado triste, y don Alfonso Coronel no pudo menos de estremecerse.

— ¡Ira de Dios! — exclamó despues de unos instantes de silencio, retirándose del balcon y dirigiéndose á Carrillo; — estos soldados son cobardes en demasia, y no nos queda otro recurso que inclinar nuestras cabezas ante la cuchilla de los verdugos. El muro se ha venido abajo, merced al fuego que acaban de aplicarle las huestes destructoras de don Pedro; sus soldados penetran por el portillo, y esparcen el terror por entre nuestras gentes; entran espada en mano atacando á cuantos hallan por delante; esto es atroz, esto es insufrible; ninguno de los míos trata de defenderse. ¡Ah! ¡cobardes! gente ruin y mal aconsejada! Si temblais cuando se acerca el enemigo ¿qué hareis cuando se os ponga frente á frente dispuesto á combatir?

Y rojas y ardientes nubes de fuego se elevaban sobre las casas próximas á los muros produciendo densas y rápidas columnas de humo, que elevándose en espiral por aquella atmósfera, templada apenas por los débiles rayos del sol de febrero, iban á perderse en las alturas comunicando á aquel cuadro aterrador las tintas mas sombrías.



Toma de Aguilar por las gentes del rey don Pedro.

Las gentes de don Pedro cansadas ya de sostener un sitio tan prolongado, y animadas por otra parte con la llegada del rey á los campos de Aguilar, empezaron á alitarse y conmovirse tan luego como supieron los designios que con respecto á la villa abrigaba su señor, y no cesaron un instante en sus clamores, hasta tanto que el rey les mandó prender fuego á los muros despues de haberlos socabado y demolido por diferentes puntos con sus trenes de batir.

El soberano de Castilla estaba profundamente irritado á causa de la tenaz resistencia que don Alfonso Coronel le presentaba, y furioso, ensoberbecido y encolerizado contra aquel orgulloso rebelde que tanto y tanto se defendia, concedió las mas amplias facultades á sus vasallos, para que demoliesen, talasen, prendiesen é incendiasen cuantas casas y personas hallasen dentro de la villa, seguros de que él no habia de pedirles cuenta de sus desafueros y tropelias.

Animados con esto los soldados de don Pedro, salieron de las tiendas de campaña que en aquellos campos habian estendido, se acercaron á Aguilar, demolieron gran parte de los muros, minaron el terreno cuanto les fué posible, y no contentos todavía con todos estos medios de destruccion que habian emprendido, pusieron fuego á los muros por la parte en que mas resentidos se encontraban, y el resultado como hemos visto, fué el de venirse abajo aquel trozo de muralla, dejando abierto un portillo para que por él penetrasen cuantos tuviesen gana de saciar su furia, matando á cuantos rebeldes se encerraban en la villa.

Las gentes de don Alfonso Coronel tan luego como vieron el giro que la cuestion acababa de tomar, temieron por

sus vidas, y deseando salir libres de la terrible y fatal refriega que indudablemente habian de sostener, si querian defenderse; unos se retiraban á la plaza buscando refugio en la casa del señor de aquella villa, otros se escondian en el primer rincon que hallaban en su huida, y otros, en fin, creyendo que este era el único medio de salvacion que les quedaba, salian por el portillo que las picas y el fuego habian abierto en la muralla y se pasaban á las bandas del rey implorando su perdon y sometiéndose á él en cambio de la vida.

Los soldados del rey, por otra parte, cansados como se hallaban de sostener aquel sitio por espacio de cuatro meses, entraron en la villa como lobos hambrientos que encuentran una víctima en quien clavar sus afilados dientes, y no respetaron nada, ni oyeron súplicas ni ruegos, ni les condolieron las lágrimas de las mujeres desvalidas, y todo lo minaron, todo lo atropellaron sin respeto á clases ni estados, ni consideraciones de ningun género para con persona alguna.

La villa de Aguilar presentaba un aspecto horrible y aterrador en el momento en que don Alfonso Fernandez Coronel se asomaba al balcon de la sala de armas, y ningun corazon por duro y empedernido que fuese hubiese podido menos de condolerse á presencia del triste drama que ofrecia el interior de la ciudad.

Juan Alfonso Carrillo se hallaba frente á frente de don Alfonso Coronel, y no se determinaba á desplegar los labios, fijas sus miradas en el rostro de su amigo.

— ¿Qué dices?—esclamó por fin Alfonso Coronel, como procurando leer en el semblante de Carrillo los pensamientos que en aquel momento le embargaban.

— ¿Qué he de decir, don Alfonso? que no nos queda otra esperanza que la de morir matando, si estimamos en algo nuestra calidad de caballeros.

Fernandez Coronel quedó como pensativo, y apartándose de la ventana dijo dirigiéndose á su amigo:

— Paréceme, Carrilló, que lo mas acertado es que nos encerremos en la torre.

— ¡ En la torre!

— Sí.

— ¿Y creéis por ventura....

— Creo que el rey se dará á partido.

— Mucho lo dudo.

— ¿Tan duro tendrá el corazon que á presencia de mis hijos....

— El rey no respeta estados ni tiene consideraciones para con sus enemigos.

— Pero bien mirado, nosotros no nos hemos levantado contra el rey.

— Es cierto; pero sin embargo....

— Nosotros nos rebelamos porque no queremos la privanza de Alburquerque; porque no queremos que el rey se halle supeditado al capricho de un noble portugués que tantos males tiene que causar al reino.

— Pero el modo que tenemos de hacérselo saber al soberano....

— Es algo duro, es cierto; pero como de otro modo no nos escucharía....

— Inútiles son nuestras esperanzas, señor Coronel; el rey don Pedro es muy cruel, y aunque jóven, tiene el corazon demasiado endurecido. Acordaos sino de la muerte

que hizo dar á Garcilaso; acordaos de la muerte de doña Leonor de Guzman, que aunque en ella al parecer no tuvo parte....

— Es cierto, es cierto: don Pedro es muy cruel; no estamos seguros. Le pediremos, no obstante, el perdón, y le haremos saber la causa de nuestro levantamiento.

— El rey no se satisfará.

— Le diremos que nos entregamos si aleja de Aguilar á don Juan Alfonso de Alburquerque.

— Don Juan Alfonso de Alburquerque es su privado, y bastará que le impongamos esa condición para que nos mande colgar de una de las almenas de esta torre.

— ¿Y qué hacemos, pues?

— Esperar.

— ¿A que el rey venga?

— A que se presente á mí alguno de sus oficiales.

— Subamos, pues, á la torre.

— Sí, mejor será; al menos estaremos mas seguros.

Y esto diciendo, don Alfonso Fernandez Coronel y don Juan Alfonso Carrillo salieron de la sala de armas, y torciendo por una galería, se dirigieron á la torre subiendo por una estrecha y pendiente escalera de caracol, seguidos de cuatro escuderos que daban la guardia á la puerta de la cámara.

Una vez arriba, don Alfonso Coronel se asomó á una de las ventanas de la torre y dirigió su vista al centro de la plaza.

Venia hácia ella en aquel instante por una de las calles del frente, un apuesto y gallardo doncel montado en un caballo y seguido de unos cuantos escuderos y gente de á pié, pertenecientes todos á la servidumbre real.

Aquel hidalgo que tan bien cabalgaba sobre el alazan, al que difícilmente podia sujetar no obstante su destreza en el manejo de la rienda, era Diaz Gomez de Toledo, jefe de los escuderos del rey, y uno de los mas queridos del monarca castellano.

Tan luego como llegó al centro de la plaza, hizo alto delante de la torre en que don Alfonso Fernandez Coronel se mantenía fuerte, y como viese que las puertas se hallaban cerradas, mandó á los soldados que le seguian que las echasen abajo con ayuda de sus picas.

Estos se apresuraron á obedecerle y aun no habian descargado ningun golpe sobre ellas, cuando una voz robusta aunque un tanto afectada, que bajó de las alturas de la torre, llamó la atencion del oficial de la guardia del rey, y le hizo levantar la vista.

Aquella voz era la de don Alfonso Fernandez Coronel, que haciendo el último esfuerzo por conservar su entereza y presencia de ánimo hasta el último momento, decia á Diaz Gomez de Toledo desde una de las ventanas de la torre:

— Señor Diaz Gomez; las puertas quedarán francas para que me lleveis á presencia del rey don Pedro; pero un favor tengo que pedir os antes de dejar os penetrar en esta torre; que mandeis respetar á mis hijos porque nada tienen que ver con los desaciertos de su padre.

— Haré lo que pueda señor, y así queda dispuesto desde ahora;—contestó Diaz Gomez de Toledo desde la plaza inclinando la cabeza en señal de respeto hácia don Alfonso Fernandez Coronel:—pero no sé hasta donde alcanzará mi poder en este instante.

— Ruegoos que me presentéis vivo en el sitio donde el rey se halle.

— Os repito—repuso Diaz Gomez—que no sé si lo podré hacer.

— Os suplico que me lleveis á su presencia.

— Bajad, pues, don Alfonso Fernandez Coronel; que yo haré cuanto pueda por complaceros.

El rebelde castellano bajó de la torre en compañía de su amigo Juan Alfonso de Carrillo, y presentándose á Diaz Gomez:

— Aquí me teneis;—le dijo:—haced de mí lo que gustéis ó lo que os hayan ordenado.

Los escuderos y demás gente de armas rodearon á don Alfonso y á su amigo, y de este modo aprisionado le condujeron á la presencia del rey, que se hallaba á la sazón en una de las casas mas próximas á los muros.

La primera persona con quien don Alfonso Fernandez Coronel tropezó á la entrada de la habitacion en donde debia hallarse el rey, fué don Juan Alfonso de Alburquerque, su enemigo personal y contra el cual se hubiese arrojado en aquel instante, á no ir desarmado y preso entre tantos escuderos.

— Mala causa abrazásteis, señor Coronel—dijo el de Alburquerque saliéndole al encuentro:—¡y por Dios! que me estraña mucho vuestra conducta, habiendo sido hasta hoy tan querido y apreciado en estos reinos.

— ¿Qué quereis, señor?—repuso Coronel pálido de coraje y acertando apenas á pronunciar una palabra.—*Esta es Castilla que hace las homes é los gasta* (1).

(1) Palabras testuales de la Crónica.

— Mala causa abrazásteis;—volvió á decir el privado del rey fijando una mirada rencorosa en el caballero.—Si no os hubiéseis mostrado tan tenaz en la defensa de esta villa, quizá el rey os perdonase; pero habeis sido muy rebelde y dudo mucho que os perdone.

— No imploro perdon, señor Albuquerque;—repuso con entereza don Alfonso Coronel fijando una mirada de cólera y de desprecio en el rostro del privado.—Para implorar el perdon del rey, seria preciso que me echase ante todo á vuestras plantas y yo continuaré aborreciéndoos hasta exhalar el último suspiro; he sido y soy enemigo declarado del que se apellida favorito de don Pedro de Castilla, y en este instante me está inspirando horror vuestra presencia. No siento la muerte, no; no me impone la cuchilla del verdugo, ni temo tampoco ese profético tono que dais á vuestras palabras; sé que voy á morir, y que vos sois quizá el que mas habeis influido en el ánimo del rey para que me niegue el perdon en caso de que yo me decidiese á implorarlo de rodillas; pero yo soy mas sufrido que todo eso; yo tengo mas serenidad que el privado de don Pedro de Castilla, y nunca me inclinaré á sus plantas cuando sé que don Pedro obra siempre por inspiracion vuestra, y no dá nunca un paso sin consultarlo con vos por lo menos una vez. Yo os detesto, don Juan Alfonso de Albuquerque, y aun tengo ánimos suficientes para medir con vos la fuerza de mis puños, ya que no el temple de mi espada, porque me la habeis mandado quitar de la cintura; aun conservo ánimos bastantes, desarmado y abatido como estoy, para haceros ver quien es vuestro enemigo. Probad, si quereis, don Juan Alfonso; hacedme plaza entre esta gente y acabemos de una vez con nuestras antiguas enemistades.

Y don Alfonso Fernandez Coronel fijaba sus ojos de una manera tal en el privado del rey, que éste no pudo menos de bajar la vista, siéndole imposible resistir las feroces miradas que en él posaba su enemigo.

— ¿Callais?—añadió don Alfonso Coronel haciendo un gesto de desprecio y acercándose al privado.

— Callo—repuso éste—porque recuerdo en este instante una fecha célebre en los anales de vuestra vida. Hoy estamos á 2 de febrero de 1353, y el 2 de febrero de 1340 hicisteis degollar al maestro de Alcántara, don Gonzalo Martinez de Oviedo; trece años justos hace que mandásteis dar muerte á dicho noble. ¡Quiera Dios que hoy por ser su aniversario, no os mande cortar la cabeza el rey don Pedro de Castilla!

— Repito—contestó don Alfonso Coronel—que la muerte no me aterra, y que antes muero á gusto con tal de no teneros por mas tiempo en mi presencia; pero no tardareis en seguir mis pasos;—añadió despues Coronel dando á sus palabras el mismo tono profético con que el privado del rey le habia predicho su muerte.

Un vago presentimiento cruzó en este instante por la mente de don Juan Alfonso de Alburquerque, y su semblante afectó una ligera espresion sombría, que desapareció muy luego, gracias al refinado fingimiento, que era una de las principales circunstancias que adornaban al favorito.

Don Alfonso Coronel se sintió como dominado por un terrible vértigo que le robaba las fuerzas y la vista; pero se conservó de pié, no obstante, disimulando en lo posible la gran emociion de que en aquel momento se hallaba poseido.

El rey de Castilla penetró entonces en la estancia, y di-

rigiendo en torno suyo una mirada fogosa, en la cual iban reconcentradas la ira, la cólera, la rabia, la desesperacion y otras mil pasiones diferentes á cual mas agitadas, se fijó por fin en don Alfonso Fernandez Coronel, y llamando á sus ballesteros, sin dirigir al rebelde una palabra ni una pregunta siquiera para que se disculpase de los cargos que se le imputaban, si es que disculpa alguna podia alegar:

— ¡A él, alguaciles! — exclamó con voz ronca y atronadora, aterrando á cuantos hombres se hallaban á su alrededor en aquel instante.

Los alguaciles del rey se abrieron paso por entre los escuderos con las hachas levantadas, y descargando sobre don Alfonso Fernandez Coronel dos terribles golpes, dieron en tierra con su cuerpo y separaron del tronco su cabeza, salpicando de sangre el gambax de mallas que vestia don Juan Alfonso Carrillo, que lleno de terror habia presenciado aquella escena y escuchado de los labios del rey don Pedro la orden de muerte de su amigo.

— ¿Y habeis cumplido ya? — repuso el rey lanzando un profundo ruido, como el tigre furioso que se goza en contemplar las entrañas de la víctima que ha caido á sus pies despedazada. — ¿Habeis cumplido ya? ¿creeis que asi se llevan á cabo las órdenes del rey don Pedro? Matad á Juan Alfonso Carrillo que está temblando ante mi vista.

Los alguaciles descargaron sus golpes sobre el cuerpo del noble amigo de don Alfonso Fernandez Coronel, y su cabeza rodó por la estancia partida en dos pedazos.

— ¡Rayos y truenos! — exclamó entonces don Pedro lanzando una sarcástica carcajada que dejó helados á cuantos se hallaban en aquel momento cerca de la cámara: — ya ha

muerto el rebelde; ya no volverá á hacerse fuerte en ninguna de sus villas. Mirad su cabeza; ved sus labios entreabiertos y como queriendo dar paso á una sonrisa; pero á una sonrisa de rabia, á una sonrisa de desesperacion. ¡Oh! ya irán escarmentando los rebeldes cuando oigan referir estos ejemplos... Garcilaso fué el primero en quien tuvo que recaer toda mi ira, y no será don Alfonso Fernandez Coronel el último que sucumba víctima de mi cólera; pero yo les hago justicia, yo no les doy muerte por capricho; los mando degollar porque me son traidores, porque siembran la discordia por mis reinos, porque no dejan en paz á ninguno de mis vasallos, porque se rebelan contra mi levantando sus pendones donde quiera. ¡Oh! ya se hará respetar el rey don Pedro de Castilla; ya se hará obedecer de todos los rebeldes; y cuando no, prontos están mis alguaciles; mis leales ballesteros están deseando descargar sus mazas en las cabezas de los traidores. ¡Nobles de Castilla! Don Pedro no descansa ni un solo momento; don Pedro vela á todas horas y nada teme de vosotros; vosotros sois los que debeis temerle, vosotros los que debeis guardaros del influjo de sus iras. A cinco cabezas por dia como las que acaban de rodar por esta estancia, antes de un mes se hallará restablecida la paz en todos los rincones de mi reino. Y caerán; rayos del cielo! ó se irá abajo el trono de Castilla. Caerán, sí; porque mis reinos están clamando por la paz, y la paz no se restablece sino cortando cabezas de traidores, y derramando sangre de rebeldes. Caerán; voto al infierno!

Y los ojos de don Pedro brotaban fuego de sus pupilas, dando á su rostro una espresion feroz, inesplicable, que aterraba á cuantos se hallaban á su lado en aquellos crí-

ticos momentos en que descargaba toda la cólera que encerraba dentro de su corazón.

El rey don Pedro era un leon furioso encerrado en una jaula pugnando por romper los hierros de su prision, y que no encontraba persona alguna en quien saciar sus instintos sanguinarios; luchaba brazo á brazo con sus pasiones y mantenía horribles combates con su razon y su conciencia, arrojando, por decirlo asi, toda su cólera en el primer rebelde que por desgracia caía entre sus manos. Don Pedro saciaba sus feroces instintos derramando gota á gota la sangre de sus víctimas, y gozaba en su martirio como goza el águila salvaje destrozando las entrañas de su presa.

El cuadro que presentaba la estancia que don Pedro habia elegido en Aguilar para su alojamiento, era un cuadro verdaderamente sombrío, verdaderamente desgarrador. Los cadáveres de Fernandez Coronel y Juan Alfonso Carrillo, humeantes todavía y derramando sangre por sus hinchadas venas, eran capaces de erizar los cabellos al hombre mas despreocupado y de corazon mas empedernido que hubiese sido testigo de su horrible muerte. Las cabezas de aquellos rebeldes partidas en pedazos y arrojadas en medio de la estancia, la horrible espresion que habian afectado en sus instantes de agonía, aquellos ojos entreabiertos y apagados, aquella boca horriblemente desfigurada, y todo el conjunto, en fin, de aquella parte del cuerpo separada de su tronco; completaban, por decirlo asi, el sangriento cuadro que en aquella cámara se ofrecia, y sembraban el terror entre todos los servidores del rey don Pedro, que pálidos, consternados, profundamente conmovidos y llenos de horror, apartaban la vista de aquellos cadáveres y apenas se atrevían á

fijar los ojos en el rostro del rey, que dominado por un vértigo horrible dejaba asomar á sus labios una sarcástica sonrisa, en la que el placer iba mezclado sin duda alguna con los tormentos de la desesperacion.

Don Pedro padecía en aquel instante; don Pedro estaba horriblemente demudado; los músculos de su rostro visiblemente contraídos; y cualquiera que no hubiese presenciado la sangrienta escena que en aquella estancia acababa de tener lugar, hubiese reconocido al rey en aquel hombre pálido, ojeroso, y que en todos sus movimientos daba á entender la horrible situacion en que se hallaba.

Si doña María de Padilla hubiese visto al rey en aquel instante, hubiese caído á sus pies llena de terror.

Las facciones de don Pedro se fueron, no obstante, serenando, y al cuarto de hora de la escena que acabamos de referir, ya su semblante habia recobrado su expresion habitual, al paso que en su corazon habia vuelto á restablecerse algun tanto la calma.

—¿Quiénes son los traidores, don Juan?—esclamó por fin dirigiéndose al de Alburquerque y posando en él una mirada feroz.

—Pero Coronel, sobrino del rebelde que acabais de ajusticiar, Juan Gonzalez de Deza, Ponce Diaz de Quesada, Rodrigo Iniguez de Biezma, y Juan Alfonso Carrillo, que es ese que tenéis á vuestros pies.

—¿Son esos todos los rebeldes que se hallaban dentro de Aguilar?

—Son los principales, señor;—contestó Alburquerque en tono muy sumiso.

—¿Y los demás?

— Los demás son gente del pueblo que se darán por muy bien librados si les perdonais la vida.

— ¡Alguaciles!—esclamó el rey con voz de trueno;—traedme las cabezas de Pero Coronel, Juan Gonzalez de Deza, Poncé Diaz de Quesada, y Rodrigo Iñiguez de Biezma; pero pronto, que quiero conocer á esos rebeldes despojados de la vida. Y vosotros,—añadió dirigiéndose á todos los escuderos, ballesteros, peones, pages y demás gente que le rodeaba—marchad ahora mismo á demoler los muros de Aguilar, y que ni una sola de sus casas quede en pié para memoria. Marchad, marchad; y que antes de la noche no queden ni aun restos de la villa en que Alfonso Fernandez Coronel pretendia hacerse fuerte en contra de su soberano. El terreno que ocupa llevará desde hoy el nombre de Monte Real, porque asi le place al rey de Castilla, para escarmiento de rebeldes y de gente aventurera.

Todos los soldados de don Pedro salieron presurosos de la estancia á cumplir sus órdenes; y únicamente don Juan Alfonso de Alburquerque fué el que permaneció inmóvil al lado de su rey.

— Con veinte ejemplos como este no volverán á rebelarse; yo haré ver á los nobles castellanos el respeto que deben á su rey.

—Preciso es, don Pedro, que obreis de esa manera; los señores de Castilla andan demasiado sueltos, y es necesario obligarlos á que se recojan en sus castillos sin entrometerse en rebeliones ni en ponerse al frente de banderías.

— Este ejemplo les será muy provechoso.

— Presente le tendrán, señor don Pedro.

El rey salió de la estancia; don Juan Alfonso de Albur-

querque le siguió, y aun no habian andado cuatro pasos, cuando un fornido escudero le presentó las cabezas de los cuatro nobles que momentos antes habia mandado degollar.

Don Pedro lanzó una horrible carcajada que fué á perderse en los ángulos de un espacioso corredor, y seguido de su privado se dirigió á las tiendas que tenia á pocos pasos de distancia de la villa de Aguilar.

A la mañana siguiente emprendió su marcha hácia Córdoba á la cabeza de sus soldados.



— Con veinte ejemplos como este no volverán á rebelarse; yo haré ver á los nobles castellanos el respeto que debo á su rey.

— Preciso es, don Pedro, que operis de esa manera; los señores de Castilla andan demasiado sueltos, y es necesario obligarlos á que se reconozcan en sus castillos sin entrometerse en relaciones ni en ponerse al frente de banderías.

— Este ejemplo les será muy provechoso.

— Prescrite la tentada, señor don Pedro.

El rey salió de la estancia; don Juan Alonso de Albur-

108

LAS BODAS ESTACIONARIAS

Y que nada ha conseguido. —
Yi tiene esperanza de conseguir. —
Tampoco. —
Famos, Beatriz; confiesa que no te has atrevido á decir nada, y que no sabiendo cómo disculparte... —
Guillén. —
No te incomodes; perdona que á todos nos es difícil. —
De lo que dice un desdichado como tú; pero no de lo que afirma una dama como yo. —
Perdona. — pero dime ¿qué ha dicho don Pedro cuando la hermosa doña María le habló de su privado?

CAPITULO IX.

De como doña María de Padilla dió á luz el primer fruto de sus amores, y de como su hermano don Diego recibió el nombramiento de camarero mayor del rey.

— Te digo, Guillén, que es imposible; el rey don Pedro se halla muy inclinado en favor de don Juan Alfonso de Alburquerque, y ni los consejos de doña María ni las súplicas de su madre conseguirán nada en contra de ese maldito privado que tantos y tantos males está ocasionando á Castilla.

— Es decir que tú crees....

— Que la empresa que nos hemos propuesto llevar á cabo es de todo punto imposible.

— ¡Imposible!

— Como soy Beatriz.

— ¿Tú has hablado á la reina?

— No solo la he hablado, sino que la reina ha hablado al rey.

— ¿Y qué?

— Y que nada ha conseguido.

— ¿Ni tiene esperanza de conseguir?

— Tampoco.

— Vamos, Beatriz; confiesa que no te has atrevido á decirle nada, y que no sabiendo cómo disculparte....

— ¡Guillén!

— No te incomodes, hermosa mia; á todos nos es lícito dudar....

— De lo que dice un escudero como tú; pero no de lo que afirma una dama como yo.

— Perdóname..... pero dime ¿qué ha dicho don Pedro cuando la hermosa doña María le habló de su privado?

— Dijo que tenía depositada en él toda su confianza, y que mientras no tuviese motivos para declararse su enemigo que nunca le apartaría de su lado.

— ¡Ah! pues esos los tendrá muy pronto; don Juan Alfonso de Albuquerque mira hace tiempo con indiferencia á doña María, y tan luego como el rey se convenza del desvío con que la trata su privado, entonces ni uno solo de su raza quedará en el alcázar de Sevilla ni en cien leguas á la redonda.

— ¿Y tú piensas que el de Albuquerque dará á conocer al rey su resentimiento?

— Y tanto que lo creo; como que hace unas cuantas noches dijo delante de sus escuderos que las cosas de Castilla iban muy mal, y que interin el rey no se alejase de doña María, los asuntos del reino irían cada vez peor hasta causar la perdición del trono.

— ¡Eso dijo!

— Eso y mucho mas, hermosa Beatriz. Don Juan Alfonso

creyó encontrar en doña María un instrumento ciego para llevar á cabo sus planes de ambicion, y como ha visto que la dama, lejos de prestarse á ninguna de sus exigencias solo ha servido para contribuir á su derrota, es natural que abrigue esos sentimientos en contra de la jóven de quien el rey se muestra tan locamente enamorado. Ve que su antes poderosa influencia va menguando poco á poco, merced á la que los deudos y amigos de doña María acaban de adquirir, y no es extraño que de esa manera se espese delante de sus escuderos.

— Es verdad, es verdad; don Juan Alfonso es muy ambicioso, y nada de particular tiene su conducta.

Este diálogo mantenian cierta noche la hermosa Beatriz, doncella de doña María, y el escudero Guillén, en una de las antecámaras del castillo en que la amante del rey se hallaba, cuando el rápido galope de un caballo que se acercaba, al parecer, llamó la atencion de ambos amantes, y Beatriz se asomó á una de las ventanas que daban á la calle.

— ¡ Es el rey ! — dijo retirándose de ella inmediatamente y encaminándose por una recta y espaciosa galería. — Adios Guillén; luego nos veremos: voy á noticiar á doña María la llegada de su amante.

El escudero permaneció como pensativo enfrente de la ventana por la cual acababa de asomarse Beatriz, y luego salió á la antecámara silencioso.

Don Pedro de Castilla acababa de llegar á Córdoba y adelantándose á su comitiva se encaminó hácia el castillo donde se hallaba doña María, acompañada únicamente de uno de sus escuderos.

Cuatro de los hombres de armas que habia en la puerta

principal, bajaron el rastrillo, y el puente cayó produciendo un ruido espantoso.

Don Pedro atravesó el pórtico á caballo, y apeándose despues en uno de los patios, se hizo conducir por uno de los ballesteros que daban guardia á doña Maria hasta la habitacion en que esta se encontraba.

El rey de Castilla desde que sacó á la Padilla de casa de don Juan Alfonso de Albuquerque, la llevaba consigo á todas partes, sacrificaba á su amor todas las horas que los asuntos de su reino le dejaban libres, y cuando la voz de alarma dada por los rebeldes resonaba en alguna de las fronteras, la dejaba en cualquiera de sus fortalezas, custodiada por supuesto por los ballesteros y oficiales mas de su confianza, marchando en seguida hácia el punto donde se echaba de menos su presencia.

Don Pedro al obrar de esta manera no obraba por desconfianza, puesto que ni tenia celos de doña Maria, ni la juzgaba capaz de mentir; sino por que viéndose rodeado por todas partes de enemigos, y temiendo que alguno se vengase robándole su amor, creia que lo mas prudente era dejarla en un castillo durante sus ausencias y con una guardia leal á su disposicion, para que de este modo no tuviese que temer las asechanzas de sus enemigos, que eran los mismos que los del rey.

Doña Maria por su parte se resignaba gustosa á permanecer como encarcelada durante las ausencias del rey, y se creia mucho mas segura teniendo á su lado los soldados de don Pedro, que si su protector don Juan Alfonso de Albuquerque la hubiese dejado una guardia doble para su servicio.

El rey, no obstante era celoso; pero celoso únicamente de doña María, que era la única mujer á quien amaba, y por eso cuidaba de rodearla de ballesteros viejos, que lejos de dejarse impresionar por las dádivas del poderoso, solo atendiesen á cumplir con la obligación que les imponía, renunciando al oro, y á todas cuantas promesas pudiesen hacerles, tratándose en deservicio de su rey. Don Pedro por lo tanto, confiaba en la gente que dejaba al lado de doña María, y se alejaba de ella, seguro de encontrarla siempre fiel á sus promesas y dispuesta á brindarle con el amor puro y sincero que albergaba dentro de su corazón.

Don Pedro, pues, se hizo conducir al retrete de doña María, y esta, que se hallaba sentada en un magnífico diván de terciopelo recamado de oro, se levantó presurosa y dirigiéndose al rey se echó en sus brazos loca de contento.

— ¡María!—esclamó el monarca estrechándola contra su seno.

— ¡Pedro!—esclamó la dama abrazando también con efusión á su real amante.

— Me amas ¿no es cierto?—prosiguió el rey.

— ¡Oh! ¡Te adoro!—contestó doña María dejando rodar dos lágrimas á través de sus mejillas.

Prosiguieron abrazados durante unos instantes, y sentándose despues en uno de los divanes, ambos se contemplaban llenos de ternura y ninguno de ellos osaba interrumpir aquel melancólico silencio.

Doña María de Padilla, que por la época de que vamos haciendo relacion podia contar unos veintiun años de edad, era una mujer encantadora, cuya estremada belleza no podia menos de causar admiracion á todos cuantos la veian;

sus cabellos rubios como el oro , y graciosamente echados á la espalda formando bucles; sus ojos azules como el hermoso cielo que se veia á-través de los vidrios de las álicatadas oji-vas de su camarín ; su boca risueña siempre , y orlada, por decirlo así, del puro y delicado carmin de sus pequeños lá-bios ; aquella frente espaciosa y en la cual se adivinaban desde luego su talento superior y una imaginacion ardiente; aquellas cejas ligeramente arqueadas; y todo el conjunto, en fin , de aquel rostro divino y hechicero , formaban de doña María , no una mujer hermosa, no una mujer encañ-tadora capaz de inspirar amor al hombre mas insensible, sino un ángel divino ante el cual no podian menos de con-fesar su escasa validez todas las mas bellas damas de los tiempos del rey don Pedro. Su mirada lánguida al par que penetrante , se fijaba de una manera tal en todos cuantos la rodeaban , que era preciso tener un corazon de roca para no conmovirse ante el poderoso influjo de los mágicos destellos que lanzaban sus pupilas. Doña María de Padilla , tenia por otra parte , un corazon tan noble, y se hallaba dotada de unos sentimientos tan generosos, que ninguno que estuviese á su lado podia temer nada de la cólera del rey; porque doña María sabia aplacar la furia del soberano, y no era la pri-mera vez que habia hecho uso de su poderoso ascendiente para salvar la vida de algun noble sentenciado á espirar bajo la cuchilla del verdugo. Doña María era querida de todos cuantos la rodeaban , y desde la primera de sus doncellas hasta el último escudero de su guardia , todos la amaban con delirio , todos padecian al verla entregada á los amores de un rey tan sanguinario , y ninguno hubiese vacilado un solo instante en perder su vida por salvar la de aquella dama tan

encantadora. La Padilla amaba al rey con todo el entusiasmo de que era capaz su hasta entonces virgen corazón, y ni las inmotivadas justicias que aquel mandaba hacer, ni los muchos desafueros que contra las personas y propiedades cometía, ni ninguno, en fin, de los muchos excesos en que continuamente se veía envuelto el soberano, nada bastaba para apenagar el amoroso fuego que devoraba su corazón; nada bastaba para hacerla cejar en los locos devaneos que desde ocho meses atrás venía sosteniendo con el rey. Doña María padecía horriblemente en medio del silencio de su retiro, y todas las noches solía presentársele entre sueños la imagen de su adorado, cubierto todo de sangre y lanzando miradas de espanto en torno suyo, receloso al parecer de todos los que le rodeaban. Y en efecto; la posición de la doncella no tenía nada de envidiable, ni la situación de don Pedro nada de venturosa. Apartada aquella de su real amante por las muchas y fatales contiendas que continuamente se veía obligado a sostener contra los rebeldes, y condenado éste a no tener un rato de sosiego ni á poder vivir en su corte por espacio de un mes seguido; las circunstancias en que ambos se encontraban eran azarosas por demás, y no era extraño que ninguno de los dos gozase tranquilidad, y que ambos se abrazasen llenos de emoción el día en que por su dicha lograban verse entre los fuertes muros de un castillo ó entre las entapizadas paredes de su alcázar.

Don Pedro amaba con delirio á la Padilla, y toda su ferocidad, todo su entusiasmo guerrero y todos los pensamientos de venganza de que continuamente se veía asaltado cuando marchaba en busca de los rebeldes, todo lo olvidaba, de todo se desentendía al traspasar los umbrales del camarín de

su hermosa dama. Pensando solo en su amor, solo trataba de agradarla, olvidándose por un momento de cuantos alborotadores paseaban las fronteras de su reino, promoviendo conflictos y sembrando la discordia por todas partes.

— ¡María!—dijo por fin rompiendo el melancólico silencio en que hasta entonces habian permanecido, y fijando sus ojos atrevidos en los lánguidos ojos de su amada.—Me amas, ¿no es cierto?

— ¡Oh! no me martirices,—repuso aquella bajando la vista como avergonzada.

— ¿Te sonrojas, María?—le preguntó el rey notando el rubor que habia coloreado las mejillas de la jóven.—¿Por qué bajas los ojos y no te atreves á fijarlos en mí como otras veces? ¿Qué tienes, María? ¿qué te pasa? ¿qué te sucede?

— Nada, nada;—contestó la doncella con timidez dejando caer la cabeza en el pecho de su amante.

— ¡Oh! sí; padeces y no me lo quieres decir; padeces y no quieres explicarme la causa de tus padecimientos.

— No, no padezco; soy muy feliz en este instante porque te tengo á mi lado, porque estoy hablando contigo, porque nadie nos escucha.

— Es cierto, María; nadie nos escucha:—repuso el rey lleno de emocion;—pero explicame la causa de tus padecimientos; ábreme tu corazon y revélame todos esos secretos pesares que hacen tan amarga tu existencia. ¿No eres feliz á mi lado? ¿no estás á gusto conmigo? ¿por qué bajas la vista y no te atreves á mirarme?

— Porque soy muy feliz, don Pedro;—repuso la doncella levantando la cabeza y fijando una mirada lánguida en el rostro del monarca.—Muy feliz;—añadió llena de emocion.

— Pues si tan feliz eres ¿por qué asoman las lágrimas á tus ojos y te muestras tan conmovida?

— Porque la alegría me mata, porque el júbilo me ahoga y no puedo desahogar de otro modo el colmo de felicidad que hay en mi corazón.

— Explicáte, María.

— Voy á ser madre;—repuso esta llena de emoción y posando la cabeza segunda vez en el pecho del soberano.

— ¡Oh! no te apartes, María;—esclamó entonces el rey estrechando entre las suyas la mano de su dama y pudiendo apenas hablar, tal era el gozo de que en aquel momento se hallaba poseido:—no te separes de mí, no te apartes nunca de mi lado; tú eres mi única felicidad, tú mi único consuelo. María, María, déjame contemplar por un momento tu hermosura; déjame que goce un solo instante tus caricias amorosas. ¡Oh! Me amas ¿no es cierto? ¿no es verdad que me amas?

— ¡Don Pedro!—esclamó la dama rompiendo á llorar amargamente y humedeciendo con sus lágrimas el precioso gambax de mallas que llevaba el rey.

— ¿Qué dices?—añadió este posando sus ardientes labios en la frente alabastrina de la dama.

— ¡Por Dios! ¡por Dios! no me martiriceis don Pedro; no me hagais soñar con esperanzas que nunca veré cumplidas; vuestro corazón no es mío; vos tendreis que abandonarme dentro de pocos días y para no volver á verme quizá, si no habeis cambiado de resolución. Me dijisteis que nunca faltan pretextos para motivar una separación; pero no habiéndolos para prescindir de un enlace como el que vais á

contraer, mucho dudo que los halleis para separaros de esa mujer cuando sea vuestra esposa.

— ¡María! — exclamó el rey lleno de cólera y arrojando fuego de sus pupilas.

— Si; en vano es que os irriteis; yo no trato de incomodaros, ni mucho menos de haceros una reconvención por medio de mis palabras; pero me habeis dicho que os revele todos los secretos padecimientos que hacen tan amarga mi existencia, y os estoy descubriendo mi corazón en este instante.

— ¡Oh! ¿me estás descubriendo tu corazón y solo tratas de martirizarme? No te comprendo, María; para descubrirme tus secretos no es necesario que derrames tanta hiel sobre mi espíritu. Yo te amo, María; tú eres mi único pensamiento; y ninguna mujer del mundo podrá conseguir que se borre de mi mente la imagen de tu hermosura. ¿Te amo tanto, María!; si tu pudieses ver lo que pasa dentro de mi corazón en este instante! pero ya se ven... dudas de mí, me atacas por tantos lados esforzándote por que aparezca ante tus ojos como criminal, que, francamente, no me queda otro recurso que oír tus palabras sin replicar; porque mis réplicas sobre este asunto ningún valor tendrían para tí. Como ha de ser, María! Te empeñas en dudar de mis palabras, y cuando una mujer duda de los juramentos de su amante, este debe inclinar la cabeza y someterse gustoso á cuantas pruebas de fidelidad le exija su dama para convencerse. Si tú exiges alguna...

— No, no; á vos os toca exigir; á mí el obedecer: yo me he declarado esclava de vos, desde el momento en que por seguiros dejé la casa de don Juan, y á nadie tengo que echar la culpa de mis desaciertos.

— ¿Es decir—repuso el rey mas irritado—que has cometido un desacierto, en el mero hecho de dejar á Sahagun por venir á ocupar un puesto en el alcázar de tu amante? ¿Es decir que quieres hacer que aparezca como criminal ante tus ojos, porque te he sacado de aquella villa obedeciendo únicamente á la ciega pasión que por tí sentia?

— No, no, don Pedro; yo no pretendo hacerlos aparecer como criminal, ni ante mí, ni ante los ojos de nadie; os repito que no teneis vos la culpa de mis desaciertos, y que á nadie debo hacer responsable del buen ó mal porvenir que la suerte me depare. Vivid por lo tanto descuidado, que yo no os culpó á vos de nada de lo que me sucede.

— ¿Es decir—añadió el rey cada vez mas conmovido—que aun persistes en creer que has cometido un desacierto en el mero hecho de seguirme desde Asturias? Explicate, María; explicate y no me hagas padecer con tus palabras.

— Veo, señor, que he cometido un desacierto, porque sabiendo que os hallabais seriamente comprometido con el rey de Francia para casaros con su sobrina, yo no debí escuchar vuestros amores, ni abrir la puerta de mi jardín, dejándoos la entrada franca en mi humilde habitacion. Por eso creo que he cometido un desacierto; y por eso creo que he obrado mal, y que mi porvenir tiene que ser muy triste.

— Por Dios, María; cesa ya de hablarme de esa manera; cesa de martirizarme y no vuelvas á esponer delante de don Pedro esas dudas infundadas que abrigas en tu corazón. El rey de Castilla tiene un alma demasiado grande para temblar de ese modo ante las circunstancias por difíciles que sean. Don Pedro de Castilla ha sabido hasta hoy hacer valer sus

derechos haciéndose respetar de todos sus vasallos, y de hoy en adelante sucederá lo mismo; mi voluntad hasta ahora ha tenido el carácter de ley, y ni el mas poderoso noble de mis reinos, ni todos los nobles reunidos, ni el rey de Francia, ni todos sus vasallos bastarán á hacerme cejar de mi resolucion, si es que de resolucion he cambiado despues de enviar á París á mis embajadores. Para mí no hay obstáculos, María; para mí no hay inconvenientes; yo todos los venzo, todos los allano. Si mi boda con doña Blanca hubiese de perjudicarte de algun modo, mi boda seria desecha; pero doña Blanca, repito, será mi esposa ante los ojos de los hombres, y doña María de Padilla mi esposa ante los ojos de Dios: no tienes porque dudar, Maria; no hay mujer en el mundo capaz de inspirarme amor despues de haberte conocido; tu serás la única en quien yo siempre fijaré mis ojos, y la única á quien reservo un lugar distinguido en el fondo de mi corazon. Si quieres, no obstante, que renuncie á mi matrimonio, renunciaré en buen hora, y me dispondré á luchar cuerpo á cuerpo con el rey de Francia; él me declarará la guerra; pero mis soldados son valientes, y acordándome de tí no habrá rey en el mundo á quien yo no haga besar la tierra humillándole á mis pies. Dilo, María; di si renuncio á mi matrimonio, porque aun es hora de retroceder; aun es hora de deshacer lo hecho, si es que hay hecho algo en favor de mi enlace con doña Blanca.

Don Pedro al pronunciar estas palabras, se paseaba por la estancia á pasos agigantados, y la hermosa doña María, no se determinaba á levantar los ojos delante de aquel hombre sanguinario que hablándola de amor, la hablaba al propio tiempo de echar á sus pies las cabezas de los reyes. Sen-

tada en el diván al lado de don Pedro enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, y no se atrevia á pronunciar una palabra.

— Contesta, María;—esclamó por fin el rey estrechando la mano de la doncella de una manera nerviosa, y apretando los dientes de coraje.

— ¿Qué quereis que diga, señor?—repuso esta temblorosa.

— Quiero que contestes á mi pregunta.

— Preguntadme, pues.....

— Digo, que si no te satisfaces con mis palabras, si no te bastan mis juramentos, haré lo que me digas, seré esclavo de tu voluntad, y renunciaré á mi casamiento.

— ¡Señor!

— Sí, María; contesta á mis preguntas, (que estoy dispuesto á obedecerte).

— ¿Qué quereis que os conteste, señor, si no que lleveis á cabo ese casamiento del cual no podéis prescindir ya, sin esponeros á sostener con el rey de Francia una lucha encarnizada?

— Repito, María, que la lucha es lo que á mí menos me importa; que he vencido á nobles de mejor temple que ese rey, y que á todo me hallo dispuesto por desvanecer tus dudas. Si quieres que luche, lucharé seguro del vencimiento; si quieres que cumpla mi palabra, dispuesto estoy tambien á llevar á cabo mi casamiento: pero repito que Blanca será mi esposa; Blanca será una mártir á mi lado, porque tú y solo tú eres la dueña de mi corazon.

— ¡Señor!.....

— Sí, María; don Pedro de Castilla temible para todo

los nobles castellanos, se humilla hoy hasta el punto de echarse á los pies de una mujer débil, suplicándola le perdone y haga su felicidad.

Y don Pedro se echó á los pies de su amante.

— ¿Qué hacéis? ¿qué decís?—repuso está asiendo la mano del rey y obligándole á que se levantase.—Por Dios, don Pedro; no me sonrojeis; no me martiriceis con esas vuestras palabras haciéndome mas infeliz de lo que soy. Yo á todo me resigno, yo á todo me conformo; pero solo una cosa os pido; que no me abandoneis, que no me olvideis nunca; que ninguna otra mujer llegue á reinar en vuestro corazón.

— ¿Y podeis dudarle, doña María? ¿podeis dudar de mis palabras, cuando hace un momento os acabo de decir que estoy dispuesto á sacrificarlo todo por daros gusto, y que mi vida y mi corona perderia gustoso, tan solo por complaceros? ¡Oh! sois muy cruel, doña María; al hablar de esa manera; sois muy cruel al abrigar en vuestro corazón dudas semejantes. Mi corazón es vuestro, y vuestro será hasta la tumba; dentro de pocos dias sereis madre, como dijisteis al entrar aquí: ¿y me creéis tan falto de razon y de conciencia que piense nunca en abandonáros, cuando el fruto de nuestros amores vendrá dentro de poco á estrechar mas y mas los sagrados vinculos que nos unen desde nuestras primeras entrevistas en San Juan de Sahagun? No, María; el rey don Pedro os ama, y os seguirá amando aun despues de unido á esa otra mujer á quien el pueblo apellidará mi esposa. Desechad esas dudas, María; no me martiriceis volviéndome á repetir esas palabras, y vivid segura de que mi corazón os pertenece.

Don Pedro de Castilla acostumbraba á hablar á doña María con entera confianza, cuando la hablaba de su amor; pero cuando pasaban á tratar de asuntos mas graves, cuando aquella se mostraba fria ó recelosa de que su amante la abandonase, éste solia revestirse de cierto aire imperioso, hablándola al propio tiempo con toda clase de respeto, y de este modo se hacia escuchar de la doncella, desvaneciéndole todas las dudas que pudiese abrigar en su corazon y obligándola á desechar todas sus preocupaciones.

Doña María entonces, le escuchaba con los ojos bajos, y atreviéndose apenas á respirar, no murmuraba una palabra hasta tanto que el rey la daba su permiso.

Así prosiguieron hablando largo rato, él procurando desvanecer las dudas de la doncella, y ella escuchando sus palabras llena de sumision, y llegada la noche se separaron. La dama se retiró á su dormitorio, y don Pedro fué á dar órdenes á sus oficiales; porque dentro de pocos dias pensaba emprender su marcha hácia Toledo, si es que el estado de su amada lo permitia, pues pensaba llevarla consigo á todas partes, interin recibia nuevas de Francia con respecto á su matrimonio.

Peró los planes del rey quedaron por esta vez desconcertados. En la sala de armas se hallaba cierta noche hablando con don Diego Garcia de Padilla, hermano de doña María, cuando un ballestero se presentó en la puerta solicitando permiso para entrar.

— ¿Qué quieres?—dijo el rey con sequedad y sin apartar los ojos del tablero en que él y don Diego jugaban á los dados.

— Una doncella de doña María pide permiso para hablar á su señoría;—contestó el ballestero.

— Que pase;—repuso el rey.

Una graciosa morena de unos diez y ocho años de edad cuyos ojos negros eran capaces de abrasar con sus miradas á un hombre de piedra, se presentó en este instante delante de don Pedro, y haciéndole una profunda reverencia, le dijo en voz baja, aunque no tanto que dejase de oirlo don Diego García de Padilla;

— La situación de doña María, reclama vuestra presencia.

— ¿Qué sucede?—la interrogó el rey levantándose del sillón como agitado.

— Que está muy próxima á ser madre;—contestó la graciosa jóven, que no era otra que Beatriz, la amante de Guillén.

— Ya lo escuchais, don Diego;—repuso el rey dirigiéndose á su amigo, á quien trataba por entonces de hacer su camarero:—vuestra hermana, que como sabeis estaba en cinta, está próxima á ser madre.

— Subamos,—pues;—contestó don Diego.

— Subamos, añadió—el rey.

Y seguidos de Beatriz, subieron al camarín de doña María á pasos acelerados, penetrando hasta su dormitorio.

Los débiles quejidos salidos del fondo de aquel retrete anunciaron á don Pedro que su amante debia padecer horriblemente.

Decidióse á entrar en aquella cámara; pero una de las doncellas de doña María le salió al encuentro presentándole envuelto entre finísimos y blancos paños, el primer fruto de sus amores.

El rey don Pedro, aquel rey que nunca se inmutaba,

que todo lo contemplaba indiferente, y que veía rodar á sus pies las cabezas de los rebeldes, sin apartar siquiera los ojos de cuadros tan desgarradores, se conmovió profundamente en este instante, y abalanzándose á la criatura que la doncella le presentaba, posó sus lábios sobre su tierno rostro, y dijo lleno de emocion :

— Es mi hijo, don Diego ; el hijo de vuestra hermana.

Don Diego García de Padilla besó tambien el temprano fruto de los ilícitos amores del rey don Pedro, y la voz débil y angustiosa de doña María que salía del dormitorio, exclamó, llena de emocion.

— Es vuestra hija, don Pedro ; es Beatriz : así la he bautizado.

— ¡ Beatriz !—exclamó el rey volviendo á besar á la tierna infanta.

Don Diego García de Padilla contemplaba aquel cuadro lleno de disgusto al parecer, y comprendiéndolo don Pedro, añadió dirigiéndose á él :

— Desde hoy eres mi Camarero mayor.

En los ojos de don Diego García de Padilla brilló un rayo de felicidad, y todas las doncellas que se hallaban presentes en aquel entonces, parece como que miraban con envidia al hermano de doña María, al paso que posaron sus enojados ojos en el rostro de su rey.

— Doña María os premiará vuestros servicios ;—dijo entonces don Pedro dirigiéndose á las doncellas.

Y seguido de don Diego García de Padilla, se acercó hasta el lecho de su amante.

CAPITULO X.

De como fray Diego Lopez tuvo ocasion de hacer palpable al rey don Pedro el poco afecto que le tenia.

En una de las mas hermosas tardes del mes de marzo de 1353, todas las gentes de la villa de Torrijos se hallaban alborotadas corriendo de un lado para otro, y ansiosas al parecer de adquirir noticias sobre algun suceso importante que indudablemente debia haber ocurrido en ella.

Todos se miraban como asombrados, y todos se preguntaban al oido procurando que nadie los oyese.

— ¿Qué ha sucedido?—esclamaba un zapatero acercándose á un corrillo de menestrales que habia cerca de la plaza.

— ¿Qué ha pasado?—preguntaba un mozalvete de atezado cutis y mirada aviesa aproximándose á un anciano.

— Dicen que el rey ha sido herido;—esclamaba uno por lo bajo.

— Afirman que el rey está enfermo de peligro;—añadia otro.

— Segun acabo de oír á un escudero—murmuraba una vieja al oído de su vecina—parece ser que don Pedro no ha salido bien librado del torneo.

—¿Y quién le mete á él—replicaba la vecina—á lanzarse á la arena tan ligeramente armado, cuando veía que todos los mantenedores llevaban armaduras de Milán?

— Es verdad; si don Pedro no fuese tan arrojado.....

— Si no fuese tan atrevido.....

— Pues tarde ó temprano ha de tocar los malos resultados que ha de ocasionarle su carácter aventurero.

— Yo así se lo he pronosticado, y creo que no ha de pasar mucho tiempo sin que vea cumplido mi pronóstico.

— Es cierto: los amores de esa mujer.....

— ¡Oh! esos amores son los que tienen que labrar su ruina.

— Las mujeres son la causa de todas nuestras desdichas.

— Tened en cuenta que sois mujer, señora Berta; no hableis por lo tanto de esa manera.

— ¡Oh! pero nosotras somos diferentes: en nuestros tiempos.....

— En nuestros tiempos nada de esto se veía; las mujeres procuraban vivir en medio del recogimiento, y encerradas en sus casas, apenas daban que decir con sus amores.

— Es cierto, es cierto: hoy la religion se mira con tanta indiferencia, que, francamente, no sé á donde iremos á parar si prosigue esta inmoralidad por mucho tiempo. ¿Qué se hubiera dicho hace cuarenta y cuatro años de una mujer que teniendo su honor en tan poca estima, se hubiese entregado á un hombre de la manera que hoy lo está haciendo doña María? Se la hubiera arrojado de la ciudad en que se

hallase, y nadie la hubiese mirado con buenos ojos; pero hoy....

— Hoy es muy diferente, señora Berta; hoy andan tan sueltas las mujeres, que con razon se las ha bautizado á algunas con el apodo de liebres.

— Y liebres corredoras; porque rara vez se hallan en sus casas.

— Francamente, los amores del rey don Pedro tienen que ser la causa de no pocos trastornos.

Y estas y otras conversaciones por el estilo mantenian las gentes de Torrijos, formando corros en las cercanías de la plaza, interin los ballesteros del rey, espada en mano, y caladas sus viseras, recorrian las calles de la villa, procurando acallar los intempestuosos rumores con que la chusma y gente de mal vivir, que por aquellos tiempos no era muy escasa, alborotaban los barrios alarmando á los vecinos con sus misteriosas conversaciones.

Los hombres, que aunque de pocos alcances, se hallaban mas al corriente de la marcha que llevaban los asuntos del reino, todos comentaban los amores del rey don Pedro del mismo modo que aquellas viejas; pero no por eso dejaban de conocer que el arrojo y valentia del soberano, eran circunstancias nada despreciables para un rey, que viéndose precisado á luchar siempre con rebeldes, tenia á cada paso que echar mano de su espada para castigar sus tropelías. Lejos, pues, de anatematizar la conducta del rey porque hubiese tomado parte en aquellos torneos, todos los hombres de Torrijos ensalzaban su conducta en aquel día en que calándose la visera, echándose el escudo al brazo izquierdo, y empuñando una pesada lanza de roble

con punta de Milán, habíase lanzado á guisa de aventurero en contra de los fieros mantenedores de aquel campo, haciendo rodar por el palenque á mas de cuatro caballeros cuyo robusto brazo escitaba hasta entonces el entusiasmo general.

Don Pedro de Castilla era valiente y decidido cual ninguno de los nobles de su córte, y no teniendo á la sazón rebeldes contra quiénes hacer armas, se entretenía en celebrar justas y torneos en todos los pueblos por donde pasaba, complaciéndose al propio tiempo en lucir su habilidad y maestría en el manejo de la lanza. Profundamente afectado ahora á consecuencia del fausto acontecimiento que le hizo padre en la ciudad de Córdoba, queria solemnizar públicamente el nacimiento de su hija, y esta era la causa de que á su paso por Torrijos hubiese dispuesto que se celebraran justas y torneos en los que pudiesen medir las armas todos sus vasallos, aun cuando no fuesen caballeros. Ya hacia dos horas que los aventureros disputaban el campo de los mantenedores sin que hubiesen podido salir airosos de su empresa, cuando el rey se lanzó á la arena montado en un fogoso corcel de guerra y dispuesto á lucir públicamente la pujanza de su brazo y á ganar el campo á los mantenedores ayudado por algunos de sus caballeros.

Todos contemplaban llenos de admiracion el arrojo y destreza de don Pedro, al arremeter á sus contrarios; todos miraban llenos de júbilo la sin igual bizzarria del monarca, que lanzando su caballo á la carrera y acometiendo con la lanza alta á los mantenedores, ya les destrozaba el yelmo, ya les arrancaba la visera, ya los despojaba del escudo, ó ya, en fin, los dejaba desarmados rompiendo sus lanzas en

cincuenta astillas, gracias á la maña singular que se daba para recibir y parar los golpes.

Hasta aquel momento ninguno de sus contrarios habia conseguido tocarle en la armadura, al paso que él habia echado por tierra á cuatro de los mantenedores, dejando heridos á dos de ellos, y no muy bien parados á los otros dos, uno de los cuales se habia roto el brazo derecho en su caída.

Tan furiosos se hallaban los mantenedores, tan profundamente afectados estaban á consecuencia de lo mal parado que el rey don Pedro dejaba su pabellon; que ni un instante dudaron en hacer plaza á un guerrero, que armado de punta en blanco, y cabalgando en un brioso corcel de raza árabe, se habia presentado en la tienda solicitando permiso del gefe de los mantenedores para hacer armas contra el soberano de Castilla.

Profunda sensacion hizo en el público la aparicion de aquel nuevo caballero, que calada la visera y abrazando un pesado escudo, salió al palenque, decidido al parecer á no dejar con vida á ninguno de los mantenedores que al lado del rey justaban.

Las damas todas se levantaron de las gradas, fijando sus ojos en el recién venido; pero nadie le pudo conocer, aunque algunos sospechaban si seria don Enrique, el hermano bastardo del rey. Tan espesa era la redecilla que llevaba en la visera, que únicamente se veian brillar á través de sus hierros los ojos del encubierto. Su apostura era gallarda; la lanza que empuñaba una de las mejores que hasta entonces se habian presentado en el palenque, y el plumero que salia de su almete, azul y rojo, al paso que todos los mantenedores lo llevaban blanco.

Doña María de Padilla, que sentada en una de las gradas y bajo una especie de pabellon carmesi recamado de guarniciones de oro presidia la fiesta, se hallaba rodeada de todas sus doncellas, y los ballesteros del rey le daban la guardia, como de costumbre, colocados de pié detrás de las cortinas del pabellon. Los ojos de la dama brillaban como dos diamantes, y en las facciones de su rostro se veia pintado el desasosiego con que presenciaba los incidentes de aquella bárbara fiesta. Aunque don Pedro hasta ahora ningun golpe habia recibido, la dama, sin embargo, temia por su amante, y tan luego como el del plumero azul y rojo se presentó en la arena, una mortal palidez cubrió el rostro de doña María, como si algun mal presentimiento hubiese surcado por su mente en aquel instante.

Sus damas lo notaron; pero nada se atrevieron á decirle temerosas de llamar la atencion del público, ó de molestar tal vez con su importunidad á doña María. Solo Beatriz, merced al gran ascendiente que tenia sobre el ánimo de la dama, se atrevió á preguntarla por lo bajo si padecía.

— No;—contestó doña María en el mismo tono:—porque confio en el valor y destreza de don Pedro; pero la presencia de ese nuevo guerrero me ha causado una fuerte impresion, y no sé que vago presentimiento me dice que el rey vá á ser herido.

¡Oh! por Dios, doña María;—repuso Beatriz desconsolada:—desechad de vuestra mente esos fatales presentimientos y admirad la destreza y habilidad con que el rey maneja las armas.

El rey y el del plumero azul, se preparaban en este instante á acometer: apartáronse como á unas treinta varas

de distancia, metieron espuela á sus caballos, y de la primera embestida, el rey hizo pedazos su lanza en el pecho de su contrario. La de este saltó tambien hecha astillas, habiendo chocado contra el caparazon del caballo de don Pedro, y un silencio general, que era el silencio del asombro, sucedió al encuentro de ambos paladines. El golpe de don Pedro iba, no obstante, mejor dirigido que el de su contrario, y repuestos ambos de aquella primera embestida, volvieron á ocupar sus puestos y se arremetieron segunda vez. El encuentro en esta ocasion no fué tan temible, y ambos contendientes volvieron piés atrás algun tanto serenos. El rey, sin embargo, estaba furioso y si hubiese sido posible levantarle la visera en aquel instante, se hubieran visto las facciones de su rostro horriblemente demudadas y brotando fuego de las pupilas de sus ojos.

El carácter de don Pedro era sumamente irascible; y cuando despues de unos cortos instantes de reflexion, no conseguia lo que se habia propuesto, bramaba de cólera, el corazon parecia querer saltársele del pecho y en su mente confusa y arrebatada, vagaban á un tiempo mil pensamientos diferentes, todos á cual mas irrealizables, todos á cual mas descabellados. Don Pedro hubiese querido, pues, atravesar de un lanzazo el corazon de aquel inicuo guerrero que se habia presentado en la arena, como para rebajar públicamente su orgullo haciéndole quedar vencido, y el mejor castillo de sus fronteras hubiese dado en aquel momento por arrojarle del caballo, merced á un robusto bote de lanza, á fin de que nadie se hubiese atrevido á dudar de la pujanza de su brazo. Pero si el rey justaba bien, si el rey manejaba su corcel con maestría y paraba los golpes del mantenedor con una

destreza muy poco comun; el del plumero azul cabalgaba en su alazan con no menos gallardía que el rey don Pedro, y su habilidad en dar y recibir los golpes, nada dejaba que desear á los espectadores de aquella fiesta. El rey de Castilla se hallaba por lo tanto ciego de corage, y atendiendo mas á acometer de frente á su adversario derribándole en tierra si le era posible, que á parar los golpes que aquel le dirigia, apenas se cuidaba de defenderse con el escudo, y esto indudablemente iba en favor del del plumero azul.

Arremetiéronse por fin la quinta vez, y la lanza del rey fué á clavarse en la visera del mantenedor, rompiéndose la en mil pedazos, y haciéndole caer en tierra sin sentido á consecuencia del gran empuje con que acababa de darle el golpe. El del plumero azul, habia, no obstante, ingerido la punta de su lanza en el guantelete de don Pedro, y éste quedó malamente herido en su mano izquierda aunque sin resentirse sin embargo de la herida, y conservando toda su serenidad en medio del palenque, pero la mucha sangre que arrojaba de su herida, hizo ver á los caballeros que con él se hallaban que aquel copioso derrame podia tener malas consecuencias, y acercándose al rey le invitaron á salir del palenque á fin de que se curase.

Don Pedro, sin embargo, habia quedado vencedor; y el estrepitoso y confuso clamoreo de los espectadores que victoreaban al rey de Castilla, mezclado con los sonoros ecos de las trompas de los farautes y reyes de armas que anunciaban que los torneos y justas se daban por terminados, surcaron el espacio, atronando todos los alrededores de la villa de Torrijos, y de este modo terminaron las fies-

tas que en celebridad del nacimiento de Beatriz habia mandado celebrar el rey.

Doña María de Padilla, se levantó presurosa del sillón que ocupaba debajo del dosel, y seguida de la escolta se encaminó hacia la tienda donde se hallaba don Pedro en aquel instante curándose de su herida; pero don Diego García de Padilla, su hermano, le salió al encuentro y noticiándole que la herida del rey nada tenia de grave, la hizo conducir en una litera hasta la casa donde el rey habia fijado su residencia.

El del plumero azul y rojo, habia sido conducido tambien á la tienda de los mantenedores, y merced á los auxilios que un astrónomo judío le habia prodigado, pudo conseguirse que volviese de su desmayo. Estaba herido en la cabeza, y aunque tampoco su herida era de gravedad, su estado, no obstante, era poco satisfactorio; y trasladado á su casa en hombros de los escuderos, el judío le obligó á guardar cama por espacio de diez dias, al cabo de los cuales estaba ya fuera de peligro.

Todas las gentes de Torrijos procuraban, pues, averiguar quien era aquel denodado caballero que con tanta valentía se habia lanzado á medir sus armas con el rey; pero el herido proseguia guardando su incógnito, y nadie mas que el judío consiguió verle el rostro, y esto únicamente cuando iba á hacerle la cura.

El rey no mostraba interés alguno por saber quien era el que le habia herido, y solo don Diego García de Padilla por sugerencias de su hermana era el que procuraba indagar la calidad y linaje del encubierto; pero el hermano de doña María no fué mas afortunado que las demas gentes de Tor-

rijos, y únicamente algunos días despues de haberse marchado de dicha villa completamente curado de su herida, fué cuando la vieja en cuya casa se habia hospedado, declaró á una de sus vecinas, que el que de aquel modo habia hecho armas con el rey, era un tal fray Diego Lopez, confesor del hermano bastardo de don Pedro, el conde de Trastamara.

Al dia siguiente de haber hecho la vieja esta revelacion, todas las gentes de Torrijos sabian quien era el encubierto, y por espacio de una semana no se habló en la villa de otra cosa que de la herida de don Pedro y del confesor de don Enrique.

La vieja añadía además, que al marcharse habia jurado vengar su herida asesinando al rey tan luego como se le presentase una ocasion á propósito; pero esto nadie lo creía porque habiendo justado ambos como caballeros, no habia motivo para ofenderse por los golpes recibidos, ni para pensar tampoco en llevar á cabo ruines venganzas.

CAPITULO XI.

En el que el rey de Castilla, merced á los consejos de don Juan Alfonso de Alburquerque, se decide á contraer matrimonio con doña Blanca de Borbon

Aun no se hallaba don Pedro completamente curado de su herida, cuando su camarero mayor, don Diego García de Padilla, se presentó en la estancia en que aquel se hallaba á noticiarle la llegada de don Juan Alfonso de Alburquerque, que venia de Portugal.

No recibió muy bien el rey esta noticia; porque sabia muy bien lo que su antiguo privado le diria, resentido como se hallaba naturalmente al ver que ya no le dispensaba su confianza; pero como quiera que la política y la amistad aconsejaban otra cosa, el rey de Castilla mandó pasar á don Juan Alfonso, recibiéndole, no obstante, con un poco mas de frialdad que la que hasta entonces habia usado para con él.

Este era uno de los grandes defectos que el rey don

Pedro tenía, y el único quizá, que fué la causa de todos los males de que continuamente se vió rodeado durante los veinte años de su gobierno. Don Pedro de Castilla no era político: esto es; no era lo que hoy se llama un hombre diplomático. Déspota por naturaleza, irascible y vengativo hasta la crueldad, sanguinario hasta la exageracion, y sin norte, guía, ni plan fijo de gobierno; el rey don Pedro despreciaba los consejos de todos los hombres que tenía á su lado, rara vez obraba despues de un exámen profundo de lo que pensaba hacer, y guiado únicamente por su capricho; su capricho era la única razon de Estado que alegaba muchas veces al tratar de plantear tal ó cual reforma, al disponer que tal ó cual órden se cumpliese, ó al mandar á su verdugo que la cabeza de tal ó cual vasallo quedase aquellá misma noche separada de su tronco. Don Pedro de Castilla, lo veía todo por el rojizo prisma de la sangre, y solo degollando nobles, y colgando de las almenas de sus castillos á todos aquellos que no se sujetaban á sus intempestivas y muchas veces despóticas leyes, era como creía que podía gobernarse un reino abatido continuamente bajo el peso de inmoderadas contribuciones, y minado casi siempre por guerras intestinas, que obligando á los colónos á dejar el modesto sayo del labriego por vestir el pesado arnés del soldado, á dejar la esteva por empuñar la espada, apenas les dejaba el tiempo suficiente para cultivar los campos, que la ambicion de un poderoso señor de cuchillo y de caldera les cedia generosamente, mediante un crecidísimo tributo.

De este modo creía don Pedro que debía gobernar su reino, y de este modo era como se granjeaba las enemistades de todos cuantos le rodeaban. Si el rey de Castilla hu-

biese sido un poco más político, ó ya que no más político, un poco más reservado, muchas traiciones de las que contra él tantas y tantas veces se intentaron, no hubiesen tenido lugar; porque todas en último resultado reconocian por causa suprema la irascibilidad de su carácter, el temor á sus sangrientas y horribles venganzas, y mas que todo, la crueldad que usaba para con todos los vencidos.

Don Pedro de Castilla se enemistaba con cualquiera de los nobles de su reino, aun cuando para elló no hubiese tenido motivo; é inmediatamente trataba de hacerle ver su superioridad, molestándole continuamente, y tratando por todos los medios posibles, de que aquel se fortificase, para en seguida y sin pretésto de que se habia declarado en rebeldiá, mandar sobre sus castillos un centenar de lanzas, apoderarse de sus bienes y darle muerte si era necesario, ó si su resentimiento llegaba hasta el punto de no perdonarle la vida.

El rey don Pedro estaba, pues, enemistado con don Juan Alfonso de Alburquerque, perché como éste le hubiese reprendido las demasiadas confianzas y mercedes que iba concediendo á los parientes de doña María, y al rey no le gustase esta observacion, ambos se mostraron verdaderamente enojados, y ninguno de los dos dispuesto á transigir.

Don Juan Alfonso de Alburquerque, que como ya saben nuestros lectores habia procurado que el rey se quedase prendado de doña María, viendo ahora que su pleito iba mal parado, y que lejos de haberle reportado beneficios este amor del rey don Pedro, sólo le ocasionaba pérdidas y muy grandes, pues que ni el rey le dispensaba su confianza ni aprobaba ninguna de sus resoluciones; solo trataba de incli-

nar el ánimo del rey hácia doña Blanca de Borbon, procurando hacerle olvidar á doña María. Pero el antiguo privado nada conseguía: sus palabras y consejos pesaban ya tan poco en el corazón del rey, que antes bien lo que lograba con esto era captarse su enemistad y hacerse mas odioso á los ojos del monarca. El antiguo privado trabajaba, no obstante, cuanto podia en obsequio de su plan; pero su plan fallaba porque otra persona mas hábil que él, aunque no tan ambiciosa, influía ya poderosamente en el ánimo del rey y trataba de derrocarlo, poniendo todos los medios que se hallaban á su alcance para conseguirlo.

Esta persona era don Diego Garcia de Padilla, hermano de doña María y camarero mayor del rey, el cual momentos antes acababa de anunciarle la llegada de Portugal de don Juan Alfonso de Alburquerque.

— Que pase;—dijo el rey, quien como ya saben nuestros lectores, no se hallaba muy dispuesto á concederle audiencia.

Pasó el noble portugués á la cámara en que se hallaba el soberano, hizole una profunda reverencia, y tomando asiento á su lado porque asi se lo indicó su señoría, esperó á que éste le preguntase.

Hallábase don Pedro de no muy buen talanté á consecuencia de los dolores que le hacia sufrir su herida; y como por otra parte no le agradase mucho la intempestiva visita que le acababa de llegar, no habló ni una sola palabra, decidido á no romper aquel silencio hasta tanto que el de Alburquerque le empezase á dar cuenta de su mensaje.

El noble portugués guardaba, no obstante, el mismo silencio que el rey, y se hallaba dispuesto tambien á no

murmurar ni una sola palabra hasta tanto que el monarca le preguntase.

Pasaron así algunos momentos, y como el de Albuquerque hubiese observado que el rey se dormía sobre su sillón, se decidió por fin á romper aquel silencio y murmuró en voz baja:

— Señor, acabo de llegar de Portugal....

— ¡Acabáras!—esclamó entonces el rey interrumpiendo á su antiguo favorito y dando á aquellas palabras un tono bastante desdeñoso, que no pasó desapercibido para el de Albuquerque.

— Señor,—volvió á repetir el recién llegado;—como os veía tan cansado al parecer....

— ¡Cansado! espíciate Albuquerque.....

— Digo cansado, señor, porque ya empezábais á dormiros.

— ¡Ah! es verdad; tenía sueño, y luego tu silencio era tan á propósito para dormir, que, francamente, no podía resistir á la tentacion; pero prosigue.

— Acabo de llegar de Portugal y de cumplir con el encargo que me dió su señoría. He visto á vuestro abuelo el rey don Alfonso, el cual me ha recibido con agrado (y don Juan de Albuquerque recargaba su acento en estas palabras como para hacerle notar al rey el poco afecto con que le trataba) y como haya alcanzado de vos el perdon de don Juan de la Cerda, yerno de don Alfonso Fernandez Coronel, he traído conmigo á dicho caballero y espero....

— ¿Qué?—repuso el rey.

— Que le dareis seguro:—repuso el de Albuquerque.

— Lo tendrá;—contestó el rey;—pero nada mas que segu-

ro; que no me reclame, pues, ninguno de los bienes de su pariente don Alfonso Fernandez Coronel, porque todos los he repartido ya.

— Don Juan Alfonso hizo entonces un gesto como de rabia y se mordió los labios de coraje. Acostumbrado hasta entonces á manejar los asuntos de Castilla y á disponer del reino á su capricho, puesto que aun cuando todas estas concesiones las otorgaba el rey, las otorgaba por consejo de Alburquerque; cuando oyó de los labios de don Pedro que ya habia repartido los bienes de don Alfonso Fernandez Coronel, no pudo menos de morderse los labios de coraje, ya que otra cosa no le era dado hacer en aquellas circunstancias.

— No creo—dijo por fin como para desahogarse—que piense reclamaros ninguno de esos bienes; pero el seguro....

— ¡ Ah! el seguro—dijo el rey—lo verá mañana en su poder, y nada tendrá que temer del soberano de Castilla y de Leon; pero en cuanto á las heredades de su pariente es imposible que acceda á ninguna de sus pretensiones; porque á doña Beatriz, mi hija, le he dado los castillos de Montalvan, Capilla, Burquillos, Mondejar y Yuncos; á Pero Suarez de Toledo, mi repostero mayor, le he dado el territorio de Bolaños; á su hermano Diaz Gomez, notario mayor del reino de Toledo, Casarubios del Monte; la villa de Torija se la he dado á don Iñigo Lopez de Orozco; y de este modo he repartido sus demas bienes, que no eran pocos por cierto, y aun estoy por afirmar que don Alfonso Fernandez Coronel era uno de los caballeros mas herederos de Castilla.

Don Juan Alfonso calló y dirigió al rey una colérica mirada.

Don Pedro no lo notó, y prosiguió diciendo:

— ¿Qué te parece, pues, de este repartimiento?

En esta pregunta iba envuelto un ataque directo al de Alburquerque, puesto que no tocándole á él nada en aquella reparticion, señal era, de que ó el rey no le habia tenido presente, ó que pensaba deshacerse de él: en cualquiera de dichos casos su situacion era crítica por demas. No sabiendo, pues, que contestacion dar al soberano, se contentó con decir:

— Sobre lo que su señoría dispone, nada en contra puede alegar ninguno de sus vasallos.

— Es cierto;—repuso el rey;—pero tú sabes que te encuentras en otra posicion para conmigo, y que puedes por lo tanto hablarme con entera libertad, como lo has hecho otras veces.

— ¡Ah!—dijo entonces el de Alburquerque, aprovechando aquella coyuntura para dar salida á todos los resentimientos que tenia con el rey;—si yo pudiese hablaros hoy como otras veces, entonces sí que os daria mi parecer; pero hoy, señor las cosas han variado de aspecto y nada debo deciros, ni mucho menos aconsejaros.

— Si no te esplicas—dijo el rey—nada comprendo.

— Es inútil mi esplicacion sobre este particular; yo creo que vos sabeis tambien como yo cuál es la causa de mi enojo.

— ¡De tu enojo!—esclamó don Pedro, lanzando despues una sarcástica carcajada.

— De mi enojo, si;—repuso el de Alburquerque con gravedad y dando á su rostro una espresion de disgusto muy marcada: os reis de lo que acabo de deciros; pero á fé, á

fé, señor don Pedro, que nada he dicho que sea digno de promover vuestra hilaridad.

— Estás muy serio ;—dijo el rey.

— Esta seriedad es hija de mi carácter.

— Carácter—añadió el monarca—que nunca se torna alegre sino á presencia de alguna carta de donacion.

— ¡ Señor !

— Qué ¿ te asustas ?

Me causa dolor el oiros hablar de esa manera de una persona en la cual habiais depositado hasta hoy toda vuestra confianza.

— ¿ Y eso qué tiene que ver ?—añadió don Pedro.

— Sí ; vos creéis.....

— Yo no creo nada, y si tú no te esplicas.....

— Nada señor ; nada ; seguid : hasta hoy he merecido vuestra confianza ; desde hoy.....

— Desde hoy también, don Juan Alfonso de Alburquerque.

El antiguo privado de don Pedro, hizo un gesto como de desdén y luego continuó :

— Pero sea lo que quiera, don Pedro, y penseis de mí lo que mejor os plazca, si deseais escuchar todavía mis consejos, aun estoy dispuesto á daros algunos, que quizá os puedan servir de alguna cosa en las actuales circunstancias.

— Habla, habla ;—esclamó don Pedro :—yo escucho siempre los consejos de mis mayores, y no tengo ningun motivo para desoir los tuyos en este instante : habla.

— Digo, don Pedro, que debeis olvidar ya vuestros amores con doña María y casaros con doña Blanca, la cual se encuentra á la sazón en Valladolid.

— ¡En Valladolid!—esclamó el rey lleno de sorpresa y como si aquella noticia le hubiese desconcertado.

— En Valladolid, si; cuatro dias hace que ha llegado y yo creí que ninguna noticia nueva os daba al anunciaros la llegada de la princesa.

— Si, en verdad; estaba completamente á oscuras con respecto á su viaje, y aunque sabia que ya no debia tardar, nunca presumí que habia de llegar tan pronto.

— Pues si, don Pedro; la sobrina del rey de Francia ha llegado ya, y si quereis por esta vez hacer caso de mis consejos, dispuesto estoy á deciros lo que á mi modo de parecer debeis hacer desde luego y sin pararos á reflexionar. Debeis inmediatamente poneros en camino para Valladolid, donde la hija del duque de Borbon os espera hace unos dias: debeis olvidar por completo vuestros amores con la Padilla, renunciar desde hoy mismo á sus caricias, romper toda clase de vínculos que con ella os ligen, y separaros para siempre de esa mujer encantadora que os tiene hechizado el corazon y que va á ser la causa de todas vuestras desdichas.

— Pero don Juan!— esclamó el rey interrumpiendo á su antiguo favorito, aunque dispuesto, al parecer, á escuchar todas sus razones:—¿cómo romper los vínculos que me unen con doña María de Padilla cuando ya tengo una hija, fruto de nuestros amores? ¿Cómo olvidar á esa mujer, cuando ella ha sido la única que ha calmado mi corazon en los momentos de amargura? No; no, don Juan; yo no puedo alejarme para siempre de la única mujer á quien adoro y á quien adoraré hasta exhalar mi último suspiro.

Y el rey don Pedro pronunció estas palabras con acento

tan apasionado, que don Juan Alfonso no pudo dudar ya del frenético delirio que el monarca sentia por aquella mujer hermosa y hechicera.

— Sin embargo, don Pedro;—añadió volviendo á dirigir sus amistosos consejos al monarca:—¿Vos creéis que la situacion de vuestros reinos es tan venturosa tal vez, que nada teneis que temer por parte de ninguno de vuestros vasallos, para de ese modo oponeros á dar un paso que quizá sea el único de vuestra salvacion?

— ¡Qué dices!

— Lo que ois, don Pedro; estoy haciéndoos una pintura exacta de lo que pasa en vuestros reinos, para que veais un poco mas clara la situacion en que os hallais y tomeis despues ó dejéis de tomar estos consejos, que en el primer caso os salvarán de mil riesgos inminentes, y en el segundo labrarán indudablemente vuestra ruina. Si no os casais con doña Blanca, ¿qué dirá su padre, el duque de Borbon? ¿Qué dirá su tio, el rey de Francia? ¿Qué dirán los nobles que la han acompañado? ¿Qué dirán todos vuestros vasallos? Dirán que el rey de Castilla no tiene palabra, y os compararán con el mas informal de vuestros pajes: dirán que el trono de Castilla y de Leon está ocupado por un hombre indigno de gobernar; dirán que habeis sorprendido la buena fé de una princesa, y que solo habeis tratado de engañarla haciéndola concebir doradas ilusiones. Desengañaos, don Pedro; debéis marchar en seguida á Valladolid, si en algo estimais vuestra palabra; debéis abandonar á la Padilla y marchar inmediatamente á uniros con vuestra esposa; doña Blanca estará ya impaciente, y os esperará angustiada. Marchad, marchad, que este es el único medio de que acalleis por el

pronto los fatales disturbios en que arden de continuo vuestros reinos. ¿De qué sirven sino los compromisos adquiridos? ¿Para qué se celebraron en París vuestros esponsales? ¿Creeis que el rey de Francia no tomará á pecho vuestro desaire? No, don Pedro; la estrañeza que causaría esa injusta determinacion en vuestro reino, donde se llama ya á doña Blanca, reina de Castilla, los inconvenientes de la falta de un heredero directo y legítimo del trono, y otras muchas consideraciones políticas y sociales, todas muy justas y muy dignas de tenerse en cuenta, deben decidiros á dar el paso que os estoy aconsejando; porque de otro modo, don Pedro, sereis blanco de las iras de muchos de vuestros vasallos.

El monarca, que habia escuchado á don Juan Alfonso de Albuquerque con el mayor respeto, dijo entonces tomando la palabra con acento dolorido:

— ¿Te parece que así debo abandonár á una mujer á quien adoro, á una mujer que morirá de seguro de pesar tan luego como se vea alejada de mi lado? No, don Juan; yo no debo separarme jamás de la Padilla; yo no debo abandonar nunca á ese ángel de amor que tan dulces ha hecho algunos momentos de mi vida; doña María de Padilla me ama; yo la amo tambien, y el uno sin el otro no podriamos vivir. No, no, don Juan; seria un crimen imperdonable el abandonar á una mujer á quien se ha robado no solo el sosiego del espíritu, sino la prenda de mas precio que tiene una mujer, que es el honor. Doña María de Padilla está deshonrada, y si yo la abandonase todos la escupirian. Mi corazon es de doña María, don Juan; yo no puedo casarme con doña Blanca.

— Pero señor...

— Es imposible; que se vuelva otra vez á Francia. Yo la daré una escogida escolta que la ponga de nueve en Paris al lado de su padre.

— ¡Don Pedro!

— Sí; la volveré á Francia, y si su tío el rey lleva á mal mi determinacion, que me declare la guerra: soldados tengo que me defenderán hasta el último momento de mi vida.

— Ved, don Pedro, que ningún pretesto tenéis para obrar de esa manera.

— Tengo el pretesto sagrado de que mi corazón es de doña María.

— Pero cuando se firmaron en Paris los esponsales, vuestro corazón era libre.

— Ahora no lo es.

— Pudisteis meditar entonces....

— Callad, don Juan. ¿Cómo os atreveis á hablar de esa manera cuando vos habeis sido la causa de todo lo que ahora me viene sucediendo?

— ¡Señor! — exclamó Alburquerque aterrado.

— Tú, sí. ¿Te estrañas de lo que digo? Pues no hace mucho tiempo que nos encontramos en Sahagan, y allí fué donde....

— ¡Señor!

— ¿Conocía yo á doña Maria por ventura? Yo la amaba, sí, es cierto; pero aquello no hubiese pasado de ser un devaneo; tú, sin embargo, avivaste mis amores, y hasta me aconsejaste que trajese en mi compañía al ídolo de mis amores. Yo nunca hubiese pensado en ello; pero tú me aconsejaste, tú

me invitaste, tú me obligaste con razones y con palabras á que la sacase; no de Sahagun, sino de tu propia casa para traérmela al alcázar de Sevilla. ¿Es mentira, don Juan? ¿No es cierto cuanto estoy diciendo? Pues si es cierto ¿por qué me aconsejas que me case con doña Blanca? ¡Oh don Juan! sois un hombre muy astuto.

Y los ojos del rey se fijaban en el rostro de don Juan Alfonso de una manera tan incierta, que éste apenas se atrevió á murmurar una palabra.

— ¿Qué dices ahora?—le preguntó el rey despues de unos instantes de silencio!

— Señor;—contestó Alburquerque;—despues de haberos oido nada me resta que hablar. Veo que estais decidido á no seguir mis consejos, y nada añado por lo tanto á lo que os he dicho al principio de nuestra conversacion.

— Que me conviene casarme con doña Blanca ¿no es eso?

— Eso es, señor.

— Pues bien; me casaré, sí; me casaré con ella dentro de unos dias, porque no quiero que se diga que el rey don Pedro falta á su palabra; pero despues, yo sabré lo que he de hacer sin tomar consejo de nadie. Adios, don Juan; por esta vez no quedarás descontento de mi docilidad: obedezco y sigo tus consejos, como un niño sigue los de su padre. Adios.

Y el rey don Pedro se retiró de la cámara dejando á don Juan Alfonso de Alburquerque sumido en profundas meditaciones.

— ¡Oh! mi caida es inevitable:—esclamó el noble portugués con acento dolorido y dirigiendo en torno suyo miradas de sorpresa.—Es inevitable, sí; las muchas influencias de que

se halla rodeado su señoría el rey, ese don Diego de Padilla que tan mal me ha recibido... sí, sí; la Padilla es la causa de todas mis desventuras; pero ¿quién habia de imaginar... si yo hubiese precavido... si cuando el rey se estacionó en Sahagun... pero ¿cómo ha de ser! Los parientes de doña María son los que trabajan en favor de mi derrota; pero aun tengo algunas armas con que luchar: el rey don Pedro no me dispensa ya su confianza; pero hoy por hoy, ha escuchado mis consejos y se halla decidido á casarse con doña Blanca; una vez dado este paso, algo habré conseguido en contra de doña María y de todos sus parientes. Animo, pues, que aun es tiempo de luchar, y aun de vencer, si las cosas no varian.

Interim esta última escena tenia lugar en Torrijos, en la taberna de maese Pero, sita, como ya saben nuestros lectores, en uno de los mas oscuros callejones de Valladolid, tenia lugar otra no menos interesante, si bien de otro género en extremo diferente.

Hallábanse reunidos en ella, como de costumbre, todos los mozos principales de la villa, y ya mascando tajadas de pescado fresco, ya apurando los jarros de vino, que con su proverbial actividad les servia maese Pero, pasaban la noche alegremente, brindando á la salud de las garbosas morenas de aquel barrio.

La taberna de maese Pero estaba aquella noche como nunca concurrida, y en uno de los corrillos que habia en la habitacion donde fray Diego Lopez y el escudero Guillén habian apurado en cierta ocasion dos jarros de vino tinto, se disputaba acaloradamente acerca de la llegada de la princesa doña Blanca y de las próximas bodas que en aquella ciudad

debían celebrarse dentro de pocos días. Todo esto, sin embargo, no pasaba de meras conjeturas, puesto que no habiendo dispuesto nada el rey acerca de su casamiento, nada podía saberse con respecto á los regocijos y fiestas que con tan feliz motivo debían celebrarse en aquella villa á espensas del tesoro real. Los hombres, sin embargo, disputaban acaloradamente acerca de las cosas que aun permanecían envueltas en el misterio, hasta para las mismas gentes que se hallaban mas cerca del rey, y cada uno opinaba de modo diferente, siendo casi imposible encontrar dos que estuviesen acordes en su modo de pensar.

— El rey—decía uno—abandonará á doña María y vendrá á casarse con doña Blanca.

— El rey—añadía otro—no se casará con doña Blanca ni abandonará jamás á doña María.

— Vosotros estais locos;—replicaba un tercero:—el rey lo que hará será quedar bien con ambas partes, dejando contentos á todos.

— No comprendo;—interrumpia uno.

— Ni yo;—añadía otro.

— Pues yo sí;—dijo entonces el que aquella especie acababa de verter:—digo que el rey quedará bien con todos dejando satisfechas á las dos partes, porque se casará con doña Blanca y no dejará por eso á doña María.

— ¡Imposible!—esclamaron todos.

— Allá veremos;—contestó el orador que de aquella manera se espresaba.

— Yo apuesto una oreja á que el rey don Pedro no es capaz de hacer una cosa por el estilo.

— Y yo á que no tiene valor para llevar á cabo su casa-

miento despues de haber tenido una hija de su amante.

— El rey don Pedro es capaz de todo.

— ¿Cómo qué?—replicaba un nuevo interlocutor saliendo á la defensa del monarca.

— Como que no tardaremos mucho en ver realizado lo que acabo de deciros.

— ¿Sabes algo...

— Nada sé; pero lo presumo.

— ¡Ah! entonces tu afirmación no tiene ni aun visos de probabilidad.

— Para vosotros tal vez; que para mí la tiene y mucha; pero dejando ahora á don Pedro y volviendo los ojos hácia doña Blanca ¿qué os parece de esa doncella?

— ¡Oh!—esclamaron todos—preciosa.

— ¿Os agrada?

— ¿Y á quién no si tiene un rostro tan hechicero?

— Y luego diez y siete años....

— Y de una familia tan ilustre....

— Como que es hija del duque de Borbon, sobrina del rey de Francia y nieta de San Luis.

Y cada uno esponia la cualidad que mas le habia chocado en la doncella, conviniendo todos, no obstante, en que era una mujer encantadora y digna por mil conceptos de ocupar el trono de Castilla y de Leon.

— Y de la escolta que traia ¿qué opinais?—dijo uno de los mas habladores del corrillo.

— ¿Qué hemos de opinar?—repuso otro adelantándose á todos los demas y dando su voto particular como si los otros compañeros pensasen del mismo modo.—Opinamos que ha sido muy lucida y que no podian acompañarla personas de

mas distincion que las que la han traido á Valladolid. El vizconde de Narbona, por exemplo, creo que sea una persona de bastante categoria en la córte del rey de Francia, y creo asimismo que todos los ilustres caballeros que la acompañan...

— Es verdad, es verdad; todos han sido escojidos de entre la nata y flor de la nobleza francesa: pero ¿nada se ha oido decir acerca de la venida del rey don Pedro?

— Parece ser que se halla en Torrijos herido á consecuencia de un lanzazo.

— ¿Recibido por ventura en algun torneo?

— Justamente: y se sospecha que el que le hirió fué el confesor de don Enrique.

— ¡Oh! ese don Enrique tiene que dar mucha guerra á Castilla, y si don Pedro no cambia de modo de pensar con respecto á su hermano...

— ¿Y qué ha de hacer con él?

— Encerrarle en un calabozo y no sacarle de él hasta despues de veinte años de prision.

— ¿Tanta crueldad con un hermano?

— Con un hermano bastardo que se rebela, nada está demás, amigos míos.

— Es decir que tú estás...

— Porque el rey don Pedro siga con sus hermanos la misma conducta que con todos los rebeldes; porque de otro modo nunca se acabarán las banderías.

— Es cierto, es cierto; pero afortunadamente el casamiento del rey acallará algun tanto los públicos clamores de descontento que continuamente se escuchan por todas partes, y si abandona como es de esperar, á doña María, entonces

la paz volverá á renacer en sus asolados reinos. Bebamos, pues, á la salud de doña Blanca.

— ¡Bebamos!

Y las copas de todos los mozos chocaron unas con otras y todos á una voz gritaron:

— ¡A la salud de doña Blanca, reina de Castilla!



CAPITULO XII.

En el que se prueba que el vino es uno de los agentes mas poderosos de que pueda valerse el hombre en muchas ocasiones , para llevar á feliz término algunas de sus empresas.

EL vino es indudablemente uno de los agentes mas poderosos de que puede valerse el hombre en ciertas ocasiones para llevar á feliz término algunas de sus empresas ; y tanto es esto verdad , que si el vino no se hubiese conocido en los tiempos del rey don Pedro , el confesor de don Enrique, fray Diego Lopez , se hubiese visto , como suele decirse , entre la espada y la pared para lograr lo que logró del escudero Guillén , merced á los dos jarros de mosto que maese Pero les sirvió en Valladolid , como ya saben nuestros lectores.

Aquellos dos jarros de mosto produjeron tan buen efecto en el ánimo de Guillén , que decidido á servir al confesor de don Enrique , interpuso toda su influencia con su amada

Beatriz, á fin de que ésta por medio de su intimidad con doña María de Padilla hiciese todo lo posible por derrocar al de Alburquerque.

Es cierto que el precioso collar que fray Diego Lopez regaló á Guillén, y que éste puso á disposicion de Beatriz, influyó tambien bastante en el ánimo de la doncella para que ésta aconsejase á doña María; pero si el buen escudero no hubiese saboreado el vino con que le brindó fray Diego Lopez, es muy posible que no hubiese accedido á su demanda, lo cual, como es consiguiente, ningun resultado favorable hubiese reportado á la causa de don Enrique.

Guillén, no obstante, se alborotó de cascos tan luego como hubo apurado el líquido contenido en una de aquellas vasijas, y se mostró, como era de esperar, dispuesto á servir al fraile. Tuvo una entrevista con su querida Beatriz; entrególe el collar que fray Diego le habia regalado, aunque sin indicarle su procedencia, y ¿qué dama despues de admitir una fineza de su galán, se niega á concederle una cosa tan sencilla, como la que Guillén le pedia á Beatriz?

El resultado de esta entrevista fué, pues, el que el confesor de don Enrique apetecia, con lo cual se quedó sumamente complacido, y dispuesto á llevar á Guillén con mas frecuencia á la taberna de maese Pero. El vino, por lo tanto, fué el gran móvil de que el confesor de don Enrique se habia valido para conseguir su intento, y dicho esto, probado queda lo que al principio de este capítulo acabamos de decir; esto es, que el vino es uno de los agentes mas poderosos de que puede valerse el hombre en muchas ocasiones para llevar á feliz término algunas de sus empresas.

El efecto que en el ánimo del rey hicieron los consejos

de doña María con respecto al de Alburquerque, ya lo han podido notar nuestros lectores en el modo que tuvo de recibirle cuando vino de Portugal. Don Enrique y sus parciales estaban, pues, de enhorabuena, porque se hallaban en visperas de presenciar la caída del antiguo favorito del rey, que tanto daño les habia causado y podia causarles en adelante siguiendo al lado del monarca y al frente por lo tanto, de los negocios de su reino.

Don Pedro no se hubiese ensañado tanto en algunas ocasiones contra los rebeldes, á no haber oido los consejos de su privado; y usando el rey de alguna mas templanza para con ellos, estos hubiesen conseguido indudablemente ver satisfechas sus ambiciones, que no eran pequeñas en verdad, si se atiende á los escasos derechos que tenían.

Don Juan Alfonso de Alburquerque veia que su causa iba mal parada, y esto le tenia bastante disgustado, á consecuencia de lo cual apenas salia de su habitacion sino cuando el rey le llamaba, y esto solia suceder muy pocas veces.

Hallábanse á la sazón en Valladolid el rey don Pedro, su antiguo privado y toda la nobleza castellana, y las gentes discurrían por las calles, deseando que comenzasen las fiestas con que habian de solemnizarse las bodas del monarca.

Todos los individuos de la servidumbre real, estaban llenos de regocijo; todos los nobles de Castilla respiraban satisfaccion por los poros de su cuerpo; solo dos individuos hospedados en el palacio, eran los que permanecían insensibles á la alegría general; don Juan Alfonso de Alburquerque y don Diego García de Padilla: estas eran las únicas sombras de tristeza que se traslucian en el fondo de aquel cuadro tan alegre.

Meditando el primero acerca de su triste posicion, y reflexionando el segundo acerca de la suerte que el enlace de don Pedro reservaba á su hermana doña María, ambos se hallaban profundamente preocupados y ambos padecian horriblemente ante los sucesos que aquel dia tenian lugar en Valladolid.

Doña Blanca de Borbon era tambien una de las sombras que nublaban el risueño horizonte que se adivinaba en aquel cuadro ; aconsejada por su padre á contraer matrimonio con un hombre á quien no amaba , y á quien no conocia sino por el retrato ; convencida de que su matrimonio era un matrimonio de conveniencia y en el cual el amor no habia tomado parte alguna , y enterada además por los vagos rumores que habian llegado hasta sus oidos de que el rey don Pedro mantenía relaciones con otra dama ; doña Blanca de Borbon padecia tambien interiormente : pero su padecer era mas lento , porque no la era dado revelar á nadie la causa de su disgusto. Doña Blanca , sin embargo , estaba decidida á dejarse conducir al sacrificio ; pero con esperanza , no obstante , de que el rey mas ó menos tarde la profesaria amor , con lo cual se daba por satisfecha la jóven y virtuosa dama. Las cosas , al parecer , no daban motivo para pensar nada en contrario , y la primera entrevista que ambos desposados tuvieron no pudo ser mas lisonjera ; razon por la cual todos auguraban bien de este matrimonio : pero las pocas personas que estaban en los antecedentes y secretos de la vida privada del rey , pensaban de un modo muy diferente y compadecian á la hija del duque de Borbon.

Sentada se hallaba ésta sobre un precioso diván de terciopelo , cuando el vizconde de Narbona , que desde Paris

la habia acompañado, penetró en su cámara lleno de regocijo á noticiarle la llegada del rey á la ciudad.

Disimuló la dama cuanto pudo su emocion, y mirándose á uno de los espejos que adornaban su elegantísimo retrete, volvió á sentarse en el diván esperando que don Pedro de Castilla apareciese.

— ¡Oh! dicen que soy hermosa;—murmuró por lo bajo la doncella:—pero si el rey está enamorado de otra ¿qué efecto le han de causar mis atractivos?

Un balletero anunció en este instante desde la puerta á don Pedro de Castilla, y aun resonaban sus palabras en los oídos de la princesa, cuando seguido de su brillante y numerosa comitiva, apareció el rey en aquella cámara, vestido en traje de córté y cubierto con un manto profusamente cargado de oro.

Inclinóse respetuosamente delante de la doncella, y despues de besarle la mano, se sentó en otro diván colocado á la derecha del que ocupaba doña Blanca.

Los obispos, caballeros, oficiales y demás gente de la escolta del rey permanecieron de pié alrededor de los desposados y á una distancia conveniente, y el vizcondé de Narbona que se hallaba á la derecha de doña Blanca y delante de los caballeros franceses que componian la guardia de la princesa, se adelantó al rey con gran solemnidad, é hincando una rodilla en tierra, le dijo:

— Señor, aqui teneis vuestra prometida doña Blanca, hija del muy noble y poderoso duque de Borbon y sobrina de nuestro amado soberano, que en calidad de esposa me mandan os lo entregue.

— Levantad, ilustre duque de Narbona;—contestó el rey.

al francés en el mismo tono que aquel acababa de hablarle.—En calidad de esposa recibo á doña Blanca en mi alcázar de Valladolid, y mañana mismo se verificarán nuestras bodas en la iglesia de Santa María la Nueva, celebrándose nuestro enlace con toros, justas, torneos y otras clases de regocijos, que espero honraráis con vuestra presencia en compañía de todos los nobles franceses que han escoltado á la ilustre princesa, de todo lo cual quiero que deis cuenta á vuestro soherano.

El vizconde de Narbona dió las gracias al rey por la gran merced que le hacia suplicándole asistiese á las fiestas reales, y despues de los cumplimientos, prácticas y ceremonias que en aquellos tiempos se usaban, todos las caballeros allí presentes salieron de la estancia, dejando solos al rey don Pedro y á su futura.

— ¡Doña Blanca!—dijo aquel despues de unos instantes de silencio;—páreceme que os hallo muy disgustada, y quisiera saber la causa de vuestro enojo.

La jóven princesa, que por primera vez escuchaba las palabras del rey don Pedro, no acertó á despegar sus lábios, ni aun siquiera para murmurar una mala disculpa.

— ¿Callais?—prosiguió entonces el rey viendo que la dama continuaba silenciosa.—¿Nada teneis que decirme, ángel de mi vida? ¿Nada teneis que hablarme? ¡Oh! Veo por desgracia que no es de vuestro agrado este casamiento.

— ¡Señor!—esclamó entonces la dama sin levantar los ojos del suelo;—yo no he tenido nunca otra voluntad que la de mi padre el duque de Borbon, y la de mi señor tio el rey de Francia. A gusto suyo he emprendido este viaje desde París, y á gusto mio me encuentro por lo tanto á vuestro lado.

— ¡Oh! no, no:—dijo el rey sentándose en el mismo diván en que se hallaba doña Blanca y dando á sus palabras un acento tal de dulzura, que no pudo menos de conmover á la ilustre princesa:—la voluntad es libre, y vos por lo tanto no estais sujeta, ni al capricho de vuestro padre ni al de vuestro señor tío el rey de Francia. Si vos no me amais, inútil será que todos vuestros parientes se empeñen en que me profeséis amor: nada hay en el mundo mas independiente que el corazon de una mujer, y si el vuestro no os pertenece, de nada servirá que os enláceis conmigo; porque vuestro pensamiento siempre volará al lado de aquel á quien amais. ¿No es verdad, doña Blanca? ¿no es cierto que las pasiones son independientes y que nada hay en el mundo capaz de sujetarlas? ¿no es cierto cuanto acabo de deciros?

— ¡Don Pedro!—esclamó la dama llena de rubor y fijando por primera vez sus lánguidos ojos en el rostro del monarca.

— Qué, doña Blanca ¿os asombráis? ¿no es cierto por ventura cuanto acaban de pronunciar mis lábios?

— ¡Oh! no, no es cierto; porque acabais de decirme que si mi corazon no me pertenece, mi pensamiento volará siempre al lado de aquel á quien adoro; y con esto, don Pedro, me poneis de manifiesto la duda que abrigais con respecto á mi persona.

— ¡Yo duda, doña Blanca!

— Duda sí, que muy pronto vereis desvanecida; porque mi corazon es libre, como vos acabais de decir y ninguno hasta ahora lo posee.

— ¡Ninguno!

— Ninguno, don Pedro; si alguna persona tiene derecho

á hacerse dueño de él, sois vos, don Pedro; vos, que estais desposado conmigo desde el 7 de julio.

— Es cierto, doña Blanca; ese dia se celebraron en París nuestros esponsales, y desde entonces ni un solo instante se ha apartado de mi mente el recuerdo de vuestra persona.

— ¡Si fuese cierto, don Pedro!

— ¿Dudais, por ventura?

— No, no; dispensad: somos tan egoistas las mujeres....

El rey don Pedro daba á sus palabras un acento tal de melancolía, que cualquiera que no le hubiera conocido de antemano, hubiése vacilado al escucharle, creyéndole desde luego perdido de amor por la hermosa doña Blanca. Esto justamente fué lo que hubo de acaecerle á la doncella; tenían las palabras del rey un atractivo tal, y por otra parte daba una espresion tan amorosa á sus lánguidas miradas; que nada de estraño tenia que una jóven tan cándida y sencilla como doña Blanca, creyese que el monarca de Castilla se habia prendado de su hermosura.

La bella princesa se engañaba, no obstante, en algun tanto al pensar de esa manera; porque si bien es cierto que sus poderosos atractivos habian causado una profunda impresion en el ánimo de don Pedro, éste de ningun modo se habia enamorado de la dama; porque su corazon pertenecia todo entero á doña Maria de Padilla, y era imposible por lo tanto que sin olvidar á aquella, pudiese enamorarse de ésta á quien estaba hablando por primera vez.

Doña Blanca de Borbon, que podria contar unos 17 años de edad, era una jóven en extremo candorosa y creia sin vacilar cuanto el rey don Pedro la decia con respecto á su pasion. Criada y educada al lado de su padre, rodeada

siempre de severas dueñas que no la dejaban libertad ni aun para bajar al jardín, presá por decirlo así en el palacio de su padre, y del cual no salia sino rara vez y muy acompañada; la jóven doña Blanca apenas tenia conocimiento de lo que era el mundo, ignoraba por lo tanto las farsas que en él habia, y dejándose llevar de los puros y nobles sentimientos de su corazon, de nada dudaba y á nadie creia capaz de decir mentira.

Las palabras del rey don Pedro la habian trastornado: sensible por naturaleza y dotada de un corazon amante en extremo, las pocas y delicadas frases que el rey la habia dirijido, bastaron por sí solas, no para hacer brotar de su pecho la llama de una pasion sin límites, pero sí para dejarla profundamente conmovida y dispuesta á amar al monarca; con quien los estrechos lazos del matrimonia la iban á unir dentro de poco.

Doña Blanca floraba, pues, de felicidad, y creyendo que era cierto cuanto el rey don Pedro la decía, dudaba ya de los vagos rumores que habian llegado á sus oidos noticiándole los amorés de aquel con la Padilla.

El hijo de Alfonso IX la contemplaba lleno de admiracion; y combatida su mente por mil distintos pensamientos, diferentes todos á la crítica situacion en que se hallaba, no se atrevia á murmurar una palabra contentándose con estrechar entre las suyas la blanca y delicada mano de la princesa.

— No;—dijo por fin dispuesto á romper aquel silencio que tantos misterios envolvía y que tanto le hacia padecer:—no me amais, doña Blanca; vuestro corazon pertenece á otro hombre mas dichoso que yo, y al lado del cual únicamente podeis hallar vuestra ventura.

— ¡Oh! ¡don Pedro! no me martiriceis haciéndome escuchar esas palabras; mi corazón es mío; mi corazón no pertenece á nadie: encerrada hasta ahora en el palacio de mi padre he sido esclava de su capricho y ni voluntad propia he tenido, rodeada siempre de dueñas y rodrigones. Si vos no me amais, si vos no podeis amarme porque otra mujer mas dichosa que yo, ha tenido la suerte de enamoraros, entonces es otra cosa, don Pedro; entonces tendré una rival por mi desgracia; pero no por eso dejaré de quereros ya que no de amaros puesto que mi condicion de esposa me obliga á cumplir ese deber.

— Por Dios doña Blanca ¿por qué os dejais arrastrar por esas dudas? ¿Creeis que el corazón del monarca pertenece á otra mujer? Y aun cuando así fuese ¿no seriais vos la preferida?

— ¡Oh! callad, callad; nuestros esponsales han sido firmados en París, y justo es que llevemos á cabo nuestro enlace, si no queremos dar un escándalo en la Europa; pero por ahora no hablemos de esto. Yo no amo á nadie, don Pedro; yo no amaré á nadie mas que á vos: si vos teneis conciencia, ella os dictará como debeis obrar para conmigo; sereis muy cruel si me engañais; cumplireis con un deber, me hareis dichosa y hareis al propio tiempo nuestra comun felicidad, si olvidando los amores que tengais ó hayais tenido, consagrais vuestro corazón todo entero al amor de doña Blanca. Nada mas os digo, don Pedro; nada tampoco debo deciros; ahora obrad como gustéis.

Y la reina bajó los ojos quedando al parecer sumida en profundas meditaciones.

El rey don Pedro permanecia silencioso y como dominado por un secreto padecimiento; las últimas palabras de doña

Blanca habian penetrado en su corazón, y el rey de Castilla comprendia todo el fondo de verdad que en ellas se encerraba. Amaba á doña María y trataba de casarse con doña Blanca; tenia un hijo de su manceba y negaba sus amores á la que dentro de poco iba á ser su esposa: don Pedro era criminal.

El rey vacilaba; queria casarse con doña Blanca y el recuerdo de doña María le hacia desistir de su proyecto; queria romper su contrato matrimonial con la hija del duque de Borbon, y la guerra que necesariamente le habia de declarar el rey de Francia le hacia retroceder.

Don Pedro se hallaba, pues, en una situacion embarazosa por demas y esta era la causa de su tristezá y de su continuo malestar.

Llegó por fin el dia 3 de junio de 1353, y las bodas del rey con la princesa doña Blanca se llevaron á cabo en medio de la mayor animacion, tanto por parte de los nobles caballeros que acompañaban al monarca y á su esposa, como por parte del pueblo, que lleno de regocijo se agolpaba á las puertas de Santa María la Nueva de Valladolid.

El rey y la reina iban vestidos de paños de oro forrados de armiño y cabalgaban en caballos blancos; era padrino del rey, don Juan-Alfonso de Alburquerque, y madrina de la desposada, la reina que lo habia sido de Aragon, doña Leonor, hermana de Alfonso XI; el hermano bastardo del rey, don Enrique, que como ya saben nuestros lectores, habia hecho las paces con él en el sitio de Gijón, llevaba de la rienda el palafren de doña Blanca; el infante don Fernando de Aragon el de la reina madre doña María, que llena de placer asistia á aquella boda; don Juan de Aragon el de

doña Leonor su madre, é iban además en la régia comitiva don Tello hermano de don Enrique, don Fernando de Castro, don Juan de la Cerda, á quien el de Alburquerque habia acompañado desde Portugal, don Pedro de Haro, el maestro de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y otros ilustres próceres y grandes del reino que desempeñan un papel poco importante en el curso de nuestra historia.

A la bendicion nupcial siguieron las cañas, justas, torneos, cintas y otras mil clases de juegos y regocijos en los que el pueblo y los nobles tomaron parte, solemnizando de este modo en medio de la alegría general el enlace de don Pedro con la princesa doña Blanca.

En aquellos torneos hubo golpes de lanza tan maestros, pelearon tan bien algunos nobles y entre ellos don Juan Alfonso de Alburquerque, que no obstante sus canas y el mal humor que en aquellos momentos tenia, se decidió tambien á hacer alarde de su destreza en el manejo de toda clase de armas, que en Valladolid no se habló de otra cosa por espacio de algunos dias.

Los hermanos bastardos del rey, que tampoco se quedaban detrás de éste en lo tocante á pelear, lucieron tambien su nunca desmentida habilidad en el juego de las cintas, que desde tiempos inmemoriales andaban en uso por Castilla. Quisieron tambien, y en particular el conde de Trastamara, demostrar al de Alburquerque los graves resentimientos que con él tenian porque habia tratado de influir en el ánimo del rey á fin de que no les permitiese asistir á las bodas; pero don Pedro de Castilla, que sabia ya las intenciones que aquellos abrigaban con respecto á su antiguo privado, no les permitió que justasen con él, por ma-

que las heridas recibidas en aquellos combates de habilidad, no se mirasen como hijas del ódio ni de la enemistad, sino como fruto de la mayor ó menor destreza de los caballeros que en ellas tomaban parte.

El confesor de don Enrique, fray Diego Lopez, armado de punta en blanco, cubierta su cabeza con un precioso almete, en cuyo frontis se veía el escudo de armas de su señor, y cabalgando en un fogoso caballo de airosa planta, tambien se decidió aquel dia á justar con don Diego García de Padilla, hermano de la favorita del rey, y hasta el mismo Alfonso Fernandez de Olmedo, autor de la muerte de doña Leonor de Guzman, y el buen Guillén, amante de la hermosa doncella de la Padilla, tomaron parte en aquellos regocijos, justando tambien con algunos escuderos de la servidumbre de los bastardos.

Hubo algunos mandobles y cuchilladas, de resultas de los cuales quedaron heridos varios de los combatientes: uno de los oficiales de la guardia del rey salió del palenque con una pierna rota; el confesor de don Enrique habia partido en dos pedazos el yelmo del camarero mayor de don Pedro, y hasta uno de los farautes que al son de la trompeta daban la señal de ataque, salió con una mejilla desollada á consecuencia de haberle raspado en ella una de las cincuenta astillas en que quedó convertida la lanza de uno de los escuderos de don Enrique, al combatir con otro de la cámara del rey. El mismo don Pedro figuró tambien á la cabeza de aquellos campeones, y al medir sus armas con don Fernando de Castro, dejó tan mal parado á este caballero, que no faltó quien supusiese en el ánimo del rey intenciones no muy buenas con respecto á dicho caballero.

Las fiestas, en fin, habian sido magnificas, y los caballeros franceses que desde Paris habian acompañado en su viaje á doña Blanca, se quedaron pasmados al ver la agilidad y destreza con que los castellanos manejan toda clase de armas, y el entusiasmo guerrero con que solian entrar en aquellos combates singulares.

No hubo una sola persona en Valladolid que dejase de asistir á aquellas fiestas, y unos apiñados en las bocas-calles de la plaza, otros sentados en la grada general que para comodidad del pueblo habia mandado levantar el rey, otros asomados á las ventanas, quiénes sobre los tejados, y quiénes, en fin, detrás de los lienzos de las tiendas de los justadores (que hasta aquel punto habian logrado penetrar algunos) todos fueron testigos del lujo y magnificencia con que el señor rey don Pedro de Castilla habia mandado disponer aquellas fiestas, que como reales que eran nada dejaron que desear á los caballeros que en ellas tomaron parte, ni á las demas gentes que tuvieron el placer de presenciárlas.

El rey, además, habia repartido grandes limosnas entre los pobres de Valladolid, y hasta la miseria encontró alivio aquel dia, merced al generoso desprendimiento del monarca.

De este modo se celebraron las bodas del rey don Pedro, quedando sumamente satisfechos cuantos veian en la hermosa y desgraciada doña Maria de Padilla, el gran gérmen de la discordia en que los reinos de Castilla y de Leon parecian condenados á vivir.

No toda la alegría que en aquellas fiestas se veia simbolizada en los rostros de aquellos nobles, era sin embargo tan real como á primera vista aparecia. El rey luchaba con el recuerdo de su amante á quien habia dejado en Torrijos;

doña Blanca luchaba con la duda que con respecto al amor de don Pedro abrigaba en su corazón; don Juan Alfonso de Alburquerque padecía horriblemente al verse alejado de la privanza; don Diego García de Padilla meditaba también sobre la suerte futura de su hermana; los hermanos bastardos del rey padecían también al ver en manos de otros nobles los mejores destinos del reino, y todos los que desempeñaban un papel algo importante en aquellas fiestas, tenían algún interior resentimiento que les hacía sufrir, obligándolos al propio tiempo á demostrar todo lo contrario.

Esta ha sido siempre la condicion humana, no desde los tiempos del rey don Pedro, sino desde que los vicios y pasiones se entronizaron en la sociedad.

A aparentar lo que no sienten; á esto se ven obligados los hombres en muchas circunstancias de su vida.

Armillar, que este era el nombre del escudero del embozado que acababa de dirigirse la palabra.

Y empujando espuela a su caballo, echó á volar, dejando á su señor camarero de un momento.

Antes de que el embozado tuviese tiempo de repararlo, Martin Alfonso se burlaba ya en las puertas del edificio, diciendo con el paje al lado de su brazo: «¿quién sabe si este es el paje que me trae el correo?»

CAPITULO XIII.

Los señores de la corte.

La puerta se abrió, y un caballo de la escudería de la reina salió á paso ligero, y se dirigió á su destino. El escudero de esta historia, que presentaba en ella el nombre de don Juan Alfonso, se dirigió á su destino.

De cómo el rey don Pedro, no obstante los consejos de su camarero mayor, de su madre y de su tia, partió de Valladolid abandonando á doña Blanca.

Las doce de la noche serian, cuando un caballero embozado en su capa, porque la noche estaba fria, y montado en un hermoso caballo, salió de Valladolid seguido de otro jinete, que por su porte exterior y la respetuosa distancia á que marchaba, daba á entender que era escudero del embozado.

Ambos proseguian silenciosos por una empinada cuesta que conducia al monasterio de las Huelgas, y ya se hallaba muy cerca de él, cuando deteniéndose de repente el embozado, exclamó con voz seca y cascada;

— ¡Martin Alfonso! adelántate unos pasos y anuncia mi llegada.

— Sereis servido, señor; contestó Martin Alfonso de

Arenillas, que éste era el nombre del escudero del embozado que acababa de dirigirle la palabra.

Y metiendo espuela á su caballo echó á galope delante de su señor encaminándose al monasterio.

Antes de que el embozado tuviese tiempo de repararlo, Martin Alfonso se hallaba ya en las puertas del edificio, dejando caer el pesado aldabon de hierro que habia sobre una de las hojas y atronando con su infernal estrépito aquellos alrededores.

La puerta se abrió, y un soldado de la guardia de la reina madre á quien conocen ya nuestros lectores desde el prólogo de esta historia, se presentó en ella de mal humor al parecer y dijo con voz de trueno:

— ¿Qué diablos quieres, alborotador? ¿viene acaso don Juan Alfonso?

— Y no á tantos pasos,—repuso el escudero—que no pueda escuchar tus palabras.

— Pues no lo veo;—añadió el soldado alargando su cuello de cigüeña, y dirigiendo su vista en torno del monasterio.

— ¿Y cómo has de verle—repuso Arenillas—si viene ahora por la cuesta?

— Tienes razon; pero pasa, que la noche está muy fria.

— Por Dios, señor Fernandez de Olmedo—repuso Martin citando al ballestero por su nombre—que esta noche has perdido el juicio; te parece regular que deje á mi señor.....

— Es verdad, es verdad;—contestó entonces el que como ya saben nuestros lectores dió muerte á doña Leonor de Guzman en el alcázar de Talavera por orden de la reina.

— Voy á noticiar á mis señeras la llegada de don Juan.
¡Diego!

Y un escudero jóven de lienga barba y mirada feroz se presentó delante de Alfonso Fernandez de Olmedo.

— ¿Llamábais?—dijo.

— Si; al guarda mayor que anuncie á sus señoras la llegada de don Juan Alfonso de Alburquerque.

El escudero desapareció; Martin Arenillas entretanto habia vuelto en busca de su señor, y pocos momentos despues, ambos entraban en el monasterio con el mismo silencio que habian guardado por el camino.

Alfonso Fernandez tuvo de las bridas el caballo del señor de Alburquerque, y despues que éste se hubo apeado, le guió por una espaciosa y lúgubre galería, en medio de la cual se veia colgado un enorme farol de vidrios de colores.

Los rayos de luz que derramaba eran tan escasos, que la galería estaba casi á oscuras, y á no ser por la linterna que Fernandez de Olmedo llevaba al cinturon, el señor de Alburquerque hubiese tropezado mas de una vez.

Martin Alfonso de Arenillas seguia á su señor sin murmurar una palabra y despues de subir un tramo de escalera, penetraron en una espaciosa antecámara, la cual se hallaba ya mejor iluminada que la galería.

Martin Alfonso de Arenillas y Fernandez de Olmedo hicieron alto en ella, porque sin duda no les era permitido pasar mas adelante, y el ballestero que daba la guardia en la antecámara, levantó un tapiz que ocultaba una puerta, y previo el anuncio, dejó el paso libre al antiguo privado de don Pedro de Castilla.

La cámara en que el de Alburquerque acababa de pe-

netrar se hallaba magníficamente adornada; pero el antiguo privado del rey, que por primera vez entraba en ella, no hizo alto al parecer en aquel esplendoroso lujo, y preocupado sin duda por pensamientos de alta trascendencia, se dirigió á dos damas que ocupadas en bordar se hallaban sentadas al frente de un precioso velador.

— Dispénsenme sus señorías;—dijo—si las he hecho esperar demasiado. El rey se hallaba entretenido con los parientes de la Padilla y no me ha sido posible venir hasta ahora.

— Estais dispensado, señor Alburquerque;—contestaron á duo aquellas damas, inclinando leve y magestuosamente su cabeza.

— He solicitado vuestro permiso para hablaros esta noche—continuó don Juan Alfonso—porque un asunto de la mas alta importancia requiere que tengamos una conferencia.

Las damas que eran la madre del rey don Pedro y la reina viuda de Aragon doña Leonor, tia del monarca, dejaron sus labores en un vistoso canastillo y se dispusieron á escuchar al de Alburquerque.

— Ya saben sus señorías—prosiguió éste—lo mucho que costó convencer al rey para que llevase á cabo su casamiento con la hermosa doña Blanca.

— ¡ Oh! no me lo digais, don Juan; repuso la madre de don Pedro, lanzando un profundo suspiro;—esa doña Maria le tiene trastornado y dudo mucho que desista de sus amores.

— Justamente acerca de ese asunto—la interrumpió don Juan—es del que vengo á tratar con vuestras señorías en este instante.

— Hablad, hablad;—dijo doña Leonor, que hasta entonces habia permanecido silenciosa.

— Corre muy válida por Valladolid la noticia de que el rey piensa abandonar á doña Blanca.

— ¡Qué decís!—esclamó la reina madre llena de sobresalto.

— Lo que me han referido, aeñora, y lo que yo mismo acabo de escuchar esta tarde de boca de algunos escuderos.

— ¿Es posible—dijo doña Leonor—que don Pedro de Castilla piense poner en práctica un plan tan descabellado?

— No solo es posible, sino probable;—contestó Alburquerque.

— ¡Oh! eso mas nos faltaba para que el rey acabase de irritar el ánimo de sus vasallos. ¿No bastan ya los escandalosos amores que mantiene con doña María de Padilla, sino que aun quiere promover mas alboroto separándose de la que no ha mucho ha solicitado por esposa? ¿Qué dirá el rey de Francia? ¿qué dirán los nobles de Castilla? ¿qué dirá el duque de Borbon? ¿qué el vizconde de Narbona con todos los caballeros franceses que han asistido á las bodas de la princesa? ¿qué, en fin, todos los vasallos de un rey tan libertino? Dirán que yo soy la culpable; dirán que yo influyo en el ánimo de mi hijo y que le obligo á obrar de esa manera; pero eso es lo que á mí menos me importa; yo acepto todas las responsabilidades; yo quiero cargar con toda la culpa á trueque de poner en buen lugar al rey mi hijo; pero antes debo dar pasos; antes debo tratar de convencerle, de traerle á la razon, de hacerle ver lo infundado que es tan infame comportamiento.

Y la reina doña María pronunciaba estas palabras llena de desesperacion, fijando sus miradas en el rostro de Alburquerque.

— Eso es justamente, señora,—repuso el antiguo favori—

to, —lo que yo pensaba aconsejaros al venir á vuestra cámara. Este asunto es mas grave de lo que parece en sí, y preciso es por lo tanto que tomemos alguna determinacion, si queremos evitar los grandes trastornos que indudablemente tiene que traer consigo.

— ¿Y vos que opinais ?

— Opino, señora, que es necesario hablar al rey.

— ¡ Oh ! si con hablar consiguiéramos... —dijo doña Leonor sin acabar la frase.

— Es cierto; —añadió doña María:— si el rey hiciese caso de los consejos de su madre y de su tia...

— Quizá los oiga en esta ocasion.

— ¡ Oh ! le conozco demasiado ; el rey don Pedro no hace caso de nadie, y únicamente las palabras de doña María de Padilla son las que penetran hasta el fondo de su corazon; esa, esa mujer es la que le tiene trastornado ; esa mujer es la que le tiene envilecido ; porque envilecido se halla un rey quando sin hacer caso de las palabras de sus buenos consejeros, se deja arrastrar por las pasiones, guiándose tan solo de los caprichos de su favorita. Los parientes de la Padilla se han posesionado de los mejores cargos que hay en la cámara del rey, y ya su inmodesta ambicion no reconoce límites: ahí teneis á don Diego García de Padilla, que no contento con su nombramiento de camarero mayor, aspira á conseguir el maestrazgo de Calatrava. Y todo ¿ por qué ? porque coaligado hace tiempo con doña Maria pretende alejar del lado de don Pedro á cuantos hombres se han mostrado enemigos de su hermana ; de su hermana, que está llamada á ocupar el mismo puesto que al lado de mi esposo ocupaba la infame doña Leonor de Guzman. ¡ Oh ! esas es-

candalosas mancebas son las que traen consigo la perdicion de nuestros reinos: ellas son las que siembran la discordia en los alcázares de los reyes, ellas las que derraman la afliccion por los pueblos de Castilla; porque caprichosas y volubles por naturaleza, nunca ven saciados sus ambiciosos pensamientos y obligan á los reyes á que aumenten los tributos para no verse privadas de ostentar sus joyas en las fiestas de la corte. ¡Doña Maria! ¡doña Maria? tú tienes que ser la causa de la perdicion del rey; tú tienes que ser la causa de todos los males que sobrevengan á Castilla.

— No os equivocais, señora;—repuso el de Alburquerque que sin murmurar una sola palabra acababa de oir cuanto la reina madre decia;—teneis mucha razon, señora, al hablar de esa manera; doña Maria de Padilla tiene que ser la causa de la perdicion de vuestro hijo, pero vuestro hijo tambien va á ser la causa de la desgracia de doña Maria. El rey don Pedro es voluptuoso en extremo, y para él no hay obstáculos de ningun género cuando trata de satisfacer alguna de sus pasiones: el rey don Pedro no ama, ó si ama su amor es tan incomprendible, que hasta sus mancebas tienen que sufrir las consecuencias de su inconstancia. Enamorado como lo veis de doña Maria de Padilla, vuestro hijo ronda al propio tiempo á cuantas doncellas se le ponen por delante, y escuderos hay en esta casa que pueden atestiguar lo que yo digo: la Padilla, por lo tanto, tiene que ser tambien muy desgraciada.

— ¡Oh! si vos os hubiéseis opuesto—dijo doña Maria fijando en don Juan Alfonso una mirada de reconvención—á que el rey hubiese comenzado aquellas relaciones, quizá no tuviésemos ahora que lamentar sus extravios. El rey era un

niño, y vos que entonces teniais un poderoso ascendiente sobre él, pudisteis disuadirlo de su vana idea; vuestra esposa tambien pudo ayudaros; pero hoy ya ¿quién se atreve á cortar el mal cuando tiene ya tantas raíces?

Don Juan Alfonso de Alburquerque, que sin necesidad de que la reina madre se lo dijese estaba ya convencido de que si el rey don Pedro se habia colocado en aquella situacion á nadie mas que á él se lo debia, quedó silencioso y pensativo, y nada tuvo que replicar. Conocia su delito, recordaba las miras de ambicion que al poner á la Padilla delante del rey le habian guiado, veia por desgracia los malos resultados que su estratégica trama habia tenido, y lleno de coraje, furioso y desesperado al verse tan lejos de la privanza, maldecia sin cesar la hora funesta en que echó mano de medios tan ruines para sostenerse al lado del rey.

— ¿Y qué os parece que hagamos—prosiguió doña María—para ver si conseguimos que el rey desista de esa idea?

— Me parece, señora,—prosiguió Alburquerque vergonzoso,—que lo que debeis hacer en este caso es ir en compañía de doña Leonor, mostrarle los graves trastornos que su funesta resolucion tiene que ocasionar, y obligarle, en fin, á que desista de su empeño; porque ninguno de sus vasallos mirará con buenos ojos esa determinacion.

— Iremos, pues, don Juan Alfonso;—contestó la reina madre desconsolada;—pero dudo mucho que el rey haga caso de nuestras palabras, porque su corazon es todo de doña María, y doña María le espera en el castillo de Montalvan, segun me ha dicho su escudero, á quien exprofeso mandó don Pedro para saber de su salud.

— Id, no obstante, doña María; que lo que muchas ve-

cos no pueden lograr las razones mas poderosas suelen conseguirlo las súplicas de una madre.

Interin este diálogo tenia lugar en el monasterio de las Huelgas, sito por aquella época en las afueras de Valladolid, en las casas del abad de Santander, que durante las bodas de don Pedro con doña Blanca habian servido de hospedaje á ambos esposos, tenia lugar otra escena no menos interesante, en la cual representaban su papel algunos de los personajes á quienes conocen ya nuestros lectores.

Don Diego Garcia de Padilla, camarero mayor del rey; don Juan Tenorio, repostero mayor del mismo; don Samuel Levi, su tesorero; el conde de Trastamara; Fernandez de Hinestrosa, tio de la Padilla; don Juan Garcia de Villagera, hermano bastardo del camarero mayor; don Juan de la Cerda, Alvar Garcia de Albornoz, Fernan Perez de Portocarrero y otra porción de caballeros que acompañaban al rey en Valladolid, se hallaban sentados alrededor de una mesa, sobre la cual se veian los restos de una comida opípara, y algunas copas de vino todavia por vaciar.

Los rostros de todos ellos respiraban alegría y en los ojos de cada cual se veia pintada la gran satisfaccion de que se hallaban poseidos. Todos reian, todos alborotaban y hasta el mismo don Samuel Levi, que rara vez se chanceaba con ninguno de los individuos de la cámara del rey, estaba aquella noche en estremo decidor, y dispuesto, al parecer, á seguir la broma hasta que el alba del siguiente dia viniese á anunciarle que ya habia pasado la noche y que tenia que cumplir un encargo de su señor.

El conde de Trastamara habia cenado mejor que ninguno de cuantos alli se hallaban, y habiendo cenado bien,

dicho se está que había bebido mejor: nada de extraño tenía, pues, que él solo alborotase más que todos, y que sus punzantes y satíricas palabras, hiriesen de cuando en cuando el amor propio de algunos de los presentes.

En los momentos de broma todo pasa y en las noches de orgía como aquella, todo se sobrelleva con paciencia.

Don Diego García de Padilla, que no era tampoco de los que menos se divertían, estaba, no obstante, algo amoscado, á consecuencia de haber oído de boca de don Enrique ciertas espresiones relativas á su hermana doña María, que debieron hacerle poca gracia.

Su hermano bastardo don Juan García de Villagera había hecho poco aprecio de las palabras del conde, y sin cuidarse de las miradas de reconvencion que su tío don Juan Fernandez de Hinestrosa le dirigía, voceaba y brindaba por la felicidad de los reales esposos, chocando su copa la mayor parte de las veces con la que el conde don Enrique le presentaba.

Don Samuel Leví, como acabamos de decir, se mostraba también bastante alegre; pero su génio apacible y abismado siempre en los misterios del cálculo, le hacia figurar como una estatua de yeso al lado de aquellos nobles inquietos y charlatanes, que de todo hablaban, de todo se reían, y nada respetaban en medio de su embriaguez.

— ¡Qué lástima que no esté aquí mi hermano don Fadrique!—decía el conde de Trastámara, fijando sus ojos en don Diego García de Padilla.—¡Oh! él tan alegre y divertido en ocasiones como esta ¿qué no haría si estuviese aquí esta noche?

— Nos haría desternillar de risa;—replicaba don Diego de

Padilla en quien el conde habia fijado sus ojos al pronunciar sus últimas palabras: el maestro de Santiago es un caballero indispensable en esta clase de reuniones.

— Y ¿qué diremos—prosiguió el conde—de mi hermano el rey que en noches como la presente se cambia de tal modo que nadie le conoce?

— ¡Oh! el rey don Pedro—repuso su repostero mayor don Juan Tenorio—sabe muy bien lo que hace, no en ésta, sino en todas ocasiones.

— ¡Por vida mia!—replicó don Tello, comprendiendo la significacion que don Juan Tenorio queria dar á sus palabras—que el rey al obrar de esa manera, no hace ninguna cosa del otro martes; hace lo que cada hijo de vecino; pero nada mas.

— ¿Nada mas?—dijo Tenorio.

— Yo al menos así lo creo.

— ¡Ah! es que no basta que vos lo creais, amigo don Tello; es necesario que lo hayais visto, que lo hayais palpado de cerca.....

— Es decir que vos.....

— He tocado de cerca todo cuanto tiene relacion con el rey don Pedro, y estoy convencido de que le sobra razon para obrar á su capricho, táchesele ó no de injusto y arbitrario.

— ¡Señores!—esclamó don Diego García de Padilla, levantándose del sillón y dirigiendo al repostero mayor una mirada penetrante:—¿vamos á concluir á golpes cuanto hasta ahora hemos proseguido en armonía? Aquí se debe hablar del amor, del vino y de las mujeres, pero no del rey don Pedro ni de sus actos como soberano de Castilla.

— Es verdad, es verdad;—repuso el conde de Trastamara

aprovechando la ocasion para lanzar una indirecta al camarero :-¿ no conocéis que aquí el que mas y el que menos está esperando un maestrazgo y es hasta imprudente el traer á colacion los negocios de nuestro rey? Hablemos de mujeres, como dice don Diego, y dejémonos de disputas.

El camarero del rey, no obstante el sarcástico tono con que el conde de Trastamara acababa de pronunciar aquellas palabras, no se dió ó no quiso darse por aludido á lo del maestrazgo, y dando un corte á aquella conversacion dijo:

— ¡Qué hermoso debe ser para un hombre cansado ya de correr mundo, eso de encontrarse con una mujer hermosa, de diez y siete años de edad, dulce como la miel y cándida como una vírgen! ¿No es verdad, señor don Tello?

— Yo de eso ¿qué queréis que os diga?—repuso el interpelado—¿admite por ventura esa pregunta mas de una contestacion? Yo creo y conmigo creerán sin duda alguna todos los presentes, que debe ser una cosa deliciosa.

— Preguntádselo sino mañana á nuestro hermano don Pedro;—dijo don Enrique con intencion.

— En verdad—repuso Fernan Perez Portocarrero—que el rey debe ser voto en esta materia.

— Como que esta noche es la segunda noche de boda;—añadió Alvar Garcia de Albornoz.

— Y con una mujer hermosa;—continuó don Tello.

— Pero no tanto como doña Maria de Padilla;—repuso el conde de Trastamara fijando de nuevo sus ojos en el hermano de la favorita.—¿No es verdad, señor don Diego?—añadió despues.

— ¡A eso nada tengo que contestar:—dijo el camarero mayor.

— Ni está bien que conteste ;—observó don Tello.

— Pero entre amigos.....—repuso don Enrique.

— Porque estamos entre amigos justamente—se adelantó á decir don Diego Garcia de Padilla—es por lo que.....

— Dispensad ;—le interrumpió el conde.

— Estais dispensado ;—contestó Padilla.

En este momento se presentó un escudero en la puerta de la estancia en que todos estos nobles se hallaban reunidos, y pidió permiso para hablar con el camarero mayor del rey.

Don Diego Garcia de Padilla le mandó pasar, y retirándose á un rincon de la cámara preguntó al escudero que comision traía.

— El rey don Pedro—contestó el escudero—os quiere ver y me encarga que nadie sepa que os ha llamado.

— ¿ En dónde espera ?

— En la sala del Cordon.

— Espérame á la puerta?

El escudero salió, y don Diego Garcia de Padilla se dirigió á todos los caballeros allí presentes diciéndoles.

— Señores ; una enlutada solicita hablarme y voy á ver que quiere: vuelvo en seguida.

Y salió de la estancia dejando á todos mudos de admiracion.

— ¡ Una enlutada !—esclamó don Enrique.

— ¡ Qué solicita hablarle !—añadió don Tello.

— ¡ Por Dios ! que no lo entiendo !—dijo don Samuel Levi, saliendo de su estupor y rompiendo por fin su proverbial silencio.

— ¿ Tambien á vos os estraña, don Samuel ?—le inter-

rogó don Juan García de Villagera, hermano bastardo del camarero mayor.

— ¿Y á quién no, viven los cielos?—repuso el judío lleno de asombro y fijando sus espantados ojos en don Juan.

— Pues no veo yo—añadió éste—ninguna cosa de particular en ese asunto para que tanta admiracion os cause.

— ¿Con qué una enlutada?...

— Una enlutada se presenta á todas horas en cualquier parte, habla con quien le parece y á nadie causa estrañeza su conducta.

— Es verdad; pero á estas horas...

— Desengañaos, don Samuel; estáis muy atrasado en punto á amores, y es claro, de todo os estrañais.

— Como que es judío y ninguna cristiana le quiere:—añadió don Tello.

El tesorero del rey hizo un gesto de desagrado y se arrellenó en su sillón, dispuesto al parecer á quedarse dormido.

El conde de Trastámara, á quien la cabeza se le iba haciendo demasiado pesada, imitó al judío don Samuel Leví, y una vez tomada esta determinacion por ambos caballeros, los demas, que se hallaban algo trastornados tambien por los vapores del vizo, inclinaron la cabeza sobre el respaldo de sus sillones, y aquella estancia en la que momentos antes tanto ruido se notaba, quedó sumida en el mas profundo silencio.

Don Diego García de Padilla se hallaba entretanto en presencia del rey dispuesto á recibir sus órdenes.

Don Pedro cerró las puertas de la cámara en que se encontraban, y despues de mirar en torno suyo como receloso de que alguno le expiase, dijo en voz baja á su camarero:

— Pienso marcharme, don Diego; pienso salir de Valladolid.

— Como gustéis, señor;—contestó Padilla.

— Pero pienso dejar aquí á doña Blanca;—añadió el rey.

— ¡Qué decis, don Pedro!—esclamó el camarero mayor.

— Lo que oyes; pienso salir de Valladolid para no volver nunca al lado de mi esposa.

— Pero, señor, ¿puedo saber la causa de esa determinacion tan repentina? ¿Por qué os quereis alejar para siempre de una mujer con quien hace dos dias os habeis unido?

— Porque no puedo amarla, don Diego.

— ¡Oh! no digais eso, señor; doña Blanca es jóven, hermosa, sobrina del rey de Francia, hija del duque de Borbon.... no digais eso, don Pedro.

— Lo repito; mi corazon no puede amar á ninguna mujer sino á tu hermana; María es para mí el sueño de ventura; yo sin tu hermana no puedo vivir; necesito estar al lado de María.

— Pero, señor, ¿qué dirá vuestra corte cuando le anunciéis vuestra resolucion? ¿qué opinará de vos cuando vea que aun no hace dos dias que os hallais al lado de doña Blanca y ya pensais en abandonarla?

— Dirá lo que quiera, don Diego; nada me importa de lo que los nobles ni el vulgo puedan decir; todo esto en caso de que yo pensara comunicar á nadie mi resolucion; pero....

— ¡Cómo! ¿pensais marcharos....?

— A caza, don Diego; vos me acompañareis con algunos oficiales de mi guardia....

— ¡Oh! repítoos, don Pedro, que no lleveis á cabo

vuestra resolución, porque las gentes de Valladolid formarían muy mala idea de su monarca. ¡Por Dios, don Pedro, por Dios! medita bien antes de obrar, que esa vuestra determinación tiene que acarrear muchos males á Castilla. Si amais á doña María, si estimais en alguna cosa el afecto que os profesa mi querida hermana, abandonad por ahora esa funesta resolución que ni para vos ni para ella tiene que traer buenas consecuencias. Bastante desgraciada es la infeliz; no la hagais mas desdichada.

— ¡Don Diego!—esclamó el rey con acento de amarga desesperacion.

— Os lo digo por vuestro bien:—repuso el privado con entereza.

— Por mi bien....

— Por vuestro bien, sí, don Pedro; por el bien de vuestros reinos: vos debéis permanecer en Valladolid siquiera por espacio de algunas semanas, y si en ese tiempo no se os presenta una ocasion oportuna para alejaros de doña Blanca, entonces poned en planta vuestro pensamiento; pero ahora, don Pedro, permaneced en Valladolid: os lo pide por favor el hermano de doña María.

— ¡Ay don Diego!—repuso el rey lanzando un profundo suspiro;—mal conocéis todavia mi carácter; para mí no hay obstáculos de ningun género cuando trato de llevar á cabo cualquier empresa, y por hoy me encuentro decidido á volver al lado de vuestra hermana.

— Sin embargo, don Pedro, la política aconseja....

— Que el rey haga su voluntad; eso es lo que aconseja la política, señor don Diego García de Padilla:—esclamó el rey con entereza y dando á sus palabras un tono amenaza-

dor.—En mis acciones ninguno de mis vasallos tiene que entrometerse. O mandan ellos ó mando yo; si ellos, ridiculo es por demás que don Pedro se sienta sobre el trono de Castilla; si yo, ridiculo es tambien que ninguno de mis vasallos se atreva á murmurar de mis acciones. La voluntad del hombre es libre, y con dobles derechos debe serlo la del rey. ¿No opinas de la misma manera?

— ¡Oh! señor, cuando por obrar un monarca á su capricho espone no solo la tranquilidad de una familia, sino la paz de un reino entero, entonces su voluntad debe sujetarse, y el monarca replegar un poco las alas de su albedrío. Si todos siguiesen vuestras máximas ¿qué sería entonces de las naciones? ¿qué de los pueblos y qué de los mismos reyes que los gobernasen? La anarquía mas completa reinaria en la sociedad, y esto, como conocéis, ningun resultado bueno traeria consigo. ¿Qué diriais vos, señor don Pedro, si cualquiera de vuestros vasallos se proclamase libre y en nada se sujetase á vuestras leyes? ¿seria buena disculpa para vos la de que su voluntad es libre y que obraba por lo tanto á su albedrío? No, don Pedro; el hombre debe sujetarse, reprimir en algun tanto sus pasiones, encerrarse en un círculo limitado y no salir de él mientras circunstancias violentas é imprevistas no le obliguen. Oidme, por Dios, don Pedro; si os hablo de esta manera es porque preveo los muchos disgustos que va á ocasionar vuestra funesta resolucion.

— En vano es que prediques, Diego;—repuso el rey:—mi resolucion es invariable; antes de obrar medito, é inútil es por lo tanto que me hagas reflexiones. Mañana emprenderé mi marcha, y dentro de pocos dias me hallaré al lado de tu hermana.

— Señor, si os obstináis...

— Me obstino, sí; porque me repugna vivir al lado de una mujer á quien no profeso ningun cariño y á quien nunca podré amar. Dos dias hace que me encuentro á su lado, y aunque me esfuerzo por demostrarla que no me es indiferente y que mi corazon está libre de pasion alguna, ella, sin embargo, padece porque ha llegado á comprender que mi pensamiento está fijo en otra mujer que no se halla á mi lado. Quizá entre sueños la haya descubierto mi pasion; quizá la noche de nuestras bodas se haya escapado de mis lábios el nombre de Maria. ¡Oh! esto debe ser horrible; doña Blanca debe padecer.

— Padecerá, sí, don Pedro; porque el corazon de una mujer es muy sensible, y si la sobrina del rey de Francia se ha visto postergada á otra mujer á quien tal vez no conoce, su situacion debe ser muy angustiosa. Estará triste y no se atreverá á revelaros la causa de su tristeza; notará vuestro desvío y no tendrá valor para pedir os quejas. ¡Oh! don Pedro, no la abandonéis; doña Blanca es digna de compasion; no la abandonéis.

— Es decir que, segun tus consejos, debo permanecer á su lado y abandonar á doña Maria. ¿Es menos criminal el abandonar á una mujer de la cual ya se tiene un hijo, y con la cual le ligan á uno por consiguiente los vinculos mas estrechos, que el abandonar á otra que se titula esposa, pero á la cual no se la profesa ningun cariño? ¡Oh! don Diego, estais muy engañado; vuestras reflexiones todas carecen de fundamento; pero nada importa: me he propuesto salir de Valladolid y mañana temprano me tendrás dispuesto y aparejado un palafren, que en tu compañía y en la de

algunos oficiales á quienes yo mismo avisaré, pienso salir antes de la aurora á fin de que nadie se aperciba de mi marcha. Esta noche harás correr la voz por entre las gentes de mi servidumbre de que mañana salgo á caza. Adios.

— Sereis servido, señor;—contestó Diego García de Padilla;—que descanseis.

Y triste y cabizbajo salió de la cámara del rey. Algunas horas despues todas las gentes de las casas del abad de Santander, donde el soberano se hospedaba, sabian ya que éste salia á caza á la mañana siguiente en compañía de su privado y algunos oficiales de su servidumbre.

Las dos reinas viudas doña María y doña Leonor, que como ya saben nuestros lectores habian quedado con el de Alburquerque en presentarse al siguiente dia en la cámara del rey, se presentaron en efecto delante del monarca dispuestas á disuadirle del empeño que segun públicos rumores habia formado de salir de Valladolid.

Mústias y reflexivas penetraron en la estancia del rey á la sazón en que éste se hallaba sentado á la mesa, sin otra compañía que la de su repostero y amigo íntimo de la infancia, don Juan Tenorio.

Las damas se estrañaron al verle comer solo, y sin acordarse al parecer de que tenia esposa; cambiaron una mirada de inteligencia, y se adelantaron hácia don Pedro llenas de agitación.

El rey, que abismado en profundas meditaciones apenas habia oido al ballestero de su cámara que acababa de anunciar á su señora madre en compañía de su tia, se sorprendió al ver delante de sí á aquellas dos para él respetables señoras, y levantándose del sillón en que se hallaba se apresuró á ofrecerles un asiento á su mesa.

Las damas con mucha política correspondieron á su linura, y tomando asiento en frente del rey, parecían como dominadas por un profundo pesar.

Don Pedro lo comprendió; pero nada dijo, sin embargo.

El repostero mayor, don Juan Tenorio, que por experiencia sabía ya lo que estas visitas estemporáneas solían traer consigo, tuvo por conveniente solicitar el permiso del rey para retirarse, y saludando respetuosamente á las reinas viudas, salió de la cámara con alguna agitacion.

— Algo han oído;—murmuró en voz baja al retirarse:— con ese diablo de Alburquerque es imposible guardar ningún secreto.

La madre del rey fué la primera que se decidió á romper aquel silencio, y dirigiéndose á él le dijo:

— Paréceme, don Pedro, que estais muy disgustado.

— No, doña María;—contestó el rey con indiferencia:— estoy alegre por fortuna; pero no comprendo el sentido que encierra vuestra observacion.

Ninguno, hijo querido:—repuso la reina madre procurando dominar cuanto pudo su emocion.

— ¡ Oh! sí;—prosiguió el rey acompañando sus palabras de una lánguida sonrisa:— con al un misterio me haceis esa pregunta: pero vos doña Leonor ¿ nada decís? ¿ nada teneis que contar á vuestro sobrino?

— Nada don Pedro; mas si me permitis me tomaré la libertad de haceros una pregunta.

— No necesitais de mi permiso—repuso don Pedro, levantándose de la mesa y aproximándose á las reinas— para hacermé cuantas preguntas tengais por conveniente.

— Decidme, ¿pues?—prosiguió doña Leonor:—¿cómo no comeis con vuestra esposa?

— Se halla ligeramenté indispuesta—contestó don Pedro con indiferencia—y esa es la causa de que no encontréis reunidos en la mesa á ambos esposos.

Doña Leonor cambió de nuevo otra mirada de inteligencia con la reina doña Maria y se atrevió á decir:

— No, don Pedro; no es esa la causa de que os halleis separado de doña Blanca. Dentro de poco quizá...

— ¿Qué decís, señora!—esclamó el rey lleno de sorpresa y fijando una mirada penetrante en el rostro de su madre.

— Digo lo que ya es demasiado público para que pretendais ocultármelo en este instante. Segun voces que corren como ciertas por la ciudad, parece ser que tratais de marchar de Valladolid!

— ¿Señora!—esclamó segunda vez el rey, pero fingiéndose esta vez mas asombrado.

— Vuestra madre—repuso entonces doña Leonor con mucha calma—no hace mas que referir la noticia que corre de boca en boca por entre todas las gentes del pueblo, y por lo mismo no debéis estrañaros, querido sobrino.

— Y mi tia ¿qué dice?—la interrogó el rey acompañando sus frases de una sarcástica sonrisa.

— Vuestra tia—contestó doña Leonor con entereza—dice que haréis muy mal si tal pensamiento llevais á cabo.

— ¿Y vos también opináis de la misma manera?—añadió don Pedro, dirigiéndose á su madre.

— Yo, hijo mio—repuso—ésta enjugando dos gruesas lágrimas que se habian desprendido de sus ojos—opino tambien porque no os debéis marchar, si no marchais en com-

pañía de doña Blanca; porque segun públicas voces tra-
lais de abandonarla, y esto como comprendeis os colocaria
en una posicion bastante desairada para con todas las gentes
de vuestro reino. A los dos dias de casarse abandonó á su
esposa;—diria el vulgo anatematizando vuestra conducta y
tachándoos de injusto:—no os marcheis, don Pedro; no
echeis sobre vuestro reinado esa mancha que nunca conse-
guireis borrar de los anales de vuestra vida, y que os de-
parará en la historia un lugar poco envidiable.

— Puesto que con tanta formalidad me habláis, querida
madre,—repuso el rey—debo corresponder esplicándome tam-
bien en el mismo tono acerca de este asunto. Ni trato ni he
tratado de alejarme por ahora de doña Blanca; quien esa
nueva os haya llevado á vuestra posada, os ha engañado, y
justo es que lleve el castigo merecido. Decidme como se lla-
ma; que el rey don Pedro sabrá cortar la lengua á ese villano.

— Es el pueblo, don Pedro, y á nadie debeis echar la
culpa por lo tanto.

— ¡Ah! es el pueblo?—repuso el rey;—pues el pueblo
entero quedará mudo, para que aprenda en adelante á hacer
mejor uso de su lengua.

Y el rey de Castilla pronunció estas últimas palabras
con un acento tal de desesperacion, que ambas reinas se
miraron sobrecogidas sin atreverse á murmurar una palabra.

— Estad seguras—continuó despues—de que el rey de Cas-
tilla permanecerá por ahora en Valladolid y al lado de doña
Blanca; despues hará lo que crea mas conveniente. Si era
esta la mision que traiais, desvanecidas quedan vuestras
dudas; si traeis algun otro asunto de que hablarme, empe-
zad luego, que dispuesto estoy á oiros.

— Ninguno;—contestó doña María:—únicamente queríamos saber si eran ciertos los rumores que circulaban por Valladolid.

— Pues vuestra pregunta ha obtenido su respuesta correspondiente. Adios, señoras.

Y el rey don Pedro se retiró de la cámara.

Las dos reinas viudas no acertaban á desplegar sus labios y se retiraron tambien en dirección al monasterio. Luego que hubieron llegado, dijo doña María:

— ¡Oh! su caracter es irresistible: hijo mio es; pero en nada se parece á su pobre madre.

Pocos minutos despues de la escena que acabamos de relatar, una pequeña y lucida cabalgata salia de Valladolid.

Componíase del rey, su camarero mayor, don Diego García de Padilla, y algunos oficiales de la servidumbre.

Don Pedro de Castilla, no obstante las reiteradas protestas que acababa de hacer á su madre y á la reina doña Leonor, salia de Valladolid, pretestando una batida de caza en los sotos de aquellas cercanías; pero dirigiéndose en realidad á la Puebla de Montalvan, donde le esperaba ya su hermosa favorita.

CAPITULO XIV.

De cómo Pero Gonzalez Orejon anunció al rey que don Juan Alfonso de Alburquerque, el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado y algunos otros caballeros, venian hácia él armados de todas armas y en son de guerra.

ALGUNOS dias despues de los sucesos que acabamos de referir, el rey don Pedro y doña Maria de Padilla se hallaban en Toledo, á cuya ciudad habian trasladado su residencia desde la Puebla de Montalvan.

Doña Maria se hallaba triste, y su real amante, por demás meditabundo; ambos padecian horriblemente y ninguno se atrevia á revelar la causa de su tristeza.

El rey don Pedro, que no obstante la sangre fria con que acostumbraba á mirar las cosas, se acordaba en aquel instante de doña Blanca, sentia que un secreto remordimiento le minaba la conciencia, animándole y decidiéndole á volver á Valladolid. Su corazon, sin embargo, era de doña Maria, y no se creia con fuerzas suficientes para volver al lado de

aquella desgraciada doncella á quien acababa de hacer su esposa: la Padilla, por otra parte, veía con desconuelo que aquel rey con quien le ligaban los vínculos de un amor sin límites y del cual existía ya una prenda comun en doña Beatriz, se hallaba unido por medio de los indisolubles lazos del matrimonio con doña Blanca de Borbon, jóven á quien no podía menos de aborrecer, porque veía en ella una rival.

Don Pedro comprendía muy bien la triste posicion en que merced á su casamiento habia colocado á doña María, y se entristecía tambien, pensando en los horribles tormentos de que aquella jóven candorosa debia ser víctima.

— ¡Doña María!—la decia con débil y apasionado acento:—no os mostreis tan triste cuando estoy en vuestra presencia, porque me matais cada vez que posais en mí esas miradas de tristeza.

— No estoy triste, don Pedro;—repuso la Padilla llena de emocion;—pero no sé lo que siento cuando os tengo á mi lado; os miro y no acierto á murmurar una palabra: quisiera ser de hielo, porque de ese modo no padecería.

— ¿Con que es cierto que padecéis?—repuso el rey con viveza y fijando sus espantados ojos en el rostro de su amada.—¿Con que es cierto que estais triste y me lo negabais? ¡Oh! doña María, os habeis propuesto martirizarme; os habeis propuesto agotar mi sufrimiento y envenenar lentamente los dias de mi existencia, hasta que no pudiendo resistir por mas tiempo el peso de mis desgracias, acabe de una vez con todas ellas sepultando en mi pecho la daga que llevo á la cintura.

— ¡Señor!—esclamó doña María llena de sobresalto.

— Si, María;—prosiguió el rey:—no puedo menos de es-

presarme de ese modo, toda vez que tú te obstinas en no declararme la causa de tu tristeza. ¿Tienes celos, acaso, de doña Blanca? ¿Temes que la hija del duque de Borbon te haya robado parte de mi cariño? No, María; mi corazón es tuyo; mi corazón te pertenece, y tú eres la única mujer á quien yo puedo profesar amor en este mundo. ¿Por qué, pues, esa profunda melancolía de que continuamente te sientes dominada?

— No, señor, vos os engaÑais; no es melancolía lo que tengo: es el egoísmo el que me hace padecer, porque quisiera teneros siempre á mi lado; quisiera que nunca os separaseis de mí y que ninguna otra mujer posase en vuestro rostro sus miradas.

— ¡María!—esclamó el rey.—Los celos son los que á tí te hacen desgraciada, no el egoísmo amoroso, como quieres suponer.

— Os juro, señor....

— No necesito que jures; comprendo demasiado bien cuál es la causa de la angustiada situación en que tú te has colocado; pero no hay motivo, María, para que pienses de ese modo; no hay motivo para que dudes de mi amor un solo instante. Casado con doña Blanca por compromiso únicamente, la he abandonado al tercer día de nuestras bodas por unirme contigo, por venir á donde tú estas; si aun quieres otra prueba mayor de mi constancia no tardaré en dártela, ángel de mi vida. Don Juan Alfonso de Albuquerque, segun noticias que tengo de Valladolid, se ha puesto en camino con intención de aconsejarme que torne al lado de mi esposa á petición también de mi madre y de mi tía; pero don Juan Alfonso no volverá á ser conductor de tales mensajes,

porque tan luego como llegue, le haré encerrar en un casti-
llo, de donde no volverá á salir mientras corra sangre por
las venas del rey don Pedro. Eso hago yo, María; de ese
modo acostumbro yo á tomar los consejos de mis parientes,
cuando esos consejos tienden á alejarme del objeto de mi
amor. Si dudáis todavía *blanca de vuestro amor, o si queréis*
— No, don Pedro, no; sois demasiado generoso para
conmigo y nunca podré corresponder debidamente á ese
amor sincero que me profesáis; soy muy dichosa, y me
juzgo la mas feliz de todas las mujeres al oír esas palabras
que salen de vuestros lábios: pero no debéis odian de esa
manera, y permitidme que os aconseje en esta ocasion; don
Pedro. Doña Blanca es vuestra esposa; y ella y nadie mas
tiene derecho á exigir de vos lo que doña Maria de Padilla
no se debe atrever nunca á suplicaros. Vuestra presencia en
Valladolid es necesaria, ó de lo contrario debéis traer á To-
ledo á vuestra esposa. Yo para vos nada debo, significar en
estas circunstancias en que los asuntos del reino y vuestra
misma dignidad reclaman que me abandoneis. Oíd, pues,
los consejos que por boca de Alburquerque tienen á bien
dirigiros las reinas viudas; y dejadme, don Pedro; mar-
chad al lado de doña Blanca, que yo me consolaré con el
recuerdo de vuestro amor, teniendo siempre en mis brazos
á nuestra hija Beatriz. *collejez vuestro ob onuzan*

— ¡Doña Maria! — exclamó el rey lleno de despecho y
atronando el espacio con sus palabras. — ¡Me juzgais capaz de
cometer una accion tan poco noble? ¿me juzgais capaz de
olvidar ni por un solo momento aquello que mas he queri-
do? No, doña Maria; me haceis muy poco favor al pensar
de esa manera; el rey don Pedro sabe muy bien todo lo que

debe á una mujer, y mucho mas á una mujer á quien ha reducido á la desgraciada condicion de favorita, desde que terribles circunstancias le obligaron á unirse con otra mujer á quien no amaba. Yo nunca me separaré de vos, doña María; yo sé lo que os debo como rey y como amante, y nunca, repito, seré capaz de abandonaros: desechad, pues, esa idea; no volvais á proponerme esos consejos, y tened en cuenta que si el rey don Pedro se empeña en una cosa, ni las palabras de Alburquerque, ni las de mi mayor privado, ni las del mundo entero, serán bastantes á hacerme abandonar mi primera resolucion. El rey de Castilla os ama, y casado ó no con doña Blanca, nunca se separará de vos.

Y don Pedro al pronunciar estas palabras fijaba sus espantados ojos de una manera tal en la jóven doña Maria, que ésta no pudo menos de temblar ante la actitud imponente y severa del monarca.

— Señor, — dijo despues de unos instantes y repuesta algun tanto de su impresion; — no me mireis de esa manera que me aterráis: yo sé muy bien de todo lo que sois capaz, y no necesito que me repitais esas protestas de amor que acaban de salir de vuestros labios; pero reflexionad un poco sobre vuestra situacion, y os convencereis de que vuestra fuga de Valladolid no debe haber sido bien interpretada por ninguno de vuestros vasallos.

— ¡Mi fuga! ¿qué dices, Maria?

— Vuestra fuga; sí; porque prestando una caceria os habeis alejado de aquella ciudad, sin despediros siquiera de vuestra esposa doña Blanca.

— ¡Oh! no califiqueis de ese modo mis acciones, porque al obrar de esa manera no he hecho mas que obedecer al

instinto de mi pasion: yo estaba ciego en aquel instante; yo solo pensaba en vos, y el deseo de volver cuanto antes á vuestro lado, me hizo arrostrar por todo sin meditar en las consecuencias que aquella resolucion habia de traer consigo.

— Aun tenéis tiempo de enmendar vuestra falta: volved á Valladolid una vez que ya me habeis visto, y de este modo nada tendrán que recelar los nobles con respecto á vuestra conducta.

— ¡Recelar los nobles! no tienen derecho ninguno para interpretar las acciones de su rey. Cuando yo les pida cuenta de sus acciones en el terreno privado de su vida; entonces podrán tener alguna razon para intervenir en los asuntos privados de su monarca; pero entretanto....

— Es que las acciones privadas de un rey pasan á ser públicas, toda vez que pueden tener alguna influencia en la marcha política de los negocios de sus reinos.

— En vano tratais de convencerme, doña Maria; no saldré de Toledo interin las lanzas del francés no me obliguen á abandonaros; y esto no sucederá, doña Maria, porque aun tengo el número suficiente de guerreros leales que sabrán pelear en mi defensa, y aun perder su vida si necesario fuese. No marcharé, repito, interin el duque de Borbon, padre de mi esposa, y el rey de Francia su tio, no me obliguen á apartarme de vuestro lado.

— Señor, tanta obstinacion....

— Si, Maria; mi empeño es justo, y las causas que tengo para obrar asi, son tambien demasiado poderosas.

— ¡Poderosas! la pasion os ciega y no os deja reflexionar....

— ¿No tengo derecho, por ventura, para amar ó aborrecer á una mujer?

— Siempre que ese amor ó ese aborrecimiento sea motivado....—repuso la Padilla con timidez.

— Y qué, ¿no está motivada mi resolucion?

— Creo que no, don Pedro.

— Pues creéis muy mal, doña Maria.

— Si no me dais esplicaciones....

— Yo no amo á doña Blanca, y obro por lo tanto con cordura al separarme de ella.

— ¡Señor!

— Si, doña Maria; cuando el marido no ama á su mujer, el medio mejor de evitar rivalidades es el de separarse de ella.

— Pero por Dios, don Pedro; cuando ningun motivo teneis para dejar de amarla....

— Tengo motivos muy sobrados y aun cuando así no fuese, yo os amo á vos, y doña Blanca á mi lado seria una mártir. Alejándome de ella, obro, pues, con mucha cordura.

— Es que los amores que teneis conmigo son criminales, porque ningun vínculo sagrado ha venido hasta ahora á hacer indisoluble nuestra union.

— Nos une el vínculo de un amor sin limites, y tenemos una hija fruto de ese amor.

— De ese amor criminal, porque aun no ha llegado la iglesia á bendecirlo.

— Pero lo bendice Dios, que desde el cielo contempla la dulce felicidad que disfrutamos.

— ¡Don Pedro!

— Sí, Maria; yo no puedo amar á doña Blanca.

— Pero no es justo que por eso la hagais padecer dejándola abandonada.

— Ya se consolará de mi partida;—añadió el rey acompañando sus palabras de una sarcástica sonrisa.

— ¡Don Pedro!—volvió á esclamar la dama llena de asombro;—ningun motivo tenéis para hablar con ese sarcasmo de la princesa.

— Puesto que os empeñais—replicó el rey—preciso será deciros que doña Blanca es culpable.

— ¡Imposible!

— La primer noche de nuestra boda tuve ocasion de convencirme.

— ¡Don Pedro, don Pedro!—esclamó la Padilla fijando una mirada suplicante en el rostro del monarca;—no añadais al sarcasmo la crueldad; porque seréis muy cruel, si no teniendo otro medio de justificar vuestra conducta, atacais ahora el honor de esa doncella.

— Repito, doña María, que tengo motivos sobrados para ello; y aun cuando no los tuviese, ¿tan poco valen las palabras de algunos de mis caballeros para que dude de su veracidad? Mi hermano don Fadrique que la acompañó en su viaje hasta Valladolid, pudiera daros mas esplicaciones que yo acerca de este asunto.

— ¡Oh! eso es injusto, don Pedro; vuestro hermano don Fadrique ha permanecido en las tierras de su maestrazgo mientras la reina doña Blanca hacia su viaje desde París, y no hace tanto tiempo que esto ha sucedido para que tan pronto os hayais olvidado de los hechos. Don Fadrique se hallaba en la Fuente del Maestre con varios comendadores, y conferia á Fernan Ruiz de Tauste la encomienda mayor

de Montalvan de Aragón, mientras la sobrina del rey de Francia proseguía su viaje en direccion á Valladolid.

— Como queráis, doña Maria; si os empeñais en defender á esa doncella, inútil será que yo os revele la causa de mis recelos; pero por ahora os repito que no volveré á Valladolid y que no pienso separarme de vuestro lado.

La hermosa doña Maria de Padilla posó en el rey una mirada de ternura y de agradecimiento, y no pudo menos de derramar algunas lágrimas de contentó en presencia de su amante.

— Me amais demasiado—le dijo llena de emocion—y me considero la mas feliz de todas las mujeres al ver la obstinacion que mostráis en no volver á reuniros con doña Blanca, y lloro de felicidad, don Pedro; el corazon me salta de alegría, y no tengo palabras suficientes para demostraros lo dichosa que soy en este instante; pero no por eso dejo de conocer la triste posicion á que vuestro loco empeño tiene reducida á doña Blanca; no por eso dejo de conocer los terribles padecimientos de que será víctima aquella infeliz doncella, repudiada de su esposo á los tres dias de celebradas sus bodas con toda pompa en Valladolid; la hija del duque de Borbon debe sufrir horriblemente, y yo no puedo menos de compadecerla. Que Dios os perdone la injusticia que con ella acabais de cometer; que Dios no nos tenga en cuenta los funestos estravíos en que nuestra ciega pasion nos está haciendo incurrir.

— Callad, callad, doña Maria;—repuso el rey dominado al parecer por una profunda tristeza.

—No esteis triste, don Pedro;—dijo entonces la favorita con un acento amoroso capaz de ablandar un corazon de piedra.

El rey don Pedro posó en el rostro de su dama una mirada de ternura.

A la mañana siguiente se hallaba el rey solo en su cámara, cuando uno de sus ballesteros se presentó en las puertas diciendo:

— El escudero de su señoría, Pero Gonzalez Orejon, solicita permiso para hablaros.

— ¡Pero Gonzalez Orejon!—esclamó el rey para sus adentros:—¿qué comision traerá ese diablo de escudero?

Y sentándose en un sillón blasonado, dijo en voz alta y con voz de trueno:

— Que pase el escudero.

Un hombre fornido como de unos veinticuatro á veintiseis años de edad, y en cuya atrevida mirada se adivinaba desde luego la vivacidad de su carácter, se presentó en las puertas de la cámara, y haciendo una profunda reverencia al rey, adelantó unos pasos aunque conservándose á una distancia respetuosa.

— ¿Qué traes?—le dijo don Pedro:—¿qué noticia tienes que comunicarme, ó qué favor tienes que pedirme?

— Vengo á deciros, señor,—contestó el escudero,—que acabo de hablar con un zapatero recién llegado á la ciudad, y que me ha dado una noticia que quizá no haya llegado á vuestros oídos.

— Habla,—repuso el rey.

— El tal maestro viene de Valladolid, y dice que algunas horas antes de salir él de aquella ciudad, don Juan Alfonso de Alburquerque, el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado y otros nobles caballeros, seguidos de unos

mil quinientos hombres armados, habian partido de aquella ciudad con direccion á Toledo, segun los rumores que de público corrian, y que en efecto se encaminaban hácia aquí. Acaso su señoría no tenga noticia de este hecho.

— No, Pero Gonzalez Orejon, — repuso el rey como alarmado; — y te doy las gracias por ello, porque acabas de prestarme un buen servicio; pero dime, ¿nada mas se sabe acerca de su venida? El venir seguido de tantos hombres armados.

— Dicen, señor, que despues de habida una conferencia entre doña Blanca de Borbon, vuestra madre, vuestra tia y don Juan Alfonso de Alburquerque, que este señor se ha puesto en camino, comisionado al parecer por aquellas ilustres damas, para aconsejaros que abandonéis á Toledo y volvais á Valladolid.

— Está bien, Pero; — añadió el rey meditabundo: — te repito las gracias por la noticia; déjame solo. Ya te llamaré en caso necesario.

Pero Gonzalez Orejon salió de la cámara del rey, y este prosiguió en su salon reflexivo y cabizbajo.

— ¡Qué abandone á Toledo y que vuelva á Valladolid! — dijo despues de unos instantes: — ó lo que es lo mismo, que abandone á doña María y torne á los brazos de doña Blanca! No está mal dispuesto el plan; mi antiguo privado don Juan Alfonso mira ahora mucho por los intereses de mi reino; ¡oh! es lástima que le haya retirado mi confianza. Infames ambiciosos que solo piensan en enriquecerse á costa del tesoro real. ¡Afortunadamente no me coje desprevenido! ¡Ola! ballesteros.

Uno de los ballesteros que estaban de guardia en la an-

tecámara se presentó en las puertas de la habitación del rey.

— Que venga don Samuel Levi, mi tesorero.

El ballestero desapareció, y pocos momentos después, el judío á quien ya han visto nuestros lectores cenando en Valladolid en compañía de todos los caballeros de la corte del rey, se presentó en la cámara saludándole con una dulce sonrisa.

— Samuel Levi, dijo don Pedro;—es necesario que ahora mismo mandes disponer uno de mis mejores caballos y salgas inmediatamente de Toledo.

— ¡Señor!—esclamó el judío fijando una mirada de asombro en el monarca—¿qué idea os ha dado...

— ¡Ola!—repuso el rey;—¿también tú eres de los que se atreven á juzgar de mis acciones?

— Señor...—dijo el judío con sumision.

— Dentro de poco—prosiguió el rey—no podré dar un paso fuera de mi cámara sin que antes tenga que dar cuenta de él á todos mis vasallos.

— Dispensad—don Pedro—repuso entonces don Samuel en tono de disculpa.

— Te digo—continuó el rey—que mandes disponer un caballo, porque vas á salir de Toledo camino de Valladolid en busca de don Juan Alfonso de Albuquerque.

— Pero señor—dijo el judío—¿no podría sustituirme don Diego de Padilla.

— Al don Diego de Padilla no tardaré yo en darle ocupacion: marchad por lo tanto donde acabo de deciros y volved á recibir mis instrucciones.

— ¿Debo ir sólo, señor?

— Puedes llevar hasta cincuenta lanzas.

— Las llevaré.

Y el tesorero del rey, salió de la cámara receloso y meditabundo.

— Sí—prosiguió don Pedro—es el único medio de impedir que vuelva á molestarte con mensajes de esa naturaleza. Mandaré cerrar todas las puertas de Toledo menos la de Visagra, y despues que se halle dentro de la ciudad... sí, sí; es el medio mas seguro de qué puedo valerme.... ; Ola! ballesteros.

El que vigilaba en la antecámara, levantó inmediatamente el tapiz que servia de cortina en la puerta de la cámara, y volvió á presentarse al rey.

—Que se presenten aquí el Alguacil mayor, Suero Tellez de Meneses y don Alfonso Jofre Tenorio.

Volvió á salir de la cámara el balletero y muy luego entraron en ella las dos personas á quienes el rey habia mandado llamar.

— Tú, Suero Tellez de Meneses—dijo el rey dirigiéndose al de menos estatura—quedas desde ahora sin el alguacilazgo mayor de Toledo; y tú,—añadió volviendo hácia el otro que era alto, moreno y de formas casi hercúleas—te encargas desde hoy de sustituir á Suero Tellez de Meneses, á quien por ahora quiero proporcionar algun descanso. Alfonso Jofre Tenorio, queda nombrado alguacil mayor de Toledo con todos los privilegios anejos á su cargo. Nada mas tengo que decirte Suero Tellez de Meneses, tú Tenorio no salgas de mi cámara.

Suero Tellez de Meneses, que al oír las anteriores palabras del rey se habia quedado al parecer lleno de asombro, salió de la cámara sin murmurar una palabra, y atacado del peor humor que pueden imaginarse nuestros lectores.

Alfonso Jofre Tenorio, que era hermano del confidente y repostero mayor del rey don Juan Tenorio, se tornó por el contrario muy alegre tan luego como hubo escuchado su nombramiento de boca del rey don Pedro y no cabia dentro de las mallas de su ajustado coselete.

— Os doy las gracias, señor—le dijo lleno de ansiedad, apenas Tellez de Meneses hubo salido de la cámara:—tanta merced.....

— Basta de cumplidos, señor Tenorio;—repuso el rey interrumpiéndole:—yo sé premiar los buenos servicios de todos los vasallos que me son leales, y esa es la causa de que no me haya olvidado de tí en la presente ocasion; pero ahora vamos á otra cosa: es necesario que empieces á servirme de algo.

— Mandad, señor;—dijo Jofre Tenorio:—que dispuesto estoy á obedeceros.

— Segun noticias que acabo de saber por boca de Pero Gonzalez Orejon, el señor de Alburquerque ha salido de Valladolid acompañado de muchos caballeros y seguido de mil quinientos hombres armados, y es preciso que nos preparemos por si acaso el noble portugués tiene algun agravio, para conmigo y decide ahora llevar á cabo su venganza.

— Mandad, señor—volvió á decir Tenorio—que estoy pronto á cumplir con vuestras órdenes.

— Dispon, pues, que todas las puertas de Toledo menos la de Visagra se cierren en seguida, y redobla las guardias de todas ellas; que nada está de mas cuando se trata de gentes que como Alburquerque se acercan al rey á modo de asonada.

— Sereis servido, don Pedro.

— En la de Visagra pondrás tambien una docena de escogidos ballesteros.

— ¿Nada mas, señor?

— Sí; tú no te separarás de ella hasta que recibas aviso mio: es cuanto por ahora tengo que ordenarte; cumple, pues, con tu obligacion y cuenta con la amistad del rey don Pedro si llenas bien tu cometido.

— Descuidad, señor; vuestras órdenes serán ejecutadas al pié de la letra y en seguida.

— Anda, pues.

— Adios, don Pedro.

Y Alfonso Jofre de Tenorio salió de la cámara del rey lleno de satisfaccion y sumamente agradecido á la merced que aquel acababa de otorgarle.

El judío don Samuel Leví se presentó poco despues en los umbrales de la puerta, y don Pedro le mandó pasar:

— ¿Qué has hecho?—le dijo.

— Lo que me habeis mandado;—contestó el judío.

— ¿Tienes ya á tu disposicion las cincuenta lanzas?

— Sí señor, todo está arreglado para la marcha.

— No estará demás que lleves un buen número de infantes.

— Como querais, señor.

— Si; las precauciones nunca están demás. Ahora bien; no sabes todavía el por qué te he mandado hacer esos preparativos?

— Si su señoria no me lo explica.

— Te lo explicaré. Don Juan Alfonso de Alburquerque acompañado del maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y de una porcion de caballeros, y seguido además de

mil quinientos hombres armados, ha salido de Valladolid comisionado por la reina viuda, doña Maria, mi madre y doña Leonor, mi tia, con objeto, según dicen, de aconsejarme que vuelva á aquella ciudad y no pare un momento mas en Toledo. Esto, como tú comprendes, no requiere tanto aparato como el que don Juan Alfonso de Alburquerque trae consigo, y como pudiera suceder que mi antiguo privado se declarase ahora rebelde, he ahí la razon porque te mando que salgas bien acompañado.

— Muy bien pensado, señor;—repuso el tesoroero inclinándose respetuosamente la cabeza en señal de asentimiento.

— Si marchas de prisa es posible que le encuentres en el Espinar de Segovia, ó cuando mas en San Martin de Valdeiglesias. Como es de suponer que él tenga algunos resentimientos para conmigo, inútil es que le adviertas que yo le recibiré con el mismo agrado que siempre, y que seguiré siendo su amigo, toda vez que hasta aquí ningun motivo hemos tenido de rivalidad, y en una palabra, que ninguna de las gentes que trae consigo le hacen falta, puesto que de mí nada tiene que temer. Todo esto, por supuesto, como si de tí saliese; de mi parte únicamente debes decirle que mi precipitada marcha de Valladolid no me permitió despedirme de él, y que tengo grandes deseos de verle, á fin de que me aconseje sobre ciertos asuntos, acerca de los cuales tengo que pedirle parecer. Creo que te habrás enterado bien de todo cuánto acabo de decirte y que no necesito repetirte mis palabras.

— No señor; no necesito que me las repitais; emprenderé, pues, mi marcha y vuestras órdenes serán cumplidas. Adios, pues, don Pedro.

— El te guié Samuel.
Y el tesorero del rey salió de su cámara segunda vez.
— ¡Oh! don Juan—esclamó el rey—tan luego como don Samuel Leví hubo traspasado los umbrales:—no será tarde todavía cuando el rey don Pedro te haga saber á donde alcanza su poder. Tú so pretesto de que has sido mi ayo y mi maestro, te has declarado mi enemigo fundándote en que te encuentras alejado de la privanza, fingiendo que solo tratas de aconsejarme; pero aun no es tarde; aun no es tarde, y si llega un dia en que te atrevas á medir tus armas con las del soberano, haciéndote fuerte en tus castillos, quizá el rey don Pedro te haga saber á donde alcanza su poderío. Encárgate de conducir mensajes que solo tienen por objeto el separarme de doña Maria; encárgate de aconsejar al monarca de Castilla que torne á los brazos de doña Blanca: yo sabré hacerte prisionero y encerrarte en uno de los mas oscuros calabozos de mi alcázar. Mi voluntad es libre; si yo no vivo ni quiero vivir con doña Blanca, es porque no la profesé amor; yo no quiero, por lo tanto, hacerla víctima de mis desprecios y desdenes. Yo amo á doña Maria de Padilla, y doña Maria será la única mujer á quien yo apellidaré mi esposa, mal que les pese á los nobles franceses que han venido escoltando á la hija del duque de Borbon, y mal que pese á muchos vasallos descontentadizos de mi reino. Doña Maria para mí es un ángel, y ella es la única mujer que puede hacer, no mi felicidad porque es imposible ser feliz llevando una corona sobre las sienes en los tiempos que estoy atravesando; pero sí mi vida menos desgraciada, y mucho menos sensibles los tormentos y disgustos de que continuamente me veo rodeado. ¡Doña Maria! tú eres el

ángel de consuelo que Dios me ha enviado para alivio de mis penas. ¡Doña Blanca! tú eres la sombra de mi desdicha, y la mártir del forzado desdén con que te miro. Yo no he tenido la culpa; la suerte lo ha querido, y contra ella es en vano luchar, porque la suerte no se doblega á las exigencias de los hombres.

CAPITULO XV



ángel de consuelo que Dios me ha enviado para aliviar de mis penas. ¡Doña Blanca! tú eres la sombra de mi vida y la razón del torcedo desdeñ con que te miro. Yo no he tenido la culpa: la suerte lo ha querido, y contra ella es en vano luchar, porque la suerte no se doblega á las exigencias de los hombres.

CAPITULO XV.

En el que se trata de la entrevista que tuvieron don Juan Alfonso de Alburquerque y el tesorero mayor del rey.

— No lloreis, doña Blanca;—decia la madre del rey don Pedro á la sobrina del rey de Francia:—mi hijo volverá, y á su lado sereis dichosa. Acaso haya ido á despedirse de su antigua dama.....

— ¡Oh! nada quiero saber, señora; me hallaba yo tan bien en el palacio de mi padre! ¿por qué me haceis sacar de allí? ¿por qué me hicisteis abandonar á mi adorada Francia, la patria querida de mis abuelos? ¡Oh! ¡cuán desgraciada soy doña María! ¿por qué accederia mi padre á la petición del rey don Pedro? ¿por qué no dió una respuesta negativa á los embajadores castellanos? ¡dejádmela doña María, dejádmela sola! yo necesito llorar, necesito derramar lágrimas abundantes para echar fuera de mí este profundo pesar que me devora.

— ¡Doña Blanca!—decia la reina viuda de Aragon estrechando con ternura la blanca y delicada mano de la doncella;—no os agiteis de esa manera, que el rey don Pedro volverá muy en breve á Valladolid y todas nuestras desdichas cesarán en aquel instante.

— Dejadme, dejadme;—repetia la doncella:—nada quiero saber, nada quiero que me digais; yo solo deseo volverme á Francia para dar el último adios á mi querido padre y encerrarme despues en un convento. ¡Oh! ¿qué delito habré cometido para que de ese modo me abandone? ¿Cuál habrá sido mi culpa para que de ese modo tan cruel se me aplique una pena tan injusta? El rey don Pedro no me amaba; eso ya lo comprendi yo al dia siguiente de nuestra boda; pero si al menos me hubiese desengañado; si al menos me hubiese dicho lo que pensaba hacer despues de su matrimonio, entonces yo hubiera tomado una resolucion, y al fin hubiese sabido á qué atenerme; pero decir que me amaba, que su corazon estaba libre, que ninguna mujer le poseia... ¡Oh! esto es atroz, esto es insufrible.

Y la jóven doña Blanca derramaba lágrimas de dolor en presencia de la madre del rey don Pedro, que llena de desesperacion al reflexionar sobre la infame y poco escrupulosa conducta de su hijo para con aquella ilustre princesa, á quien de un modo tan inicuo habia abandonado, padecia tambien horriblemente al ver llorar á la desconsolada doña Blanca, que habia quedado viuda al tercer dia de sus bodas en vida de su esposo.

Doña Leonor de Aragon hacia cuantos esfuerzos estaban de su parte por consolar á aquella desventurada niña, asegurándola la vuelta del rey y prometiéndola que jamás la

abandonaria; pero doña Blanca cerraba sus oídos á las palabras de consuelo que aquellas damas la dirigian, y pensando solo en la triste y desairada posición á que su esposo la había públicamente reducido, solo se acordaba de su padre vertiendo lágrimas de amargura.

— Pronto tendremos nuevas de Toledo donde se encuentra el rey, — decía doña Leonor, procurando distraer á doña Blanca, — y tal vez cuando vuelva don Alfonso de Alburquerque sea en compañía de vuestro esposo, que decidido á haber vuestra comun felicidad, no piense ya sino en pedirnos perdón y no volver á abandonaros.

— Callad, doña Leonor, — decía la princesa: — yo nada espero ya de vuestro sobrino, y lo único que deseo es alejarme de España y volver al seno de mi querida Francia, donde alegre y risueña he pasado mi juventud al lado de personas que me amaban.

— Aquí también tenéis quien os ame, doña Blanca; — decía la madre de don Pedro enjugando las gruesas lágrimas que surcaban las mejillas de la doncella; — también aquí tenéis quien os aprecie. Doña Leonor y yo somos vuestras dos mejores amigas, y en nosotras podeis depositar todos vuestros secretos, porque nosotras nunca os abandonaremos.

— ¡Oh! sí, vosotras sois mis únicas amigas, y las únicas á quienes puedo referir mis desventuras demandándoos consuelo en momentos tan críticos como los que hoy vienen á acabar los días de mi existencia. Traida desde Francia á un país enteramente desconocido, vosotras sois las únicas que me habéis prestado vuestro apoyo, no apartándoos de mí en estas tristes circunstancias: mucho os debo, amigas mías, y no sé cómo pagaros lo que estais haciendo por mí des-

de que el rey (don Pedro) me dejó sola y abandonada. Alejando de vos esos vanos presentimientos que os agitan y hacen sufrir horriblemente;—dijo doña María posando sus labios en la tersa y alabastrina frente de la doncella:—pensando en que don Juan Alfonso de Alburquerque ha ido á Toledo por orden vuestra, y en que muy pronto convencerá á su soberano de lo inicuamente que se ha portado con vos al obrar de esa manera. De ese modo, doña Blanca, dareis gusto á vuestras dos mejores amigas; de ese modo quedaremos satisfechas y al propio tiempo nos dejareis tranquilas.

— ¡Oh! en vano me haceis concebir esas doradas esperanzas que se disiparán tan pronto como vuelva don Alfonso de Toledo.

— ¡Cómo! creéis que don Pedro!...

— Creo que don Pedro no hará caso de los consejos de Alburquerque.

— ¡Oh! si; Alburquerque ha permanecido al lado del rey desde su infancia y tiene mucho ascendiente sobre el soberano: descuidad doña Blanca, que don Pedro escuchará las razones de su privado, y arrepentido de su pasada conducta, montará en uno de sus corceles y vendrá á pedirnos perdón echándose á vuestras plantas. No lo dudeis; don Pedro vendrá á Valladolid dentro de pocos dias, y entonces tendreis ocasion de convenceros de que no en vano os hablaba yo de esta manera: no desconfieis doña Blanca; el rey saldrá de Toledo en compañía de don Juan Alfonso, y humillándose á vuestros pies, os pedirá perdón de sus pasadas culpas.

De este modo proseguían las reinas viudas consolando á la hija del Duque de Borbon, y don Juan Alfonso de Albur-

querque, que como Pedro Gonzalez Orejon habia noticiado al rey habia salido de Valladolid en compañía de mucha gente, llegaba á la caída de la tarde á la villa de Almorox no muy lejos de San Martin de Valdeiglesias.

Iban con él muchos caballeros de la servidumbre del rey don Pedro, quienes con motivo de la precipitada marcha que aquel habia hecho de Valladolid, se habian quedado en la Ciudad esperando á que su señor les comunicase la orden de marchar ó el punto de residencia.

Entre los varios que de la servidumbre real acompañaban á don Juan Alfonso, hallábanse Juan Rodriguez de Cisneros, Juan Rodriguez de Sandoval, Alvar Rodriguez Daza, Lope Rodriguez de Villalobos, Ferrand Ruiz Giron, Alonso Tellez Giron, Juan Alfonso Giron, Alvar Perez de Castro, Garci Fernandez Manrique, Lope Diaz de Rojas, Rui Gonzalez de Castañeda, Suer Yañez de Parada, Alvar Gonzalez Morán, Garci Jufre Tenorio, Gutier Gomez de Toledo y Juan Martinez de Rojas, personas todas de elevada posicion y cuyo solo nombre era respetado en aquella época por todo un pueblo con solo pronunciarle en medio de la plaza.

Entre los varios caballeros y vasallos de don Juan Alfonso que tambien le acompañaban, iban asimismo personas muy distinguidas y notables por mas de un concepto en los reinos de Castilla. Acompañaban al antiguo favorito del rey, su mayordomo mayor Rui Diaz Cabeza de Vaca, Diego Perez Sarmiento, Ferrand Garcia Duque, Pero Diaz de Sandoval, Ferrand Gutierrez, Ferrand Sanchez de Tovar, Juan Ferrandez de Toyar, Martin Alfonso de Arenillas y Juan Ferrandez Cabeza de Vaca, el romo, que aunque indivi-

duos todos de la servidumbre, no por eso dejaban de darse el mismo tono que su señor, luciendo sus duras cotas, sus airosos petos, sus fuertes espaldares y todas las piezas, en fin, de sus brillantes armaduras que eran de las mejores que por aquellos tiempos se fabricaban en nuestras herrerías ó talleres de armas.

Además de todos estos individuos que acabamos de enumerar, iban tambien sobre unos mil quinientos hombres entre infantes y ginetes, que marchando en pelotones detrás de don Alfonso y del maestre de Calatrava, daban al grupo toda la apariencia de una bandería de rebeldes que se proponian levantar el pendon en contra de su rey.

Ya hacia algunas horas que se hallaban en Almorox, cuando Martin Alfonso Arenillas se presentó á don Juan Alfonso Alburquerque, noticiándole que por el camino de Toledo venian gentes del rey armadas y muy en orden.

El noble portugués se sorprendió al pronto despues de recibir aquella nueva.

Tal era el recelo que del rey don Pedro tenia y tan grandes los temores que abrigaba, que no pudo menos de sobrecojerse al escuchar las palabras de su escudero; pero reponiéndose muy luego de su asombro, le preguntó con serenidad:

— ¿Y se hallan cerca de Almorax?

— Antes de media hora llegarán aqui.

— ¿No has visto cuantos vienen?

— Unas cincuenta lanzas y quinientos hombres de á pié.

— ¿Quién los manda?

— Señor, á tan larga distancia no es posible distinguir las facciones de su gefe;—repuso Arenillas como asombrado al oír la rara pregunta que Alburquerque le dirigia.

10— ¿Y estás seguro de que son gentes del rey?—añadió el antiguo favorito cada vez más interesado en adquirir por menores.

20— Como de que hoy domingo nos hallamos en Altorox, ayer en San Martín de Valdeiglesias, y anteayer en el Espinar de Segovia, el día anterior en Parraces.

30— Basta, basta;—replicó Albarquerque incomodado:—no tengo necesidad de que hagas ahora relaciones del itinerario que hemos seguido desde Valladolid. ¿Desde dónde has alcanzado á ver á esas gentes?

40— Desde la torre, señor;—contestó Arenillas.

— Pues vuelve á ella; no pierdas ninguno de sus movimientos y ven á noticiarme quién es el que marcha á la cabeza tan luego como puedas distinguírle.

50— Sereis servido, señor;—replicó Arenillas.

Y salió de la habitación en que don Juan Alfonso de Alburquerque se encontraba, murmurando entre dientes:

— Mal humor tiene hoy el portugués. Dios quiera que no lo pague su escudero.

60— ¿Gentes del rey!—esclamaba entre tanto don Juan, paseando por la estancia reflexivo y cabizbajo.—; Oh! ya comprendo su intencion; sí; querrá prenderme y encerrarme en un castillo para verse libre de ese modo del nombre á quien él juzga su enemigo. Pero el rey don Pedro se engaña; si yo no hubiese vivido junto á él, si yo no le hubiese guiado con mis consejos, si no supiese cuáles son sus inclinaciones y cuál su modo de obrar en ocasiones como la presente, entonces quizá lograrse cogermé desprevenido; pero don Juan Alfonso de Alburquerque conoce demasiado á fondo el corazón del rey de Castilla, y es muy difícil que

se deje sorprender por él y mucho menos teniendo servidores tan leales como mi escudero. Yo no soy enemigo del rey; yo no pienso rebelarme contra mi legítimo soberano mientras él no ataque mis castillos ó dirija sus tiros contra mi persona; pero quiero, no obstante, darle algunos consejos con respecto á su conducta; porque su conducta es escandalosa y está causando mucha sensacion hasta en los mas apartados rincones de sus reinos. ¿Qué motivo ha tenido para abandonar de ese modo á doña Blanca? ¿por qué razon se ha alejado de Valladolid sin despedirse siquiera de sus nobles caballeros? ¡Oh! esto es atroz; esto es insufrible; la conducta de don Pedro como hombre y como rey no puede encontrar ni un solo defensor; obrando á su capricho, para él no hay obstáculos de ningun género cuando trata de satisfacer alguna de sus pasiones; pero tarde ó temprano reconocerá su error y entonces echará de menos los consejos de Alburquerque, á quien hoy mira y trata como á uno de sus mayores enemigos. ¡Oh! Doña María, doña María es la causa de todos los males que afligen á Castilla; doña Maria de Padilla es la causa de todas las desgracias que á mí me están sucediendo. Si yo hubiese sabido lo que esa dama pensaba hacer, si yo hubiese sabido que atrayendo hácia el rey á todos sus parientes habia de trabajar por mi caída... ¡Oh! cuevas habia en mi palacio de Gijon donde la tal doncella pudo haber acabado su existencia sin que nadie lo advirtiese; pero ante los rigores de la suerte debemos inclinar nuestra cabeza, porque nada adelantaremos de seguro con maldecirla. La suerte lo ha querido y con ella, buena ó mala, debemos conformarnos.

Entretanto que don Juan Alfonso de Alburquerque re-

flexionaba de este modo, su escudero Martín Arenillas, asomado á una de las ventanas de la torre de Almorox, dirigia su vista hácia el camino de Toledo por donde las gentes del rey se adelantaban.

— No es posible;—murmuraba sin apartar la vista del camino:—no es posible conocer á nadie con el polvo que vienen levantando; aun cuando uno tuviese ojos de linco.... ¡por vida mia! que don Juan tiene buenas ocurrencias.... pues así qué la distancia es corta.... ¡qué cosas teneis don Juan Alfonso de Alburquerque!

En efecto; allá en medio del camino de Toledo, como á una media legua de distancia de la villa de Almorox y merced á los pálidos rayos del sol que estaba ya para ocultarse detrás de las montañas del horizonte, distinguíase un inmenso grupo de gentes, que rodeadas de una inmensa nube de polvo, marchaban á pasos bastante acelerados, segun las tierras y cerrillos que en muy cortos intervalos iban dejando detrás de sí.

A primera vista se conocia desde luego que eran guerreros; puesto que los rayos del sol que se reflejaban en sus cascos y armaduras, daban al grupo toda la apariencia de una inmensa mole de plata, que envuelta en una espesa nube de polvo venia rodando por el camino.

Esto, al menos, era lo que á Martín Alfonso Arenillas le habia parecido, y esto fué lo que sin otra clase de observaciones fué á noticiar al señor de Alburquerque, asegurándole que eran gentes del rey y en número de mil personas entre infantes y ginetes, cuando ni aun hombres ni caballos se distinguian.

Ya hacia un cuarto de hora que el escudero de Albur-

querque se hallaba asomado á la ventana de la torre, cuando á la distancia de unos trescientos pasos de la villa de Almorox divisó un guerrero que cabalgando en un magnífico alazán venia á galope y ansioso al parecer de llegar al término de su carrera.

Martin Arenillas se retiró presuroso de la ventana, y bajando de dos en dos los escalones de la torre, salió de ella como un relámpago, atravesó la plaza de la villa ni mas ni menos que una ballesta disparada, é internándose por una callejuela estrecha y tortuosa, salió á las afueras de Almorox en busca del ginete que venia por el camino de Toledo.

No tuvo que andar muchos pasos el escudero de Alburquerque; porque bien pronto el del caballo llegó al sitio donde él se hallaba, y haciendo alto á preséncia de Martin:

— Decidme-le preguntó-¿sabeis si ha pasado por aqui don Juan Alfonso de Alburquerque seguido de gente armada?

— Por aqui-repuso Arenillas-puedo afirmaros desde luego que no; por el otro extremo de la villa es más fácil que haya pasado ya.

— ¿Es decir-repuso el ginete-que ha tomado otro camino?

— No es decir eso, no señor;-contestó Arenillas haciéndose valer viendo que el ginete le necesitaba.

— Explicaos, pues;-repuso este con impaciencia.

— Tened un poco de calma, amigo mio; que si vos me preguntais y yo os contesto, justo es tambien que vos me contesteis en caso de que yo os pregunte.

— Convenido, pero contestad primero á mi pregunta.

— ¿Quereis saber dónde se halla don Juan Alfonso de Alburquerque?

— Eso esperó ; despachad.

— Pues bien ; don Juan Alfonso de Alburquerque se encuentra en Almorox.

— ¿ Es decir que en esta villa ?

— Justamente.

— ¿ Y la casa donde se hospeda ?

— Eso no os lo diré interin vos no me contesteis á otras preguntás qué voy á hacerós !

— Hablad.

— ¿ Quiénes son esás gentes que vienen por el camino ?

— Gentes del rey.

— ¿ Y quién las manda ?

— Don Samuel Leví, tesorero mayor del rey.

— ¿ Y á dónde se dirigen ?

— A buscar á don Juan Alfonso de Alburquerque ; privado mayor del rey.

— ¿ Es decir que vienen por orden

— Del rey.

— ¿ Y vos sois acaso de esa comitiva ?

— Soy escudero del camarero mayor del rey.

— ¡ Demonio y cuánto rey ! — exclamó Martin Alfonso Arenillas algún tanto amoscado : — ya me has hecho un rey dentro del cuerpo á fuerza de tanto nombrar al rey.

— ¿ Cuerpo de rey ! — exclamó el ginete ; — ¿ y qué he de hacer sino nombrar al rey cuando todas las gentes que vienen por el camino están al servicio del rey ?

— Basta , basta ; seguidme , que yo os llevaré á casa de don Alfonso de Alburquerque.

— Echad á correr — repuso el ginete ; — porque mi caballo no puede amoldarse á seguir vuestro paso de tortuga.

Martin Alfonso Arenillas echó delante del ginete, y éste le siguió á algunos pasos de distancia, aunque sin quitarle ojo y mirándole de arriba abajo como si tratase de sacar una copia de su figura.

— Apeaos;—dijo Arenillas deteniéndose delante de la casa en que don Juan Alfonso se hallaba:—esperadme aquí, que voy á avisar al señor de Alburquerque. ¿Qué quereis que le diga?

— Que un enviado de don Samuel Levi, tesorero mayor del rey, desea hablarle.

— Vuelvo en seguida.

El escudero del camarero mayor se apeó de su caballo, y entregando las riendas á uno de los peones de armas que pululaban por el patio de la casa en que Alburquerque estaba hospedado, se dispuso á esperar la vuelta de Arenillas.

No tardó este muchos minutos en volver; dijole al enviado de don Samuel que le siguiera, y subiendo por una escalera espaciosa y dilatada le condujo á la cámara de su señor.

— ¿Qué quereis?—dijo éste encarándose con el recién llegado.

— Deciros de parte del tesorero mayor del rey, don Samuel Levi, que dentro de muy poco se hallará en vuestra presencia.

— ¿Nada mas?

— Sí señor; que viene á hablaros de parte del rey.

— Pues bien, decidle que aquí le espero.

El enviado de don Samuel salió de la cámara de Alburquerque, bajó la escalera que á ella le habia conducido, y montando en su corcel salió de Almorox guiado por Areni-

llas y echó á escape por el camino de Toledo en busca del judío don Samuel.

Noticióle la respuesta que Alburquerque le habia dado, y media hora despues de anochecido, don Samuel Levi y todas las gentes del rey entraban en la villa cubiertas de polvo desde las espuelas hasta los cascos.

— Pasad, don Samuel Levi:—decia algunos momentos despues don Juan Alfonso de Alburquerque dirigiéndose al tesorero mayor del rey.

— Permitidme que me siente, don Juan Alfonso,—repuso el judío adelantando unos pasos hácia el antiguo privado del monarca:—vengo tan rendido de la marcha.....

— ¡ Oh! sí, sentaos, sentaos;—decia Alburquerque acompañando sus palabras de una maliciosa sonrisa:—á vuestra edad se pueden hacer pocas jornadas: debeis estar fatigado y...

— Sí, sí, muy fatigado; dejadme tomar aliento.

El tesorero mayor del rey, como buen judío, era tambien muy zalamero, y por eso don Juan Alfonso que le conocia demasiado, se sonreia maliciosamente al decirle que se sentara.

Don Samuel Levi se dejó caer á plomo sobre uno de los sillones que habia en la estancia, y dirigiendo en torno una mirada recelosa como para convencerse de que nadie le observaba;

— Voy á hablaros de parte de nuestro señor el rey—dijo á Alburquerque—y quisiera que nadie oyese nuestra conferencia.

Don Juan Alfonso se levantó, y cerrando la puerta de la cámara;

— Hablad dijo—que nadie nos escucha.

— Sentaos ;—repuso el tesorero.

Albuquerque tomó asiento y aproximando su sillón al del judío, se dispuso á escuchar con atencion.

— El rey me encarga—dijo entonces don Samuel Levi—que os pregunte la causa de vuestro desvío y me digais los motivos que teneis para estar con él tan enojado.

— ¿Eso os ha dicho el rey?—repuso Albuquerque fijando una mirada recelosa en el rostro del judío.

— Eso me ha dicho, señor Albuquerque, y estad seguro de que nada pienso añadir á sus palabras.

— ¡Pues por vida mia! que ó don Pedro tiene muy poca memoria, ó de lo contrario no acierto á comprender el sentido que dais á vuestra pregunta. ¿Ignora don Pedro, por ventura, los motivos que tengo para vivir enojado con él, cuando dándome á entender que ya no se fia de mis palabras me arroja de su lado desoyendo y despreciando todos mis consejos? ¿Ignora don Pedro los motivos que tiene su antiguo privado para hallarse resentido? Si los ignora, no estraño que me mande este mensaje; si no los ignora, estraño muy mucho, que de este modo se porte con don Juan Alfonso de Albuquerque, cuando ningun daño le ha hecho para que le mire como enemigo.

— No, don Juan; el rey don Pedro no os mira como enemigo, ni nunca ha tratado de ofenderos; el rey don Pedro.....

— El rey don Pedro—le interrumpió Albuquerque—me tiene por enemigo, por cuanto me manda á Portugal so pretesto de un vano mensaje para su abuelo, con el fin de que no estando á su lado no pueda apreciar en lo que vale su conducta escandalosa y levante mi bandera contra él; por-

que motivos hay justos y sobrados para que se subleven los vasallos de un rey que tantas y tantas injusticias viene cometiendo: el rey don Pedro trata de ofenderme, por cuanto que desoyendo mis palabras y despreciando mis sanos y prudentes consejos, me dá una prueba de desconfianza y hierde mi amor propio dudando de mi rectitud y lealtad. Hé ahí por qué el rey don Pedro me mira como enemigo, hé ahí por qué el rey don Pedro ofende á don Juan Alfonso de Alburquerque.

— El rey don Pedro no duda de vos y extraño mucho que de ese modo os espliqueis, cuando justamente me envia para que os diga que ningun recelo debeis tener de él, y que está ansiando por momentos vuestra llegada, porque de hoy en adelante piensa escuchar vuestros consejos, toda vez que piense tomar alguna resolución.

— ¡Ah! ¿piensa escuchar mis consejos de hoy en adelante?

— Así me lo ha dicho y así lo hará, de seguro, don Juan.

— Pues es extraño que si de ese modo piensa obrar de hoy en adelante, no haya hecho lo mismo antes de ahondar á doña Blanca.

— Quizá se encuentre arrepentido.

— Es posible; pero permitidme que os dude, señor don Samuel.

— No veo la razon.

— ¿Se ha cansado ya de don Diégo Garcia de Padilla? repuso Alburquerque con intencion.

— ¡Cómo! no comprendo.

— ¡Pues por vida mia! que es fácil de comprender.

¿No era don Diego de Padilla su favorito? ¿No desoyó mis consejos por oírlos de su privado?

— Ved que estais engañado, Don Juan Alfonso; el rey no ha escuchado para nada los consejos de don Diego; el rey lo que quiere es que aceleréis la marcha porque desea contar con vos para todas sus resoluciones. Eso es lo que quiere el rey; á eso es á lo que el rey me manda.

— Oh! me engañais; no puedo creer vuestras palabras. Los Padillas son mis mayores enemigos, al paso que son los mas amigos del rey, y lludo mucho que escuchando don Pedro sus consejos y habiéndolos hecho sus privados, me necesite á mí para pedirme parecer sobre cualquiera de sus resoluciones.

— Vos sois el que os engañais, señor Alburquerque; replicó el judío bajando la vista y dando á sus palabras un tono grave y sentimental; — los Padillas lejos de ser vuestros mayores enemigos como vos acabais de suponer, son vuestros aliados y ellos son los que han decidido al rey don Pedro á que cuanto antes os lleve á su lado para contar con vuestro consejo.

— Repito, don Samuel, que me cuesta mucho trabajo el creer lo que decís.

— Y esa es la causa, sin duda, — replicó el judío, — de que vengais tan acompañado de vuestras lanzas y peones; ¿no es cierto?

— En cuanto á eso, don Samuel, ya veis como os equivocais cuando estais viendo que no solo me acompañan mis vasallos, sino que me siguen tambien las gentes del rey don Pedro.

— Es verdad; pero...

— Pero nada, don Samuel; yo temo mucho á los Padillas, é interin el rey no me mande un seguro....

— Qué ¿ no marchareis ?

— No; esa es mi intencion; podeis decírselo de mi parte.

— Repítoos, don Alfonso, que nada teneis que temer ni por parte del rey ni por parte de los Padillas; todos son vuestros amigos y todos esperan con ánsia vuestra llegada.

— Prosigo firme en mi resolucion, é interin ese seguro no venga á mi mano....

— ¡ Válgame Dios! don Juan Alfonso, y qué receloso estais....

— Motivos tengo para ello, don Samuel.

— Repito que debeis desechar vuestros temores.

— Y yo repito que tengo formada mi resolucion, y que no pienso variar de pensamiento.

— Entonces, señor Alburquerque, inútil es que yo me esfuerce en probaros que no teneis razon para pensar de esa manera.

— Inútil es que os molesteis....

— Entonces me retiro....

— Podeis proseguir aqui; no creo que sea tan importante vuestro mensaje que vayais á poneros en camino á media noche, y mucho menos cuando no habeis descansado de vuestra jornada.

— Ha sido corta: de Toledo aqui....

— Sin embargo, mañana podeis marchar.

— Puesto que os empeñais....

— Sí; no quiero que os pongais en camino á media noche.

Interin este diálogo mantenian don Juan Alfonso de Alburquerque y el tesorero mayor del rey, los soldados, es-

cuderos y demás gentes de armas que á uno y otro acompañaban en sus respectivas expediciones, se hallaban repartidos por la villa de Almorox, unos en las tabernas, otros en las casas que les servian de alojamiento, quienes durmiendo sobre una piel de jabali tendida en el suelo, y quienes, en fin, jugando á los dados en las cocinas, al propio tiempo que revolviendo el arroz que mezclado con tajadas de conejo hervia en las sartenes puestas á la lumbre.

— Todos se hallaban alegres, todos muy contentos, y confundidos los soldados de Alburquerque con los que don Samuel Leví habia traído de Toledo; la mas envidiable cordialidad reinaba entre ellos, y únicamente se les oia disputar sobre la mayor ó menor limpieza de las jugadas.

Martin Alfonso Arenillas y el escudero del camarero mayor del rey (que como saben nuestros lectores se habian encontrado en las afueras de Almorox) se hallaban sentados á la mesa de uno de los figones ó tabernas que aquella misma tarde se habian improvisado en la villa para satisfacer el apetito devorador de los soldados, mediante, por supuesto, la correspondiente cantidad de maravedises, y llenando el estómago de bacalao con sal, tostado sobre la lumbre, y desocupando cuantos jarros de vino les presentaba la mesonera, conversaban alegremente, salpicando de cuando en cuando con terribles juramentos su entretenida conversacion.

— Paréceme—decia Arenillas—que venis muy gustoso de Toledo.

— Y á mi me parece—replicaba el escudero del camarero mayor del rey—que venis demasiado alegres de Valladolid.

— ¡ Oh! nosotros—contestó Arenillas—no es estraño que estemos tan alegres; ya se ve..... hemos traído un camino

tan delicioso, que lejos de estar cansados, aun estamos dispuestos para emprender otra jornada. El miércoles salimos de Valladolid y fuimos á hacer noche en una aldeilla que hay cerca de Olmedo; allí no habia muchachas bonitas; la mas hermosa era capaz de asustar al mismo diablo, y tuvimos por consiguiente que pasar el tiempo saltando las tapias de los corrales, cogiendo cuantos huevos, pollos y gallinas habia en los gallineros y guisándolo todo revuelto en una tinaja de vino, que despues de haberla trasvasado á nuestros estómagos extrajimos de una bodega sin que su dueño lo notase. Al dia siguiente, jueves, fuimos á dormir á Parraces, donde tampoco encontramos nada que llamase nuestra atencion; con la particularidad de que ni aun vino encontramos en este pueblo para remojar nuestras empolvadas y secas fauces: el poco que habia lo compraron los oficiales y amigos de don Juan Alfonso, y nosotros tuvimos que contentarnos con llenar de agua la cazoleta de nuestro escudo, y beber de esta si queriamos calmar nuestra sed devoradora. El viernes, que fué otro dia muy diferente del jueves, llegamos al Espinar de Segovia á las siete horas de haber salido de Parraces, y allí tuvimos una comida espléndida; ni al rey le han servido nunca mejores carneros que los que anteayer nos sirvieron á nosotros. Como éramos tantos y no habia mesa ni habitacion capaz para tanta gente, sacamos los carneros al medio de la plaza, entretuvimonos en correrlos por ella recibiendo sus topetadas, y cuando ya nos parecia que se hallaban muy cansados, les presentábamos la punta de la espada, y al ir á acometer se la clavaban hasta el corazon los pobres animalitos. Ocho maravedises costó cada uno, segun he oido decir á don Juan Alfonso; pero es bien seguro que con diez no estaban

bien pagados: hicimos, pues, mesa redonda en medio de la plaza todas las gentes de armas que veníamos en compañía del señor Alburquerque, y todas las jóvenes de la villa venían á vernos comer, escapándose algunas de casa de sus padres. Nosotros estuvimos, como era natural, muy finos con ellas, y no hubo carnero del que no las hiciésemos comer una buena tajada. Vino no se diga: andaban los pellejos rodando de mano en mano..... pero á propósito.—¡Señora Berta! que están vacíos nuestros jarros; mas vino!

Una mujer como de unos cuarenta y cuatro años de edad se presentó en la estancia en que ambos escuderos se encontraban, y dejando dos jarros llenos de vino sobre la mesa y llevándose los otros dos que estaban boca abajo, salió sin murmurar una palabra.

— El vino, repito—prosiguió Arenillas—andaba allí por pellejos, y hasta las muchachas mas hermosas lo bebieron por ser de nuestras manos: dicen que don Juan Alfonso se quedó prendado de su posadera; yo no sé si será cierto; pero lo que sí puedo afirmar, es que al salir del Espinar de Segovia me dejé el corazón en aquella villa, porque proseguía el camino sin sosiego y desazonado. Ignoro cuál de aquellas lindas muchachas me lo robaría. Despues de comer emprendimos nuestra marcha, y fuimos á hacer noche en el Filipal; como íbamos rendidos, apenas tuvimos humor mas que para dormir; algunos de nuestros compañeros hicieron, no obstante, diabluras con una ventera, y no sé lo que mi señor hubo de decirles al reprenderles su conducta, pero lo cierto es que uno de ellos lloraba al salir de la cámara de don Juan. Al siguiente dia sábado llegamos á San Martín de Valdeiglesias y nos trataron tan bien como á cuerpo de rey;

divertimonos algo en esa villa ; pero como en el Espinar de Segovia , de seguro que nunca en nuestra vida volveremos á divertirnos. Esta noche , como veis , nos hallamos en Almorox , y aun cuando no es cosa lo que nos divertimos , sin embargo , esto de hallarse al lado de un amigo ,....

— Es cierto , es cierto ;—dijo el escudero del camarero mayor que hasta entonces no habia tenido ocasion de interrumpirle :—esto de hallarse al lado de un amigo á quien se quiere ,.... ¡Bebamos!

— ¡Bebamos!

— ¡A la salud de nuestro señor , el rey don Pedro!—dijo el escudero de la comitiva de Samuel Levi.

— ¡A la salud de nuestro señor don Juan Alfonso de Alburquerque!—añadió el escudero Martin Arenillas.

— ¡Qué Alburquerque ni que diablo!—dijo el amigo de Martin incomodado.

— ¡Pues qué rey ni qué demonio!—añadió Arenillas haciendo un gesto de desagrado.

— ¡A nuestra salud , pues!

— ¡A nuestra salud!

Y esto diciendo se echaron al cuerpo medio jarro de vino , mascando despues unas cuantas tajadas de pescado.

— ¿Qué hay por Toledo?—dijo Arenillas fijando una vaga mirada en el rostro de su amigo.

— Mucha gente y poco dinero ;—contestó el interpelado con desdén.

— ¡Por Dios! que esta noche estais de mal humor.

— No estoy de buen temple , Arenillas.

— Se puede saber la causa ,....

— La ignoro todavía.

— Eso lo entiendo menos.

— ¿Qué quereis? las cosas van así y es necesario dejarlas seguir su curso.

— Vamos, algun amor desgraciado.....

— No, por vida mia; nunca me ha tentado el demonio por ese lado, y tengo para mí que he de morir sin enamorarme.

— Nadie puede decir de este agua no beberé; porque ya sabeis lo que le sucedió á aquel alfayate, que habiéndose dejado las tijeras á la orilla del rio.....

— No, no se nada de lo que me decís; referidmelo que me entra curiosidad de saberlo.

— Apuremos primero los jarros.

— Sea.

Y embocándose de nuevo las vasijas las dejaron desocupadas.

— ¡Mas vino! exclamó Arenillas.

La dueña de la casa volvió á repetir la operacion de cambiar los dos jarros vacíos por otros dos llenos, y Arenillas continuó.

— Pues es el caso que un alfayate (1) de Valladolid cuya fama habia cundido por toda Castilla, fué llamado á un pueblecillo distante dos leguas de aquella ciudad, para cortar y coser un tabardo que tenia que ir forrado de tafe. Dicen que á la legua y media se encontró un arroyo, en el cual hizo no sé que porquería despues de haber satisfecho su sed. Luego que hubo concluido su diligencia, prosiguió su camino murmurando para su sayo:—de esta agua ya no beberé.

(1) Así se llamaban los sastres en aquel tiempo.

Pero quiso Dios que se dejase olvidadas las tijeras en la orilla del arroyo y no notase su falta hasta que se hallaba, como quien dice, al fin de su jornada. Maldijo y juró, y llamó en su auxilio al diablo; pero no tuvo otro remedio que volver á desandar lo andado y dirigirse al arroyo en busca de sus tijeras, temeroso de que algún viajero las hubiese visto y guardado y no paró por consiguiente en su carrera hasta que llegó al arroyo. Nadie había pasado al parecer por aquel sitio, porque las tijeras continuaban allí conforme él las había dejado. Tan larga había sido su carrera y tanto lo que debió sofocarse á fuerza de tanto correr, que mi alfayate no tuvo otro remedio so pena de morir abrasado de calor, que aplicar sus lábios á la corriente y beber de la misma agua que antes había jurado no volver á probar. Esto fué lo que le sucedió al alfayate de Valladolid, y hé ahí por lo que nadie puede decir de este agua no beberé.—Cambianse á veces las cosas de una manera tal, que lo que uno pensó no hacer en su vida, se ve precisado á hacerlo cuando menos lo piensa, porque circunstancias particulares se lo exigen. No debeis decir por lo tanto que morireis sin saber lo que es amor; porque donde menos se piensa salta la liebre, y sobre todo porque os puede suceder lo que al alfayate de Valladolid.

— ¿Sabeis, señor Arenillas—repuso el soldado de la comitiva del rey—que me ha dado sueño vuestro relato?

— Pues por vida mia que si lo advierto no os acabo de referiroslo; pero bebed, bebed, que aqui tenemos otros dos jarros.

Y esto diciendo, Arenillas apuró sin descansar el que tenia delante, y el escudero del camarero mayor del

rey imitó su conducta haciendo otro tanto con el suyo.

Arenillas, no obstante, se conservaba sereno al paso que su amigo cerraba los ojos con frecuencia, señal inequívoca de que el vino habia ejercido sobre él su poderoso influjo.

Arenillas hablaba con mucha cordura, y su amigo tartamudeaba ya al pronunciar ciertas palabras; ambos, sin embargo, habian bebido la misma cantidad, y el estado en que ambos se encontraban era, no obstante diferente. ¿En qué consistia, pues, esta variacion? ¿Resistia el uno mas que el otro en la bebida? No; ambos eran robustos, ambos estaban acostumbrados á beber, y esta no podia ser la causa de que el uno se hallase completamente ébrio, al paso que el otro se encontraba despejado.

La razon de por qué esto sucedia, era muy fácil de adivinar, habiendo visto la operacion que hacia la mesonera antes de servirles los jarros. El uno lo llenaba de vino puro; y el otro, que era del mismo tamaño, lo llenaba de agua hasta la mitad: el de la mezcla lo ponía en la mesa al lado de Arenillas; y el de vino puro al lado de su amigo.

Hecha, pues, esta esplicacion, fácil es adivinar el por qué el escudero de don Juan Alfonso de Alburquerque se hallaba en su cabal razon y como si nada hubiese bebido, al paso que su compañero se hallaba ya en el mas lastimoso estado de embriaguez.

Martin Alfonso de Arenillas trataba de embriagar al escudero del camarero mayor del rey, porque enterado como debía hallarse de lo que pasaba en Toledo, por ser de la servidumbre real, necesariamente debia saber algo acerca de lo que el rey pensaba hacer con su antiguo pri-

vado don Juan Alfonso de Albuquerque, y si embriagándole le podia sacarle alguna cosa, no lo perderia para con su señor.

Arenillas obraba, no obstante, por orden de don Juan y á no haber sido porque éste le habia puesto en la mano unos cuantos maravedises de oro, quizá se hubiese negado á servirle en aquella ocasion; pero el oro todo lo puede, y teniéndolo esto en cuenta don Juan Alfonso de Albuquerque, prometió doce maravedises mas al escudero en caso de que averiguase lo que el rey ó los Padillas trataban de hacer con él tan luego como llegase á Toledo.

— Vámos amigo—dijo tan luego como el escudero de Padilla empezó á dar pruebas del estado en que se hallaba;—confesad que traéis muy mal humor, y que si no es por una mujer por quien estais incomodado, es porque sois en estremo descontentadizo.

— ¿Qué dices?—repuso el mensajero de Samuel Levi entreabriendo sus ojos y fijando una mirada sin espresion en Arenillas.

— Que no teneis motivos para estar tan mal humorado.

— ¿Por qué?

— Porque estais al servicio de don Pedro.

— ¡Ah! sí; don Pedro trata muy bien á todos los individuos de su servidumbre.

— No se parece en eso á mi señor;—replicó Arenillas con intencion marcada.

— No ¿eh?—repuso su amigo dejando asomar á sus labios una estúpida sonrisa.

— No; don Juan Alfonso de Albuquerque trata muy mal á todos sus vasallos, y especialmente á los que le sirven

bien. Si yo me hallase como vos de escudero del favorito...

— ¿Qué decís del favorito?

— Que si yo estuviese al servicio del señor don Diego García de Padilla.....

— ¿Y cómo si estais al lado de ese pícaro de Alburquerque?

— Y bien que pícaro; teneis razon. Aun no me ha pagado la soldada del pasado mes; haria bien el rey don Pedro en quitarle todas sus villas, castillos y fortalezas, ya que siendo tan poderoso no quiere pagar á los que bien le sirven.

— Mal hablas de tu señor;—esclamó el escudero de Padilla lanzando una sonora carcajada.

— ¡Oh! si; os reis de mi torpeza, porque se necesita ser muy torpe en verdad, para servir de valde á un señor que tan mal trata; si vos pudiéseis colocarme.....

— Es difícil, amigo mio.

— Sin embargo.....

— Es verdad; y siquiera por alejaros de ese buen señor á quien tan mal quereis.....

— ¿Y quién le quiere bien? ¿podeis decirmelo? No sé en que piensa el rey que no le hace salir de Castilla.

— ¡Oh! hacerle salir..... al contrario; hacerle entrar.

— Entrar, si; pero en un calabozo donde no volviese á ver la luz del dia.

— O en un castillo de donde no saliese sino para la sepultura.

— Creedme; yo soy su escudero, pero me tiene tan cargado con su mal comportamiento, que, francamente, juro no volver á saludarle y hacerle todo el mal que pueda desde el momento mismo en que salga de su casa.

— No; descuidad que no faltará quien se encargue de ponerle á buen recaudo.

— Acaso el rey ha pensado ya.....

— Puede ser, porque los preparativos.....

— ¡Oh! ¡cuánto me alegro! si yo pudiese presenciar su castigo.....

— Pues no es difícil si llegais hasta Toledo.....

— He oído decir que trata de encerrarle en uno de los calabozos de su alcázar.

— Yo no sé, pero todas las puertas de la ciudad han sido cerradas por orden del rey, y únicamente la de Visagra es la que permanece abierta, puesto que por ella tiene que entrar don Juan Alfonso.

— ¡Oh! eso está bien dispuesto;—esclamaba Arenillas, fingiendo un placer irresistible al escuchar las palabras de su amigo, y animándole con sus mentidas demostraciones de júbilo á que prosiguiese descubriendo la trama, ayudándole él mismo á desenredarla.—Eso está bien dispuesto—continuó—de ese modo quedará encerrado en Toledo como en una jaula y de allí no se escapará.

— ¡Oh! no se escapará, no;—proseguía el mensajero del judío animado con las palabras de Arenillas:—hay bastantes calabozos en el alcázar del rey y bastantes ballesteros que le vigilen para que pueda fugarse don Alfonso. Y en todo caso don Pedro tiene verdugos que puedan cortarle la cabeza.

— Es cierto, es cierto. ¡Oh! ¡vil don Juan Alfonso! cuánto me alegrára de que el rey os diese el castigo que mereceis.

— No será difícil que se lo aplique y no dentro de mucho: por de pronto ya ha cambiado el rey todos los em—

plebs de palacio, echando de su lado á cuantos amigos de Alburquerque los desempeñaban, y nombrando en su lugar parientes y amigos de los Padillas.

— ¡Oh! bien hecho, bien hecho; el rey ha obrado con cordura al hacer esas remociones; así como así..... pero, en fin ¿vos podeis colocarme al servicio del rey ó de alguno de sus oficiales?—dijo Arenillas cortando de este modo la conversacion despues que el escudero del hermano de la Padilla le hubo descubierto todo lo que se disponia en Toledo contra su señor.

— Hombre, yo no os doy palabra de conseguirlo;—contestó el escudero:—pero de todos modos, hablaré de vos al tesorero mayor del rey don Samuel Levi, y si acaso este judío puede hacer algo en vuestro servicio.....

— Sí, sí, habladle, que estoy deseando dejar á don Juan Alfonso de Alburquerque ya que tan mal se porta conmigo; con que si os parece, mañana podremos volver á vernos en este sitio y entonces.....

— ¿Es decir que nos marchamos?

— No: antes hemos de apurar otros dos jarros. ¡Señora Berta! ¡vino! ¡mas vino!

La mesonera se presentó con otros dos jarros llenos, y llevándose los que estaban vacíos sobre la mesa, se retiró de la estancia.

— ¡A la salud del rey!—esclamó Arenillas.

— ¡A la salud del rey! repuso su amigo.

— Siguiéron brindando y comiendo pescado ambos amigos, y media hora despues del último brindis, salieron de aquella casa encaminándose á la en que se hallaba hospedado don Juan Alfonso de Alburquerque.

de palacio, cuando de su lado á ciertos amigos de Alburquerque los descomulgaban y nombrando en su lugar parientes y amigos de los Padillas. — ¡Oh! bien hecho; bien hecho; el rey ha obrado con cordura al hacer esas remociones; así como así... pero en fin, los poderes colocarme al servicio del rey ó de alguno de sus oficiales... Arenillas contaba de este modo la conversación después que el recuento del hermano de la Padilla hubo de salir de Toledo.

CAPITULO XVI

— Hombre, ¿cómo es de posible de conseguirlo con tanto el escudero? pero de todas modos, habiendo de vos al servicio mayor del rey don Manuel I.º, y si acaso este

De cómo el rey de Castilla por consejo de los caballeros de su corte, tornó al lado de su esposa doña Blanca.

MARTIN Arenillas refirió, como era natural, á don Juan Alfonso de Alburquerque lo que el rey trataba de hacer con él tan luego como entrase en Toledo, y el antiguo privado que con esta noticia estaba ya sobre aviso, se puso en guardia contra las asechanzas del soberano de Castilla, y firme mas que nunca en su resolución, se decidió á no entrar en Toledo á menos que el rey no le mandase los seguros.

Mandóle don Pedro otro mensaje por medio de Pero Gonzalez Orejon, invitándole á que aceleráse su marcha, porque ninguna cosa tenia que temer ni de él ni de los Padillas; pero Alburquerque, que de todo fiaba ya menos de las palabras del rey, le envió á su mayordómo mayor Rui Diaz Cabeza de Vaca, diciéndole por medio de él que se

hallaba á su servicio y nunca habia pensado en levantarse; que iba comisionado por las reinas viudas para darle algunos consejos, pero que nunca fué otra su intencion que la de ponerse á sus órdenes y obedecerle en todo.

El rey don Pedro entregó á Rui Diaz Cabeza de Vaca las cartas de seguridad para Alburquerque; pero éste, despues de haber reflexionado mucho acerca de la actitud que aun conservaba el rey don Pedro, se decidió á marchar á Valladolid con el fin de noticiar á las reinas el resultado poco satisfactorio de su mensaje, y emprender luego su marcha hácia sus tierras de Alba de Liste en Portugal, donde indudablemente se hallaria mas á cubierto de las persecuciones de don Pedro.

Hízolo así, en efecto, y en el camino y en un pueblecillo llamado Ferradon, se encontró á su amigo don Juan Nuñez de Prado, maestré de Calatrava, que venia de Valladolid decidido á entrar en Toledo y aconsejar al rey que volviese al lado de doña Blanca.

— ¿Qué vais á hacer?—le dijo tan luego como el maestré de Calatrava le hubo noticiado su resolucion.

— Lo que oís, don Juan Alfonso de Alburquerque; viendo las reinas que tanto retardábais la vuelta de su mensaje, me mandaron que me dirigiese á Toledo á fin de saber lo que era de vos y lo que el rey don Pedro os habia contestado.

— ¡Oh! el rey don Pedro—dijo Alburquerque—es una fiera muy difícil de domesticar.

— ¡Cómo! no os comprendo....

— Ya me comprenderiais si estuviéseis en algunos antecedentes que yo he logrado saber, gracias á la astucia de mi escudero Martin Alfonso Arenillas.

— Explicaos, señor Alburquerque.

— Habéis de saber, señor maestré de Calatrava, que todas las puertas de Toledo menos la de Visagra estaban cerradas y custodiadas por muchas gentes del rey, con el fin de que una vez yo dentro de la ciudad, quedase preso en ella y á merced de los Padillás.

— ¡Qué decís!

— Y no solo eso, señor maestré de Calatrava; sino que todos los empleados de palacio que eran amigos y defensores míos, han sido depuestos por orden del rey y relevados por amigos de los Padillás.

— ¿Es posible?

— Todo lo que ois es cierto, señor don Juan Nuñez de Prado. El rey se ha propuesto hacerme guerra, y conmigo á todos los que me defienden, y opino por lo tanto, que lejos de proseguir vuestro camino debéis cambiar de rumbo y alejaros antes de Toledo; porque sino....

— Si, si; estamos espuestós á caer en manos del rey y entonces....

— Entonces nuestra muerte es inevitable!

— ¿Y qué os parece que hagamos?

— Lo mas acertado en mi concepto, es que vos os marchéis á las tierras de vuestro maestrazgo y yo á mis tierras de Alba de Liste en Portugal, donde al menos nos hallaremos al abrigo de las asechanzas del rey.

— Teneis razon; es lo mejor que podemos hacer.

— Eso al menos es lo que yo he pensado.

— No, no; repito que teneis razon y que es el único recurso que nos queda, si queremos librarnos de las persecuciones del monarca. Don Pedro por lo visto, se ha propuesto

obrar siempre á su capricho, y nada le importa que se murmure de su conducta, ni que sus continuos escándalos promuevan una rebelion por parte de sus vasallos amantes de la justicia.

— Yo, señor maestro,—prosiguió don Juan Alfonso—iré primero á Valladolid á despedirme de las reinas y á darles cuenta del triste resultado de mi mensaje.

— Yo, señor Alburquerque,—añadió el maestro de Calatrava—partiré esta misma tarde del Ferradon, con direccion á la encomienda de Albornoz, donde permaneceré hasta que vos me deis aviso, segun el giro que vayan tomando las cosas.

— Adios, pues, señor maestro de Calatrava.

— Adios, señor don Juan Alfonso de Alburquerque.

Y ambos nobles se separaron, retirándose cada cual á arreglar los asuntos de su viaje, para aquella misma tarde salir del Ferradon. Tres horas antes de ponerse el sol, don Juan Alfonso marchaba hácia Valladolid, y el maestro de Calatrava á las tierras de su maestrazgo, que estaban en Aragon.

El rey de Castilla proseguía entre tanto en Toledo al lado de doña Maria de Padilla, de la cual no queria separarse, no obstante los prudentes consejos que sus hermanos bastardos y hasta los mismos parientes de su favorita le daban, en vista del mal sesgo que iban tomando los asuntos del reino y de la mala acogida que la conducta del rey habia encontrado en todos sus vasallos al separarse de su esposa.

Tres dias hacia ya que don Juan Alfonso de Alburquerque y el maestro de Calatrava habian partido del Ferradon,

cuando don Diego García de Padilla se presentó en la cámara del rey á noticiarle el partido que aquellos nobles habian tomado, en vista de la obstinacion que mostraba don Pedro en no volver al lado de su esposa.

— Os conviene, don Pedro ;—decia el camarero mayor con humilde tono y procurando convencer al soberano de Castilla :—os conviene tornar al lado de vuestra esposa ; aun cuando luego volvais á separaros de ella , so pretexto de que los asuntos del reino reclaman vuestra presencia en otro punto. Oid mis palabras , señor , y tomad estos consejos que por bien vuestro y de Castilla me atrevo á daros en este instante.

— Déjame , déjame , Diego ;—replicaba el rey volviendo la espalda á su privado y decidido al parecer á no escucharle ; —yo medito muy bien antes de obrar y no necesito que nadie me aconseje.

Mirad , señor ;—añadió el camarero—que don Juan Alfonso de Alburquerque y don Juan Nuñez de Prado han tomado ya su partido y se han retirado á sus tierras decididos á levantar su pendon contra Castilla.

— Todo lo sé , todo lo sé ; no necesito que vuelvas á repetírmelo.

— ¿ Lo sabeis , señor.....

— Antes de que tu soñaras en decírmelo.

— No comprendo.....

— Ni hace falta que lo comprendas ; el rey don Pedro no duerme nunca y atiende mejor que vosotros á la actitud que toman los traidores ; los traidores , si , que han penetrado ya hasta los mismos aposentos de mi real alcázar. Si no hubiese traidores entre las gentes de mi servidumbre , don Juan

Alfonso de Albuquerque hubiera llegado hasta Toledo, y una vez dentro de la ciudad, yo me hubiese encargado de su persona; pero repito, que me halló rodeado de traidores y que hasta en mi mismo alcázar ha logrado penetrar esa canalla.

— ¡Señor!—esclamó el camarero mayor sobrecojido.

— Calla, Diego, y no trates de hacerme ver cosas que no existen. ¿Quieres convencerme todavía de que todos los que me rodean me son fieles? Pues te engañas, querido Diego; los traidores han penetrado hasta en mi cámara y han sorprendido mis secretos, para luego revelárselos á don Juan Alfonso de Albuquerque.

— Repito, señor...

— Repite en buen hora tus sandeces; pero no por eso lograrás convencerme de lo contrario que yo mismo estoy viendo. ¿Quién, sino, dijo á don Juan Alfonso que todas las puertas de Toledo estaban cerradas ménos aquella por donde él debia penetrar? ¿Quién le dijo que yo habia quitado los empleos de palacio á todos sus amigos? Me parece, Padilla, que nada tienes que oponer á estos argumentos, á no ser que opongas alguna mentira que te hayan referido.

— Yo, señor, no sospecho quién haya sido el traidor.

— ¿Es decir que ya convienes conmigo en que hay traidores?

— Y ante esos pormenores que su señoría refiere, ¿quién se atrevé á dudar?

— Pues bien, Padilla; yo sospecho de los erizados de don Enrique y mas que de sus criados, de su confesor.

— ¿De su confesor?

— Si; de fray Diego Lopez; de ese maldito fraile que me hirió en Torrijos con la punta de su lanza.

— Pero si el confesor de don Enrique no ha salido de Toledo.....

— Y qué ¿ es necesario salir de Toledo para hacer saber á don Juan Alfonso de Alburquerque lo que piensa el rey con respecto á su persona? Veo que estás hoy demasiado rebelde y que no te conformas con ninguna de mis esplicaciones; pero sea de ello lo que quiera, el caso es que Alburquerque y el maestre de Calatrava se han retirado á sus tierras ¿ no es esto?

— Justamente, y prestando que no quieren servir á un rey, que entregado en cuerpo y alma á los amores de su favorita, se olvida de su esposa y la deja abandonada en Valladolid al tercer dia de su matrimonio.

— Si ¿ eh?—esclamó el rey lleno de cólera:—¿ ese es el pretexto que han tomado para huir de mí alejándose de Castilla?

— Ese, y el de que vos tratábais de perseguirlos á muerte.

— ¡ Ah! bien, bien, señor Alburquerque; bien, señor don Juan Nuñez de Prado; no os quejareis de vicio; pronto conoceréis los efectos de la cólera del rey. ¡ Ola, ballesteros!

El ballestero de maza que estaba de guardia en la antecámara, se presentó en la puerta de la cámara del rey.

— A mi ballestero mayor—esclamó éste—que haga saber á mis gentes que esta tarde emprendo mi marcha á Valladolid.

El ballestero desapareció como un relámpago á cumplir la orden del rey.

— Si ese es el pretexto que han elegido—prosiguió don Pedro—para declararme la guerra, ó cuando menos para re-

belarse, pronto no tendrán pretexto y yo tendré motivos sobrados para darles el castigo que merecen. Adios, don Diego de Padilla; el rey don Pedro obra siempre del mismo modo.

Y esto diciendo se alejó de la cámara por una puerta secreta practicada en la pared del fondo, que comunicaba con el retrete de doña María de Padilla.

El camarero mayor se quedó asombrado, y solo después de unos momentos se atrevió á murmurar aunque en voz baja:

— ¡Oh rey don Pedro! ese carácter impetuoso es el que tiene que ser causa de vuestra ruina!

Y don Diego García de Padilla salió de la estancia triste y silencioso.

— Esto es insufrible; esto es insoportable María; — exclamó el rey al entrar en el camarín de su hermosa dama. — Ser rey y ser esclavo; mandar y verse obligado á obedecer. ¡Oh! esto es atroz, esto solo sucede en el reino de Castilla. Hasta tu hermano, ¡angel mio, se opone á mis deseos; hasta tu hermano, que era el único en quien yo fiaba, se opone á mi felicidad, y me dice que me aleje de tu lado; yo no puedo sufrir tanta esclavitud, yo quiero ser libre como el pájaro que vuela por el aire, como el pez que nada por el agua, como todos los seres del mundo y como todos mis vasallos. No quiero ser rey, no quiero corona, porque la corona pesa mucho sobre mis sienes, sujeto como estoy al capricho de todos los nobles de mi reino; hoy se rebela Alburquerque porque acabo de separar á todos sus amigos de los empleos de palacio; el maestro de Calatrava imita su conducta, porque dice que estoy dando es-

cándalo en mis reinos: ambos quieren que te deje; ambos quieren que te abandone y que parta á Valladolid al lado de mi esposa. Iré, si, en busca de doña Blanca, iré á vivir en su compañía; pero iré para que no tengan ya motivos para rebelarse. Iré y mandaré mis lanzas contra ellos, dispondré que ataquen y tomen todos sus castillos, haré que comparezcan ante mí y la cuchilla del verdugo hará rodar sus cabezas á los pies del soberano. ¡Oh! yo necesito sangre, mucha sangre, la sangre de todos los nobles de Castilla para calmar mi agitacion y volver la tranquilidad á mis desolados reinos. Antes fueron los hijos de doña Leonor de Guzman, luego don Alfonso Fernández Coronel, despues Garcilaso de la Vega, ¡ahora don Juan Alfonso de Alburquerque y el maestre de Calatrava, mañana serán quizá mis favoritos. ¡Oh! doña María de Padilla! yo á vuestro lado estaba satisfecho y me juzgaba el más dichoso de todos los mortales; pero este cetro, esta corona tienen que ocasionarme muchos disgustos: y no descansaré un momento hasta que vuelva la paz al seno de mis reinos y al lado de mi trono: porque tambien yo necesito paz; tambien yo necesito vivir tranquilo, si he de poder gobernar sin ponerme rojas las vestiduras á fuerza de verter sangre. ¡Alburquerque, Alburquerque! tú caerás en mis manos y mi venganza será terrible. Y tú, maestre de Calatrava, procura andar con tiento, porque tambien á tí tiene que alcanzarte mi castigo.

El rey don Pedro estaba rojo de cólera al pronunciar estas palabras, y sus ojos espantados y desmesuradamente abiertos estaban inyectados de sangre y parecia que iban á saltársele de sus órbitas. Todos los músculos de su cara se

hallaban horriblemente contraídos, y doña María de Padilla tembló de piés á cabeza al fijar su lánguida mirada en el rostro de aquel rey, que mas que rey parecia un leon furioso que habia logrado romper los hierros de su jaula.

— ¡Ira de Dios!—esclamó despues de unos instantes [de silencio:—morirán esos traidores ó poco ha de poder el soberano de Castilla.

La hermosa doña María padecia horriblemente al ver á don Pedro en aquella situacion, y ni una sola palabra osaba murmurar, temerosa de ofender al soberano. Colocada por las circunstancias al lado de aquel hombre tan irascible, al cual, no obstante su carácter violento, amaba con delirio, era una mártir destinada á sufrir los impetuosos arranques de cólera y desesperacion que tan continuamente solian salir del pecho de don Pedro. Este, que receloso hasta de su misma madre, á nadie se atrevia ya á comunicar sus secretos padecimientos, desahogaba su furia en presencia de la doncella, y todas las tempestades que sin cesar combatian su atormentado espíritu, estallaban por lo común en el camarín de Doña María, haciéndola partícipe de todos sus pesares.

La Padilla por lo tanto, era una mártir al lado de aquel rey, que amándola con delirio la hacia desgraciada brindándola con un amor tan lleno de sinsabores.

— No os agiteis, don Pedro;—dijo por fin, viendo que la calma volvia á restablecerse en las facciones del soberano.— Un rey tiene que verse rodeado siempre de traidores, lo mismo que el poderoso de ladrones y enemigos.

— Pero cuando ese rey, doña María, para nada molesta á sus vasallos.....

— No importa; los hombres ambiciosos nunca se encuentran satisfechos, y aun cuando les otorgáseis todos los castillos que tenéis en las fronteras, no por eso dejarían de rebelarse, siempre que su ambicion, satisfecha por el pronto, volviese á renacer en sus corazones.

— Es verdad y es verdad: ¿todo por la ambicion!

— Todo, don Pedro; la ambicion es el mayor enemigo del hombre, y la causa de la mayor parte de las desgracias que le afligen.

— Ese Alburquerque decia el rey ese Alburquerque á quien he colmado de favores, se fortifica hoy en Portugal, se pretesto de que abandonando á doña Blanca he promovido un escándalo en mi reino; porque protejó á vuestros parientes.

— Es cierto, don Pedro; pero mientras el pretesto exista, nunca tendreis motivos para quejaros; es preciso que reconociendo vuestro error os convenzáis de que no habeis obrado bien con doña Blanca.

— ¡Doña María!

— Sí, don Pedro; nadie mas que yo pudiera alegrarse de vuestra funesta resolucion; ninguno mejor que yo pudiera alabar vuestra conducta al abandonar á vuestra esposa, porque vuestra esposa os aparta de mi lado y me roba vuestro corazon, ya que no vuestro cariño: pero yo soy la primera en aconsejaros, que remedieis vuestra falta volviendo al lado de vuestra esposa y quitando de este modo el único pretesto que don Juan Alfonso de Alburquerque y don Juan Nuñez de Prado puedan tener para rebelarse. Obrando de este modo, dareis una prueba de hombre razonable, y hareis ver públicamente que sacrificais vuestros afectos mas sa-

grados á la conveniencia y bienestar de vuestros reinos. Obrando de otro modo, todos los vasallos de Castilla tendrían derecho para decir que érais un hombre arrebatado, que os dejábais arrastrar por vuestras pasiones, y que sin miramientos de ninguna clase, lo sacrificábais todo á la satisfacción de vuestros caprichos: esto es lo que yo opino, don Pedro, y esto creo que es lo que debéis hacer, si en algo estimáis vuestro honor, y si en algo apreciáis á doña María de Padilla.

— ¡Doña María!—volvió á exclamar el rey fijando una terrible mirada en el rostro de la jóven.

— Sí, don Pedro, creedme;—prosiguió la jóven:—esto es lo que debéis hacer, si en algo estimáis vuestra dignidad y vuestro trono.

— ¿Es decir que quereis que os abandone?—preguntó el rey.
— No; no quiero que me abandonéis: quiero únicamente que atendiendo á la conveniencia pública, volvais al lado de doña Blanca, evitando de este modo que se murmure de vuestra conducta. Como yo sé que me amais, que vuestro corazón es mío y que á ninguna otra mujer amareis mientras viva doña María de Padilla, por eso quiero que volvais al lado de vuestra esposa, por eso quiero que os separeis de mí.

— ¡Oh! doña María; os amo tanto!

— Hartas lágrimas me cuesta vuestro cariño, don Pedro; no me lo repitais.

— ¡Soy tan dichoso cuando me encuentro á vuestro lado!

— Fi uraos, pues, lo que padecerá doña María, cuando arrostrando por todo, os ruega que volvais al lado de vuestra esposa dejándola á ella abandonada.

— ¡Oh! abandonada, no; nunca: medios habrá de que nos veamos con frecuencia.

— Bien, don Pedro; pero por ahora marchad al lado de doña Blanca y no deis lugar á que murmuren de vos vuestros vasallos.

— Partiré, si, ángel de mi vida; pero antes.....

— Antes nada, don Pedro; ya sabéis que mi corazón es vuestro y que nadie en el mundo será capaz de hacerme olvidar al único hombre que me hace infeliz colmiéndome de felicidad.

— ¡Doña María!

— ¡Oh! sí; amadme siempre, nunca me olvideis; nunca olvideis al fruto de vuestros amores, á nuestra hija Beatriz.

Doña María y el rey se contemplaban llenos de ternura y no acertaban á separarse.

Su despedida fué muy triste; doña María lloraba con desconsuelo y el rey de Castilla enjugaba sus lágrimas mirándola enternecido.

La voz de don Diego García de Padilla anunció al rey que las gentes se hallaban ya dispuestas para el viaje, y don Pedro y doña María se separaron.

— ¡Adios, don Pedro!—esclamó la desconsolada dama.

— ¡Adios, doña María!—repitió lleno de emoción el soberano.

Pocos momentos despues el rey don Pedro, seguido de una brillante y numerosa comitiva y acompañado de todos los empleados de palacio y oficiales de su guardia, salia de Toledo por la puerta de Visagra con direccion á Valladolid.

El rey don Pedro había salido de la ciudad y á la noche se había ido á la casa de don Juan de Padilla, con el fin de que se le diese un refugio. Pero don Juan de Padilla, que era un hombre de gran valor y de gran corazón, no quiso recibirle en su casa, y le hizo salir de ella. Don Juan de Padilla se fue á la casa de don Juan de Guzmán, y se le dio un refugio. Pero don Juan de Guzmán, que era un hombre de gran valor y de gran corazón, no quiso recibirle en su casa, y le hizo salir de ella. Don Juan de Guzmán se fue á la casa de don Juan de Padilla, y se le dio un refugio. Pero don Juan de Padilla, que era un hombre de gran valor y de gran corazón, no quiso recibirle en su casa, y le hizo salir de ella.

CAPITULO XVII.

De cómo don Juan de la Cerda hizo prisionero en Almagro al maestro de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y de cómo por orden de don Diego García de Padilla fué trasladado despues al castiello de Maqueda.

La desconsolada princesa doña Blanca volvió, en efecto, á ver á su lado al rey don Pedro que algunos dias antes la habia abandonado. Mil sueños de ventura cruzaron por su mente al mirar junto á sí al soberano de Castilla, que arrepentido, al parecer, de su pasada conducta, se hallaba dispuesto á no volver á separarse de ella, y á permanecer siempre al lado de su esposa; pero bien pronto aquellos sueños venturosos hubieron de desvanecerse á presencia de la triste realidad.

Dos dias habian trascurrido desde la llegada del rey á Valladolid, cuando la reina madre, doña María, buscaba en vano á su hijo por las galerías y habitaciones de la casa del Abad de Santander.

El rey don Pedro habia salido aquella misma mañana de la ciudad, y á la sazón se hallaba ya en la aldea de Mojados, camino de Olmedo, á donde muy en breve debia llegar doña María de Padilla.

Inútiles habian sido los consejos de su camarero mayor y de todos sus amigos para hacerle desistir de su proyecto; el pensamiento del rey se hallaba fijo en doña María, y en vano pretendió don Diego García de Padilla pintarle con los mas negros colores la horrible situacion en que iba á dejar á doña Blanca, para hacerle cambiar de resolucion.

La pasión del rey no tenia freno, y ansioso ya de volver al lado de su amada, solo pudo permanecer dos días en compañía de su esposa, y aun este pequeño plazo combatido sin cesar con el recuerdo de su manceba.

— No, no;—decia:—yo no puedo proseguir por mas tiempo al lado de doña Blanca; mi hermosa María sufrirá horriblemente al verse alejada de su amante; de su amante, sí; porque yo la amo, la adoro, y no puedo vivir si no la tengo siempre en mi presencia. ¡Oh, doña María! ¡cuántos disgustos tiene que ocasionarme vuestro amor! ¿por qué el destino os pondria delante de mis ojos? ¿por qué vinisteis á este mundo, si nada tenéis que esperar de él sino amarguras? ¡Doña María, doña María! vos me habeis hechizado; yo no sé lo que me sucede desde el día fatal en que celebré mis bodas.

Y fijo siempre su pensamiento en la hermana de don Diego García de Padilla, de nada se acordaba, en nada fijaba su atención; y todo le era indiferente menos el recuerdo de su doncella.

Llegó por fin á Olmedo, y aun no hacia dos horas que

se hallaba en aquella villa, cuando su ballestero mayor vino á noticiarle que doña María de Padilla, en compañía de don Juan de la Cerda, acababa de llegar por el camino de Toledo.

Lleno de gozo y rebosando alegría por todos los poros de su cuerpo, salió á recibir á su hermosa dama, y ya el corazón del rey volvió á latir mas sosegado.

Pasó unos cuantos dias al lado de ella, y meditando sin cesar acerca de la conducta que observaba el de Alburquerque, le envió un mensaje con don Juan Tenorio, su repostero mayor, y Suero Pérez de Quiñones, por medio del cual le instaba á que permaneciese en su reino ó en las tierras que mas fuesen de su agrado; pero que no pensase en rebelarse ni en declararle guerra fortaleciéndose en sus castillos, porque entonces sufriría las consecuencias de su cólera y espiraría en brazos de un verdugo.

El rey don Pedro en cambio, le prometía no molestarle en el goce de sus posesiones, ya permaneciese en Castilla, ya prefiriese vivir en las fronteras de Portugal.

Juan Alfonso de Alburquerque aceptó gustoso la proposición del rey, y entrando con él en negociaciones y pleitesias, le entregó en rehenes á su hijo legítimo don Martín Gil, y á don Diego Alfonso, hijo tambien, aunque bastardo.

Peor suerte cupo á otros varios caballeros de la servidumbre de don Juan Alfonso que dirigiéndose á la villa de Olmedo fueron á implorar el favor del rey. Don Alvar Pérez de Castro y Alvar Gonzalez Moran, sufrieron una horrible persecucion por parte del soberano de Castilla, y Juan Alfonso Benavides, Justicia mayor de su casa, fué el encargado de seguir sus huellas y de prenderlos en el caso de que los hallase; pero gracias á doña María de Padilla, que obra-

ba mas como reina prudente y generosa que como dama y manceba del rey, ambos recibieron un oportuno aviso, merced al cual lograron salvar sus vidas montando en sus caballos y fugándose á Portugal.

Otro tanto hizo don Juan Alfonso de Alburquerque, no fiándose ya de las palabras del monarca y desesperanzado de poder vivir tranquilo en el reino de Castilla.

Los hermanos bastardos del rey, que gozaban entonces de gran seguridad y se veian hasta cierto punto alhagados por los Padillas, seguian al monarca á todas partes y le ayudaban en sus planes de guerra contra don Juan Alfonso de Alburquerque.

El maestre de Santiago, don Fadrique, fué por lo tanto muy bien recibido en Cuéllar por su hermano don Pedro, y trasladándose con él á Segovia fué testigo de las bodas de su hermano don Tello con doña Juana de Lara, bodas que el mismo rey habia concertado, y despues de las cuales dispuso que el jóven esposo fuese á tomar posesion del Señorío de Vizcaya.

Las cosas de Castilla prosiguieron, pues, algun tanto mas tranquilas en apariencia, y don Juan Alfonso de Alburquerque y el maestre de Calatrava, don Juan Nuñez de Prado, eran los únicos que sufrían las persecuciones del rey, siendo víctimas de sus terribles arranques de cólera y despotismo. Los hermanos bastardos de don Pedro, los parientes de la Padilla y todos los caballeros y nobles de Castilla, estaban en contra de dichos personajes, y encerrados cada cual en los castillos de su pertenencia, temian y con razon que sonase la hora de la venganza del soberano.

Doña Blanca de Borbon era tambien victima de la escan-

dalosa conducta del rey don Pedro, y abandonada segunda vez por el hombre á quien el destino le habia designado para esposo, lloraba sin consuelo en el monasterio de las Huelgas, y ni las palabras de la reina madre, doña Maria, ni los prudentes consejos de doña Leonor, bastaban para alejar de sí la profunda melancolia que se habia apoderado de su espíritu. Triste y llorosa se hallaba en la villa de Medina del Campo, á donde por orden del rey habia sido trasladada, cuando el obispo de Segovia, Pero Gomez Gudiel, Tel Gonzalez Palomeque y Juan Manso de Valladolid, oficiales de su servidumbre y Suer Gutierrez de Navales, escudero asturiano que servia la escudilla á dicha reina, se presentaron á ella cierto dia y con rostro compungido y acento desgarrador le noticiaron que por orden del monarca tenian que conducirla á Arévalo en calidad de presa.

La desconsolada doña Blanca escuchó con resignacion las palabras de aquellos caballeros, y decidida á vivir mártir en medio de su retiro, se puso á sus ordenes, y acompañada de la reina madre se encaminó hácia la villa que el rey don Pedro la destinaba para prision.

Los caballeros franceses que desde París habian escoltado á aquella ilustre princesa, escandalizados de la reprobada conducta que con su esposa observaba el monarca de Castilla, y no creyéndose con fuerzas suficientes para arrostrar los peligros de un combate con las gentes del rey, se alejaron de España, sin pensar siquiera en poner á salvo la vida de aquella hermosa dama que tanto padecia, por medio de una fuga.

El rey don Pedro que hasta de su misma madre desconfiaba ya, ordenó á los oficiales encargados de vigilar á la

princesa, que no permitiesen bajo ningun pretesto que ambas señoras se viesen, ni se hablasen. Partiendo luego de Segovia á su alcázar de Sevilla, acabó de distribuir allí los oficios de palacio y del reino, recayendo todos por decontado en los parientes y amigos de doña María de Padilla, y no dejando subsistente ninguna de las hechuras de su antiguo valido, don Juan Alfonso de Alburquerque. Pasaba todo esto en los últimos meses de 1353, y el año 1354 se inauguró con otro horrendo crimen de los que con tanta frecuencia emborronan y manchan el reinado de don Pedro.

El maestre de Calatrava, don Juan Nuñez de Prado, que como saben nuestros lectores se habia separado de Alburquerque en el Ferradon encaminándose hácia las tierras de su maestrazgo, recibió un aviso del rey en el que le instaba á que volviese á Castilla, puesto que nada tenia que temer y antes al contrario pensaba tenerle en su compañía y servirse de él para alguno de sus proyectos.

El maestre de Calatrava creyó que el rey se habia ya desenojado, y en compañía de su pariente y amigo don Pero Nuñez de Godoy, se vino para Castilla, haciendo alto en Almagro, lugar perteneciente al señorío de su órden.

Llegó esta noticia á oídos del rey, que como acabamos de decir se hallaba en el alcázar de Sevilla, y llamando á su camarero mayor:

— ¿Qué te parece, Diego-le dijo- de las nuevas que acaban de comunicarme?

— Señor, contestó Padilla- sino me decis á que se refieren.....

— Se refieren al maestre de Calatrava, don Juan Nuñez de Prado.

— ¡Oh! ese pícaro maestre—repuso el camarero—hace algun tiempo que debia haber sido encerrado en uno de vuestros mas fuertes castillos.

— Calla, calla, ambicioso camarero;—repuso el rey sonriendo maliciosamente y posando una recelosa mirada en el rostro de su privado. Ya sé que el maestrazgo de Calatrava te tiene vuelto el juicio hace algunos meses, y que estás deseando cargarte con él, aun cuando sea á costa de la vida de don Juan Nuñez de Prado.

— ¡Señor!

— Nada, nada; inútil es que trates de demostrarme lo contrario; yo sé muy bien hasta dónde alcanza la ambicion del hombre, y los deseos que tú tienes de ser maestre, aumentan de dia en dia, mucho mas en la ocasion presente, cuando ves que don Juan Nuñez de Prado acaba de declararse mi enemigo. Si dices otra cosa, mientes como un villano, Diego; no trates, pues, de hacerme ver lo que no existe y prosigue con tus deseos de ser maestre, que si Dios quiere y las cosas no varian, quizá no tardes mucho en cargarte con el maestrazgo.

— Señor, si vuestros deseos son los de hacerme maestre, entonces...

— No son mis deseos solo, señor camarero; son tambien los tuyos y creo que no volverás á incurrir en la falta de taimado, queriendo hacerme ver que no ambicionas el maestrazgo.

— Es cierto, señor, que al maestre de Calatrava le profeso un odio profundo desde el momento en que unido con don Juan Alfonso de Alburquerque salió del Ferradon con direccion á la encomienda de Alcañiz; pero...

— Pero nada, Diego; calla sino quieres incómodarme; sino estás contento con ser un camarero y ansias ser maestro de Calatrava, la culpa no es mía, ni tuya tampoco á mi modo de pensar. Has nacido ambicioso y justo es que en pago de los servicios que me prestas, te recompense yo dándote el nombramiento de maestro.

— Pero para eso, señor....

— Para eso invité yo, como sabes, á don Juan Nuñez de Prado á que volviese á mis reinos de Castilla, y como acabo de saber que se encuentra en un lugar de su órden distante algunas jornadas de Aragón....

— ¿Sé halla ya en Castilla?

— En Almagro, segun acaban de noticiarme.

— ¡Oh! no está muy lejos, y tal vez....

— ¿Qué quieres significar con esa reticencia?

— Nada, señor; que no debeis fiaros de las palabras de los traidores, y que tal vez don Juan Nuñez de Prado piense proseguir su marcha hasta Portugal, y unido con Albuquerque....

— Todo lo preveo, amigo Diego; pero por esta vez saldrán frustrados los planes del maestro, si es que piensa unirse con mi antiguo consejero para declararme guerra.

— Pues qué ¿pensais marchar contra él?

— Pienso marchar á Almagro, pero enviando delante á don Juan de la Cerda, alguacil mayor de Sevilla.

— Con el fin de que le cerque.....

— Con el fin de que le haga prisionero.

— Pero señor ¿habiéndole enviado cartas de seguridad..

— Nada importan los seguros cuando se trata de castigar á los traidores; pero estraño mucho que hables de esa ma-

nera, cuando tantos deseos tienes de ser maestro de Calatrava.

— ¡Oh! deseos sí, señor don Pedro: ¿por qué negar una cosa que está tan á la vista y que yo mismo os he confesado? Pero eso de arrestarle por darme á mi el maestrazgo.....

— Por Dios que andais escrupuloso por parte de mañana, señor camarero mayor. ¿Quereis que os mande que le prendais para de ese modo echar de vuestra conciencia la responsabilidad de esta prision?

— No, señor don Pedro; no ha sido esa mi intencion al deciros esas palabras: el maestro de Calatrava se ha hecho merecedor de cualquier castigo por terrible y atroz que éste sea, y creo que ningun escrúpulo de conciencia debo tener al obrar con la justicia que vos me ordenais, en caso de prender á don Juan Nuñez de Prado.

— Vamos, confiesa que estás deseando tomarle por tu cuenta, para saciar tu furia y ver satisfechos tus ambiciosos proyectos con respecto al maestrazgo.

— Señor.....

— Callemos, pues, Diego; y puesto que no te hacen gracia estas observaciones, vé á decir al gefe de mi guardia que disponga las gentes para la marcha, porque mañana al amanecer saldremos de Sevilla con direccion á Almagro. A don Juan de la Cerda le dirás de mi parte que esta misma tarde salga á la cabeza de unas cuantas lanzas, y sin pérdida de tiempo llegue á la villa en que se halla don Juan Nuñez de Prado y le prenda por la fuerza, si es que se resiste. Ahí tienes la órden firmada por mí y autorizada por mi sello; que se la entregue, y sin mas formalidades le haga prisionero.

El camarero mayor tomó el pergamino que el rey le presentaba, y saludándole respetuosamente salió de la cámara lleno de contento, pensando en que dentro de pocos días iba ser nombrado maestre de Calatrava.

— Es necesario:—dijo don Pedro tan luego como don Diego García de Padilla hubo traspasado los umbrales de la estancia.—Es necesario tener contentos á todos mis servidores, porque de otro modo nunca podría contar con un amigo; y es preciso tener amigos de quienes echar mano en ocasiones como la presente. Don Diego, por otra parte, es hermano de doña María, y justo es que ya que su hermana vive deshonrada, le entregue algunos castillos en pago de esta deshonra. ¡Oh, don Juan Nuñez! mala suerte os espera, desde el momento mismo en que yo os ponga en manos de mi camarero.

Algunos dias despues, el alguacil mayor de Sevilla don Juan de la Cerda, se hallaba en Villa-Real, distante pocas tierras del lugar de Almagro, donde el maestre don Juan Nuñez de Prado se encontraba. Muchas fueron las gentes que en aquella villa se unieron al mensajero del rey siguiéndole hasta el lugar de la Orden de Calatrava.

Don Juan Nuñez de Prado, que á la sazón se hallaba en la plaza de aquel pueblo con su amigo y pariente don Pero Muniz de Godoy, se mostraba muy sereno, y nada, al parecer, temia de las gentes del rey, que armadas todas y dispuestas sin duda á pelear, habían puesto cerco á aquella villa rodeándola por todos sus costados.

— Señor;—decía Pero Muniz de Godoy viendo que don Juan Nuñez de Prado nada resolvía, no obstante la actitud hostil que acababan de tomar las recién llegadas gentes á

las órdenes de don Juan de la Cerda;—«vos tenedes aqui
 »ciento é cincuenta de á caballo, é pieza de omes de á pié, é
 »vos conoscedes al rey que es sañudo contra vos, é si sodes
 »preso, non vos podredes escusar de la muerte; por ende
 »mi consejo es que salgades á pelear con don Juan de la
 »Cerde, é le desbaratedes, é podredes tornar para Aragon
 »antes que el rey venga, ó morir en el campo (1).»

— No, amigo Pero;—contestó el maestro:—yo nunca he
 fecho armas contra el rey, é creo que las gentes del rey
 non farán tampoco armas contra mí.

— Tened en cuenta, señor, que las gentes que vienen
 con don Juan de la Cerda no son gentes del rey, sino veci-
 nos de Villa-Real, y que lo que quieren es apoderarse de
 Almagro para cojer botín.

— Creo que te engañas, amigo Muniz; las gentes de don
 Juan de la Cerda vienen bien armadas y sospecho que sean
 de la servidumbre real.

— No obstante, os aconsejo que salgamos á pelear; porque
 como ellos son pocos y nosotros podemos disponer de algu-
 nas fuerzas, no será difícil que los vencamos, y entonces
 podeis fugaros á Aragon, antes que el rey llegue; pues
 segun noticias viene detrás del alguacil mayor de Sevilla.

— Pero ¿tú crees que habiéndome dado seguro?....

— Ya sabeis que al rey le importa muy poco el dar una
 carta de seguridad, cuando á la vuelta lleva escrita la orden
 de prision.

— ¡Oh! no, no; es imposible: un rey debe tener pala-
 bra de caballero.

(1) Palabras testuales de la Crónica.

— Acordaos de lo que pensaba hacer con don Juan Alfonso de Alburquerque, cuando hallándose en Almorox le envió al judío don Samuel Levi instándole á que prosiguiese su camino.

— Es cierto, es cierto; don Juan Alfonso y yo tuvimos que retirarnos á nuestras tierras, so pena de esponernos á morir á manos del monarca.

— Ya sabeis que todas las puertas de Toledo estaban cerradas.

— Sin embargo.....

A este punto llegaban en su diálogo el maestro y su amigo, cuando don Juan de la Cerda, seguido de unos cuantos escuderos y hombres de armas, se presentó en la plaza de Almagro, y saludando al maestro con mucha cortesía:

— Tomad;—le dijo entregándole un pergamino enrollado del cual pendia el sello de cera de la chancillería real.

Don Juan Nuñez de Prado pasó sus ojos por el pergamino, y luego que lo hubo leído:

— Aquí me teneis:—dijo á don Juan de la Cerda con acento dolorido.

— Yo cumplo con la orden del rey;—repuso el alguacil mayor de Sevilla indicando á sus escuderos que prendiesen al maestro.—Supongo que ninguna queja tendreis de mí, porque yo soy un vasallo y al vasallo le toca obedecer.

— No, no, don Juan de la Cerda;—repuso el maestro montando en un caballo que uno de los escuderos le presentaba, y despidiéndose de Muniz de Godoy por medio de una lánguida mirada.—Vos cumplís con el mandato del rey y no tengo motivo para quejarme.

Don Juan de la Cerda mandó á los escuderos y hombres

de armas que echasen delante con el maestre, y siguiéndolos á algunos pasos de distancia ;

— Mentira parece—murmuró—que el rey don Pedro estime en tan poco su firma y su palabra, para que de este modo arrostre por todas las consideraciones y respetos debidos á sus nobles vasallos.

Al dia siguiente, el rey don Pedro con toda su servidumbre encontró en el camino al maestre de Calatrava, que iba escoltado por todos los hombres de armas que acompañaban á don Juan de la Cerda.

— Señor maestre ;-le dijo fijando en él una colérica mirada :—obrásteis muy mal al tomar el consejo de Alburquerque, cuando os avistásteis con él en el Ferradon. Si entonces hubiérais venido á mi merced, yo os hubiese perdonado ; pero hoy tengo que aplicaros el castigo, porque acaso mañana os puede dar la intencion de volver á revelaros. Por de pronto os despojo de todos los bienes pertenecientes á vuestra orden, y otorgo vuestro título de maestre de Calatrava á mi camarero mayor, don Diego García de Padilla. Desde hoy quedais hecho su prisionero y á él le hago entrega de vuestra persona. ¡ Diego García de Padilla! —esclamó dirigiéndose al camarero:—quedas declarado maestre de Calatrava y mañana te reconocerán todos los Freires de la orden por su señor. Ahí tienes á don Juan Nuñez de Prado, tu predecesor ; haz de él lo que mejor te plazca.

El hermano de la Padilla dió las gracias al rey por la singular merced que acababa de concederle, y dirigiéndose á uno de los escuderos del maestre :

— ¡ Diego Lopez de Porras !-le dijo :-conducirás á tu señor al castillo de Maqueda, y advertirás á Estéban Domin-

go de Avila que responde con su cabeza de la persona del maestro. Vosotros—añadió volviéndose hácia algunos escuderos de su servidumbre—os encargais de acompañar á Diego Lopez de Porras hasta Maqueda, por si acaso le entran deseos de salvar á su señor.

El ex-maestre de Calatrava se despidió del rey, y prosiguiendo su camino continuó triste y silencioso hasta la villa de Maqueda, en cuyo alcázar quedó preso bajo la custodia de Estéban Domingo, el mozo, que quedó conforme en responder con su cabeza de la persona del maestro.



CAPITULO XVIII.

De cómo por orden del camarero mayor del rey fué asesinado el maestre de Calatrava, y de otras cosas que verá el lector.

El rey don Pedro de Castilla, luego que hubo puesto á disposicion de don Diego García de Padilla al maestre de Calatrava, se fué para el castillo y villa de Medellin, una de las fortalezas que don Juan Alfonso de Alburquerque tenia jun'o á las fronteras de Portugal.

Don Diego Gomez de Silva, defensor de dicho castillo y Pero Alvarez de Sotomayor, vasallos ambos de don Juan Alfonso, mantuviéronse fuertes dentro de la plaza y trataron de hacer avenencia con el rey, interin su señor les enviaba á decir como habian de obrar. Accedió el rey, aunque no de muy buen grado á la peticion de aquellos caballeros; pero como á don Juan Alfonso le fuese imposible mandar gentes en defensa de aquella fortaleza, Diego Gomez de Silva

y Pero Alvarez de Sotomayor entregaron el castillo al rey, y éste, furioso y lleno de cólera contra Alburquerque, mandóle derribar demoliendo hasta sus cimientos.

Luego que hubo tomado este castillo, se dirigió contra la villa de Alburquerque; y como sus defensores, don Pedro Estébanez Carpintero y Martin Alfonso Botello se negaron á acogerle, el rey le hizo combatir; pero no obstante sus grandes esfuerzos no consiguió hacerse dueño de aquella villa.

Dejó por fronteros de ella á sus dos hermanos bastardos don Enrique y don Fadrique y al hermano bastardo de la Padilla, don Juan García Villagera, y se encaminó hasta Cáceres, desde donde envió dos mensajeros á su abuelo el rey de Portugal, pidiéndole le fuese entregada en su nombre la persona de Alburquerque, para que tornase á Castilla á dar cuenta de su administracion pasada.

Llegaron estos mensajeros á Evora en ocasion en que el rey de Portugal celebraba las bodas de su nieta María con el infante don Fernando de Aragon. El de Alburquerque que veia en el mensaje y pretension de los enviados de don Pedro una acusacion directa contra su persona, pronunció ante el rey un discurso tan enérgico y tan lleno de razones en defensa de su administracion en Castilla, de sus servicios al rey don Pedro, de su pureza y desinterés, que el monarca de Portugal acabó por darle la razon, con lo cual tuvieron que tornarse los mensajeros de don Pedro sin haber conseguido el objeto que se proponian.

Los hermanos bastardos del rey, que al ver la decidida proteccion que éste prestaba á los parientes de la Padilla, no podian menos de hallarse disgustados, se irritaron de todo punto cuando vieron que el monarca habia entregado el

maestrazgo de Calatrava al hermano de su favorita, viendo sin duda, que no se hallaba satisfecho todavía con ser camarero mayor.

— Esto es injusto;—decía don Enrique paseando con su hermano por los alrededores de la villa de Alburquerque:—el rey no ha obrado como debía al dar el maestrazgo de Calatrava á don Diego García de Padilla, y si de ese modo prosigue repartiendo sus mercedes, pronto se verá abandonado del conde de Trastamara.

— Y del mestre de Santiago:—añadió don Fadrique como para dar mas fuerza á las últimas espresiones vertidas por su hermano.

— Pues qué—prosiguió éste—¿no somos nosotros tan acreedores á mercedes como los parientes de la Padilla? ¡Por vida mia! que no hemos dejado de prestar algunos servicios al rey; pero ya se vé..... la favorita..... es natural. ¿Cómo no ha de procurar don Pedro tener contento á su camarero mayor, cuando públicamente está deshonorando á su pobre hermana?

— ¡Oh! la conducta de nuestro hermano es intolerable;—decía don Fadrique:—¿por qué abandonar de ese modo á una jóven tan cándida y hermosa como la desgraciada doña Blanca? ¿Por qué abandonar á esa infeliz mujer á los tres dias de su matrimonio? ¡Oh! la conducta del rey en esta ocasion ha sido escandalosa, y dudo mucho que tarde ó temprano no tenga que llorar con lágrimas de sangre su vil comportamiento para con tan ilustre dama.

— El rey de Francia volverá indudablemente por el honor de su sobrina, y es muy posible que llegue tarde el arrepentimiento de nuestro hermano.

— Quizá á estas horas disponga el duque de Borbon sus gentes en contra de Castilla.

— El duque de Borbon no, porque un duque es impotente para presentarse á luchar con un rey de Castilla; pero el rey de Francia.....

— Calla, calla, hermano Enrique;—replicaba el maestre de Santiago acelerando sus pasos y procurando conocer á un hombre armado que salia de la villa de Alburquerque.—Páreceme que ese escudero debe traernos alguna curiosa nueva de parte de don Juan Alfonso. Veamos.

El escudero llegó, é inclinándose respetuosamente delante de los bastardos, les dijo con humildad:

— Mi señor, don Juan Alfonso de Alburquerque, me envia para que os entregue este pergamino y me deis la contestacion.

El conde de Trastamara cogió el pergamino que el escudero le presentaba, y desenvolviéndole cuidadosamente;

— Veamos-dijo-lo que tiene á bien comunicarnos el noble portugués. ¡Bravo!—esclamó despues de haberle leído, y entregándoselo al maestre:

— ¡Bravo! exclamó éste tambien tan luego como hubo pasado los ojos por las líneas del mensaje.

— ¿Qué te parece que hagamos?—dijo el conde de Trastamara dirigiéndose á su hermano don Fadrique.

— A tu eleccion lo dejo:—contestó éste.

— ¿Es decir, que no te atreves á dar tu voto en este asunto?

— Hombre, mi voto de nada vale sin que vaya acompañado.....

— ¿De qué?

— Del tuyo.

— Y bien ¿te parece que aceptemos?

— No ha de ser á gusto mio, sino á gusto de ambos la resolucion que tomemos. ¿Aceptamos ó no?

— ¡Aceptemos!—esclamó el maestro de Santiago decidiéndose por fin.

— Pues bien ;—dijo entonces el conde de Trastamara dirigiéndose al escudero de Albuquerque, que no era otro que Martin Alfonso Arenillas, á quien nuestros lectores tuvieron ocasion de conocer en la villa de Almorox :—dí á tu señor don Juan Alfonso, que aunque estamos decididos á aceptar su propuesta, nos tomamos, no obstante, algunos dias para deliberar.

Martin Alfonso Arenillas volvió á la villa de Albuquerque, y los hermanos bastardos del rey prosiguieron su paseo meditando acerca del partido que les convenia tomar, con respecto al proyecto que don Juan Alfonso les proponia.

Interin esta escena tenia lugar en la villa de Albuquerque, en el castillo de Maqueda se representaba otra no menos interesante, si bien de distinto género de la que acabamos de referir.

Diego Lopez de Porras y Estéban Domingo de Avila se hallaban en la sala de armas reflexionando, al parecer, sobre un asunto importante, segun la actitud y silencio que guardaban sentados en frente de una mesa de pino, sobre la cual se veian los restos de una cena.

— No es posible pasar por otro punto :—dijo por fin Diego Lopez de Porras dando un fuerte golpe en la mesa y derribando una de las copas que en ella habia.

— ¿Qué dices?—le interrogó Domingo de Avila, que pro-

fundamente abstraído no habia escuchado las palabras de Diego Perez.

— Digo- contestó éste-que es imposible pasar por otro punto y que la muerte de don Juan Nuñez de Prado es inevitable.

— Pero hombre, y ¿será posible que nos veamos obligados á dar muerte al que ha sido nuestro señor?

— ¿Y qué remedio?-esclamó Porras moviendo la cabeza en ademan de desesperacion.

— ¿No hallariamos ningun medio para vernos libres de este compromiso y librar al propio tiempo la vida de nuestro antiguo maestre?

— Si tú le encuentras..... yo por mí te afirmo desde luego que no le hallo.

— Una fuga.....

— ¿Quién piensa en fugas cuando tenemos en el castillo veinte y cinco lanzas de don Diego García de Padilla?

— Es verdad, pero.....

— Pero nada, querido Estéban : respondemos con nuestra cabeza de la persona de don Juan Nuñez de Prado y ya sabes que el nuevo maestre nos manda que le asesinemos.

— ¡ Oh ! á tí , á tí Diego Lopez ; á mí no me ha comunicado orden semejante.

— Pero dice en ella bien terminantemente que me prestes ayuda en caso necesario.

— ¡ Ah ! ya ; pero como ese caso no llegará de seguro.....

— ¿ Quién sabe ?

— Calla , calla ; no me atemorices.

— ¿ Pues qué diré yo que soy el encargado de llevar á cabo la ejecucion ?

— ¡ Ah ! toma, toma las llaves de la torre y entiéndete con don Juan Nuñez de Prado ; yo no quiero presenciar la muerte de nuestro antiguo señor.

— Pocos ánimos tienes , amigo Estéban ; y ello es preciso que me ayudes , porque yo solo.....

— Déjame , déjame y no me hagas semejante proposicion.

— No soy yo el que te la hago ; es don Diego García de Padilla el que te la ordena.

— Pues bien ; aguarda hasta la noche y entonces no necesitarás de mi escasa ayuda. Don Juan Nuñez se hallará durmiendo , entrarás en el torreón y sin que él mismo se aperciba puedes dirigirle el golpe.

— ¡ Estéban !

— Si ; es lo mejor que puedes hacer : de otro modo.....

— Con que dormido.....

— Dormido : es el único medio de que no tengas que luchar con él á brazo partido ; porque ya sabes que don Juan Nuñez de Prado , aunque viejo , conserva todavía fuerzas suficientes para defender su vida en caso necesario , y seria muy triste , que tú su mas fiel servidor tuvieses que pelear con él cuerpo á cuerpo hasta dejarle tendido en tierra.

— Sin embargo.....

— Es lo mejor que puedes hacer , amigo Porras , si te hallas decidido á ejecutar la órden del maestro de Calatrava don Diego García de Padilla.

— Y ¿ cómo no , si esa órden debe venir por conducto del rey ?

— Tanto mejor para que no dudes ni un solo instante en llevarla á efecto.

— Pero esto es horrible.

— No por eso te perdonaría don Pedro la vida, sino le presentases tu maza manchada con la sangre de don Juan Nuñez de Prado.

— ¿Es decir que no tengo otro recurso.....

— Que esperar á que llegue la noche y asesinarle.

— ¡Oh! esto es capaz de erizar los cabellos al hombre de mas corazon.

— Sí, en verdad; pero, amigo Porras, no tienes otro remedio que resignarte y cumplir con la órden de don Diego.

— Esperaré á que don Juan se halle dormido.

— Sí, espera, y apuremos entre tanto este jarro de vino.

Diego Lopez de Porras, que aterrado ante la horrible ejecucion que por órden de don Diego García de Padilla tenia que llevar á cabo, no sabia lo que le pasaba en aquel instante: tomó el jarro que su amigo Domingo de Avila le presentaba, y ansioso de perder por completó la razon para decidirse á entrar en la torre del antiguo maestre de Calatrava, se lo aplicó á los lábios y ni una sola gota dejó para que Domingo lo probase.

— ¡Dios de Dios!—esclamó éste—y cuanta sed tenias.

— Déjame, déjame:—replicó Porras apoyando su frente sobre la tabla de la mesa.

Domingo de Avila guardó un profundo silencio y Porras permaneció en aquella violenta posicion por espacio de dos horas.

Ya habia anochecido y Porras, sin embargo, no se movia.

Domingo de Avila le llamó, y advirtiéndole que don Juan Nuñez de Prado debia hallarse dormido, le entregó su pesada maza, que habia dejado en uno de los rincones de aquella habitacion.

— Gutame:—dijo el verdugo empuñando la maza con sus crispados puños.

— Sigue mis pasos;—contestó el alcaide de la fortaleza saliendo de la estancia:—pero sigueme sin meter ruido á fin de que no despierte don Juan Nuñez de Prado.

Diego Lopez de Porras siguió detrás de su amigo por algunas galerías, y subiendo despues una estrecha y empinada escalera de caracol, se encaminó por un estrecho pasillo al fin del cual se veia una puerta pintada de negro.

— Esta es la prision del antiguo maestro:—dijo en voz baja Estéban Domingo de Avila sacando al propio tiempo un enorme clavo, que penetrando hasta el marco de la puerta la mantenía cerrada sin necesidad de llave ni candado.

— Entremos:—añadió Porras deshaciendo entre sus puños el mango de la maza.

— Toma la luz;—repuso Domingo de Avila entregándole la linterna al escadero:—á mí para nada me necesitas.

Diego Lopez de Porras penetró en la reducida pieza en que don Juan Nuñez de Prado se hallaba, y dirigiendo una mirada recelosa en torno suyo como para convenirse de que nadie iba á ser testigo de su crimen, fijó luego sus ojos en el antiguo maestro, que tendido sobre un monton de paja que habia en un rincon, dormia el infeliz sin soñar siquiera con la maza del verdugo que iba á levantarse ya sobre su cabeza.

— Está dormido:—murmuró entre dientes acercándose al maestro como á unos cinco pasos de distancia.—¡Oh, lástima tengo del infeliz! ¿quién pudiera salvar la vida de este desgraciado? ¿qué delito ha cometido para que se haga acreedor á una muerte tan injusta? ¿Don Diego García de Padi-

lla! á cargo de tu conciencia vá la muerte que por órden tuya voy á ejecutar!

Y esto diciendo, levantó con los dos brazos su pesada maza de bronce, dejándola caer á plomo sobre la cabeza del desgraciado maestro.

Aquel terrible golpe causó un rumor vago y confuso cuyos tristes ecos resonaron por algunos instantes en los ángulos de la torre, y la cabeza de don Juan Nuñez de Prado quedó aplastada bajo la enorme maza de su verdugo. Dos chorros de sangre que brotaron de ella al recibir el golpe, mancharon las tapias de la prision y el coselete de mallas que vestia Diego Lopez de Porras. Ni el mas leve movimiento hizo el cuerpo del maestro despues de recibir el terrible golpe de la maza.

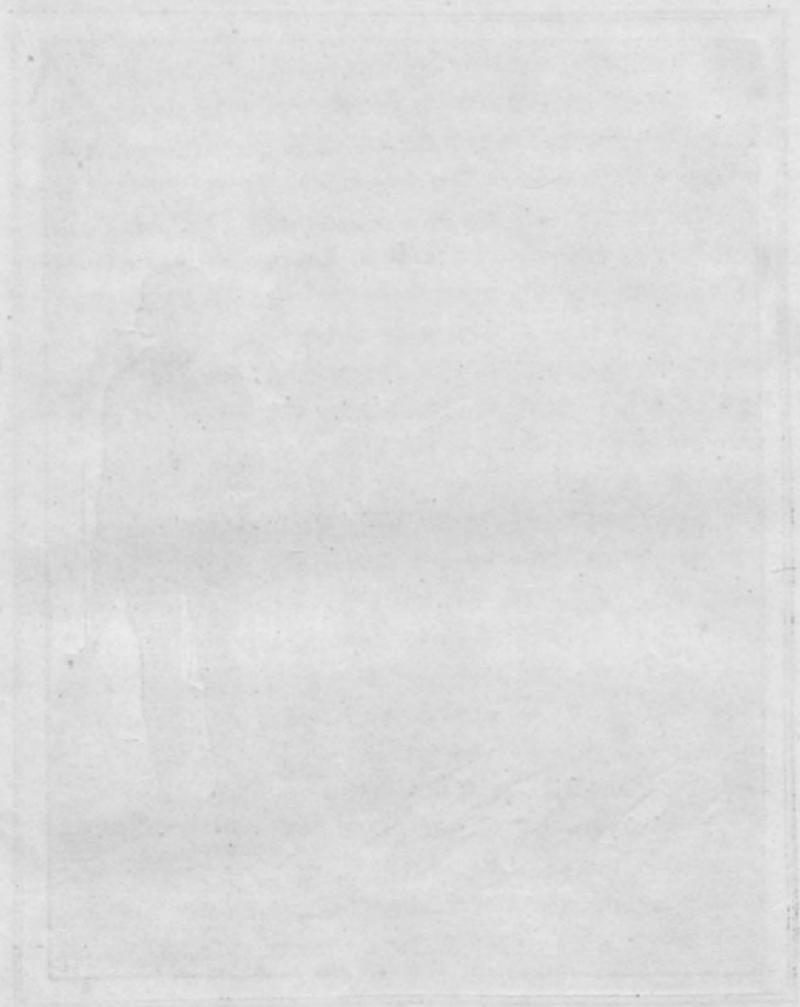
Estéban Domingo de Avila, que lleno de horror habia presenciado esta escena por uno de los agujeros de la puerta, entró en la prision luego que Porras hubo desempeñado su cometido, y no pudo menos de estremecerse á la vista del cadáver del antiguo maestro de Calatrava.

Aquella cabeza disforme y aplastada brotando sangre y materias blancas por tantas partes cuantos eran los cascos en que se hallaba partida, era capaz de inspirar asco y horror á la persona de corazon mas empedernido.

Diego Lopez de Porras y Estéban Domingo de Avila bajaron de la torre; aquel se encaminó á Cáceres donde se hallaba el rey y por consiguiente don Diego Garcia de Padilla, á quien tenia que noticiar que su órden se hallaba cumplida, y Domingo de Avila prosiguió en el castillo de Maqueda aguardando disposiciones del nuevo maestro de Calatrava.



Muerte del Maestro de Calatrava.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Muy pronto cundió la noticia de la muerte de don Juan Nuñez de Prado por todos los rincones de Castilla, suponiéndose que habia sido el rey el que habia mandado ejecutarla.

Los hermanos bastardos de don Pedro lo supieron tambien á los pocos dias por conducto de fray Diego Lopez, é irritados como estaban á consecuencia de los muchos favores que el rey dispensaba á los parientes de los Padillas, resolvieron unirse con don Juan Alfonso de Alburquerque, en vista de aquella nueva crueldad llevada á cabo tan sin razon por el rey, y juraron no volver á hacer armas sino en contra de un soberano, que so pretexto de acallar á los rebeldes venia cometiendo todo género de tropelías, sin respeto á sexos, edades, ni personas.

— No es posible;—decia don Enrique paseándose agitado por los alrededores de la villa de Alburquerque:—no es posible que continuemos por mas tiempo al lado de ese rey tan cruel y justiciero, que por capricho nada mas ordena que se corten las cabezas de los nobles; no es posible continuar por mas tiempo al lado de ese rabioso tigre, que solo se encuentra satisfecho cuando vé rodar á sus piés las sangrientas entrañas de sus víctimas.—¡ Rey don Pedro! ¡ tu hermano te detesta! ¡ rey don Pedro! tu hermano te maldice!

Te maldice, sí;—esclamó don Fadrique continuando el comenzado discurso de su hermano:—te maldice, porque eres un traidor que te vales de la cuchilla del verdugo, para hacer morir á los que juran moverte guerra y no cesar en la pelea hasta acabar contigo y con los Padillas; te maldice porque no tienes corazon, porque no tienes conciencia, porque se han apagado ya todos los sentimientos de humanidad que debia haber dentro de tu pecho; por eso te maldicen,

rey don Pedro; por eso te abandonan y te declaran guerra á muerte hasta vengar con sangre de los Padillas la sangre de los Corenoles y los Guzmanes.

— La sangre de los Guzmanes, si;—esclamó entonces don Enrique:—porque tu madre mandó asesinar á doña Leonor de Guzmán, y la sangre de la Guzmán tiene que ser vendada con sangre de la Padilla. Tú has sido muy cruel don Pedro; tú has sido muy justiciero y las inmotivadas justicias que has mandado cometer, tienen que ser vendadas con la sangre de tus venas. Este puñal que llevo á la cintura tiene que hundirse dentro de tu pecho; él será el que acabe con tu vida, él será el que me haga señor de tus dos reinos.



CAPITULO XIX.

De cómo el rey don Pedro quedó prendado de un noble descendiente de la Puebla de Sanabria, y del primer encargo que le dió.

— ¿Con que es decir que su señoría el rey anda nuevamente enamorado?—esclamaba don Diego Garcia de Padilla dirigiéndose á Guillén.

— Yo, señor,—replicaba el interpelado—nada puedo contestar á vuestra pregunta; porque si os he dicho que doña Juana.....

— Vámos ¡qué diablo! no andes con rodeos; todos sabemos lo que es servir á un rey como don Pedro, y creo que ningun motivo de duda puedes abrigar con respecto á mi persona. Ya sabes que don Diego de Padilla te ha dado pruebas de afecto en varias ocasiones, y tus dudas por lo tanto están fuera de lugar en este instante: ¿Quién te ha dicho que el rey corteja á doña Juana?

— Señor, no me lo ha dicho nadie: yo mismo hé sido

testigo de sus amores, porque he llevado algunas cartas á esa dama y.....

— ¿Y qué?—se adelantó á decir el hermano de la Padilla viendo que Guillén no continuaba su relacion.

— Y que he acompañado al rey mas de una vez hasta la reja de su amante.

— Toma;—dijo don Diego García de Padilla sacando de su limosnera cuatro monedas de oro y ofreciéndoselas á Guillén.

— ¡ Señor!—esclamó éste algun tanto vergonzoso aunque alargando la mano al mismo tiempo.—Tanta merced.....

— Adios; esta noche á las diez te espero en mi cámara.

Y el hermano de doña María de Padilla salió de la estancia silencioso y pensativo.

Este diálogo mantenian entre sí, el camarero mayor del rey y su escudero en una de las cámaras del palacio de Valladolid en que don Pedro de Castilla se hospedaba, cuando un airoso caballero recién llegado de Asturias solicitaba audiencia para hablar con el monarca.

— ¿Cómo os llamais?—decia uno de los ballesteros de maza al recién llegado.

— ¿Y qué os importa mi nombre?—repuso éste con orgullo dirigiendo una mirada de desprecio al balletero.

— Necesito saberlo, si quereis que os anuncie á su señoría el rey.

El recién llegado se detuvo á reflexionar unos instantes, y examinando despues de alto á bajo al escudero;

— Decid á su señoría—replicó—que un noble caballero de la Puebla de Sanabria desea hablar con él.

— ¿De la Puebla de Sanabria?—dijo entonces el balletero fijando una mirada de asombro en el noble asturiano.

— De la Puebla de Sanabria, si;—esclamó con voz de trueno el interpelado;—pero anúnciame pronto y no vuelvas á molestarte con preguntas, si no quieres que yo mismo me presente á su señoría el rey á decirle que tiene en su antecámara un escudero muy mal educado.

El ballestero del rey, que si hemos de dar fé á lo que la crónica nos dice, era un hombre de terribles arranques y que nunca se inmutaba á presencia de ningun valiente, tembló, no obstante, al oír las palabras del asturiano, y se dirigió á la cámara del rey á cumplir la orden que acababa de recibir.

— Un noble caballero de la Puebla de Sanabria—dijo desde los umbrales de la estancia en que don Pedro de Castilla se encontraba—solicita permiso para hablar con su señoría.

— Que pase;—contestó el rey dominado al parecer por un profundo pesar:—pero antes—añadió haciendo seña al escudero de que se acercase—escucha mis esplicaciones acerca de un asunto que tengo que encomendarte.

El ballestero de maza se acercó al rey con el mas profundo respeto, é incando una rodilla en tierra, se dispuso á escuchar sus órdenes.

— Levanta;—dijo don Pedro, fijando una mirada terrible en el rostro del ballestero: yo no consiento que los valientes como tú se arrodillen jamás delante del soberano, cuando se encuentran á solas con él y dispuestos á servirle.

— Ya sabe su señoría—repuso el ballestero—que yo siempre os he sido fiel y que continuaré sirviéndoos con lealtad hasta que el puñal de un enemigo me arranque de vuestro lado.

— Ya lo sé;—contestó el rey:—pero escucha. En el calle-

jon del Cristo, á mano izquierda, entrando por la calle de los Mandobles, hay una puerta pintada de negro; sobre esta puerta hay un escudo de armas; este escudo es de la familia de los Castros. Todo esto ya lo sabias tú sin necesidad de que yo te lo dijese; pero lo que ignoras sin duda alguna, y es necesario desde luego que yo te lo revele; es que á las doce en punto de la noche la puerta pintada de negro se abrirá dando paso á una enlutada jóven, que cubierto el rostro con un velo y sin mas compañía que la de una vieja quintañona, se dirigirá á la rinconada que hace el callejon, sacará una llave del bolsillo, abrirá el cepillo de las limosnas que debajo del Cristo hay clavado en la pared, sacará un pergamino enrollado y dejará otro en su lugar, retirándose en seguida hácia su casa. Esto es lo que sucederá, ó lo que sucederia en caso de que yo no te hubiese llamado para recibir mis órdenes; ¿Quién es el amigo mas de tu confianza?

— Señor,—repuso el balletero, sin atreverse á levantar la vista;—buscar un amigo en estos tiempos es lo mismo que buscar un hombre de bien en los tercios de don Enrique. Tan difícil es esto como aquello, y hé ahí la causa de que yo no tenga ningun amigo.

— En ese caso, tú solo eres bastanté para llevar á cabo lo que voy á proponerte.

— Ya sabe su señoría que defendiéndome con mi espada he hecho huir á diez soldados del bando de don Enrique.

— Lo sé, lo sé; pero no se trata de dar muerte á ningun rebelde; se trata únicamente de aprisionar á una hermosa dama, y tú tienes bastante perspicacia para no dejarte sorprender.

— Descuidad, señor....

— Cuando esa enlutada—continuó el rey—se dirija al cepillo de las limosnas, te acercaras á ella, y desembarazándote del mejor modo posible de su vieja aya, la tomarás en brazos y la traerás á mi alcázar metida en una litera que tendrás preparada al efecto, procurando, sin embargo, que nadie se entere de lo ocurrido. A fin de que nadie te conozca, puedes cubrirte con un tabardo; pero vuelvo á repetirte que no se trata de matar, y que á la dueña por lo tanto no debes privarla de la vida.

— Sereis servido, señor;—repuso el ballestero inclinando respetuosamente la cabeza:—¿nada mas teneis que mandarme?

— Nada; esta noche despues de las doce te espero en mi cámara, y aquí me darás cuenta del éxito de tu empresa.

— Descuidad, señor; á esa hora tendreis en vuestra presencia á la enlutada jóven á quien me mandais prender.

— Adios, y manda pasar al noble caballero de la Puebla de Sanabria.

El ballestero de maza salió de la cámara del rey reflexivo y cabizbajo.

Men Rodriguez de Sanabria, que este era el nombre del caballero, permaneci6 silencioso en la entecámara, y paseándose por ella con gesto avinagrado, parecia como que se desesperaba al ver la tardanza del ballestero.

¡Ira de Dios!—esclamaba lleno de desesperacion y asomándose de cuando en cuando por la puerta de la antecámara:—parece que ese diablo de ballestero se ha propuesto burlarse de mi, segun lo que va tardando. Que un noble como yo se vea obligado á sufrir las impertinencias del úl-

timo de los escuderos de Castilla. ¡Yo, que desciendo de una de las mas nobles casas de solariegas que hay en Asturias; yo, que nunca hasta hoy me he visto precisado á poner á sueldo la espada que llevo á la cintura..... pero cómo ha de ser! La suerte lo ha querido y es preciso resignarse. ¡Ira de Dios! Si no viene.....

Y volvía de nuevo á pasearse por la estancia.

El ballestero de maza apareció en este momento en la antecámara, y dirigiéndose al asturiano;

— Pasad, noble caballero de la Puebla de Sanabria;—dijo con voz entrecortada:—su señoría el rey os espera.

Men Rodriguez atravesó los umbrales de la antecámara, y sin replicar una palabra desapareció de la vista del ballestero.

— ¡Adelante!—dijo el rey tan luego como el noble asturiano hubo aparecido en la puerta de la cámara.

El recién llegado se aproximó respetuosamente al soberano, é hincando una rodilla en tierra le entregó un rancio pergamino que llevaba en la escarcela.

— ¿Qué significa esto?—le preguntó el rey fijando en él una mirada escrutadora.

— Esos, señor,—contestó el interpelado—son los títulos que acreditan que desciendo de la ilustre familia de los Sanabrias, y que soy el único descendiente de su casa solariega.

— Y bien;—continuó el rey:—¿pongo yo en duda tu ilustre nacimiento para que me presentes esos pergaminos?

Men Rodriguez al pronto no supo que replicar, y reflexionando un breve instante añadió:

— No es porque pongais en duda mi ilustre nacimiento, por lo que yo os presento ahora mis títulos de nobleza. Os

los traigo únicamente, porque deseando entrar al servicio de su señoría, quiero haceros saber antes que desciendo de nobles padres, á fin de que no me tomeis por un aventurero.

— Aventurero te querría mejor; que no descendiente de familia noble:—repuso el rey.

— ¡Señor!—esclamó Sanabria como ofendido:—los timbres de mi familia están limpios como el agua de la corriente y.....

— Y nada;—le interrumpió el rey:—tanto monta hoy descender de una familia noble, como ser hijo de mis verdugos. Hoy la nobleza debe conquistarse con los puños, y cuando del corazon no brotan los rasgos generosos, de nada sirve el tener un escudo sobre las puertas de su casa.

Men Rodriguez continuaba de rodillas delante de don Pedro, y al oír sus últimas palabras no pudo menos de conmoverse.

— Los nobles de hoy—continuó el rey—son para mí mucho menos que el último zapatero de Castilla: éste por fin obedece y respeta las órdenes de su rey; pero aquellos, validos de su preponderancia, levantan su bandera en contra del soberano, desprecian las mas antiguas leyes de su reino, y procurando aparecer en primer término despues del que se sienta en el trono de Castilla, ni respetan la propiedad, ni piensan mas que en fomentar la discordia por do quiera que pasan con sus gentes. Estos son los nobles que hoy se albergan en mi reino; estos son los nobles encargados de dar brillo al trono de Castilla. Ya ves, pues, el peso que pueden hacer en mi corazon los títulos de nobleza que me presentas en esos pergaminos.

— Mi familia—esclamó entonces Sanabria levantándose

orgullosa y mirando cara á cara á don Pedro el justiciero— jamás ha levantado banderas en contra de su soberano; y si hoy Men Rodriguez viene á ponerse á vuestras órdenes ofreciéndoo la espada que lleva á la cintura, es porque de la antigua casa solariega en que antes moraban sus abuelos, no quedan ya mas que las ruinas. Fieles siempre á vuestro padre don Alfonso, y fieles al legitimo soberano de Castilla, han gastado todas sus escasas rentas en servicio de su rey. En mi familia, por lo tanto, ningun borron existe, merced al cual puedan tacharla de rebelde ni traidora. Si hoy Men Rodriguez de Sanabria llega á presencia de su soberano, no viene á mendigar ningun premio inmerecido arrastrándose á sus piés; viene únicamente á poner á sueldo una lanza, ya que por falta de recursos ha tenido que despedir las que antes mantenía por su cuenta. Y al poner á sueldo mi lanza, no crea el rey de Castilla que vengo en clase de aventurero y dispuesto, por lo tanto, á servir á aquel que me ofrezca mas soldada; vengo á servir al rey, porque creo que el rey tiene derechos muy justos para hacer la guerra á los bastardos. Si otro que vos me hubiera hablado de ese modo, no hubiese permanecido mi acero en su vaina por tanto tiempo.

Y Men Rodriguez de Sanabria habia dado á sus palabras un tono tan altanero, que el rey don Pedro no pudo menos de fijar en él una mirada de asombro y estrañeza, convencido al parecer de que era un valiente jóven el que tenia en su presencia.

Disimulando, no obstante, la grata sensacion que le habia causado aquel arranque caballeresco, dijo con gravedad dando á su rostro una expresion feroz é indescriptible;

— Sin duda ignoras quien es el rey don Pedro cuando

de ese modo acabas de espresarte. ¿Tú sabes lo que hace el rey con los que como tú le faltan al respeto, levantando el grito dentro de su cámara? Pues voy á hacértelo ver en este instante. ¡Ola, ballesteros!

A la voz del soberano corrióse uno de los tapices de la estancia, y aparecieron trás él cuatro robustos ballesteros, que con la maza al hombro esperaban al parecer las órdenes del rey.

— Cuando alguno se desmanda—prosiguió éste—no tengo mas que ordenar, y la obligacion de aquellos es obedecer. Muchos son los que han perecido ya bajo el peso de los terribles golpes de aquellas mazas; procura, pues, tener mas calma en adelante, sino quieres que mis ballesteros descarguen sobre tu cabeza esas pesadas armas que sostienen en sus hombros.

Men Rodriguez de Sanabria fijó una mirada de espanto en los cuatro ballesteros que habian aparecido detrás de los tapices; pero en el mismo instante volvió á recobrar su serenidad, y comprendiéndolo el rey hizo seña á sus verdugos de que se retirasen.

El tapíz volvió á correrse, y don Pedro y Men Rodriguez quedaron solos en la cámara.

— Ahora bien;—dijo el primero dirigiéndose al noble descendiente de los Sanabrias:—¿Tú quieres entrar á mi servicio?

Men Rodriguez permaneció reflexivo unos instantes y nada contestó.

— ¿Te has arrepentido—continuó entonces el rey—del firme propósito que traías al presentarte en mi cámara?

— Men Rodriguez no se arrepiente;—contestó el asturia-

nó:—antes de decidirse á obrar medita mucho en el resultado de sus acciones, y de ese modo pocas ó ninguna vez tiene que arrepentirse.

— ¿Es decir—repuso el rey—que te hallas firme en tu resolución?

— Hasta la muerte.

— ¿Y quieres entrar á mi servicio?

— Eso he venido á pretender.

— Ya sabrás que es muy difícil dar gusto á los señores al servicio de los cuales se encuentran los vasallos?

— Todo lo he meditado.

— ¿Y te hallas decidido?

— Os repito que sí.

— Pero servir al rey no es lo mismo que estar al servicio del conde de Trastamara.

— Todo lo sé.

— Reflexiona bien antes de decidirte. Mira que el rey don Pedro vela á todas horas, y que para él nada hay oculto de todo cuanto pasa dentro de la frontera de su reino.

— Con eso sabrá distinguir á los buenos de los malos servidores.

— Pudiera pesarte cualquiera dia y entonces....

— Repito que nunca me arrepiento.

— Yo tengo muchos enemigos, y los que me atacan á mi, atacan á los individuos de mi servidumbre.

— Las armas se han hecho para defenderse.

— Es que contra los traidores es inútil el valor.

— Por eso debe echarse mano de la astucia.

— ¿Y tú serás bastante astuto para no dejarte sorprender?

— Haré lo posible porque nunca me encuentren desprevenido.

— En ese caso, creo que nada tengo que advertirte.

— En mí tendreis siempre uno de vuestros mas leales servidores.

— ¿Y qué garantias me ofreces para que fiándome de ti pueda en adelante confiarte algun negocio?

— Mi cabeza.

— Con ella responderás de tus desaciertos; y ten presente que el rey nunca olvida y que rara vez perdona.

— Todo lo sé; pero descuidad.

— ¿Segun eso estarás dispuesto á desempeñar un encargo que voy á hacerte?

— Desde este instante estoy á vuestras órdenes.

— ¡A mí!—esclamó entonces el rey.

Y el ballestero de maza, que momentos antes habia sido comisionado por el rey para prender á la enlutada jóven se presentó en la cámara.

— El noble caballero Men Rodriguez de Sanabria—dijo don Pedro—queda encargado de desempeñar la comision que hace unos momentos acabo de encomendarte. Guiale hasta tu aposento, en el cual puede hospedarse por esta noche, y dale las instrucciones necesarias.

El ballestero de maza saludó respetuosamente al monarca de Castilla, y seguido de Men Rodriguez salió de la cámara.

— Es todo un hombre;—dijo don Pedro tan luego como aquellos se retiraron:—valiente como ninguno y orgulloso como él solo; estos son los soldados de quienes yo necesito valerme para salir adelante con mis empresas: jóve-

nes de fibra que no teman los peligros y solo piensen en servir á su soberano. Men Rodríguez de Sanabria bendecirá la hora en que ha puesto los piés en Castilla, y el rey don Pedro no se arrepentirá nunca de haberle conocido.

— ¿Y que garantías me ofrece para que fudades de
 pueda en adelante condar algún negocio
 — Mi cabaza.
 — Con ella responderé de las deserciones y los pre-
 scritos que el rey nunca olvida y que tú ya perdías.
 — Todo lo sé; pero descuidad.
 — ¿Serán eso estas palabras y desconfiad en el
 que voy á hacerlo?
 — Hecho está instado esto y vosotras otras.



— ¿A mi—
 Y el ballastro de la...
 comisionado por el rey para prender á la...
 presenta en la comar.
 — El noble catalán don Rodríguez de Sanabria...
 don Pedro queda encerrado de desconfiar la comar que
 hace unos momentos desde de encerrarlo. Desde luego
 en apuro, en el cual puede hospedarse por esta noche y
 darle las instrucciones necesarias.
 El ballastro de una salud respaldando el...
 en de Castilla, y según de don Rodríguez sale de la ca-

— Es todo un hombre;— don Pedro tan luego como
 aquellas se retiraron; y saliendo como ninguno y orgulloso
 como el sol;— con sus los soldados de guerra y...
 sus valerosos para salir adelante con sus capitanes;—

CAPITULO XX.

De la conferencia que tuvo el conde de Trastamara con Pero Gonzalez de Mendoza, y quien era este caballero.

INTERIN estos sucesos tenian lugar en Valladolid, el confesor de don Enrique, fray Diego Lopez de Rivadeneira, que como ya saben nuestros lectores, no profesaba mucho cariño al rey don Pedro, desde que en los torneos celebrados en Torrijos le dejó tendido en tierra en medio del palenque, trataba por todos los medios posibles de que su señor y don Juan Alfonso de Alburquerque se uniesen en contra del soberano y le declarasen guerra.

El conde de Trastamara y su hermano don Fadrique estaban dispuestos á seguir los consejos del confesor, y ya en uno de nuestros capitulos anteriores hemos visto como mandaron á decir al antiguo favorito del rey por medio de su escudero Martin Arenillas, que aceptaban desde luego sus proposiciones y se unian con él para declarar la guerra á don Pedro I.

Pero el conde de Trastámara y el maestre de Santiago ignoraban, que si don Juan Alfonso de Alburquerque les habia enviado este mensaje, lo habia hecho únicamente por instigaciones de dicho confesor, quien pintándole con los mas vivos colores el ódio que los bastardos profesaban al rey, le habia decidido á entrar en tratos con ellos, para combatir unidos al que con muy legitimos derechos ocupaba el trono de Castilla.

El de Alburquerque, no obstante, jamás hubiera hecho armas contra su soberano á no haber mediado las esplicaciones de dicho señor. Resentido como estaba de un rey que hasta entonces le habia dispensado toda su confianza y que ahora sin motivo alguno se mostraba su mas encarnizado enemigo, profesaba, no obstante, un afecto entrañable á don Pedro de Castilla, y nunca hasta entonces habia pensado en rebelarse. Los resentimientos que con él tenia eran hasta cierto punto fundados; pero el temor que por su carácter feroz y sanguinario le tenia, el recelo que por parte de los Padillas abrigaba, creyendo que tarde ó temprano habian de declararse sus enemigos, y mas que todo el respeto y veneracion con que escuchaba las razones del confesor de don Enrique, le decidieron á entrar en tratos con los bastardos para declarar la guerra al soberano de Castilla, que por espacio de algunos años le habia colmado de favores.

Tal era la impresion que las palabras de fray Diego Lopez le habian causado, que sin pararse á reflexionar aceptó desde luego sus proposiciones y le juró secreto acerca de la conferencia que con él habia tenido.

Don Juan Alfonso de Alburquerque aparecia, pues, á los ojos de los bastardos, como el jefe de aquella bandería

que contra el rey don Pedro se trataba de levantar, y ni el conde de Trastamara, ni el maestre de Santiago sospecharon que el fraile habia tenido parte alguna en el mensage, que por medio de Arenillas les habia enviado el antiguo favorito.

— Fray Diego Lopez guardaba silencio acerca de dicha conferencia, y cuando hablaba con su señor le pintaba como probable el levantamiento de don Juan Alfonso de Alburquerque, en caso de que él y don Fadrique no se decidiesen á aceptar sus tratos.

— El conde de Trastamara escuchaba con respeto todas las razones que el fraile alegaba en pró del levantamiento, y acostumbrado desde niño á seguir los consejos de su confesor, nunca se atrevia á declararse abiertamente en contra de sus planes, aun cuando conociese que la realizacion de estos habia de ocasionarle algun perjuicio.

— Don Fadrique por otra parte, reconocia cierta superioridad en el conde de Trastamara, y siempre se hallaba dispuesto á seguir el camino que su hermano le marcaba para Hevar á feliz término todas sus empresas.

— El prestigio de fray Diego Lopez habia decaido, no obstante, algun tanto para con el conde don Enrique, y éste, que si bien reconocia todo el talento y buenas prendas de que aquél estaba adornado, dispensaba su confianza á su íntimo amigo y consejero Pero Gonzalez de Mendoza; no escuchaba ya con tanto respeto y veneracion las palabras de Lopez de Rivadeneira y siempre pedia parecer acerca de sus futuras resoluciones á Gonzalez de Mendoza.

Este guerrero intrépido y arrojado, que conocia demasiado á fondo el carácter del conde de Trastamara, le aconsejaba siempre que no cediese en su demanda con el rey

don Pedro, y ambicioso por naturaleza como todos los nobles que rodean á los príncipes y señores poderosos, creía que el único medio de medrar al lado de don Enrique, era el de decidirle á que se uniese con Alburquerque declarando la guerra al rey don Pedro, para tener ocasion de entrar á saco en las ciudades de Castilla y llenar sus arcas, que por aquellos tiempos andaban bastante escasas de dinero. Pero Gonzalez de Mendoza era por lo tanto el confidente del conde don Enrique y alhagándole de continuo y proporcionándole toda clase de placeres, se conquistaba su voluntad esperando con el tiempo hacerse su privado.

Don Enrique, escuchaba y seguía siempre sus consejos, y Gonzalez de Mendoza era sin saberlo el valido de Trastámara, y el que hacía y deshacía cuanto tenía relacion con dicho conde.

Decidido como se hallaba á que su señor se uniese con Alburquerque, hablaba con él en cierta ocasion de esta manera:

— No os canseis, don Enrique; don Juan Alfonso de Alburquerque profesa un odio terrible al rey y se halla dispuesto á declararle guerra tan luego como sus gentes se encuentren prontas á combatir.

— Sin embargo, amigo Pero—le replicaba el conde:—tened en cuenta que don Juan Alfonso ha sido uno de nuestros enemigos mas irreconciliables, y que el rey don Pedro nos ha castigado mas de una vez obligándonos á vivir alejados de Castilla; ese privado ha sido la causa de todas nuestras persecuciones.

— Es cierto: don Juan Alfonso de Alburquerque fué en cierta época uno de nuestros enemigos mas encarnizados.

— Enemigo que aconsejaba al rey para que publicase el precio de nuestras cabezas.

— No obstante; si el privado obraba entonces de ese modo, era porque nosotros tratábamos tambien de alejarle de la privanza.

— Y si nosotros tratábamos de alejarle de la privanza; era porque él pensaba seriamente en que el rey nos castigase.

— Pero hoy es diferente.

— Os engañais Mendoza: hoy nos hallamos en el mismo caso.

— No comprendo.....

— Pues yo si; y á fé mia, que á no encontrarse hoy tan alejado de la corte, ya nos hubiese hecho tocar las consecuencias de su ódio.

— Estais engañado, don Enrique: don Juan Alfonso ha desistido ya de todos sus planes en contra de vos y de vuestro hermano, y nada teneis que temer por parte suya.

— ¡Nada!

— Nada absolutamente.

— Tened en cuenta que si hoy se encuentra alejado de la privanza, á nosotros únicamente nos debè este favor.

— ¿Favor le llamais?

— Favor le llamo por ironía; pero volviendo á nuestro asunto, digo que don Juan Alfonso de Albuquerque debe pensar aun en llevar á cabo su venganza.

— No, don Enrique: Albuquerque echa la culpa á los Padillas, y ni sospecha siquiera que nosotros hemos tenido parte en su derrota.

— ¿Y si acaso Guillén?.....

— Guillén juró secreto y estoy seguro de que á nadie le habrá confiado las palabras de fray Diego.

— En ningun escudero puede fiarse hoy día y mucho menos cuando se trata de un asunto de esta especie.

— Es verdad; pero Guillén es hombre de palabra, y además le han pagado su comision como debia.

— ¿Es decir que opinais?.....

— Que nada debemos temer por parte de Alburquerque!

— En ese caso.....

— Debeis uniros con él sin recelo alguno, seguro de que nunca os hará traicion.

— Pero y ¿qué garantías nos ofrece á fin de que nosotros aceptemos su alianza?

— Vos y vuestro hermano sois los que debeis exigirselas.

— ¿Y estará él dispuesto á concedérnoslas?

— Ningun motivo tiene para negáoslas.

— Vos podeis encargaros en ese caso de hacerle la propuesta.

— Ningun inconveniente tengo; si vos me autorizais.....

— Por mí, desde este momento quedais autorizado.

— Pero ¿y si vuestro hermano don Fadrique no se conforma con las garantías que le exija al de Alburquerque?

— El maestre de Santiago se conformará en un todo con mi parecer, y dejándolo yo á vuestra eleccion.....

— ¿Es decir que me autorizais para entrar en tratos con el antiguo favorito?

— Ya os he dicho que sí.

— Esta noche os diré, pues, lo que pienso proponerles.

— Cuando gustéis.

— Pero antes de pasar á tratar con el de Alburquerque bueno seria que tomásemos algunas precauciones.

— No os comprendo.

— Pronto me comprendereis: digo que es necesario tomar algunas precauciones, porque como el comendador mayor de Castilla don Juan García de Villagera es pariente de los Padillas, y amigo por lo tanto del rey don Pedro, pudiera suceder que desbaratase nuestros planes, y en ese caso....

— Es cierto: el comendador, aunque frontero de Alburquerque y amigo nuestro al parecer, siempre estará prevenido en contra de nosotros por si algun lazo tratamos de tender al rey, y es posible que diese en tierra con todos nuestros planes.

— Y tan posible, don Enrique; el comendador de Castilla debe ser aprisionado; y una vez encerrado en un castillo, ya no podrá hacer nada contra nosotros.

— ¿Y vos creéis posible llevar á cabo ese pensamiento?

— De la manera mas sencilla, señor conde de Trastamara.

— Explicaos.

— Yo, que soy muy prevenido y que en esto de tender lazos hay muy pocos que me ganen, he meditado largas horas acerca de este asunto, y todo lo tengo preparado.

— ¡Cómo! ¿ya habías pensado en esto antes de ahora?

— Yo siempre pienso en todo lo que puede convenirnos.

— Preciso es confesar que tu astucia no reconoce limites.

Y las palabras de Gonzalez de Mendoza produjeron un efecto tal en el ánimo de don Enrique, que este le contemplaba como estasiado y sin atreverse apenas á contradecir ni una sola de sus razones.

Pero Gonzalez, que segun la crónica refiere, era un hombre sagaz y de un talento superior, comprendió desde luego que su poderoso ascendiente sobre el conde de Trastámara iba acreciendo de día en día, y resuelto á llevar á cabo sus pensamientos de ambicion aunque sirviendo por otra parte á su señor (porque si bien es cierto que era muy astuto, no tenia, sin embargo, nada de desleal) procuraba por todos los medios posibles que la alianza entre los bastardos y don Juan Alfonso se llevase á efecto, lo cual adelantaba desde luego sus risueños planes.

— Como don Juan García Villagera era hermano bastardo de la Padilla, y el rey don Pedro deliraba por todos los parientes de su amada, natural era que tan luego como dicho señor fuese encerrado en un castillo, el rey habia de tomar por su cuenta la venganza de este agravio, lo cual proporcionaba seguramente al conde y á su hermano motivo para declararse en guerra abierta contra el monarca.

— Esto era lo que Gonzalez de Mendoza pretendia, y esto lo que pensaba llevar á cabo aun antes de que la alianza entre los bastardos y Alburquerque se llevase á efecto.

— Hecha pues esta aclaracion, nada de estraño tenia que Pero Gonzalez aconsejase á don Enrique del modo que hemos visto que lo hacia, y guiado siempre por el espíritu calculista y especulador de que el cielo le habia dotado.

— ¿Con qué es decir—repuso el conde—que os encargais de llevar á cabo vuestros pensamientos?

— Desde este momento podeis vivir tranquilo de que la prision de Villagera se efectuará muy en breve, á fin de que no nos estorben nuestros planes. Si me dais vuestro permiso.....

— Mi permiso ya lo teneis y nada mas debeis decirme sobre este particular.

— Pero el de vuestro hermano.....

— Mi hermano no se opondrá á ninguna de las resoluciones del conde de Trastamara.

— En ese caso decidme si puedo disponer de algunos escuderos.

— Todos los de mi servidumbre están á vuestra disposicion.

— Adios, pues, don Enrique. Aunque no me hacen falta, llevaré algunos en mi compañía, que nunca están demas las precauciones.

— Si, si; que os acompañen seis escuderos y algunos hombres de armas.

— Antes de dos horas tendreis á don Juan Garcia de Villagera á vuestra disposicion.

Pero Gonzalez de Mendoza salió de la estancia presuroso.

— Es muy astuto:—quedó murmurando el conde de Trastamara.—Él solo es capaz de revolver un reino. ¡ Oh! Si no fuese por él ; cuántas veces no hubiese perecido! pero Mendoza es un hombre especial; tiene un olfato tan esquisito que en seguida adivina dónde se alberga algun traidor á nuestra causa. ¡ Oh familia de los Padillas! mal porvenir te espera, y muchos peligros te aseguro mientras Gonzalez de Mendoza esté al lado de don Enrique. Y tú, rey don Pedro, cuida de rodearte de buenos servidores; porque será posible, si no escuchas mis consejos, que tarde ó temprano tengas ocasion de saber hasta dónde alcanza el poder de don Enrique.

— Mi hermano ya se fue y nada más debéis decirme sobre este particular.
 — Pero el de vuestro hermano.....
 — Mi hermano no se opone a ninguna de las cosas que el conde de Trastámara.....
 — En este caso debéis si puedo disponer de algunas cosas.....

CAPITULO XXI.

— Todos los de mi familia están a vuestra disposición.
 — Adios, pues, don Enrique. Aunque no me hacen falta llevaré algunos en mi compañía, que nunca están de más.

Que no es otra cosa que la continuacion del anterior.

Don Diego Gutierrez Ceballos y don Juan García de Villagera eran íntimos amigos y ambos vivian en una de las casas mas principales de Badajoz, donde en compañía del conde de Trastamara y el maestro de Santiago los habia dejado el rey de Castilla en calidad de fronteros de Alburquerque.

Juntos se hallaban la mayor parte del dia; juntos jugaban á los dados; juntos salian de caza por los sotos de aquellos alrededores, y juntos marchaban, en fin, á todas partes, como si un mismo pensamiento los guiase en todas sus empresas.

El hermano bastardo de la Padilla, don Juan García de Villagera, no daba un solo paso sin consultarlo primero con Diego Gutierrez de Ceballos; y éste jamás se atrevia á poner en planta ninguno de sus pensamientos, sin antes dar parte á don Juan García de Villagera. Ambos se profesaban un

afecto sin límites, y nunca hasta el día habían tenido ocasión de incomodarse, prosiguiendo siempre unidos y sin que la mas ligera nubecilla viniese á turbar sus planes amistosos.

Tanto el uno como el otro, ambos eran prudentes, y esta fué la causa de que en mas de una ocasion no hubiesen dado al traste con su amistad.

Pero Gonzalez de Mendoza sabia perfectamente todo esto, y antes de decidirse á prender al hermano de la Padilla, trató, aunque en vano, de hacer prisionero al amigo de Villagera.

Pero Gutierrez de Ceballos no ignoraba tampoco de todo lo que el consejero de don Enrique era capaz, y nunca accedia á ninguna de sus súplicas ni aceptaba ninguno de sus convites, pensando en si alguna traicion iria envuelta en sus palabras.

Mendoza por consiguiente, se veia muy apurado para llevar á cabo su pensamiento, é ideaba mil medios para reducir á prision al hermano bastardo de la Padilla.

— ¿Qué haré?—decia paseándose por su estancia profundamente preocupado.—¿Mandaré unos cuantos escuderos en busca suya, ó iré yo mismo á sacarle de su casa? ¿Será mejor esperar una ocasion propicia, ó buscar la ocasion sin esperar á que se presente? ¿Qué será mejor? prenderle en su casa ó atacarle en medio del campo cuando nadie pueda acudir en su socorro? Si yo solo pudiese prenderle, indudablemente ganaria mucho para con el conde de Trastamara; pero y sino solo vá con su amigo Diego Gutierrez, sino que lleva en su compañía algunos escuderos? En este caso me venceria de seguro y nada hubiese adelantado. Don Enrique por otra parte me tendria por cobarde ó por traidor,

y una vez lanzada sobre mi una mancha de tal naturaleza, ni el mundo, ni la vida me importarían nada: la muerte sería lo único que yo desease desde aquel momento. Pero, no, no; don Diego García de Villagera será aprisionado antes de mañana ó dejó de ser vasallo de don Enrique. Una vez preso el hermano bastardo de la Padilla y preso por el conde de Trastámara, el rey don Pedro al mando de sus gentes, saldrá de Valladolid á galope tendido y en ese caso, la guerra queda declarada. Como don Juan Alfonso de Alburquerque se unirá con mis señores, resulta que el rey tendrá que hacer armas en contra de su antiguo favorito, circunstancia que le hará reflexionar mas de una vez pensando en si nuestra rebeldía tendrá algunas otras ramificaciones por sus reinos, é infundiéndole temor al propio tiempo.

De este modo reflexionaba el privado de don Enrique, cuando un travieso pagecillo se presentó en la estancia deseoso al parecer, de comunicarle alguna nueva.

— ¿Qué dices?—le preguntó Mendoza con enfado.

— Que he cumplido con lo que esta mañana me ordenásteis.

— ¿Es decir que ya sabes donde se encontrará esta noche don Juan García de Villagera?

— Si señor; en su casa.

— ¿En su casa!

— Así al menos me lo ha asegurado uno de sus escuderos.

— ¿Segun eso no acostumbra á salir de noche?

— Por las tardes suele pasear acompañado de su amigo, Diego Gutierrez por los alrededores de Badajoz.

— ¿Y sale todas las tardes?

— Como algun incidente imprevisto no se lo impida, parece que si.

— ¿Y qué hace por las noches en su casa?

— Jugar á las tablas con Diego Gutierrez de Ceballos.

— Pues es necesario que sepás á punto fijo si saldrá mañana y á qué hora.

— Eso, señor, es imposible.

— No veo yo la imposibilidad;—repuso el favorito con desdén.

— Pues yo sí, señor Gonzalez de Mendoza; y á fé á fé que á no haber usado yo de tanta sagacidad....

— ¿Qué?

— Que nada hubiese conseguido.

— Explicate.

— Quiero decir que si yo no hubiese llevado en mi escarcela algunos maravedises....

— Vamos, dinero es lo que quieres, ya lo veo.

— No, señor Gonzalez de Mendoza; yo por mí....

— Tú por tí estás pidiéndome dinero á todas horas; pero ¡por Cristo! que no necesitabas andar con tantos rodeos para saquearme nuevamente.

— ¡Yo saquearos! señor Mendoza....

— Calla, calla, pagecillo del demonio; eres capaz con tu maldita charla de engañar al hombre mas astuto.

— Tened en cuenta, señor, que si yo os he pedido algunos maravedises....

— Ha sido para ir á jugarlos á la taberna mas cercana.

— Para gastarlos con los escuderos, no para jugarlos.

¿Creeis sino que si yo no hubiera convidado al escudero de

Villagera hubiese dado contestacion á ninguna de mis preguntas?

— Lo que creo es que eres hablador en demasia; pero en fin, toma y desempeña bien tu nueva comision.

Y el privado de don Enrique sacó de un pesado bolsón unas cuantas monedas y se las entregó al page.

— Descuidad, señor Gonzalez de Mendoza;—dijo éste tan luego como vió sobre su mano cinco maravedises de plata. Esta noche sabreis todo lo que os hace falta acerca de don Juan García de Villagera.

— Pero cuida de que nadie comprenda el por qué haces esas preguntas.

— ¡Oh! eso corre de mi cuenta.

— Adios, pues.

Y el travieso pagecillo salió de la estancia lleno de gozo, contemplando las cinco monedas de plata que le había dado el privado de don Enrique.

— Es preciso;—murmuró Mendoza luego que el page hubo desaparecido:—el que algo quiere algo le cuesta, y si yo no me hubiese desprendido de esos maravedises, maldito el caso que hubiese hecho el page de mi comision; pero de este modo trabaja con mas celo por complacerme y queda deseoso de que le mande otra cosa para servirme. ¡Oh! algunos maravedises me cuesta el llevar á cabo mi pensamiento; pero ya saldrán del bolsillo de don Enrique, ó mejor dicho de las arcas de Alburquerque.

CAPITULO XXII.

De cómo Pero Gonzalez de Mendoza hizo prisioneros á don Juan Garcia de Villagera y á don Diego Gutierrez de Ceballos.

- No es posible, y amigo Ceballos;—decia el hermano bastardo de la Padilla dirigiéndose á aquel caballero.
- Y tan posible como es;—le replicaba su amigo.
- ¿Pero tú crees en las palabras de los escuderos?
- ¿Y por qué no he de creer cuando dicen la verdad?
- Eso es lo que tú no puedes asegurar.
- Ni tú desmentir, amigo Villagera.
- Pero hombre ¿será posible que esos infames que tantas protestas nos han hecho de amistad.....
- Fiate de las protestas de los traidores.
- ¿Es decir que tú opinas?.....
- Que es verdad todo cuanto hemos escuchado esta mañana.

- ¿Y qué te parece que debemos hacer en ese caso?
- A tu elección lo dejo.
- No; mi parecer sin el tuyo de nada sirve en estas ocasiones.
- Y entonces ¿quieres que yo resuelva la cuestión?
- O al menos que indiques el medio mas á propósito para salir de este compromiso.
- Pues mi opinion, salvo tu parecer, amigo Villagera, es que debemos esperar á que se aclare este misterio, y una vez aclarado.....
- ¿Pedirles una satisfaccíon á los bastardos?
- Muy lejos de eso; los bastardos no nos la darian.
- ¿Y entonces?.....
- Enviar un mensaje al rey.
- ¿Noticiándole la conspiracion que contra él se trama?
- Justamente.
- Aprobado, amigo Gutierrez de Ceballos; el rey tomará entonces por su cuenta la venganza, y hará un ejemplar castigo en las cabezas de los traidores.
- Ahora bien; una vez que ya has aprobado mi pensamiento ¿de qué medio te parece nos valgamos para averiguarlo?
- De uno muy sencillo.
- Explicale.
- Esta tarde cuando salgamos á dar nuestro paseo de costumbre, nos pasaremos por casa del conde de Trastámara, y de paso que hablamos con él, nuestros escuderos, que como sabes son el diablo para estas cosas, pueden entablar conversacion con los de don Enrique á fin de ver si pueden averiguar lo que haya de cierto en este asunto.

— Mal medio es ese, amigo Villagera ;—repuso Gutierrez de Ceballos moviendo la cabeza en señal de desaprobacion.

— ¿Por qué?—repuso el hermano de la Padilla.

— Porque nada conseguiremos.

— Y entonces ¿qué otro te parece mas á propósito?

— Por ahora ninguno; porque nada he meditado todavía; pero esta tarde cuando salgamos de Badajoz lo pensaremos por el camino.

— Como gustes.

— Quedamos en ello.

Y ambos amigos prosiguieron silenciosos.

Llegada la tarde, don Juan Garcia de Villagera y don Diego Gutierrez de Ceballos salieron de la villa en que el rey los habia dejado por fronteros de Alburquerque, y tomaron una estrecha senda que conducia á un espacioso soto, al cual solian bajar de caza algunas tardes.

Gutierrez de Ceballos iba meditabundo, y Garcia de Villagera marchaba á su lado, triste al parecer.

Cualquiera que hubiera visto á ambos amigos caminar por aquella senda sin dirigirse una mirada, hubiese dicho que iban á resolver por medio de las armas alguna cuestion de honra, ó algun lance de amores en el cual hubiesen tomado parte los dos.

Llegaron por fin al soto: é internándose en él tomaron á la izquierda por entre unos copudos árboles que apenas dejaban entre sus troncos el trecho suficiente para que pasase una persona; é hicieron alto delante de una especie de apostadero formado de cantos, en el cual acostumbraban á esperar la salida de las piezas.

Sentáronse tranquilamente sobre la yerba, y aun no hacia media hora que se encontraban allí, cuando oyeron ruido de pasos como de alguien que se aproximaba.

— Paréceme—dijo Villagera que se acerca alguno. —

— Paréceme lo mismo ;—contestó Gutierrez de Ceballos.

— ¿Segun eso no ha sido ilusion mia? —

— No, amigo Villagera. —

— ¿Y qué hacemos? —

— Esperar á que se aproximen.

— ¿Pero y si son gentes de los bastardos? —

— Creo que por nada debemos apurarnos.

— Decidido estás hoy por vida mia.

— Nada se adelanta con atemorizarse en estas ocasiones; pero no veo motivo alguno para abrigar recelos.

— Veremos quien se engaña.

— Pronto saldremos de la duda.

Y aun no habian concluido de hablar estas palabras, cuando un fornido escudero seguido de cuatro hombres de armas, á la servidumbre todos del conde de Trastamara, se presentaron delante de nuestros dos amigos intimándoles que se rindiesen.

— ¿Y quién eres tú para mandarnos de ese modo?—le dijo Villagera fijando en él una mirada de desprecio.

— Mi nombre es lo que menos os importa saber en este instante :—contestó el escudero con mucha calma y sin moverse de aquel sitio.—Lo que yo quiero y exijo de vuestra caballeridad, es que me sigais muy pronto ó de lo contrario tendreis que obedecerme por la fuerza.

— ¿Qué dices villano?—esclamó el hermano bastardo de la Padilla desenvainando su acero lleno de corage.

201— ¡Traidor!—esclamó tambien Diego Gutierrez de Ceballos arrojándose sobre el escudero con la espada desnuda.

7 — ¡Ira de Dios!—gritó éste enfurecido y cerrando con ambos caballeros, auxiliado por los cuatro que le acompañaban.

Travóse una lucha desigual entre el escudero y sus acompañantes contra Ceballos y Villagera, y aunque estos dos últimos se batieron como dos héroes hasta el punto de dejar tendidos en tierra á dos de los hombres de armas, como á una voz del escudero saliesen de entre las espesuras del bosque otros seis hombres mas perfectamente armados, nuestros dos amigos tuvieron que entregarse por necesidad, aunque despues de haberse defendido, contra aquella chusma de traidores.

60 Pero Gonzalez de Mendoza apareció entonces alegre y jugueton en medio del campo, que habia sido teatro de aquella escena, y dirigiendo una sarcástica mirada á don Juan Garcia de Villagera;

70 — Aquí me teneis, amigo;—le dijo con mucha sorna:—creo que no estareis disgustado con el nuevo hospedaje que os voy á proporcionar: y vos tampoco;—añadió volviéndose hácia Ceballos.—A los dos os voy á conducir á la casa del conde de Trastamara.

Villagera y Ceballos cambiaron una mirada de inteligencia y nada tuvieron que replicar.

— ¡A la torre con ellos!—esclamó Mendoza dirigiéndose al escudero y demas gente de armas que le acompañaba.

El hermano de la Padilla y su amigo Diego Gutierrez echaron á andar por la misma senda que les habia servido

de tránsito para entrar en el bosque, y Pero Gonzalez los seguía lleno de contento.

Ambos fueron encerrados en una misma fortaleza, y únicamente se diferenciaban sus prisiones; la del hermano de la Padilla estaba en el torreón del fuerte, y la de Diego Gutierrez era uno de los calabozos.

— Ya he cumplido mi promesa;—decia despues Mendoza á su señor.

— Y bien;—repuso don Enrique:—¿está ya aprisionado el hermano bastardo de la Padilla?

— En el cuarto del torreón:—contestó éste.

— ¿Es decir qué?....

— Que desde este instante lo teneis á vuestra disposicion.

— Gracias, gracias, Mendoza;—añadió el conde de Trastamara dirigiendo una mirada de reconocimiento hácia su privado.

— No es porque me deis las gracias—repuso éste—por lo que yo acabo de aprisionar á Villagera. Es únicamente por serviros por lo que yo hago muchas cosas. Pero dispensad; voy á tratar con Alburquerque.....

— Sí, sí; adios.

— Y Mendoza salió de la cámara del conde.

CAPITULO XXIII.

De cómo Pero Gonzalez de Mendoza tuvo una entrevista con Alburquerque, y de cómo don Diego Gutierrez de Ceballos se fugó del calabozo.

HALLÁBASE don Juan Alfonso de Alburquerque en Estremoz, sabido lo cual por el privado de don Enrique se encaminó hacia dicha villa, dispuesto á arreglar con él definitivamente las condiciones de alianza.

Aun faltaban dos horas para que apuntase el dia, cuando haciendo alto en la casa donde el antiguo favorito se hallaba, dió un fuerte aldabonazo y se dispuso á esperar sin aparecerse del caballo.

El privado de don Enrique era un hombre valiente y arrojado, que por nada se intimidaba, y ansioso de que la alianza entre Alburquerque y sus señores se llevase á cabo, no esperó siquiera á que uno de los escuderos de don Enrique echase el caparazón á su caballo, y emprendió su marcha

sin otra compañía que la de una pesada toledana que llevaba á la cintura.

Hombres como éste, eran los que necesitaba indudablemente el conde de Trastamara para combatir con ventaja contra su hermano el rey.

Las hojas de la puerta giraron pausadamente sobre sus goznes, y un escudero de gallarda presencia y espresion terrible apareció en los umbrales.

— ¡Ah! ¿sois vos?—dijo con mucha cortesanía haciendo un reverente saludo al privado del conde.

— El mismo; pero ayúdame á desembarazarme de estos pesados arreos, que aun cuando el camino ha sido corto, como quiera que yo voy siendo viejo, apenas puedo sostenerme ya encima del caballo.

— No tal; no tal;—repuso el escudero con galantería teniendo al caballo de la brida y ayudando á bajar al caballero.—Muchos jóvenes de hoy dia quisieran gozar de la robustez que vos teneis, señor Mendoza; y mas de cuatro afamados paladines envidian la pujanza de vuestro brazo, al arremeter lanza en ristre contra cualquier guerrero.

— ¡Oh! en mis tiempos—dijo Mendoza como condolido—no envidiaba yo á ninguno de los campeones que salian á lucir su destreza y bizarría en las fiestas y torneos; pero hoy.....

— Y hoy lo mismo, señor Mendoza;—¿creeis por ventura que yo no he llegado á saber las muchas travesuras que hicisteis siendo jóven, y sobre todo lo que pasó en el sitio de Gijon?

— Aquello no fué nada;—replicó el privado lanzando un profundo suspiro:—pero guíame, guíame hasta la cámara de don Juan.

— Don Juan—contestó el escudero—es'ará durmiendo todavía.

— No importa, no importa; guíame, que ya despertará.

El escudero entregó las bridas del caballo á un lindo pavecillo, que soñoliento y mal humorado apareció en aquel instante por una de las puertas de los patios, y echando delante de Mendoza le condujo á la cámara del antiguo favorito.

Triste y meditabundo se hallaba don Juan Alfonso de Alburquerque cuando su mayordomo mayor, Ruiz Díaz Cabeza de Vaca, entró en su dormitorio á noticiarle la llegada de Pero Gonzalez de Mendoza.

— Recostado sobre la cabecera de la cama y con un libro en la mano, parecia como dominado por un horrible presentimiento, que no le dejaba ni un solo instante de tranquilidad.

El libro en que don Juan Alfonso leía era *El Conde de Lucanor*, escrito algunos años antes por el revoltoso infante don Juan Manuel, que tantas discordias y rebeliones promovió en los reinados de Fernando, el Emplazado, y de Alfonso, el Justiciero, padre del rey don Pedro de Castilla.

— Pasad, pasad;—dijo dejando el infolio sobre una mesa que habia al lado de la cama y saludando con un ligero movimiento de cabeza á Gonzalez de Mendoza.

He venido á incomodaros;—repuso éste;—pero dispensadme porque los asuntos del reino.....

— Basta, basta, señor Mendoza;—añadió don Juan Alfonso incorporándose en la cama:—yo siempre os recibo con agrado y toda vez que venís á tratar conmigo.....

— Sí, don Juan; vengó á tratar con vos de parte del señor conde, y quisiera que me escucháseis; pero una vez que os encuentro reposando, mañana os daré parte del asunto que me tiene á vuestro lado.

— No, señor Pero: el sueño huye de mis ojos hace unas cuantas noches, y como quiera que no puedo dormir, me entretengo en leer algunos fólíos de ese precioso libro que tengo sobre la mesa.

Mendoza cogió el infólío á que el antiguo favorito hacia referencia, y examinando el gótico letrero que se veía en su lomera;

— ¡Ah! es un precioso libro;—dijo hojeándolo por algunas partes.— ¡El Conde Lucanor! Esta es indudablemente una de las mejores obras del Infante don Juan Manuel.

— Es muy necesario en estos tiempos de revueltas en que todos quieren mandar y ninguno obedecer:—añadió Alburquerque tan satisfecho ó mas, que si él mismo lo hubiese escrito (1).

— Veo que teneis gusto;—dijo Mendoza volviendo á colocar el libro sobre la mesa:—pero hablando ahora de nuestro

(1) Ocupados los hombres por la época de que vamos haciendo relacion, en las luchas intestinas que continuamente se suscitaban y en las guerras que sostenían contra los moros, los últimos años del siglo XIII y los primeros del XIV fueron muy poco favorables á las letras españolas. Algunos ingenios privilegiados desentendiéndose de aquella agitacion que por todos los ángulos de Castilla reinaba y siguiendo el ejemplo del rey sabio, consagraron, no obstante, algunas horas á las tareas literarias, y dieron pruebas de su talento escribiendo libros, que aun hoy mismo se leen con gusto y se aprecian como monumentos históricos, para estudiar el estado de nuestra literatura en aquella época calamitosa. Al numero de estos pertenece *El conde Lucanor*, escrito en sus ratos de ocio por el infante don Juan Manuel, y en el cual bajo forma de diálogo y en

asunto ¿ os hallais dispuesto á aceptar las condiciones de los hermanos bastardos del rey ?

— ¿ Y por qué no ?—repuso Alburquerque con resolucion.

— Pudiera suceder.....

— ¿ Qué ?

— Que hubieses desistido.....

— No , señor Gonzalez de Mendoza ; yo cuando doy una palabra la cumplo , y habiéndoos dicho antes de ahora que aceptaba , ninguna razon tengo para dejar de cumplirla.

— Muchas veces suelen los hombres dar palabras , y despues de reflexionar concluyen por retraerse.

— Eso lo harán los que no meditan primero lo que van á hacer ; pero yo , señor Mendoza.....

— Es verdad ; dispensadme : os he ofendido y.....

— No , no ; estais dispensado : habladme ahora de nuestro asunto.

— Oidme , pues , don Juan Alfonso de Alburquerque.

Pero Gonzalez de Mendoza se arrellenó en un sillón como para hablar mas cómodamente.

— Es necesario—prosiguió despues—que se cierren cuanto antes las condiciones de la alianza ; porque el asunto , como

estilo sencillo y natural , se dan reglas y consejos muy dignos de tenerse en cuenta para conducirse y obrar bien. El conde Lucanor , magnate opulento y hombre de importancia , aunque falto por otra parte del talento suficiente para manejarse por si mismo en los difíciles casos y altas cuestiones de política y moral , aparece en esta obra al lado de su consejero Patronio , quien guiándole y conduciéndole á guisa de Mentor en todos los casos que le van ocurriendo , resuelve todas sus dudas por medio de cuentos árabes ó fabulas , que denomina *ejemplos* y los cuales reunidos , forman por decirlo así , una preciosa coleccion de pensamientos filosóficos y máximas caballerescas , muy propias para servir de guia á los hombres de aquel siglo.

comprendeis, no es para dejarlo de la mano ni un solo día siquiera.

— Es cierto, es cierto;—contestó Alburquerque despues de unos breves instantes de reflexion.—Cuando querais podéis decir al señor conde y á su hermano que estoy dispuesto á complacerlos. Nuestras entrevistas pueden celebrarse por lo tanto en Riva de Caya, que como sabeis está entre Yelves y Badajoz, ó en la villa que mas sea de vuestro agrado; pero donde las gentes del rey no puedan sorprender nuestro secreto.

— Me parece bien, señor Alburquerque;—repuso Gonzalez de Mendoza fijando una mirada de recelo en el rostro del noble portugués:—pero si estais completamente decidido, repítoos que es de todo punto indispensable que cada uno por su parte nos aseguremos, y que otorgueis por lo tanto algunos castillos en señal de que no os apartareis nunca de vuestro propósito. El conde y el maestro os darán tambien algunas garantías, y una vez admitidas las proposiciones, podemos emprender la guerra contra el rey don Pedro.

— A mí me basta con la palabra de esos caballeros, y ninguna garantía les exijo por via de rehenes para el caso de que quisiesen romper las condiciones de la alianza. Sé que se hallan dispuestos á combatir contra el monarca tan luego como se presente una ocasion favorable, y esto me basta, señor Mendoza. Yo, sin embargo, les daré todas las garantías que juzguen necesarias, y.....

— No, no, señor Alburquerque; justo es que si nos dais garantías, el conde y su hermano os las den tambien.

— Repito, señor Mendoza, que no las quiero.

—En ese caso.....

— Queda arreglado el asunto por mi parte ; ahora decidme cuáles son las condiciones que los bastardos reclaman de Alburquerque.

— Señor,—contestó Gonzalez de Mendoza con tono muy sumiso y como queriendo atraerse la voluntad del portugués ;—mi posicion, como comprendéis, es bastante embarazosa, y yo no puedo hacer otra cosa que seguir las instrucciones de mis señores. Confianza tengo y he tenido siempre en vuestra palabra, é inútiles juzgo por lo tanto todas estas seguridades, ni por parte de vos ni por parte de ellos; pero cuando mis señores me lo ordenan.....

— Si, si; justo es obedecerlos.

— Pues bien, señor Alburquerque; una vez que vuestra entrevista ha de tener lugar en Riva de Caya, justo es que antes de llegar allí os entere de las condiciones. El conde y su hermano se encuentran bastante necesitados á consecuencia de las grandes soldadas que han tenido que satisfacer á sus servidores, y exigen de vuestra nobleza y lealtad que les entregueis doscientos mil maravedises de plata.....

— ¡ Doscientos mil maravedises de plata !—esclamó don Juan Alfonso de Alburquerque como asombrado.

— Si; ¿ os estrañais?

— ¡ Voto al diablo ! que ese golpe va á dejar vacías todas mis arcas.

— ¡ Oh ! doscientos mil maravedises—continuó Pero Gonzalez—para un hombre que como vos posee tantas tierras.....

— Es verdad, es verdad : pero.....

— Pero nada, señor don Juan; decid que no estais decidido, y no pongais por pretesto esa insignificante suma.

— No, no, señor Pero; ya hace algunos meses que me encuentro alejado de la privanza: los gastos que he tenido han cercenado considerablemente mis pobres rentas, y francamente, ignoro si podré disponer de esa cantidad en el momento.

Pero Gonzalez, que conocia desde muy antiguo el carácter del portugués, comprendió que éste se hallaba dispuesto á aceptar las proposiciones, no obstante las últimas palabras salidas de sus labios, y se contentó con decir:

— Aun cuando en el momento no podais disponer de esa cantidad, para el día en que se celebre la entrevista ya la tendreis en vuestro poder.

— ¡Quién sabe!—esclamó Alburquerque.

— ¡Oh! sí; no me cabe la menor duda.

El antiguo favorito del rey, que desde los buenos tiempos de su privanza apenas pensaba en otra cosa que en acrecentar sus rentas, padecia horriblemente cada vez que sus arcas sufrían un ataque como el que los hermanos bastardos del rey trataban de darle ahora; pero instigado, no obstante, por los grandes deseos que tenia de tomar venganza de los Padillas, y de dar una leccion terrible al rey, á fin de que nunca echase por tierra á los que en otros tiempos le habían servido con lealtad, se decidió por fin á aceptar las condiciones de alianza que Mendoza le proponia, y aceptó, aunque con trabajo, la de los doscientos mil maravedises.

— ¡Oh! me vengaré; sí:—esclamó por lo bajo en uno de sus accesos de furor aunque no tanto que Pero Gonzalez dejase de oirlo.—Me vengaré del rey, me vengaré de los Padillas. ¿Con qué es decir—prosiguió luego en voz alta—que no puedo menos de aceptar esa dura proposicion? ¿Es decir

que tus señores me exigen doscientos mil maravedises de plata para entrar en alianza?

— Repito, señor,—contestó Mendoza—que doscientos mil maravedises de plata para un hombre de tan ilustre cuna como don Juan Alfonso de Alburquerque, son mucho menos que un cornado para un pobre guerrero como yo; decid que no os hallais muy dispuesto á entrar en campaña con el rey, y no alegueis un obstáculo tan insignificante como el de los doscientos mil maravedises.

— Os engañais, señor Pero: don Juan Alfonso de Alburquerque se halla decidido á romper esas hostilidades; ni esa pequeña suma ni otras sumas mucho mayores bastarian á hacerle cejar en su propósito. Id y decidle al conde de Trastamara que acepto sus proposiciones; id y decidle al maestro de Santiago que ningun inconveniente tengo en ponerme á la cabeza de los soldados; las razones que abrigo para combatir son poderosas; grandes los agravios que tengo que vengar; terribles los resultados de mi venganza. Señor Pero, id y noticiad á vuestros señores, que don Juan Alfonso de Alburquerque se halla dispuesto á montar en su caballo y á seguirlos á todas partes.

— ¡ Señor!—esclamó el privado de don Enrique como asombrado al notar el entusiasmo con que el noble portugués acababa de hablar en aquel momento;—no creais que es por desconfianza por lo que mis señores os exigen esa suma; os la piden señor Alburquerque, porque sus arcas están vacías porque no pueden pagar á sus soldados, porque dentro de poco les faltarán los víveres, si prosiguen como hasta aquí. Creedme, don Juan; ni el conde de Trastamara, ni el maestro de Santiago os hubiesen exigido esos doscien-

tos mil maravedises, á no hallarse en la situacion en que hoy se encuentran. Lo único que os reclaman en señal de que nunca los abandonaréis, son tres de vuestros castillos ó mejores fortalezas; las que vos queráis; á vuestra eleccion lo dejan, don Juan Alfonso de Alburquerque.

— ¡Eso mas!—esclamó el portugués incorporándose en la cama y fijando sus terribles miradas en el rostro de Mendoza:—¿no les basta todavía los doscientos mil maravedises, sino que aun me piden en rehenes tres de mis mejores fortalezas? Acepto las condiciones, señor Gonzalez de Mendoza, á fin de que os convenzais de que tengo deseos de entrar en tratos con vuestros señores; pero que no vuelvan á exigir mas, porque entonces renunciaré á todo proyecto de alianza. En mí siempre tendrán un amigo dispuesto á perder su vida en defensa de la justicia y de la nobleza despreciada; el rey don Pedro ha abandonado á su legitima esposa doña Blanca de Borbon, y justo es que combatamos en contra de su favorito.

— La lucha no puede estar mas próxima, señor Alburquerque; ayer fueron presos don Juan Garcia de Villagera, hermano de la Padilla y su amigo Gutierrez de Ceballos, y dentro de pocos dias el rey don Pedro nos hará guerra diciendo que nos hemos declarado en rebelion.

— ¿Han sido presos esos caballeros?—esclamó el portugués como asombrado.

— Presos, si;—contestó Mendoza lleno de satisfaccion;—yo mismo los he apresado, yo mismo los he conducido á una de las torres de Badajoz. Tan luego como esta noticia llegue á oidos del monarca....

— ¡Oh! y cuando sepa que los que estaban por fronte-

ros míos para no dejarme penetrar en el reino de Castilla se han unido á mí, entonces el rey bramará de cólera y echará sangre por los ojos; rugirá como un león dentro de su jaula, querrá pedir consejo y no tendrá quien se lo dé. Id, id, y decid á vuestros señores que mañana á la caída de la tarde podemos vernos en Riva de Caya.

Dos horas despues, Pero Gonzalez de Mendoza partía de la villa en que se hallaba el antiguo favorito, dirigiéndose á Estremoz lleno de gozo á noticiar al conde el resultado de su conferencia.

— ¡Bueno! ¡bien!—esclamó don Enrique tan luego como su privado le hubo noticiado la resolución de Alburquerque.

— Los Padillas morirán y nosotros seremos dueños de la privanza.

Y saliendo de su cámara, mandó á sus escuderos que para la mañana siguiente le tuvieran dispuesto su caballo.

Don Juan García de Villagera y Diego Gutierrez de Ceballos proseguian entretanto encerrados en la torre, y sin esperanzas de salir de su prision.

El hermano bastardo de la Padilla padecia horriblemente; y su amigo, aunque valiente tambien y acostumbrado á sufrir todo género de trabajos, no podia menos de desesperarse cada vez que se acordaba de Villagera.

Promesas habian hecho á los escuderos encargados de vigilarlos; pero nada habian conseguido. Ni á los ruegos ni á las dádivas se doblegaban los carceleros, y nuestros dos amigos tuvieron que conformarse por necesidad con la triste situación á que la suerte los habia reducido.

— ¡Oh! infame conde de Trastamara:—esclamaba Villagera.

— ¡Oh! traidor conde don Enrique :—esclamaba Gutierrez de Ceballos.

Pero el conde no escuchaba estas imprecaciones , y Ceballos y Villagera continuaban en su prision.

Por fin quiso Dios que uno de estos amigos dejase de padecer , y le presentó una ocasion favorable para huir del calabozo.

Era poco mas de la media noche , cuando Gutierrez de Ceballos notó que el centinela encargado de custodiarle se paseaba lleno de agitacion por delante de la puerta del calabozo , lanzando terribles juramentos.

Escuchó con atencion , y por las palabras inconexas que salian de sus lábios y los muchos traspies que daba en sus paseos , conoció que tenia la cabeza trastornada por el vino.

— Hé aquí—dijo por lo bajo—una ocasion á propósito para salir de este horrible calabozo en el que hace dos dias me encuentro encerrado. Ese centinela está beodo , y si quisiera desechar los cerrojos de mi prision. ¡Oh! entonces..... pero probemos ; qué diablo! Nada se pierde por hacer una tentativa.

El centinela proseguia paseándose por delante del calabozo , y cansado sin duda de dar tantos paseos , se recostó por fin en la puerta de la prision.

— ¡Amigo!—esclamó entonces Gutierrez de Ceballos empujando el pesado madero que servia de puerta , y haciendo resonar los tres enormes cerrojos con que se hallaba asegurado.

Todos los beodos tienen una favorable predileccion hácia aquellos que se muestran sus amigos , y la sangre de sus venas darian con gusto en los momentos de embriaguez por

salvar de cualquier peligro á todos los que hablándoles con amabilidad les dan la mano y contestan á sus preguntas.

El centinela que custodiaba el calabozo de Ceballos volvió, pues, la cabeza tan luego como oyó una voz que le apellidaba amigo, y no sabiendo de dónde salía, exclamó con voz de trueno desenvainando su espada y preparándose á acometer en caso necesario:

— ¿Quién me llama? ¡voto al infierno!

— Soy yo;—contestó Ceballos desde adentro con dulzura:—soy yo, tu amigo, tu mejor amigo.

— ¡Ah! ¿eres Ferrant?—esclamó el centinela á media voz.

— El mismo, sí;—contestó Ceballos:—estoy en este calabozo.

— ¿Y qué haces ahí?

— Nada; me han encerrado.....

— ¡Ah tunante!—esclamó entonces el beodo como volviendo en sí y conociendo que aquella voz no era la de su amigo;—¿con qué eres Ferrant, eh? Ya te diré yo.....

Y cerró los ojos, quedándose con la palabra en la boca.

El amigo de Villagera dirigió la palabra varias veces al centinela; pero este no contestaba. Vencido por el vino estaba como aletargado.

— ¡Rayos del cielo!—esclamó por fin dando un fuerte golpe sobre la puerta, que hizo volver en sí al escudero.

— ¿Qué es eso?—esclamó éste lleno de temor y como asustado.

— Que abras ¡voto á una legion de diablos!—contestó Gutierrez de Ceballos con imperioso tono.

— ¡Ah! ¿que abra?—repuso el centinela con desdén

pero sin saber lo que decía ;—bien estás ahí : no quiero abrir.

— ¡ Abre por Jesucristo !—esclamó nuevamente el preso :—ó que el diablo cargue contigo si no abres.

Tan grande fué la impresion que causó este juramento y amenaza en el ánimo del centinela , que sin saber lo que hacía , descorrió los cerrojos de la prision y se retiró á un rincon de la galería , donde sin cuidarse ya de quién era el que le dirigia la palabra , se tumbó con mucho aplomo , disponiéndose á dormir hasta que otro escudero le relevase.

Diego Gutiérrez de Ceballos salió entonces de la prision lleno de zozobra y receloso ; y como no viese en la galería al centinela , volvió á encerrarse en el calabozo , creyendo que armado de su pesada maza y escondido tal vez en algun rincon , le esperaba para descargar sobre él un terrible golpe que acabase con su vida.

Así permaneció algunos instantes , sin tomar ninguna resolucion , hasta que decidiéndose por fin , abrió de nuevo la puerta , dirigió en torno suyo una mirada de sospecha , y viendo que el centinela roncaba como un gato en uno de los rincones de la galería , desapareció por un estrecho pasillo que habia á la derecha , y ni siquiera se oyó el ruido de sus pisadas.

Nada añade la crónica acerca de lo que sucedió despues. Lo que únicamente dice es que dos horas antes de apuntar el dia , un caballero embozado en una capa y cabalgando en un airoso corcel , ligero como el viento , salia de Badajoz por el camino de Castilla.

CAPITULO XXIV.

De cómo doña Juana de Castro fué conducida á la cámara del rey.

— MEN Rodriguez de Sanabria, que como ya saben nuestros lectores habia sido comisionado por el rey para reducir á prision á la viuda de don Diego de Haro, salió del palacio de don Pedro y se encaminó hácia el callejon del Cristo, dispuesto á cumplir con la orden que pocas horas antes acababan de encomendarle.

Siguiendo las instrucciones del ballestero de maza, se llevó consigo algunos escuderos de la servidumbre real, y no se olvidó tampoco de encargar á dos hombres de armas, que con el mayor sigilo, á fin de que nadie lo notase, tuviesen preparada una litera para conducir en ella á una graciosa dama con toda clase de miramientos.

Los escuderos y hombres de armas, convencidos de que el noble asturiano le habia entrado al rey por el ojo

derecho, obedecieron todas sus órdenes sin replicar una palabra, pensando sin duda en lo que Men Rodríguez podría llegar á ser algún día, toda vez que don Pedro le prestaba protección.

Agradábale sobre manera al asturiano el verse servido con tanta puntualidad por las gentes del rey, y ansioso ya de llevar á cabo la comision que éste le habia encomendado, se dirigió, decimos, al callejon del Cristo, donde por primera vez ponía los piés, puesto que por primera vez habia hecho estancia en Valladolid.

Mil pensamientos diferentes surcaban por su mente en aquel instante, y todos á cual mas irrealizables, todos á cual mas lisongeros.

— Sirviendo al rey con lealtad—decia para su sayo, puesto que un sayo de brocado formaba parte de su vestido—el rey me protegerá, y una vez que yo me haya hecho acreedor á su confianza, nada tendré que desear, porque todos mis deseos los veré cumplidos. Doña Juana de Castro será apresada como don Pedro quiere, y conduciéndola en la litera hasta los patios del alcázar;—aquí teneis (le diré) á la dama que deseábais ver á vuestro lado.—El rey entonces me mirará lleno de asombro, y no hay duda que mi accion será recompensada pródigamente.

Estas y otras reflexiones parecidas iba haciendo Men Rodríguez por el camino, cuando llamándole uno de los escuderos que le acompañaban y haciendo alto á la entrada de un callejon oscuro y silencioso;

— Ya os encontráis—le dijo—en el sitio designado. Esa calle que acabamos de cruzar es la de los Mandobles; este es el callejon del Cristo.

Men Rodriguez se detuvo, y despues de reflexionar unos breves instantes;

— Escóndete en el quicio de esa puerta;—le dijo al escudero:—en caso de que necesite de tu ayuda; daré una palmada y acudirás á mi lado en el momento. Si no, permanecerás oculto en ese rincon y no doblarás la esquina hasta que yo te avise.

Y esto diciendo, se internó por el callejon del Cristo, dejando asombrado á su acompañante.

En la calle de los Mandobles; y no á muchos pasos de distancia de dicho callejon, dos hombres armados que conducían una preciosa litera, hicieron alto ocultando en un portal su ligera carga.

Cualquiera que hubiera presenciado estos preparativos, no hubiese podido menos de pensar que se trataba de llevar á cabo algun misterioso asunto.

Afortunadamente las ventanas y postigos de todos aquellos alrededores permanecian herméticamente cerrados, y nadie advirtió lo que pasaba en la calle de los Mandobles.

— Este es el Cristo de que me ha hablado el balletero;—decia Men Rodriguez contemplando con religioso respeto la imágen de un Crucifijo de piedra, embutido en una especie de nicho que habia en la pared.—¡Cristo de las Animas!—continuó despues hincándose de rodillas á los piés de la imágen:—permitid que un noble caballero de la Puebla de Sanabria salga airoso de esta su primer empresa que acaba de encomendarle el rey; permitid que Men Rodriguez quede en buen lugar para con el soberano de Castilla.

Y sacando una moneda de plata de la escarcela, se dirigió al cepillo de las limosnas, donde la depositó murmu-

rando palabras ininteligibles, que sin duda serian de alguna oracion religiosa, conservada por tradicion entre todos los individuos de su familia.

Los hombres del siglo XIV eran tan supersticiosos, que habian de tratar de cometer un crimen, y antes rogaban á Dios que los sacasen con bien de aquella empresa; como si Dios hubiera de ayudar á los criminales, ó lo que es lo mismo, como si los crímenes hubiesen sido autorizados en los preceptos del decálogo.

Media hora hacia que Men Rodriguez se encontraba en el callejon del Cristo, cuando una puerta pintada de negro se abrió, dejando paso á una enlutada jóven, que cubierto el rostro con un velo y sin mas compañía que la de una vieja quintañona, se dirigia á la rinconada del callejon.

— Esa es; no hay duda:—dijo Men Rodriguez como receloso, ocultándose al propio tiempo en el quicio de una puerta.

La enlutada se dirigió al cepillo de las ánimas, é imitando el ejemplo de su dueña se hincó de hinojos delante de la imágen.

Como el Cristo estaba frente por frente de la embocadura del callejon y las nocturnas damas orando arrodilladas á sus piés, natural era que volviesen las espaldas á Men Rodriguez y no pudieran observar lo que pasaba en la calle de los Mandobles.

— ¿Qué haré?—se decia Men Rodriguez en tono bajo y sin saber que determinacion tomar en tan crítico momento. —Acercarme á ellas ahora no es lo mas prudente; mis espuelas meten ruido y sentirán mis pasos; esperarlas á la puerta de su casa no es lo mas acertado tampoco, porque

podiera suceder que sus gentes acudiesen.... ¡uñas del diablo! aquí de la astucia de los hombres. ¿Cómo salir airoso de trance tan apurado?

La enlutada jóven habia abierto el cepillo de las ánimas, sacando de él un pergamino cerrado en forma de carta, substituyéndole con otro, y se habia puesto á orar nuevamente siguiendo tambien el ejemplo de la vieja.

— ¡Qué diablo!-esclamó entonces Men Rodriguez decidiéndose por fin á cumplir cuanto antes las órdenes del rey: -allá voy. Si gritan y me acometen sus escuderos, espada tengo con que defenderme; si no gritan, todo saldrá como el rey desea.

Y sin detenerse á hacer nuevas reflexiones, se dirigió á la rinconada del callejon.

El escudero que habia quedado oculto en el quicio de la puerta de la calle de los Mandobles, salió de su escondite tan luego como oyó las pisadas del asturiano en la esquina del callejon.

— Se acerca á ellas;-murmuró.-¡Oh! Men Rodriguez tiene que ser un gran caballero.

Y el noble asturiano, que hacia en efecto lo que decia el escudero, se acercó á la enlutada jóven y diciéndola-nada temais-la cogió por la cintura, y colocándola en sus brazos del mejor modo posible, dió á correr por el callejon del Cristo con su preciosa carga en direccion á la calle de los Mandobles.

Doña Juana de Castro, pues ya sabemos que este era el nombre de la enlutada, gritó al verse sorprendida de aquel modo y se desmayó en seguida en los brazos de Men Rodriguez.

La dueña que la acompañaba, apenas tuvo ánimos para gritar; pero luego que Men Rodríguez hubo desaparecido atronó el barrio con sus desaforadas voces y todos la creyeron loca al oírla gritar de un modo tan desesperado.

Los escuderos y demás gentes de la servidumbre de doña Juana, acudieron á las voces de la dueña y la preguntaron la causa de su desesperacion.

— ¡Me la han robado!—esclamó con voz casi apagada y pudiendo apenas acabar su frase:—¡me la han robado, hijos míos! por esa calle han escapado.

Los criados de doña Juana comprendieron en seguida lo que las palabras de la dueña querian significar, y dieron á correr por la calle de los Mandobles en busca de los raptos-res de su señora: pero cansados de correr en todas direcciones sin que sus tentativas tuviesen ningun resultado favorable, volvieron de nuevo al callejon del Cristo, donde hallaron á la dueña de doña Juana, desmayada al parecer y atacada del histérico.

Condujéronla con todas las precauciones debidas á la casa de la viuda, y la puerta pintada de negro no volvió á abrirse jamás segun refieren las crónicas de aquellos tiempos.

Doña Juana de Castro fué trasladada al palacio de don Pedro, y continuó desmayada por algunos instantes mas en un lujoso cojin de grana bordado con sumo gusto.

— ¿Ha gritado?—preguntó el rey á Men Rodríguez con sequedad.

— Solo una vez señor;—contestó el asturiano con timidez.

— ¿Es decir que en el mismo instante quedó desmayada?

— Tan luego como la tomé en mis brazos.

— ¿Con toda clase de consideraciones por supuesto?—repuso el rey fijando una mirada aterradora en el rostro de Men Rodriguez.

— Nada tendreis que reprenderme con respecto á mi conducta;—contestó con entereza el ilustre descendiente de la Puebla de Sanabria.

— Ya supongo que te habrás portado como cumple á un caballero de tu linaje y que acaba de entrar en la cámara de su rey. Ahora bien: retírate y descansa; que ya tendrá el rey en cuenta el servicio que acabas de prestarle. Adios.

Men Rodriguez hizo una profunda reverencia, y salió de la cámara del rey lleno de gozo.

— Algo es algo; dijo para su colete:—hoy por hoy, el rey ha quedado satisfecho de mí; mañana será otra cosa, y con el tiempo quizá me conceda algunos favores; pero es preciso servirle con lealtad.

Don Pedro de Castilla contemplaba entretanto á la hermosa viuda de don Diego de Haro, y apenas se atrevia á alentar, temeroso de interrumpirla en su lánguido desmayo.

—¡Oh! está así tan hermosa—esclamaba el rey—todo lo olvido por ella en este instante; mi trono, mi Beatriz, mi hermosa María..... todo, todo lo olvido por ella en este instante.

Y atacado por una especie de delirio amoroso, estrechó entre las suyas la mano de la doncella y se la llevó á los labios.

— ¡Dios mio!—esclamó doña Juana lanzando un profundo suspiro, acompañado de un grito de dolor.

El rey soltó la mano de la doncella, y un rayo de desesperacion brilló en sus ojos amenazadores.

— ¿Dónde estoy?—esclamó la dama dirigiendo en torno miradas de espanto y fijando por fin sus ojos en el rostro del monarca.

— En la cámara de don Pedro de Castilla;—contestó el rey por lo bajo y sin apartar la vista de la doncella.

— ¡De don Pedro de Castilla!—esclamó la viuda llena de sobresalto y levantándose presurosa del cojin.

— En su cámara, sí;—añadió el rey con sequedad.

— ¡Oh! dejadme, dejadme;—dijo la dama tratando de huir de aquella habitacion.

— No, no;—la interrumpió el rey;—no saldréis de este camarín si antes no me prometeis lo que tantas veces me habeis negado; yo soy don Juan, yo soy ese jóven trovador que cantaba por las noches bajo la reja de vuestro palacio; ese don Juan era el rey don Pedro: yo soy el monarca de Castilla.

— ¡Don Pedro!—esclamó la dama procurando desasirse de la mano de hierro que la oprimia:—dejadme ¡por Dios! dejadme; no quiero estar en vuestra presencia.

— Estarás, porque así le place al rey de Castilla:—replicó don Pedro dando á sus palabras un tono amenazador. —Cuando se ruega y los ruegos son desatendidos, cuando se ofrece y no se hace caso de las promesas, cuando se suplica y se desprecia toda clase de súplicas, entonces es preciso dar otro giro á las cuestiones, y eso es justamente lo que yo acabo de hacer hoy, señora doña Juana de Castro. El rey os amaba con delirio, y vos os mostrábais desdeñosa con el rey; disfrazóse con el traje de un cualquiera, y entonces

escuchásteis sus palabras; pero las escuchásteis sabiendo que era yo; las escuchásteis creyendo que de ese modo me engañábais; pero no, doña Juana; el rey don Pedro no se deja engañar de nadie y mucho menos de una dama tan hermosa como vos.

El rey de Castilla estaba desesperado y gozoso al propio tiempo, al pensar que tenia delante de sí á la dama por quien tanto habia suspirado, y ni siquiera sabia lo que hablaba; las palabras salian de sus lábios confusas y sin sentido, y doña Juana las escuchaba como quien oye las razones de un demente.

Don Pedro tenia en aquel momento mas de demente que de rey.

— ¿No contestais á mis preguntas?— dijo el monarca despues de unos breves instantes de silencio, dirigiéndose segunda vez á la dama en tono amenazador.— ¿Nada teneis que decir al rey, señora doña Juana de Castro?

— Nada, señor;— contestó ésta:— sino que os molestais en vano lanzándome amenazas.

— ¡Cómo!— exclamó el rey:— ¿qué quereis darme á entender con eso?

— Que lo que no hayais conseguido por medio de las súplicas, no lo conseguireis tampoco por medio de amenazas.

— ¿Es decir que nunca me amareis?

— Nunca, señor;— contestó la desconsolada jóven.

— ¡Oh! eso lo veremos, señora;— exclamó el rey lanzando una terrible mirada á la viuda de don Diego de Haro:— vos amareis al rey de Castilla, porque el rey de Castilla quiere que le améis, y hasta ahora han sido leyes todos sus caprichos; le amareis, sí, ó dejareis de ser la viuda de don Diego

de Haro. Amadme, doña Juana; decidme que me amareis, ó de lo contrario.....

— ¡Nunca, nunca, don Pedro! —contestó la dama sollozando;—dejadme sola y no me martiriceis.

El rey de Castilla la asió entonces por la cintura y quiso acercar sus lábios á la sonrosada mejilla de la jóven; pero ésta, con toda la energía de su carácter, y revistiéndose de todo el aire de magestad de una reina, se apartó de don Pedro en el mismo instante, y exclamó fijando en él una mirada aterradora:

— ¡Maldito por siempre seas, rey don Pedro de Castilla!

Y cayó desmayada al lado del cojin.

En tono tan amenazador acababa de pronunciar la jóven su terrible maldicion, que el rey don Pedro, furioso y desesperado, salió de la cámara gritando como un loco.

— ¡Ballesteros! ¡ballesteros!—esclamaba en medio de su arrebató—¿dónde estais que no acudís á la voz de vuestro rey?

— ¡Señor!—dijo uno de los ballesteros de maza que estaban de guardia en la antecámara.

— Pon guardia doble á la puerta de ese camarín—replicó entonces el rey dirigiéndose al balletero—y que nadie se acerque á sus puertas sin mi permiso: respondeles con tu cabeza de la dama que ahí queda encerrada. Cuida, pues, de que no se escape.

— Sereis servido, señor;—contestó el balletero inclinándose respetuosamente la cabeza.

Y el rey don Pedro se deslizó presuroso á lo largo de una galería, desapareciendo de la vista del balletero.

— Está loco;—murmuró éste despues:—no sabe lo que hace; está desesperado.

CAPITULO XXV.

En el que se vé que don Pedro no se paraba en barras cuando trataba de llevar á cabo cualquier empresa,

Así pasaron algunos dias, don Pedro suplicando á doña Juana y doña Juana desoyendo las súplicas de don Pedro, hasta que quiso Dios que, llegase un dia en el que no teniendo la dama gana de escuchar súplicas, ni hallándose el galan en disposicion de continuar sus ruegos, uno y otro arreglasen las treguas amistosamente, resultando de esto que uno y otro quedasen vencidos en la demanda.

Qué idea se llevaba el rey al cortejar á doña Juana, ni qué pensamiento guiaba á la de Castro al escuchar los amores don Pedro, son cosas en las que no entraremos por el pronto, y creemos que la conversacion que ambos amantes tenian en una de las mas frescas noches del mes de junio, puede servir de nota aclaratoria al asunto que nosotros no queremos dilucidar.

Sentados se hallaban ambos galanes sobre un banco de piedra que había en el mas apartado rincón de los jardines de palacio, y ambos se contemplaban como enojados, y poco dispuestos al parecer á concederse favores en aquel instante.

— ¿ Con que es decir-la interrogaba el rey-que os empeñais en no contestar á ninguna de mis palabras? ¡ Oh! doña Juana..... sois muy cruel para conmigo.

La viuda de don Diego de Haro, hizo un leve movimiento de cabeza, pero nada replicó á las últimas palabras del rey.

— Repito-continuó éste-que os mostrais muy cruel para conmigo, y que sois la única dama esquiva con quien hasta hoy he tropezado; pero nada me importa vuestra esquivéz; ningun valor tienen para mí vuestras formales negativas. Sereis mia, si me place, y del diablo despues, si se me antoja.

— ¡ Cómo!-esclamó la dama llena de sobresalto y rompiendo por fin su lúgubre silencio.-¿ Creéis por ventura, señor don Pedro de Castilla, que así se entrega una dama á los caprichos de su rey? Se entregará una dama como doña María de Padilla, se entregará una dama como la hija de vuestro mas querido balletero, pero no una dama como yo; no una dama que estime en algo el precio de su honra, y que comprenda el valor de ese vuestro capricho.

— ¡ Doña Juana!-esclamó el rey lleno de cólera al oír tildar á su favorita con tan poco miramiento: -dad gracias á que es muy grande el cariño que os profeso y á que no me atrevo siquiera á replicaros; que si no.....

— Si no sería lo mismo, rey don Pedro de Castilla;- contestó la dama con entereza.

— ¡Oh! callad, callad;—esclamó entonces el rey lanzando un rugido de cólera y desesperacion.

— No callo, no;—replicó nuevamente la dama dispuesta al parecer á provocar la furia del soberano :—no callo, porque os falta la razon para hablar de esa manera. Doña Juana de Castro no es tan débil como ninguna de vuestras mancebas, y en vano es que trateis de someterla á vuestra voluntad; porque doña Juana hasta hoy no ha vivido sujeta al capricho de ningun hombre, ya se llame zapatero, ya monarca de Castilla.

— ¡Doña Juana!—volvió á esclamar el rey, cada vez mas irritado.—¿Tratais de burlaros de mí ó de escitar los deseos de venganza?

— Ni vos ni vuestra venganza me harán cejar de mi propósito: estais tratándome hace dias como á una esclava, y yo no soy acreedora á vuestro vil comportamiento. Si solo pensábais burlaros de mí como de tantas otras infelices ¿por qué osásteis interrumpir la paz de mi retiro? ¿por qué me engañásteis haciéndome creer que erais lo que no sois? ¿por qué me ocultásteis vuestro verdadero nombre? ¿por qué me fingísteis un amor que no sentiais? ¡Oh! porque sois muy conocido, rey don Pedro de Castilla; porque vuestro nombre vuela ya por el universo y todos se asustan al oír la relacion de vuestros hechos; porque no hay mujer en todo el espacio que abarcan vuestros reinos que no se oculte en el último rincon de su casa cuando sabe que pasais por debajo de su reja: por eso me ocultásteis vuestro nombre, rey don Pedro de Castilla; por eso os negásteis á darme ciertas esplicaciones cuando una noche me determiné á pedirósas. Pero no importa, don Pedro, no importa; acostumbrado á

luchar con mujeres débiles; creísteis que doña Juana de Castro iba á doblegarse tambien á vuestras audaces exigencias; pero os habeis equivocado.

— Creí—repuso entonces don Pedro furioso como un leon y decidiéndose á saciar su imprudente capricho aun á costa del honor de la doncella—que accederiais de buen grado á mis reiteradas súplicas; pero una vez que os obstináis en negarme el único favor que pudiérais concederme, no os extrañeis de mi conducta.

Y esto diciendo se abalanzó á la jóven estrechándola entre sus brazos con frenético delirio.

— ¡Alto ahí, don Pedro!—gritó entonces la dama amenazando con un puñal al monarca de Castilla:—alto ahí, ó sepulto este puñal en vuestro pecho.

El hijo de Alfonso XI, que nunca habia temblado á la vista de ningun puñal aun cuando hubiese estado tocando en su garganta, se sobrecogió de tal modo al presenciar el arrojó de la dama, que triste y como desfallecido, se echó á sus plantas suplicándola le perdonase.

Doña Juana de Castro arrojaba fuego de sus pupilas, y apretando el puñal entre su crispada mano, parecia una de aquellas hermosas matronas romanas que nos pinta la historia, defendiendo su virtud con la daga que llevaban á la cintura.

— Mil veces os he repetido—dijo entonces la heroína dirigiéndose á don Pedro—que doña Juana de Castro no ha satisfecho jamás los caprichos de ningun hombre, y que solo un medio os restaba para ver satisfechos vuestros deseos; ese medio, por mas que me digais lo contrario, no existe para vos; con que renunciad por lo tanto á vuestro loco inten-

to; que doña Juana de Castro no piensa ser manceba del monarca.

Reflexionó el rey unos instantes, y luego replicó: —
— Si vos me habeis repetido mil veces lo que acabais de decirme en este instante, yo mil veces os he dicho tambien lo que ahora vuelvo á repetiros. Yo puedo casarme con vos; vos podeis ser mi esposa.

— ¡Don Pedro! dejadme por Dios y no volvais á molestar-me con observaciones de esa naturaleza. ¿Cómo he de poder yo llegar á ser vuestra esposa cuando aun vive doña Blanca de Borbon? Pues qué ¿tan secretas fueron vuestras bodas que no las presenciase todo Valladolid? ¿Ignorais por ventura que yo asistí á aquella ceremonia en Santa María la Nueva, y que presencié asimismo las fiestas y torneos? Pues si nada de esto ignorais ¿por qué pretendéis ahora engañarme nuevamente, diciendo que podeis casaros conmigo?

— Y vuelvo á repetirlo, doña Juana;—contestó el rey algo sosegado, aunque no muy complaciente:—repito que podeis casaros conmigo y estoy dispuesto á probaroslo, tan luego como vos me deis permiso.

— ¡Oh! callad, callad; porque no puedo acostumbrarme á creer ninguna de vuestras palabras.

— ¡Ninguna!

— Ninguna, don Pedro.

— ¿Aun cuando os lo jure por mi nombre?

— Aun cuando lo jureis poniendo la mano sobre el Cristo del callejon donde me mandasteis apresar. Y á esto ¿qué decís? ¿Cómo disculpais vuestra conducta en aquella noche? ¿Os parece que doña Juana de Castro era digna de que así la sorprendiéseis?

— Perdonadme doña Juana : era tan grande la pasión que por vos sentía.....

— ¡ Oh ! sí ; muy grande debía ser cuando echásteis mano de medios tan ruines para conseguir lo que hasta hoy no habeis logrado.

— No me martiriceis, doña Juana ; repito que estoy dispuesto á probaros.....

— Aun cuando me probeis que es cierto todo cuanto me decís, permitidme que dude un poco, don Pedro.

— ¡ Oh ! no, no : mi matrimonio con doña Blanca ha sido nulo.

— ¡ Nulo ! por Dios, don Pedro, que os habeis empeñado en hacérmelo creer.

— Se acreditará públicamente su nulidad.

— Difícil es la empresa que tratais de acometer.

— Vos os convencereis, doña Juana ; pero antes de todo, decidme si me amais, decidme si es cierta la pasión que tanto me ponderábais cuando noches pasadas nos hablábamos por la reja.

— ¡ Oh ! y aun dudais ? ¿ Creéis que mis labios son capaces de decir mentira ?

— No, no ; pero.....

— Pero nada, don Pedro ; os amaba y os amo, sí ; pero nunca consentiré en llamarme vuestra manceba.

— Sereis mi esposa, doña Juana.

— ¿ Y qué seguridades me dais.....

— Las que vos me exigais, dispuesto estoy á concedéros las.

— Lo meditaré : pero ahora ya que no me dejais salir de vuestro palacio, permitidme que me encierre en mi camarín.

El rey hizo un leve movimiento de cabeza y tomando del brazo á doña Juana, la acompañó hasta su retrete.

— Reflexionadlo bien ;—la dijo al retirarse.

— Adios, don Pedro ;—contestó la dama.

Y triste y silencioso, don Pedro de Castilla se dirigió á su cámara.

— No hay duda, no ;—dijo tan luego como se hubo encerrado en ella :—el obispo de Avila accederá á mis ruegos, y sino el de Salamanca..... y sino acceden á mis ruegos, accederán al ver las mazas de mis verdugos prontas á caer sobre sus cabezas. ¡ Ola! ballesteros.

Y un balletero de maza se presentó en la puerta de la cámara.

— Que venga Men Rodríguez de Sanabria ;—dijo el rey con voz atronadora.

El balletero desapareció.

— Sí, sí ;—prosiguió diciendo el monarca de Castilla :—esos dos prelados harán lo que les mande y si no.....

— ¿ Me llamábais, señor ?—le interrumpió entonces Men Rodríguez presentándose en la cámara.

— Sí ; voy á hacerte otro nuevo encargo.

En los ojos del jóven brilló un rayo de felicidad que no pasó desapercibido para el rey.

— ¿ Estás dispuesto á servirme ?—añadió éste fijando una mirada generosa en el rostro de Sanabria.

— Hasta la muerte :—contestó el asturiano.

— Oye, pues ; doña Juana de Castro será trasladada á Cuéllar bajo tu custodia, dos horas antes de apuntar el dia. Lleva contigo las gentes que creas necesarias ; pero ten presente que respondes de doña Juana con tu cabeza.

— Descuidad , señor ; - repuso Men Rodriguez : - ¿ nada mas quereis ?

— Sí ; quiero que tan luego como la dejes en aquella fortaleza vayas inmediatamente en busca de los obispos don Sancho de Ávila y don Juan de Salamanca , que deben hallarse en Sevilla , noticiándoles que de orden del rey emprendan su jornada hácia Cuéllar .

— Está bien , señor ; ¿ nada mas ?

— Sí ; quiero que los acompañes á fin de que no se detengan en el camino . ¿ Te olvidarás de alguno de mis encargos ?

— Descuide su señoría ; que todo será ejecutado segun me ordena .

— Adios , pues ; dí á don Diego Garcia de Padilla que el rey le espera en su cámara .

Men Rodriguez de Sanabria salió de la régia habitacion dispuesto á cumplir las órdenes que el rey le habia encomendado .

— No hay duda ; - dijo éste luego que el asturiano hubo salido de la cámara : - doña Juana de Castro será mi esposa como doña Blanca de Borbon ; tiene un no sé qué la mirada de esta viuda que me fascina : ¿ si me habrá hechizado ? pero no , no ; doña María es la única mujer á quien yo puedo profesar algun cariño ; doña María es la única mujer á quien yo puedo amar en este mundo .

Don Diego Garcia de Padilla se presentó en la cámara del rey pálido y tembloroso .

Habia adivinado parte del pensamiento del soberano y apenas acertaba á murmurar una palabra ; tan grande fué la impresion que las órdenes comunicadas por el rey á Men Rodriguez le habian causado .

— ¿Qué tienes?—le interrogó don Pedro fijando en él una mirada de curiosidad.

— Nada, señor;—contestó el maestre de Calatrava con acento conmovido.

— ¿Nada y tiemblos como un niño en mi presencia?

El hermano de la Padilla nada replicó á las palabras de don Pedro.

— Vamos; confiesa—añadió éste—que tienes menos corazón que un pájaro y que por todo te intimidas. ¿Estarás pensando todavía en el modo que tuve de hacer mi prisionera á doña Juana?

— Siempre causan alguna impresion esós recuerdos.

— Callad, callad, señor camarero mayor; nada tienes que temer con respecto á tu hermana, porque tu hermana será siempre el ídolo del rey.

— Señor.....

— Yo sé muy bien todo lo que se debe á una dama que como doña María renuncia hasta á su felicidad, viviendo retirada del mundo, únicamente por dar gusto á su amante.

— ¡Señor!—volvió á exclamar Padilla;—mi hermana os ama con delirio y creo que no hace otra cosa que corresponderos.

— ¡Oh! corresponderme, sí; pero si ella supiera.....

— ¿Qué, don Pedro?

— Nada, nada, señor Padilla;—contestó el rey con emoción.

— ¡Oh! sí; algun misterio envuelven vuestras palabras; no me lo ocultéis, señor; ya que mi hermana lo ignore, reveládmelo á mí al menos, y que participe yo tambien de su desgracia.

— No es nada Diego;—volvió á decir el rey:—mañana á la caída de la tarde, salimos para Cuéllar.

— ¿Y para eso me llamábais, señor?

— Para eso nada mas; doña Juana de Castro saldrá esta noche para el mismo punto acompañada de Men, Rodríguez.

— ¡Ah! ya comprendó, ya comprendo;—esclamó Padilla como afligido y pesaroso.

— Nada temas por tu hermana;—dijo entonces el rey fijando en el maestre una mirada aterradora.—María es la única mujer á quien adoro, y ella la única á quien nunca abandonaré. Adios; que se dispongan nuestras gentes para emprender la marcha.

Y sin esperar á que don Diego García de Padilla saliese de la cámara se retiró á su dormitorio.



CAPITULO XXVI.

De cómo el rey don Pedro por medio de amenazas, consiguió lo que apetecía de los obispos de Ávila y Salamanca.

— ¡ POBRE de mí !—esclamaba la Padilla en tanto que el rey prodigaba sus caricias á doña Juana de Castro.—¿Qué delito he cometido para que hoy me trate de ese modo? ¿Qué crimen es el mio para que me mire con tanta indiferencia? Yo, que por él he sacrificado mi vida y renunciado á mi felicidad; yo, que por él he perdido mi honor entregándome á su capricho..... ¡ Oh ! esto es atroz, esto es irresistible !

Y doña María de Padilla lloraba amargamente colmando de besos á la tierna infanta, hija de sus amores con el inconstante soberano.

— ¿ No es bastante—proseguia despues—el tenerme encerrada siempre en su alcázar, sino que aun quiere hacerme

mas infeliz casándose segunda vez con doña Juana de Castro? Pues si tanto me ama y no tiene inconveniente alguno en anular públicamente su matrimonio con la hija primera del duque de Borbon ¿por qué no se casa conmigo? ¿por qué me posterga á la viuda de don Diego de Haro? ¡Oh! el rey es muy cruel para conmigo; yo no merezco ser víctima de su inconstancia. ¿Qué mujer le amará jamás como yo le amo? ¿Qué mujer se prestará mas gustosa que yo á todas sus exigencias y caprichos? Yo, que por él he renunciado á todo, yo que por él he perdido hasta el honor..... ¡Imposible! ¡imposible! el rey no se casará nunca con doña Juana: el rey no ha pensado nunca en casarse con esa viuda; todos estos rumores son esparcidos por los bastardos, que ansiosos de venganza é interesados en llevar á cabo sus proyectos de ambicion, tratan de separarme de don Pedro, porque saben que una vez separada de él mis hermanos y parientes y todos sus fieles vasallos le abandonarían: pero los bastardos se engañan, si piensan que la Padilla vá á separarse del rey; la Padilla permanecerá siempre al lado de don Pedro, y aun cuando el matrimonio de éste con doña Juana se llevase á cabo, no por eso le abandonaría. Le amo demasiado para separarme de él, aun cuando ese nuevo enlace de que tanto se habla en Valladolid viniése á hacer mas amarga mi existencia. Doña María de Padilla vivirá siempre al lado del rey; doña María de Padilla nunca dejará de amarle.

Y la hermosa doña María estrechaba contra su seno á la tierna infanta, vertiendo lágrimas de amargura.

La posicion en que esta desdichada doncella se encontraba era demasiado angustiada, y nada de extraño tenia que

llorase desconsolada en medio de su infortunio. Joven y hermosa, adorada antes por un rey que solo pensaba en ella, y postergada ahora hasta cierto punto á la viuda de un noble castellano, natural era que se desesperase viéndose combatida por los terribles celos que los nuevos amores del monarca habian despertado en su corazon.

Cada lágrima que vertia era una gota de hiel para su hermano don Diego, que enterado de todo cuanto el rey pensaba acerca de doña Juana de Castro, no se determinaba á decir á doña María que eran fundados los rumores circulados por Valladolid, temeroso de disgustarla.

Ambicioso por otra parte, y deseoso de conservar el maestrazgo de Calatrava, que como premio de sus servicios habia logrado del rey don Pedro, su situacion era demasiado embarazosa y no sabia por cual de los dos extremos decidirse; si por el de permanecer fiel al rey no descubriendo sus amores, ó por el de sacar á su hermana de aquella incertidumbre noticiándola que el rey no solo se encontraba enamorado, sino dispuesto á casarse con doña Juana, anulando públicamente su anterior enlace con doña Blanca de Borbon. En ambos casos quedaba gravemente comprometido y se necesitaba indudablemente mucho arrojo y sangre fria para tomar cualquiera de dichas determinaciones.

Don Diego García de Padilla habia hecho méritos además para que el rey don Pedro le castigase, en caso de declarar ahora á doña María secretos para cuya revelacion no se hallaba autorizado, puesto que habiendo mandado asesinar al maestre de Calatrava sin orden terminante del monarca por hacerse dueño del maestrazgo, don Pedro tenia ya una

razon muy poderosa para mandarle colgar de las almenas de un castillo, sin que ninguno de sus vasallos tuviese derecho á quejarse, alegando que cometia una injusticia.

Doña Maria, sin embargo, sabia todo cuanto el rey trataba sin necesidad de que su hermano se lo revelase.

Los escuderos de doña Maria, que por su continuo roce con las gentes del rey, sabian siempre e por b todo lo que hacia ó dejaba de hacer el soberano, hablaban unos con otros en la pieza de armas acerca del nuevo casamiento del rey, y estos rumores llegaron necesariamente á oídos de doña Maria.

La situacion de la Padilla era por lo tanto demasiado angustiosa, y la en que su hermano se hallaba tampoco tenia nada de envidiable.

La hermosa Beatriz era la única que de cuando en cuando solia distraerla bajando con ella á los jardines, y haciendo que olvidase el continuo pesar que tanto amargaba su existencia.

Las amistosas palabras de la amante de Guillén eran un bálsamo consolador para la desgraciada doña Maria, y únicamente cuando paseaba con ella por las sombrías calles que formaban los árboles de un pequeño monte próximo á la fortaleza donde se hallaba, era cuando se distraia algun tanto de su continuo abatimiento, olvidando por el pronto la inconstancia del rey don Pedro.

— ¿Pero será cierto lo que dicen acerca del nuevo matrimonio del rey?—solia preguntar alguna vez á su amiga Beatriz.

— ¡Por Dios señora! no deis crédito á esos falsos rumores que ningun viso tienen de probabilidad;—solia contes-

tar Beatriz ahuyentando por el pronto las dudas de la Padilla.

El rey, sin embargo, se hallaba á la sazón en Cuéllar esperando con ánsia la llegada de los obispos.

Por fin Men Rodriguez se presentó en la villa, y solicitando el permiso del rey entró en su cámara y le dijo:

— Señor, vuestra orden está cumplida.

— ¿Has noticiado á los obispos los deseos del monarca? —le interrogó don Pedro con sequedad.

— Ya los teneis en las puertas de la villa;—le contestó Sanabria.

— ¿Es decir que han venido en tu compañía?

— Creí, señor, que el mejor medio de acelerar su viaje era el de hacerlos venir en mi compañía y.....

— Bien, bien, Men Rodriguez; veo que te esfuerzas por complacer á tu soberano; pero prosigue sirviéndole como hasta aquí, que día llegará en que premie tus servicios.

— Señor; al obedecer vuestras órdenes no liago otra cosa que cumplir con mi deber, y creo que la mayor recompensa que puedo recibir de vos, es la de ver que os mostrais satisfecho conmigo.

— Me parece que obras como caballero; corre en busca de los prelados y díles que el rey espera.

Men Rodriguez salió de la cámara, y el rey quedó murmurando estas palabras;

— Es un escelente jóven, y no aparenta ser muy ambicioso.

El noble descendiente de la Puebla de Sanabria, montó de nuevo en su caballo, que habia dejado á las puertas de la casa en que el rey se hospedaba, y como un relámpago se

encaminó á las puertas de la villa, atravesando por una porcion de intrincadas callejuelas.

— El rey espera en su cámara;—dijo dirigiéndose á los obispos de Ávila y Salamanca, que seguidos de una numerosa escolta se acercaban ya á la villa de Cuéllar.

Hicieronle los prelados varias preguntas con respeto á la salud del rey, y metiendo espuela á sus caballos, entraron á galope por las puertas de la villa.

Reflexivo y cabizbajo se hallaba el rey cuando uno de sus ballesteros anunció desde la puerta de la cámara que los prelados solicitaban permiso para hablar con su señoría.

Hizole seña el rey de que pasaran, y dando á su semblante un aspecto lisongero, se dispuso á recibirlos.

— Bien venidos sean los obispos de Ávila y Salamanca;—dijo el rey tan luego como los obispos se hallaron en su presencia.

— Vuestro escudero Men Rodriguez-se adelantó á decir don Sancho de Ávila—nos ha participado los deseos de su señoría, y montando en nuestros caballos nos hemos puesto en camino, ansiosos de complaceros.

— Gracias, gracias;—repuso el rey acompañando sus palabras con una amable sonrisa: no esperaba yo menos de los dignos prelados que tengo en mi presencia.

El obispo de Salamanca frunció levemente el entrecejo, y en su rostro se pintó una espresion de temor bastante mal disimulada.

— Os he mandado llamar—prosiguió el rey—porque asuntos urgentes hacian necesaria vuestra presencia. Pienso casarme;—añadió despues de unos instantes.

Los prelados se mostraron llenos de asombro al oir las

últimas palabras del rey, pero no se atrevieron á murmurar una palabra.

— Pareció que os asombráis;—dijo entonces el rey fijando una mirada de recelo en los obispos.

— ¡Señor!—replicó don Juan de Salamanca;—permitid que nos asombremos al oír la espresion que vuestros lábios acaban de pronunciar.

— ¡Cómo!—esclamó el rey algo agitado:—¿os asombráis de lo que acabo de deciros?

— Permitid que os diga que sí;—volvió á decir el de Salamanca con resolucion.

— Pues que ¿he dicho algun disparate por ventura?—repuso el rey dando á su rostro una espresion de cólera marcada.

— No, señor don Pedro; vuestros lábios no han dicho nunca disparates; pero.....

— ¿Pero qué?

— Que nos habeis dicho que pensais casaros, y segun nuestras noticias doña Blanca de Borbon vive todavia.

— ¡Ah! ¿y de eso únicamente dependia vuestro asombro?

— Si os parece, señor.....

— Lo que me parece es que sois demasiado escrupulosos en materia de casamientos, y que un obispo que tanto cuida de que se observen las prácticas establecidas por la iglesia, no es el obispo mas apropósito para servir á un rey.

— ¡Señor!—esclamaron á un tiempo don Sancho de Ávila y don Juan de Salamanca.

— ¡Silencio y no repliqueis!—les interrumpió el rey con acento de desesperacion.—Tened en cuenta que don Pedro de Castilla puede hacer de vosotros en este instante, ceniza

para limpiar las armas de sus soldados, y que es ridículo por demas el que trateis de oponeros á su resolucion!

Los obispos temblaron y no se atrevieron á continuar mirando al rostro del rey.

— Bajais la vista ¿eh?-dijo entonces don Pedro dando á sus palabras un tono sarcástico imposible de describir.-Ya comprendo vuestros temores; no es la primera vez que habeis tratado de entrar en negociaciones con los rebeldes y por eso temblais á mi presencia; pero todo os lo perdono á trueque de que no os asombreis de cosas que no os hacen impresion.

— ¡Señor!-volvieron á esclamar los obispos, aunque mas aterrados que la vez primera!

— Si;-continuó el rey:-temblais porque teneis motivos para temblar; temblais porque sabeis que me asisten derechos para mandaros despojar de todas vuestras dignidades; pero no, no; vivid tranquilos, que no os he hecho venir á mi presencia para ocasionaros ese disgusto. Os he llamado únicamente para que sin detencion alguna me desposeis con doña Juana de Castro.

Los obispos cambiaron entre sí una mirada de inteligencia, y nada se atrevieron á replicar.

— ¿Callais?-continuó el rey:-¿Nada teneis que observar á lo que acabo de deciros?

Los obispos volvieron á mirarse, y continuaron en silencio.

— ¡Ah! ya veo que sois demasiado timoratos, y que no quereis gravar vuestra conciencia con el peso de una accion que nada tiene de criminal; pero no temais, dignos preladados; el rey de Castilla carga con toda la responsabilidad que

— a vosotros pudiera caberos en este asunto, y él es responsable ante los ojos de Dios del paso que os obliga á dar en este instante. Vuelvo á deciros que trato de casarme con doña Juana de Castro y que os he mandado llamar para que autoriceis mi matrimonio. Decidme, pues, si os hallais dispuestos á acceder á mi demanda; pero pronto, porque dentro de breves horas tengo que disponer y obrar en su consecuencia. Vos, don Juan—añadió dirigiéndose al de Salamanca;—vos, que sois, al parecer, el menos escrupuloso, sois, el que tenéis que resolver esta cuestion en el momento. Decidme, pues, si os hallais dispuesto á autorizar mi matrimonio.

— Yo por mí solo, señor,—contestó el obispo—nada puedo resolver acerca de este asunto. Si don Sancho de Ávila se explica primero.....

— Vamos, don Sancho;—dijo entonces el rey dirigiéndose al obispo de Ávila:—Resolved cuanto antes la cuestion, porque tengo otros asuntos graves de que tratar, y no puedo perder tiempo.

— Yo, señor,—contestó el interpelado—nada puedo resolver tampoco sin oír primero el parecer del obispo de Salamanca.

— ¿Es decir—esclamó entonces el rey levantándose del sillón y dando un fuerte golpe sobre la mesa en que apoyaba el codo—que os habeis propuesto burlaros de mí no respondiendo á la simple pregunta que acabo de dirigiros?

— ¡Señor!—esclamaron aterrados los obispos y deseosos al parecer, de mostrar al rey que solo trataban de servirle.

— Señor, nosotros.....

— Pues bien;—continuó don Pedro sin hacer caso de las palabras de los prelados:—no faltará quien autorice mi ma-

trimonio, si es que vosotros os oponeis á autorizarlo; no faltará quien me conceda todas las licencias necesarias para llevar á cabo mi enlace con la viuda de don Diego de Haro; pero acordáos de la negativa que hoy habeis hecho al rey; acordáos de la fuerte oposicion que han encontrado en vos todas sus palabras. ¡Ola, ballesteros!

El balletero de maza que daba la guardia al rey se presentó en las puertas de la cámara, y éste le dijo con voz de trueno:

— ¡Que vengan mis verdugos!

— ¡Señor! ¡Señor!—esclamaron entonces los obispos en tono suplicante y echándose á los piés del rey.—¡Perdon! ¡perdon!

Pero el balletero de maza habia desaparecido á cumplir con las órdenes del rey.

— ¡No hay perdon!—contestó éste irritado;—empézé rogándoos que accediéseis á mi peticion; continué contempORIZANDO con vuestras dudas y pienso acabar mandando á mis verdugos que os corten la cabeza. De este modo obra el rey don Pedro; así es como piensa hacerse respetar de todos sus vasallos. ¡Ballesteros!—volvió á gritar dirigiéndose á las puertas de la cámara.

Dos ballesteros de maza vestidos con grandes sayos se presentaron en los umbrales, y á una seña del rey penetraron en la estancia. Su aspecto era feroz y la pesada maza de bronce que llevaban al hombro infundia miedo.

Don Sancho de Ávila y don Juan de Salamanca, temblaron á la vista de los verdugos del rey, y éste lanzó una sarcástica carcajada.

— Ahora—dijo—llevaré á cabo mi pensamiento sin necesi-

dad de que vos me autoriceis; pero antes quiero presenciar el castigo de vuestra desobediencia. ¡Ballesteros! ¡preparaos!

Y los verdugos levantaron sus mazas sobre las cabezas de los prelados, dispuestos á descargarlas á la primera indicacion del rey.

— ¡Perdon! ¡perdon!—volvieron á exclamar los obispos arrastrándose á los piés del rey, que gritando como un loco se paseaba agitado por la estancia.

— ¡No hay perdon—replicó el rey—si no accedeis á mi demanda!

— Pero, señor,—dijo don Sancho de Ávila;—tened en cuenta que nuestras atribuciones no llegan hasta donde vos quereis.

— Elegid, pues, uno de los dos medios; el que mejor os plazca: ó me concedeis lo que os pido, ó espirais bajo la pesada maza de mis verdugos.

Don Sancho de Ávila y don Juan de Salamanca, cambiaron entre sí una mirada de espanto, y el primero se decidió por fin diciendo:

— Os divorciamos, señor.

— Y vos ¿qué decis?—repuso el rey lleno de cólera dirigiéndose al obispo de Salamanca.

— Que os concedemos lo que pedis;—contestó don Juan.

— ¡Retiráos!—dijo el rey á sus verdugos.

Los ballesteros de maza salieron de la cámara á pasos agigantados.

— Todo esto pudisteis evitarlo—continuó el rey recobrando poco á poco su serenidad—si desde el principio hubiéseis accedido á mi demanda.

Los prelados callaban y no se atrevían á levantar los ojos.

— Hablando ahora en armonía-prosiguió el monarca-convenid conmigo en que ninguna cosa injusta me concedéis.

— ¡Señor!-esclamó el de Salamanca, fijando una mirada trémula en el rostro de don Pedro.

— Si;-le interrumpió éste :-ninguna cosa injusta es la que os pido. Mi matrimonio con doña Juana de Castro nadie puede impedirlo, y creo que ninguna razon os asistía para obrar de esa manera.

— Confesad, señor,-dijo don Sancho de Ávila-que no habiendo muerto doña Blanca.....

— Como si hubiese muerto;-repuso el rey:-yo no he vivido con doña Blanca, y si bien es cierto que mis bodas con esa princesa se celebraron en Valladolid.....

— ¡Oh! no busqueis disculpas, don Pedro;-prosiguió el de Ávila lleno de emocion:-doña Blanca es vuestra esposa y mientras ella viva, nunca podreis casaros con otra mujer.

— Convengo en ello, señor don Sancho de Ávila; pero como este matrimonio ha sido nulo.....

— ¡Nulo!

— Nulo, sí; nulo hasta mas no poder, señor don Sancho. ¿Amaba yo por ventura á doña Blanca? ¿la conocia acaso cuando me la presentaron por esposa? ¿viví con ella mas de tres dias? He vuelto á unirme con ella desde entonces? ¿la he tratado como esposa alguna vez? pues si todo esto lo sabeis, si nada de esto ignorais ¿por qué oponeros ahora á mi nuevo enlace? ¿por qué negarme el último favor que os pido? ¡Ah! sois tan timoratos, cuidais tanto de la salvacion del alma de vuestro rey, que no estraño en verdad vues-

tra conducta: lejos de eso, me parece la mas acertada.

Y el rey de Castilla pronunciaba estas palabras con un tono tan sarcástico, que los prelados temblaban al mirarle.

El rey don Pedro era un hombre sin religion y sin conciencia; un hombre que por ver satisfecho cualquiera de sus caprichos, todo lo atropellaba, todo lo escarnecía, y nada respetaba en medio de sus arrebatos.

La opinion de un prelado era, pues, para él tan poco respetable como la del último pagecillo de su cámara, y ansioso de llevar á cabo su proyecto de enlace con doña Juana, poco le importaba que los obispos de Ávila y Salamanca se opusiesen á sus designios. Deseando, no obstante, que su nuevo matrimonio con la viuda de don Diego de Haro, no fuese mirado en su reino como un matrimonio escandaloso, se decidió á pedir á las autoridades eclesiásticas la correspondiente autorizacion, á fin de que no hubiese lugar á rumores infundados: mas como para llevar á cabo este matrimonio era necesario declarar nulo su anterior enlace con doña Blanca, el rey don Pedro quiso declarar su nulidad públicamente, y para esto era para lo que habia mandado llamar á los obispos.

Triste era la condicion de la monarquía castellana en aquel tiempo, sujeta como se hallaba al dominio de un rey tan feroz y sanguinario como el hijo de Alfonso XI.

Don Pedro el Cruel quiso, pues, contraer enlace con doña Juana de Castro, y los obispos de Ávila y Salamanca, temiendo como temian las consecuencias de un arrebato del monarca, se obligaron á declarar nulo su anterior matrimonio con doña Blanca, mostrándose demasiado débiles á las exigencias del rey.

No tuvieron bastante valor para arrostrar la muerte con que don Pedro les amenazaba, y tuvieron el suficiente para faltar á los sagrados deberes que la iglesia y la religion les imponian (1).

En la época en que todos estos sucesos tenian lugar, no era dable esperar otra cosa, ni de la ilustracion del clero, entregado por lo regular á los placeres de la caza, cuando no ocupado en los azares de la guerra, ni de un rey déspota, caprichoso y sanguinario como don Pedro, que para mayor desgracia de Castilla se veia rodeado siempre de traidores.

Para esto hizo venir el rey á Cuéllar á los obispos de Ávila y Salamanca, y este fué el resultado de la conferencia que con ellos tuvo en una de las mas calurosas tardes del mes de junio.

Doña Maria de Padilla, lloraba entretanto las ausencias de su amante.

(1) Quedábale al rey—dice un historiador moderno (Lafuente)—la dificultad de acreditar la nulidad de su público enlace con doña Blanca, y tambien la venció, hallando dos prelados, el de Ávila y Salamanca, ó *tan débiles* ó tan aduladores, que dándose por convencidos de las razones que el rey alegó, pronunciaron sentencia de nulidad, declarando que podia casarse con quien le pluguiese.

CAPITULO XXVII.

De cómo don Juan Alfonso de Alburquerque, el conde de Trastamara y el maestro de Santiago se vieron en Riva de Caya, y el resultado que tuvo su conferencia.

— ¿Con qué estamos conformes?—decia el de Alburquerque, fijando en el conde de Trastamara una mirada de recelo.

— Conformes estamos;—contestaron á un tiempo el conde y su hermano don Fadrique.

— En ese caso, nombrar podeis ya la persona que mejor os plazca para que mantenga los castillos.....

— A vuestra eleccion queda, señor Alburquerque;—le interrumpió el conde de Trastamara, levantándose del sillón en que estaba sentado.

— Como querais;—repuso el de Alburquerque.
Y luego añadió dirigiéndose al escudero que daba la guardia en la puerta de la cámara:

— Mandad venir al señor Pero Ruiz de Villegas.

El escudero se retiró, y algunos instantes despues, Pero Ruiz de Villegas se presentó en la cámara.

— En rehenes-le dijo Alburquerque—quedan desde hoy por tuyos los castillos de Cobdésera, Azagala y Alconchel. Cuida, pues, de esas fortalezas, que desde hoy sostienes como tuyas, y que pudieran llegar á ser del conde de Trastamara.

— Descuidad, señor;— contestó Villegas—en tono muy sumiso:—los castillos que hoy me entregais, os serán devueltos cuando mejor os plazca.

— Puesto que ya estamos avenidos—dijo entonces el do Alburquerque arrellenándose cómodamente en su sillón—bueno será que tratemos ahora formalmente del modo de presentar la batalla al rey don Pedro, antes de declararnos en rebeldía.

—Eso, don Juan,—repuso el conde de Trastamara—es á mi modo de ver asunto de muy pocos momentos.

— No tal, señor conde;—observó Alburquerque:—los asuntos de Castilla van cada vez mas embrollados, y aun no sabemos siquiera quiénes son nuestros enemigos.

— ¡Oh! mal informado estais, señor Alburquerque;—repuso el maestre de Santiago fijando una mirada recelosa en el rostro del antiguo favorito, y rompiendo por fin el silencio que hasta entonces habia guardado con respecto á la cuestión.—Nuestros enemigos son por nuestra suerte demasiado públicos y no debemos pensar siquiera en averiguar sus nombres. ¿Ignorais por ventura que don Diego García de Padilla es uno de nuestros mas terribles adversarios? ¿Ignorais que la manceba del rey trata por todos los

médios posibles de escitar el ódio de nuestro hermano á fin de que nos prive cuanto antes de nuestros cercenados bienes, para que de hoy en adelante no podamos levantar nuestro pendon? ¿Ignorais que don Juan García de Villagera, que en clase de frontero habia quedado con nosotros en Badajoz, era un espía del rey y que solo se ocupaba en averiguar todos nuestros pensamientos, para en seguida comunicárselos á don Pedro? Pues si nada de esto ignorais, si sabeis tan perfectamente como nosotros que nos hallamos rodeados por todas partes de traidores ¿qué objeto tienen las palabras que acabais de pronunciar? ¿qué os habeis imaginado, don Juan Alfonso de Alburquerque? ¿qué planes eran los vuestros al decir que debiamos pensar sériamente en el modo de declararnos contra el rey? Nosotros debemos levantar inmediatamente nuestra bandera sin consideraciones de ningun género, y sin esperar á que el rey nos acuse de rebeldes; nosotros debemos dar esta misma noche el grito de guerra y salir sin tardanza de Badajoz; esto es lo que debemos hacer, señor Alburquerque; esto es lo que debemos poner en práctica, si queremos que nuestros planes no salgan fallidos. Y tened en cuenta que si os hablo así, es porque la experiencia me lo tiene aconsejado: vos entenderéis mucho de política; vos sereis un hombre sin igual en esto de conducir los asuntos del reino por el verdadero camino de la justicia; vos sereis un hombre de talento, no lo dudo, para llevar á cabo ciertas empresas; pero permitidme que os diga, señor Alburquerque, que en lo tocante á ponerse al frente de rebeliones y marcar el curso que deben seguir estos negocios, al maestre de Santiago no le gana nadie. El maestre de Santiago es un hombre de talento tratándose de estas materias.

Con tal entusiasmo habia pronunciado don Fadrique estas palabras y de un tono tal de conviccion las habia revestido, que don Juan Alfonso de Alburquerque se quedó como asombrado y sin saber qué replicar.

— No os asombréis, no ;—dijo entonces don Fadrique al ver el efecto que sus palabras habian causado en el ánimo del favorito :—lo que os dice don Fadrique es la verdad ; nada temáis pues ; ánimo y entremos nuestros pendones por las tierras de Castilla.

— ¡Ay, don Fadrique !—esclamó Alburquerque en tono de desconfianza y dando á su semblante una espresion de desdén imposible de describir.—Cuán engañado vivís, señor maestre ; nuestros enemigos son muy poderosos ; el número de lanzas con que contamos bastante reducido ; los trances en que nos vamos á ver muy apurados ; la situacion en que nos vemos ya no muy ventajosa, y las simpatías de que gozamos en extremo escasas. ¿Qué hacer, pues, en ocasion como la presente ? ¿De qué medio valernos para llevar á feliz término nuestra empresa ? ¿Qué planes poner en práctica para conseguir lo que deseamos ? Dificil lo veo, señor maestre ; dificil lo veo, señor conde de Trastamara.

El conde y el maestre se miraron como asombrados, y éste replicó :

— No tan dificil como vos pensáis, don Juan : aunque las lanzas que contamos no son muy numerosas, como quiera que son muy aguerridas y se hallan dispuestas siempre á pelear, nada debemos temer de las tropas del rey don Pedro. No temáis, pues, don Juan Alfonso, que la victoria es nuestra, si entramos decididos en la pelea.

— ¡Oh ! de eso no habléis, señor conde ;—repuso el portu-

gués: -viejo y todo donde aquí me veis, tengo ánimo suficiente para embrazar un escudo, empuñar mi lanza, y acometer de frente al mas terrible enemigo: por otra parte, mi castillo de Medellin ha sido demolido por el rey, y.....

— Sí, sí, don Juan; nada me digais; todo lo sé, conozco vuestro valor, y mil veces he sido testigo de vuestra bizarría; y justamente porque lo conozco es por lo que tengo mas confianza en el éxito de nuestra empresa: pero vos os mostrais muy receloso y ¡ voto á las calzas de don Sancho! que no teneis motivo para temer nada de nuestros adversarios.

— Es verdad; pero.....

— Pero nada, señor Albuquerque; la fuerza de voluntad suple muchas veces al valor, y en caso de que nuestros soldados llegaran á desanimarse, los deseos de vencer les prestarian aliento para seguir peleando, fieles siempre á nuestra bandera hasta derramar la última gota de su sangre.

— Todo lo creo posible, señor conde.

— ¿Cómo posible?

— Y probable: estoy convencido de que venceremos.

— Y entonces ¿ qué dudas abrigais que no os dejan obrar con el acierto y aplomo que otras veces?

— ¡ Oh! duda ninguna; pero es preciso como conoceis, que antes de decidirnos, busquemos siquiera un pretesto para.....

— ¿ Para qué?

— Para declararnos en rebeldía.

— ¿ Y no lo habeis hallado por ventura?

— No, á fé mia, señor conde.

— Pues no hay pocos de que escojer por fortuna. ¿ Igno-

rais que el rey está colmando de favores á los Padillas?

— No; pero ese no me parece muy apropósito.....

— Pues elegir podemos otro cualquiera; la excesiva crueldad con que trató á los nobles y el poco acierto con que suele administrar justicia.

— Tampoco me parece muy adecuado.....

— Otros hay todavía; el rey, segun noticias, sostiene ahora otras nuevas relaciones y.....

— No importa, no importa; todos esos motivos serian muy justos para esponerlos de palabra y sin pensar nunca en declararle guerra; pero es necesario buscar otro pretesto mas fundado, otro pretesto mas legítimo y que disculpase desde luego nuestra asonada.

— ¿No está casado con doña Blanca?

— Sí.

— ¿Hace vida con ella?

— No.

— ¿Hubo alguna causa razonable que justificase su separacion?

— No.

— Pues entonces, ese creo yo que debe ser el mas apropósito.

— Teneis razon, señor conde;—dijo por fin Alburquerque despues de haberse parado á reflexionar unos instantes:—el abandono en que su señoría tiene á doña Blanca de Borbon, es un motivo poderoso para que levantemos nuestra bandera, so pretesto de vengar la inocencia despreciada, castigando al propio tiempo la maldad enaltecida. Doña Blanca debe ser vengada; la Padilla puesta en manos de los verdugos.

— Justamente, don Juan; eso es lo que yo tengo pensado nace algun tiempo, y lo que debemos hacer sin recelo alguno, si queremos volver la paz á los reinos de Castilla. Lucharemos, pues; mandaremos á Toledo unos cuantos hombres de armas de los mas decididos y arrojados para que proclamen allí á la reina doña Blanca; pero que la proclamen á voz en grito, que oigan sus voces en todos los ángulos de la ciudad, que ni una sola persona deje de interesarse por esa desgraciada jóven, y que llegue á noticia del rey lo que Alburquerque y los bastardos se han decidido á poner en planta. Esto es lo que debemos hacer, don Juan Alfonso; este es el pensamiento que debemos llevar á cabo, con el fin de que todos esos abusos se corrijan.

— Sí, sí, señor Alburquerque;—añadió el maestre de Santiago apoyando las palabras de don Enrique:—es preciso poner en planta lo que mi hermano nos propone; es preciso que hagamos ver al rey don Pedro de Castilla que no en valde levantan la bandera sus hermanos; que tienen razones poderosas para desear con ánsia que llegue el instante de su venganza, y que si hoy se rebelan contra él, es porque los ánimos de todos sus vasallos están rebelados ya. Esto es lo que debemos hacer, don Juan Alfonso; esto es lo que debemos poner en planta sin perder un solo instante siquiera.

— Pues lo haremos, señor maestre; lo haremos, sí; dentro de pocos dias sabremos el resultado de nuestra empresa.

— Luchemos, pues, contra el rey don Pedro; luchemos y demos satisfaccion cumplida á nuestros agravios;—dijo el maestre don Fadrique.

— A nuestros agravios, sí;—repuso el conde de Trastamara, dando á sus palabras un tono de ferocidad indescripti-

ble :—á nuestros agravios, que no son pocos por desgracia; pero ya los vengaremos. ¡Viva la reina doña Blanca! ¡Mueran los Padillas!

— ¡Mueran los Padillas! ¡Viva la reina doña Blanca! —repitieron á duo el maestre de Santiago y el antiguo favorito.

Algunos instantes despues, los bastardos y el portugués se separaron, quedando convenidos en que al dia siguiente partirían juntos con direccion á Ciudad-Rodrigo.



CAPITULO XXVIII.

Del coloquio que tuvo el rey con doña Juana de Castro, su segunda esposa.

TAN luego como los prelados de Ávila y Salamanca declararon públicamente que el matrimonio del rey con la princesa doña Blanca, habia sido nulo; don Pedro de Castilla que ansiaba ya por momentos verse unido con la viuda de Haro, jóven esquiva que con una resolucion á toda prueba le habia negado toda clase de favores, se apresuró á enlazarse con la virtuosa dama, sin pensar siquiera en que sus hermanos bastardos y Alburquerque, se coaligaban contra él.

Retirado completamente por aquellos dias de los asuntos del reino, y pensando solo en los poderosos hechizos de aquella dama que dentro de pocas horas iba á ser suya, apenas se acordaba de los rebeldes, y hasta á doña Maria de Padilla la habia olvidado.

El monarca de Castilla era un hombre lascivo por naturaleza, y muchos de los grandes males que por aquella época asolaban á sus reinos, eran debidos á su mal simulada incontinencia.

Doña Juana de Castro, como virtuosa que era y mujer célebre en la córte por su hermosura, se habia visto continuamente asediada por los principales caballeros de Castilla, que rendidos de amor se llegaban á su reja, suplicándola que accediese á sus fervientes ruegos.

Viuda de don Diego de Haro y aleccionada por la experiencia á obrar con mucho tacto en estas ocasiones á fin de no verse burlada, nada de extraño tenia que no hubiese querido escuchar las súplicas del rey, ni acceder en manara alguna á sus poco castas indicaciones, hasta tanto que la bendicion del sacerdote bubiese consagrado su union.

Don Pedro de Castilla por su parte, como hombre libertino y sin conciencia, y que estimaba en muy poco el honor de una doncella como doña Juana, se irritaba y enfurecia al escuchar sus resueltas negativas, y á viva fuerza deseaba hacerse dueño de aquella hermosa mujer á la cual la esperaba quizá el mismo porvenir que á doña Blanca.

Las pasiones del rey eran poco duraderas, y comprendiéndolo esto la viuda de Haro, estaba pesarosa de haberle otorgado un sí, que acaso iba á ser la causa de su eterna desventura. Joven, rica, hermosa, viuda de uno de los principales caballeros de aquella época, descendiente del linaje de los señores de Vizcaya, y solicitada por los mas apuestos y bizarros caballeros de Castilla; doña Juana de Castro habia reflexionado mucho antes de decidirse á otorgar su mano á un rey como don Pedro, y aun despues de deci-

dirse pensaba todavía en volverse atrás de su palabra : pero llegado por fin el día de las bodas , la jóven infeliz no tuvo tiempo de reflexionar y aceptó como era consiguiente la mano de don Pedro.

Seis horas habian pasado desde que la bendicion del sacerdote habia declarado válido su matrimonio, cuando el monarca de Castilla, que aun no habia podido hablar con su esposa á consecuencia de las muchas ocupaciones que le habian embargado , penetró en la cámara de la jóven y dirigiéndola una mirada de ternura:

— Perdonadme ;—la dijo:—hasta ahora no he tenido tiempo de venir á vuestro lado ; ansiaba por momentos hallarme en vuestra presencia , pero los grandes negocios que he tenido que resolver y las muchas disposiciones que he tenido que adoptar, á fin de que los asuntos del reino me dejen vivir tranquilo á vuestro lado han sido la causa de que hasta ahora no haya podido ponerme á vuestros piés , Juana querida.

— Estais dispensado, señor ;—replicó la nueva esposa del rey don Pedro contestando á la tierna mirada de su amante con otra no menos espresiva.—Ansiaba, sí, que viniéseis á mi cámara y me habláseis de vuestro amor. ¡ Es tan feliz una mujer cuando se encuentra al lado de aquel que la ama!

— Sí, doña Juana; muy feliz: nadie mejor que vos puede comprenderlo en este instante.

— ¡ Oh ! si fuese cierto lo que acabo de soñar, don Pedro!

— ¡ De soñar !—esclamó el rey fijando una mirada de asombro en doña Juana.

— De soñar, sí : ¿ os extrañais ?

— ¿ Y cómo no, Juana mia ? ¿ dormias por ventura para...

— No; no dormía, pero.....

— ¿Pero qué?—esclamó el rey con impaciencia viendo que la jóven desposada no continuaba su relato.

— ¡Oh! nada, nada; no quiero deciroslo, don Pedro, porque es mejor que nunca lo sepais.

— No me martiriceis, doña Juana; no me hagais padecer ocultándome los risueños pensamientos que en este instante surcan por vuestra mente.

— Muy venturosos, si, don Pedro;—se adelantó á decir la jóven antes de que el rey continuase.—Estaba pensando en vos cuando me quedé dormida.

— ¿Y qué, hermosa Juana?—repuso el monarca castellano con amoroso acento.

— Qué soñé con vos, don Pedro;—contestó la jóven llena de rubor y bajando la vista como avergonzada.

— ¡Oh! contadme vuestro sueño;—dijo entonces el rey tomando una mano de la doncella, y estrechándola entre las suyas lleno de emoción.

En los ojos de doña Juana brilló un rayo de felicidad, y dos gruesas lágrimas se deslizaron rápidamente por sus megillas.

— ¡Oh! ¿llorais?—la interrogó el rey pasando el brazo por su cintura y estrechándola contra su seno.—¿Qué tenéis doña Juana? ¿qué pesar os aflige? ¿por qué se desprenden esas lágrimas de vuestros ojos? ¡Oh! callais..... no me lo decidis..... ¡Por Dios! ¡por Dios! doña Juana; no me martiriceis ocultándome vuestros tristes pensamientos.

Y la jóven doña Juana proseguia sollozando sin escuchar las palabras que el rey le dirigia.

Es de advertir, y esto lo decimos á fin de que nuestros

lectores comprendan mejor el carácter de doña Juana, que esta jóven, honrada y virtuosa hasta el extremo y cuya conducta hasta el dia habia sido irreprochable, era no obstante algo taimada, ó como si dijéramos, algun tanto instruida en lo que pasa en el corazon del hombre en ocasiones determinadas.

Convencida estaba la viuda de don Diego de Haro de que el monarca de Castilla no la amaba, por mas que éste la repitiese á todas horas sus protestas de amor y fidelidad; convencida estaba tambien de que la pasion que á don Pedro le habia inspirado su hermosura, era una pasion fugaz y pasagera; pasion que dentro de pocas horas quizá quedase reducida á la nada, de lo cual habia ya algunos ejemplos en la vida del monarca castellano. El rey, no obstante, la habia elevado á una posicion envidiada por todas las damas de la córte, la habia rodeado de lujo y esplendor, poniendo á sus órdenes una guardia lucida y numerosa, habia entregado asimismo á su primo don Enrique Enriquez el alcázar de Jaen y los castillos de Castrogeriz y Dueñas en prenda de seguridad y de que nunca se apartaria de ella, y doña Juana estaba por lo tanto satisfecha del comportamiento del rey, importándosele muy poco de que viviese ó no la desgraciada doña Blanca.

Pero como quiera que doña Maria de Padilla era la única mujer á quien don Pedro profesaba un amor sin límites, como quiera que la desgraciada favorita estaba llamando á cada instante al rey, como quiera que éste no podia vivir mucho tiempo lejos de su lado, y como quiera en fin, que los asuntos del reino traian al monarca algun tanto distraido; doña Juana de Castro que todo esto lo tenia muy

presente; meditaba sin cesar el modo de atraerse la voluntad del rey á fin de que nunca la abandonase. Nada le importaba por lo mismo el fingir ó no sueños que nunca hubiera tenido, si por medio de este fingimiento pensaba lograr lo que se proponia.

Pero doña Juana de Castro se engañaba; porque el rey don Pedro astuto y perspicaz como ninguno de los nobles de que se hallaba rodeado, comprendia perfectamente los pensamientos que surcaban por la mente de la dama, y demostraba al parecer que no los adivinaba, porque asi le convenia obrar para llevar á cabo sus maliciosos planes, demasiado convencido estaba, no obstante, del fingimiento de doña Juana.

Sin embargo de todas estas reflexiones, la dirigia la palabra con suma amabilidad y ocultaba á su vez los planes que en su mente tenia formados. El rey don Pedro en esto de fingir era un maestro, y nadie que no hubiese vivido á su lado por espacio de mucho tiempo, hubiera comprendido la doblez que encerraban sus palabras y pensamientos.

— No os aflijais;—la decia lleno de emocion y demostrando al parecer que la amaba con delirio:—no os aflijais, doña Juana; el rey don Pedro os adora, y no comprendo en verdad vuestros temores. ¿Qué teneis, hermosa mia? ¿Qué nuevo pesar es ese que os domina? ¿Callais? ¿No me lo decís? ¡Oh! sois muy cruel para conmigo.

— No, no, don Pedro:—esclamaba la dama sollozando:—no soy cruel para con vos; mi corazon es vuestro, mi vida es vuestra, todo lo mio es vuestro, señor.

— ¡Oh? palideceis al decir esas palabras..... las pronunciais con cierta especie de temor que en verdad no

acierto á comprender. ¿Por qué hablais así doña Juana? ¿qué os pasa? ¿qué os sucede?

— Nada, nada: no es nada, don Pedro.

— ¡Oh! esos sueños.... esos sueños.... refiéremelos, Juana querida; no me martirices con tu silencio.

La viuda de don Diego de Haro lanzó un profundo suspiro, y creyendo que el rey se hallaba ya loco de amor por ella, dijo con voz dulce y sentida:

— Soñaba que habíais abandonado á doña María de Padilla; soñaba que esta hermosa mujer se habia encerrado en un convento á ruegos de sus amigas y de su antiguo amante; todo esto soñaba, don Pedro; todas estas cosas bullian por mi imaginacion, tornándome alegre y animada. Pero ¡ay don Pedro! que no ha sido mas que un sueño, distante y mucho de la triste realidad.

— ¡Cómo!—esclamó el rey lleno de asombro.—¿Qué quieren significar vuestras palabras? ¿qué quereis darme á entender con lo que acabo de oír de vuestros lábios?

— Nada, nada, don Pedro;—volvió á repetir la dama con disgusto.

— ¡Oh! dudais de mí, ya lo veo; dudais de mis palabras, y permanecéis insensible ante las obras; pero ¡por Dios! doña Juana que no teneis motivo para pensar de esa manera. Desechad esas vanas preocupaciones, no dudeis ni un solo instante de mi amor, y tened por seguro que á mi lado sereis feliz.

— ¡Oh! si fuese verdad, don Pedro; si no tuviese motivos para dudar de vuestras palabras.... pero no, no; doña Maria de Padilla es la mujer á quien vos amais y la única capaz de inspiraros ese amor sin límites que en este instante

estais fingiendo. Esto es verdad, don Pedro, y vos estais convencido de que no sin razon abrigo estos temores: vos me amareis por espacio de algunos dias, no lo dudo: otro tanto hicisteis con doña Blanca de Borbon; pero al fin de ese plazo me abandonareis como á ella, dejándeme sumida en la amargura.

— ¡ Abandonaros! ¿ qué decis, doña Juana? Imposible, imposible: vos sereis reina mientras don Pedro de Castilla aliente; vos estareis siempre á mi lado y nunca tendreis motivos para quejaros de mí, doña Juana. ¿ Cómo separarse de la mujer á quien se adora? ¿ Cómo abandonar á la mujer por quien la mente delira?

— ¡ Oh! tambien amábais á doña María y la dejásteis por doña Blanca, si bien por un corto espacio de tiempo; tambien amábais á doña Blanca, y sin embargo la abandonásteis por mí; mañana tal vez os quedeis prendado de cualquiera otra hermosura y entonces me abandonareis á mí, siguiendo vuestra ya antigua costumbre. Sois muy voluble, rey don Pedro de Castilla.

— No, no, doña Juana; repito que no teneis motivo para pensar de esa manera, y si aun quereis mas garantias.....

— ¡ Oh! no las necesito, don Pedro; si mi pariente don Enrique Enriquez os pidió en prendas de seguridad algunas fortalezas, fué.....

— Porque vos dudábais de mis palabras;—se adelantó á decir el rey con un acento de disgusto bastante marcado.

— ¡ Dudar yo de vuestra palabra!

— Vos, doña Juana; vos que en este instante dudais tambien de mi amor.

— ¡ Oh! es muy diferente.

— No veo yo la diferencia.

— Vos amais aun á doña María de Padilla, y nada de particular tiene que con este motivo abrigue yo algunas dudas con respecto al porvenir.

— ¿Es decir que nada temeis por el presente?

— Nada, don Pedro; no creo que fuéseis capaz.....

— No, doña Juana, ni ahora ni luego: yo nunca o^s abandonaré, y podeis vivir segura de que mi amor hácia la Padilla ha concluido ya.

El corazon de don Pedro era presa en este instante de uno de los mas horribles combates que continuamente se veia obligado á sostener.

Amaba á doña Juana, si bien su pasion nada tenia de espiritual; el amor que en aquellos momentos sentia por la viuda de don Diego de Haro era un amor sensual y pasajero, un amor que quedaria completamente aniquilado, tan luego como hubiese satisfecho el capricho de sus sentidos.

El recuerdo de doña María era en cambio para él una especie de remordimiento, que acusándole sin cesar y poniéndole á la vista los muchos pesares de que era víctima la desgraciada hermana del camarero mayor, le hacia sufrir horriblemente, y mirar á doña Juana con cierta clase de recelo y aversion, imposible de explicar.

— ¿Nunca me abandonareis?—dijo la viuda despues de unos instantes de reflexion dirigiéndose á don Pedro.

— ¡Nunca!—la contestó éste con resuelto tono.

CAPITULO XXIX.

En el que el lector vé una segunda prueba de la inconstancia del rey don Pedro.

AL día siguiente de las bodas del rey notábase grande agitacion entre todas las gentes de Cuéllar, y una turba numerosa rodeaba la casa en que don Pedro de Castilla se albergaba.

— ¿Qué ha sucedido?—preguntaba uno.

— ¿Qué ha pasado?—añadia otro.

— ¿Ha muerto el rey?—preguntaba un tercero.

— ¡Qué muerte ni que diablo!—esclamaba un viejo de mirada picaresca internándose en el corro y deseoso al parecer de que todos le escucháran:—lo que ha sucedido aquí es una cosa de estraño tiene y ¡vive Dios! que ya debiais haberlo sabido. ¿No conocéis al rey por ventura? Pues conociéndolo como yo, no estraña mucho en verdad que hagais tales preguntas. ¿Qué ha sucedido es.....

Y el viejo se detuvo como para dar mas importancia á su relato y escitar la curiosidad de los del corro.

— ¿Qué? ¿qué?—preguntaban á un tiempo todos los circunstantes deseosos ya de que el viejo continuase.

— Lo que ha sucedido es lo que yo me imaginaba.

Y el viejo volvió á hacer otra pausa.

— ¡Qué siga! ¡qué siga! esclamaban algunas voces que salian de entre la chusma.

— Sigo, pues;—continuó el viejo :—ha sucedido lo que todo el mundo esperaba, lo que era de esperar, y lo que indudablemente tenia que suceder; solo vosotros, que no veis mas allá de vuestras narices, sois los que lo ignorais; solo vosotros sois los que nada sabeis.

— ¡Trata de burlarse!—gritó una voz cascada que salió de una de las últimas filas del corro.

— ¡Acabad pronto!—dijeron entonces algunos de los oyentes, creyendo que el viejo solo trataba de entretenerlos para burlarse luego de su credulidad.

— Prosigo, prosigo;—añadió—el viejo algun tanto acalorado y temiendo que se le echasen encima aquellos revoltosos.—Lo que ha sucedido es que el rey de Castilla se ha fugado de Cuéllar.

— ¡Fugado!—esclamaron todos llenos de asombro al oír las últimas palabras del anciano.

— Fugado, sí; porque cuando un rey sale de una ciudad protegido por las tinieblas de la noche y acompañado únicamente de algunos de sus privados, no marcha de la ciudad: su marcha no es marcha; se apellida fuga.

— Es verdad, es verdad:—replicaron los del corro;

— Y decia—continuó el viejo—que la conducta del rey no

tenia nada de estraña , porque sabiendo ya lo que hizo con doña Blanca de Borbon, de esperar era que lo hiciese tambien con doña Juana de Castro.

— Es cierto ; el rey nunca se arrepiente.

— Obedece no mas á sus caprichos.

— ¡ Esto es escandaloso !

— ¡ Esto es inmoral !

— ¡ Esto es incomprendible !

Y estas y otras voces parecidas salian de aquella multitud confusa y alborotadora , que en cualquier cosa hallaba pretexto para promover un motin ó dar lugar á una asonada.

El rey , en efecto , habia salido de Cuéllar , á las altas horas de la noche abandonando á la desposada , y sin cuidarse de cumplir las promesas que algunas horas antes le habia hecho con respecto á su futura conducta.

El rey de Castilla obró mal en esta ocasion , si se quiere , dejando sola á la mujer á quien momentos antes acababa de hacer su esposa ; pero su accion estaba hasta cierto punto disculpada , si se atiende á la causa que le obligó á tomar esta medida.

La tarde siguiente á la en que se celebró su matrimonio , don Diego Gutierrez de Ceballos , que como ya saben nuestros lectores logró fugarse de la cárcel de Badajoz , se presentó en Cuéllar montado en un magnífico alazán jadeante de cansancio , y presentándose á uno de los ballesteros de maza , solicitó permiso para hablar con el rey acerca de un asunto importantísimo.

Don Pedro le concedió audiencia , y Diego Gutierrez de Ceballos le anunció que Alburquerque y los bastardos trataban de rebelarse.

— ¡Cómo!—esclamó el rey:—el conde de Trastamara y el maestre don Fadrique tratan de levantar nuevamente su pendon?

— En eso piensan, señor;—contestó Gutierrez de Ceballos lleno de agitacion.

— ¿Y qué motivo alegan para rebelarse contra mí?

— Creo, señor, que Pero Gonzalez de Mendoza haya sido el principal motor de este nuevo levantamiento.

— ¡Oh! esto es atroz; esto es insoportable. ¡Guerra á muerte á los bastardos y que no quede con vida ni uno solo de sus servidores!—esclamó el rey lleno de cólera y paseándose por la estancia á pasos acelerados. Alburquerque se rebela; don Enrique sigue su ejemplo; el maestre de Santiago me vende..... ¿qué es esto, señor? ¿qué es esto? ¿qué hado fatal es el que me persigue sin descanso y no me deja un solo instante de tranquilidad? ¿qué hace el rey don Pedro para que de este modo se rebelen contra él todos sus vasallos? ¡Oh! ya averiguaré yo la causa de todos estos motines; ya sabré yo quien es el autor de todas estas conspiraciones. Pero dime—añadió dirigiéndose á Ceballos;—¿dónde está don Juan de Villagera? ¿tambien ese se ha rebelado? ¿tambien ese trata de afiliarse á la bandera de los traidores?

— No, don Pedro; don Juan Garcia de Villagera ha sido encarcelado por las gentes del conde de Trastamara.

— ¡Apresado!

— Él y yo, fuimos conducidos á una fortaleza por los escuderos del conde de Trastamara.

— ¡Esto mas!—esclamó el rey cada vez mas irritado.

— Creian y asi era en efecto, que nosotros como fieles

servidores del monarca de Castilla, los observábamos de cerca para teneros al corriente de todo lo que pensaban, y esta ha sido la causa de nuestra prision.

— ¿Y cómo has salido de ella?—le preguntó el rey con viveza.

Diego Gutierrez de Ceballos refirió á don Pedro el modo que habia tenido de escaparse de la prision, y dando orden el rey á su camarero mayor de que todas las gentes se dispusiesen para emprender una jornada, se decidió á abandonar á Cuéllar, y aquella misma noche salió en efecto de aquel punto con direccion á Castrojeriz, donde la Padilla se encontraba.

Esta era, pues, la causa de que las gentes de Cuéllar se mostrasen tan asombradas, en torno de la casa en que el dia antes se hallaba hospedado el rey. Todos los vecinos de la villa sabian ya la partida del monarca, y ninguno acertaba á comprender las razones que hubiese tenido para adoptar esta medida.

Don Pedro, por lo tanto, habia obrado mal al abandonar á doña Juana de Castro; pero esta vez siquiera ya tenia algun motivo para disculparse. Llegó por fin á Castrojeriz, y su primer pensamiento fué el de visitar á la Padilla.

Esta, triste y abatida, lloraba sin consuelo al lado de Beatriz á la sazón en que el rey se presentó en su cámara.

La hermosa doncella quedó vivamente sorprendida al ver delante de sí al hombre á quien amaba y por el cual habia renunciado á todos los placeres del mundo encerrándose entre las reducidas paredes de un alcázar, y levantándose presurosa del diván en que se hallaba, se abalanzó al rey con entusiasmo y prorrumpió á llorar amargamente.

— ¡Maria!—esclamó el rey estrechándola contra su seno; —¿por qué lloras al abrazarme? ¿qué te sucede, ángel de mi vida?

— ¡Oh! don Pedro; sois muy cruel.... muy cruel para conmigo.

— ¿Por qué me hablas así, Maria? ¿dudas acaso de mi pasión? ¿vuelves de nuevo á tus antiguas preocupaciones?

— ¡Ay! no, no;—contestó la jóven sollozando.

— Pues entonces ¿qué significa ese llanto con que me desgarras el corazón?

— Nada, nada, señor. Soy tan dichosa cuando me encuentro á vuestro lado.... gozo tanto al teneros en mi presencia.... ¡oh! no me abandonéis, don Pedro; este es el último favor que os pido; concedédmelo, pues, que pocos instantes nos restan ya de permanecer unidos.

— ¡Cómo!—esclamó el rey lleno de sorpresa y fijando una penetrante mirada en el rostro de la jóven.

— Sí, don Pedro;—contestó ésta llena de emoción:—de muy pocos instantes podemos ya disponer; mi resolución está tomada, y decidida estoy á llevarla á cabo.

— Explicaos, doña Maria; no me martiriceis con vuestras palabras.

— No, no os martirizo; quiero dejar al mundo y retirarme á gozar de la tranquilidad de un convento. Allí al menos no padeceré; encerrada entre las cuatro paredes de mi celda, todo me será indiferente; nada llamará mi atención de cuanto pase fuera de mi claustro.

— Pero, Maria ¿estais loca? por Dios, por Dios; ¿qué queréis darme á entender con vuestras palabras? ¿Tan amarga se os hace la existencia, que ya queréis renunciar á

todos los placeres de la vida? En verdad que no comprendo vuestra singular conducta para conmigo. ¿Os he dejado de amar por ventura? ¿qué recelo es ese que abrigais?

— ¡Oh! ninguno, pero quiero estar sola; quiero vivir donde nadie sea testigo de mi llanto; dejadme si, don Pedro; dejadme morir de desesperacion entre las tapias de un convento.

— ¿De un convento? ¡Ay, Maria! cuán desgraciado soy; yo que antes solo pensaba en vos, yo que vivia por vos, y para vos, verme ahora abandonado.....

— No, no; no soy yo la que os abandono; sois vos la que me abandonais á mi.

— ¡Yo, Maria!

— Vos; y en este mismo instante acabais de revelármelo: yo que antes solo pensaba en vos.....—me habeis dicho.

— Pero habeis interpretado mal el sentido de mis palabras. He dicho que antes solo pensaba en vos, porque los asuntos del reino, no me distraian tanto y me dejaban mas ratos de tranquilidad; pero hoy.....

— Hoy, don Pedro, me roba vuestro amor doña Juana de Castro:—repuso la dama con resuelto tono.

— ¡Qué decís!—esclamó el rey lleno de asombro.

— Lo que oís, don Pedro;—contestó la dama llena de emocion.

— ¡Oh! ¡imposible, imposible! ¿quién me calumnia de ese modo? ¿quién os ha traído noticias tan alarmantes?

— Nadie, señor; los rumores del vulgo penetran muchas veces hasta los rincones de los palacios y.....

— ¡Imposible! ¡imposible!—volvió á esclamar el rey lleno de cólera;—mis enemigos se esfuerzan en hacerme apa-

recer como criminal ante tu vista; pero nada han conseguido ¡vive Dios! porque nadie será capaz de separarnos.

— ¡Don Pedro!-esclamó la dama dirijiendo al rey una mirada de ternura y de rencor al mismo tiempo.

— ¿Qué, María?-repitió el monarca estrechando entre las suyas la mano de la doncella.

— Que me engañais.

— ¡Engañaros!

— Sí; me estais haciendo creer cosas que no existen.

— Esplicate.

— Me decís que me amais, y acabais de celebrar vuestras bodas con doña Juana de Castro.

— Y bien;-repuso el rey enfurecido y fijando una mirada terrible en el rostro de María.-¿Qué consecuencia sacais vos de este matrimonio? ¿creéis por ventura que ya mi pasión ha fenecido? No, María; doña Juana de Castro no me ama: yo no la amo tampoco; perdonadme, pues; ha sido una locura la que acabó de hacer; doña Juana es hermosa y.....

— Basta, basta, don Pedro; no me lo digais: matadme primero y no me repitais cosas que no me hace falta saber. ¡Era yo tan feliz al lado de doña Isabel de Meneses, cuando estaba en San Juan de Sahagun!

— Callad, doña María; tampoco yo quiero recordar ciertos sucesos.

— Si, sí; no recordeis locuras de las cuales ya os habeis arrepentido.

— ¡Cómo, doña María! ¿creéis por ventura?....

— No, no creo nada; me doy por satisfecha con vuestras palabras.

—¿Es decir que necesitais que yo os lo repita para comprenderlo? ¿no leéis en mi semblante que mi corazón es vuestro?

— ¡Oh! callad, callad; no me lo digais: estoy resuelta á morir en un convento, y espero que no me negareis vuestro permiso.

— Pero María.....

— Como lo oís, señor: no quiero verme postergada á ninguna otra mujer que se apellide vuestra amante. Yo era feliz cuando os tenia á mi lado, cuando solo yo era la dueña de vuestro corazón; pero hoy.....

— Hoy también, María; hoy sois feliz también; porque mi corazón es vuestro y á nadie más le pertenece. Basta que el rey lo diga; creed en su palabra.

— ¡Oh! la palabra de un rey como vos, tiene tan poco valor como la del último de vuestros pajes.

— ¡María!

— Sí; os lo repito; pero dejadme, dejadme; quiero morir en un convento; allí se calmará algún tanto mi amargura: porque no me acordaré del mundo y procuraré olvidar nuestros amores. ¡Adios, don Pedro!

Y doña María de Padilla se internó en otro retrete, dejando á don Pedro triste y reflexivo.

— Tiene razón;—murmuró éste después de unos instantes de silencio:—ella tan jóven y tan desgraciada, y yo..... ¡Oh! soy cruel, muy cruel para con ella.

Y se daba golpes en la frente paseándose por la estancia á pasos acelerados. El rey don Pedro comprendia en aquel instante todo lo horrible de su pasada conducta, y apenas acertaba á levantar los ojos de la puer-

ta del retrete por donde la desgraciada doña María había desaparecido.

Cruel para con ella, cruel para con doña Blanca de Borbon y mas cruel todavía para con doña Juana de Castro, sus escandalosos devaneos no tenían disculpa; y el rey se avergonzaba de sí mismo al repasar en su imaginacion los grandes padecimientos que su infame volubilidad debía haber ocasionado á aquellas infelices.

— ¡Ira del cielo!—esclamaba lleno de furor y loco de coraje.—¿Qué génio fatal es el que me persigue? ¿qué negra estrella es la que guia mis pasos? ¡Oh! soy muy infeliz; soy muy desgraciado. ¿Por qué me martirizais tristes recuerdos de mi pasada vida? ¿por qué os complacéis en atormentarme vanos fantasmas de mi desdicha? Huid, huid, y dejad al rey entregado á su desesperacion; huid y dejadle entregado á su horrible desventura.

El semblante del rey estaba desencajado, y sus ojos inyectados de sangre, parecia que iban á saltarse de sus órbitas.

— ¡Rayos y truenos!—volvió á esclamar paseándose por la estancia como un loco y fijando su vista estraviada en cuantos objetos se le ponian por delante.—Esto es atroz, esto es horrible, esto es insoportable. ¿Por qué nacer hijo de reyes, si la corona es una carga pesada y fatigosa que solo produce sinsabores? ¿Por qué nacer rey en estos tiempos de libertades y motines, en estos tiempos en que cada noble se cree con derecho para usurpar una corona? ¡Cuernos de Lucifér! y que vida tan amarga! ¿Por qué la envidiarán los hijos de la Guzman? ¿por qué pretenderá destronarme el conde de Trastamara? ¡Oh! esto es insufrible! ¡Ser rey

de Castilla y esclavo de una mujer! ¡Rayos del cielo! ¿dónde estais, que no herís la cabeza del monarca? ¿dónde estais, que no reducís á polvo mi corona?

Y el rey don Pedro se quedaba un momento pensativo, volviendo á los pocos instantes á proseguir su interrumpida relacion.

Doña María Pádilla, que desde la pieza inmediata oía los juramentos del rey, temblaba de piés á cabeza y apenas acertaba á moverse del diván en que se hallaba recostada; pero firme no obstante en su resolucion, solo aguardaba el breve de concesion del Papa que hacia un mes le habia pedido para encerrarse en un convento, retirándose del mundo y olvidando para siempre á don Pedro de Castilla.

Este proseguia cada vez mas irritado, jurando y blasfemando y atronando la estancia con sus alarmanes gritos.

— ¡Señor! ¡señor!—esclamó entonces una voz robusta desde las galerias.

Don Pedro calló, quedándose como sorprendido.

— ¡Señor! ¡señor!—volvió á esclamar aunque mas cerca ya de la cámara del rey.

Aquella voz era la de don Diego Gutierrez de Padilla, que presentándose en los umbrales solicitó el permiso de don Pedro.

— ¿Qué quieres? ¿qué ocurre?—esclamó éste fijando en el camarero una mirada de terror.—¿Se ha rebelado el pueblo? ¿han empezado ya los motines?

Con un acento tal de rabia y desesperacion habia profirido el rey estas palabras, que don Diego de Padilla se tornó como apesadumbrado, sospechando que alguna reyerta entre el rey y su hermana, era la causa del disgusto de aquel.

— ¡Siempre ella!—murmuró per lo bajo:—¡siempre ella!

Y el rostro de don Diego García de Padilla se tornó pálido como el de un cadáver.

— ¿Qué sucede, querido Diego?—volvió á preguntarle el rey, aunque un tanto mas sereno.

— Sucede, señor,—contestó el maestro—que Alburquerque y los bastardos han salido de Badajoz con direccion á Ciudad-Rodrigo.

— Y bien ;—repuso el rey :—¿ eso te tiene tan asombrado?

— No señor, pero.....

— ¿ Pero qué ?

— Que como el de Alburquerque se ha unido con nuestros hermanos.....

— ¡ Acaba !

— Puede hacerlos muy mal tercio; porque es rico y mantiene muchas lanzas á su disposicion.

— ¿ Y es eso lo que te asombra ? ¿ eso es lo que te altera ? ¡ por Dios ! señor Diego de Padilla, que teneis bien poca sangre en vuestras venas. Yo creí que un hombre como vos, arrojado y decidido cuando se trata de amores, seria capaz de desbaratar á las tropas de Alburquerque cuando tratáran de declararnos guerra ; pero veo que no, amigo Padilla, y por mis calzas, que lo siento muy deveras. ¿ Cómo habia yo de pensar que un hombre como tú..... vamos, vamos, don Diego, confesad que sois un poco cobarde.

— ¡ Señor !—esclamó el camarero lleno de coraje.

— Sí ; sí ; no te incomodes, amigo Diego : ya sabes que el rey es uno de tus mejores amigos, y de los amigos es de quienes deben oirse los consejos.

— Pero es que vos me insultais llamándome cobarde.....

— Bueno ; sustituye, pues, esa palabra con la de va-

liente, pero prosigue tu relacion. Me hablabas de la liga de los bastardos con Alburquerque.

El camarero mayor del rey estaba ciego de cólera y no tenia por donde desfogar.

Don Pedro, que comprendia perfectamente todo esto, se complacia en atormentar á su camarero, y esta era la causa de que con tanta insistencia continuase sus preguntas.

— Prosigue, prosigue;—volvió á decir, viendo que Padilla permanecia silencioso.

— Prosigo, pues que asi lo quereis;—repuso el camarero:—pero antes debo deciros que mi hermano don Juan Garcia de Villagera aguarda vuestras órdenes.

— ¡Cómo!—esclamó entonces el rey. ¿Tu hermano está en Castrojeriz?

— Y en vuestro castillo:—contestó el camarero.

— Qué pase, que pase;—añadió el rey.

Padilla salió en busca de su hermano, y éste se presentó en la cámara del rey á los muy pocos instantes.

— ¡Señor!—dijo echándose á los piés del rey:—he sido apresado por las gentes del conde de Trastamara, y esta es la causa de que hasta hoy no haya podido ponerlos al corriente de lo que pasa por Estremadura; dispensadme.....

— Estás dispensado, amigo don Juan;—contestó el rey haciéndole seña de que se levantára.—Pero dime ¿dónde se hallan ahora los bastardos?

— Han salido de Badajoz y dentro de pocos dias se hallarán en Ciudad-Rodrigo.

— ¿Y sabes que trato han hecho con Alburquerque?

— Han recibido de él muchas seguridades: pero ellos ninguna le han ofrecido en cambio.

— Explícate.

— Don Juan Alfonso les ha dado los castillos de Alburquerque, Cobdesera, Azagala, y Alconchel, en prueba de que nunca se separará de ellos, y además les ha entregado en Riva de Caya doscientos mil maravedises.

— ¡Ira de Dios! ¿eso les ha dado?

— No lo dudeis, don Pedro.

— Ni en mis arcas hay tanto caudal.

— Alburquerque es poderoso, y como fué vuestro privado desde que nacisteis.....

— ¡Ballesteros!—esclamó el rey levantándose del sillón y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa en que se apoyaba. —Ya haré yo un escarmiento para castigo de rebeldes; ya les haré yo ver á Alburquerque y los bastardos hasta donde alcanza el poder de don Pedro de Castilla.

Un ballestero de maza se presentó ante el rey en actitud respetuosa.

— ¡Que venga Men Rodriguez de Sanabria!—dijo don Pedro con sequedad.

El ballestero salió, y algunos instantes despues el noble asturiano se hallaba en presencia del rey.

— Inmediatamente—esclamó el monarca con imperioso tono—montarás en un corcel y te dirigirás á Toledo en busca de mis señores primos los infantes de Aragon, don Fernando y don Juan. Les dirás de parte mia que necesito de su ayuda para combatir á los rebeldes, y á don Juan le dirás aparte que pienso hacerle señor de Vizcaya casándole con la segunda hija del difunto don Juan Nuñez, dueño de aquel señorío, para lo cual pienso despojar á don Tello de este título; porque á mi modo de ver trata tambien de unirse con

los bastardos. Les adviertes de paso que deseo que vengan en tu compañía.

Men Rodriguez salió de la cámara y don Pedro prosiguió silencioso por espacio de algunos instantes.

Despues cogió un pergamino sellado que habia sobre la mesa, y escribiendo con insegura mano unas cuantas líneas, se le entregó á su camarero mayor diciendo:

— Para doña Isabel de Lara, de parte del rey.

Diego Garcia de Padilla salió de la estancia á desempeñar su cometido.

Dirigiéndose luego el rey á Villagera, única persona que habia quedado en la cámara;

Tambien á tí-dijo-tengo que darte una comision.

— Señor,—replicó el hermano del camarero;—vos podeis darme las comisiones que querais, seguro de que cumpliré con ellas como buen vasallo.

El rey se sonrió ligeramente, y despues de reflexionar unos instantes, añadió:

— ¿Te gustaria ser maestro de Santiago?

Juan Garcia de Villagera se quedó perplejo y sin saber que contestar á la pregunta del rey.

— ¿Qué si te agradaria ser maestro de Santiago?—volvió á decir el rey fijando una mirada escrutadora en el rostro del hermano de la Padilla.

— Señor...-contestó éste-á todos nos gusta ser algo, y mucho mas cuando nos hallamos al servicio de un rey como vos.

— Pues bien;—replicó el monarca:—serás maestro de Santiago siempre que me tengas al corriente de los pasos que dé Alburquerque, y de lo que piensa hacer en compañía de los bastardos.

— Señor—repuso Villagera:—no era menester que vos me ofreciéseis ese maestrazgo para que os diese cuenta á todas horas de lo que hacen y piensan hacer vuestros enemigos.

— ¿Es decir que estás dispuesto á servirme?

— ¿Y cuándo no lo estuve? ¿por qué me redujeron á prisión las gentes de vuestro hermano?

— Es verdad, es verdad.

Don Pedro de Castilla tornó á reflexionar de nuevo, y despues de unos instantes, se despidió de Villagera, entrando en el retrete de la Padilla.



CAPITULO XXX.

En que el conde de Trastamará consulta su horóscopo con el judío Abraham.

LUEGO que Alburquerque y los hermanos bastardos del rey hubieron llegado á Ciudad-Rodrigo, las gentes de esta ciudad se alborotaron creyendo que las que seguian á los rebeldes entrañan á saco en sus casas y todo lo minarian; pero las gentes de Ciudad-Rodrigo se engañaron. El conde de Trastamara, que á decir verdad era el que llevaba el mando de aquella hueste, se mostró bastante comedido y no consintió que ninguno de sus soldados abusase de la confianza y buena fé con que los recibieron los vecinos de aquella ciudad.

Atrevido y grosero en su modo de obrar, cuando lo fatal de las circunstancias le obligaba á ello; escandaloso y lascivo por gala, cuando trataba de conquistarse el afecto de cualquier doncella; villano y traidor, cuando se veia preci-

sado á pelear contra un enemigo poderoso, el conde de Trastamara era un monstruo terrible, al lado del cual ninguna persona sensata hubiese podido vivir á no vendarse los ojos y taparse los oídos. Si grosero en el lenguaje, groseras en alto grado eran todas sus acciones; solo su privado Pero Gonzalez de Mendoza, que hipócrita en demasía y ambicioso hasta lo imposible en ninguna de estas circunstancias se paraba cuando trataba de llevar á cabo alguno de sus planes, era el que podia simpatizar y vivir con el conde don Enrique; solo él le adivinaba los pensamientos; solo él comprendia todos sus caprichos.

El hermano bastardo del rey, que desde niño estaba acostumbrado á escuchar y seguir los consejos de Mendoza, le confiaba la administracion de todos sus bienes haciéndole árbitro de sus cuantiosas riquezas, y nunca le exigía cuentas de su buena ó mala administracion.

Veía satisfechos todos sus caprichos, aun los mas escandalosos, y esto le bastaba.

Acababa, como decimos de llegar á Ciudad-Rodrigo en compañía de su hermano y Alburquerque, y se hallaba hospedado con ellos en una de las principales casas de aquella ciudad, cuando ya habia mandado llamar á su privado por medio de sus escuderos, para conferenciar con él acerca de la marcha que debia seguir en sus planes de rebeldía. Pero Gonzalez acudió á su llamamiento, é inclinando respetuosamente la cabeza:

—¿Qué exige de mí—dijo con voz melosa—mi buen señor el conde de Trastamara?

—El conde de Trastamara—contestó éste—os llama para conferenciar con vos acerca del curso que debe dar á sus negocios.

— ¡De vuestros negocios!—esclamó Mendoza como asombrado.

— De mis negocios, si; ¿os estrañais?—replicó el conde con sequedad:—de mis negocios con respecto á nuestro modo de declarar la guerra.

— ¡Ah! ya os comprendo;—dijo Mendoza acompañando sus palabras de una maliciosa sonrisa.—Creí que hablábais...

— No, no;—repuso el conde:—hablo con toda seriedad.

— Decid, pues.

— ¿Por qué lado os parece que empecemos nuestra correría?

— Sobre eso, señor, pudiera citaros varias opiniones, no mias, pero de guerreros distinguidos que han salido bien en todas sus empresas.

— Hablad, hablad:—repuso el conde de Trastamara ansioso de escuchar las palabras de su privado.

— El mejor medio de declarar la guerra al rey seguros del vencimiento, es el de esparcir nuestras gentes por los principales puntos del reino y.....

— No habéis mas, amigo Pero:—repuso el conde de Trastamara interrumpiendo á su favorito.—He adivinado vuestro pensamiento y voy á proponérselo á Alburquerque.

— Paciencia, señor, paciencia; no os aceleréis, que aun tenemos mucho que hablar, si hemos de marchar sobre una base fija.

— Es cierto, es cierto; dispensadme si.....

— Oidme, señor conde: los unos por Castilla, los otros por Leon, estos por Asturias y aquellos por Estremadura, hé aquí el medio mas seguro de vencer á las tropas del monarca.

— ¡Bravo plan! ¡soberbio!—esclamó el conde lleno de entusiasmo.

— Ved , pues,—prosiguió el favorito—como vuestro mas humilde vasallo se esfuerza por sacar adelante vuestra causa , y el dia de mañana si llegáseis á vencer creó que....

— ¡Oh! nada hablemos de ese asunto , señor Pero ; el conde de Trastamara sabe muy bien lo que debe á sus amigos , y ninguna razon hay para que se olvidase de vos , que sois ahora su privado.

— Gracias , gracias;—dijo el favorito acompañando sus palabras con leves movimientos de cabeza.

— Le propondré ese medio al portugués;—prosiguió Trastamara :—y estoy seguro de que aceptará.

— Como querais:—contestó el favorito.

— Adios , señor Mendoza.

— Adios , señor conde de Trastamara.

Y ambos se separaron.

El conde salió de su cámara bajando por una espaciosa escalera que conducia á los patios , y Mendoza se retiró por una de las galerías.

Algunas horas despues , y cuando ya todas las gentes de Ciudad-Rodrigo se hallaban durmiendo ó disponiéndose para dormir , un hombre de buena estatura y cuyas facciones era imposible distinguir á la claridad de la luna por llevar calada la visera , se deslizaba á pasos agigantados por uno de los mas oscuros callejones de la ciudad , deseoso , al parecer , de llegar al término de su paseo.

Su apostura era gallarda , y su cuerpo robusto y fuerte como el de un hombre acostumbrado á las fatigas de la guerra.

Paróse á orar á los piés de un Santo Cristo de madera pintada que habia clavado en una especie de urna fabricada en la pared de un casaron altó y medio derruido, y despues de permanecer de rodillas unos cuantos minutos enfrente de la imágen, se levantó presuroso, tornó por una estrecha callejuela que tendria á lo sumo unos cuarenta piés de larga, é internándose por un oscuro callejón al cual no se le veia la salida, se detuvo por fin delante de una casa nueva y elegantemente decorada, y dejando caer el pesado aldabon que adornaba su puerta principal, se dispuso á esperar á que le abriesen.

Hacia ya como cosa de un cuarto de hora que el nocturno paseante habia llamado á la puerta de la casa, y aun nadie le habia respondido, cuando se dispuso á llamar segunda vez.

Como la hora era intempestiva y las gentes de Ciudad-Rodrigo, pacíficas de suyo, nunca andaban por las calles media hora despues de puesto el sol, los aldabonazos que aquel individuo daba á la puerta escitaron vivamente la curiosidad de los vecinos, algunos de los cuales asomaron la nariz por entre los hierros de las ventanas.

— ¿Quién será?—murmuró una vieja de dientes amarillos fijando sus verdesos ojos en el nocturno paseante.

— ¿Quién será?—esclamó tambien una graciosa rubia de quince primaveras entreabriendo el postiguillo de su dormitorio, y fijando una curiosa mirada en el que sonaba el aldabon.

— Esto es estraño—decia á su vez otra vieja de gesto avinagrado, disponiéndose á observar por un pequeño agujero que al efecto tenia practicado en la ventana.—No, pues, el

jóven no vá mal portado. ¿Quién será? ¡Oh! ese diablo de Abraham tiene vuelto el juicio á todos los caballeros de Castilla: á buen seguro que con sus pronósticos y brujerías, hace mas dinero que nosotras, pobres infelices, á fuerza de hilar copos de noche y dia. Que no cayera un rayo sobre la casa del judío..... pero ¡ay! no, no, que estamos nosotras muy cerca y pudiera abrasarnos tambien. ¡Pobre nieta mia! tan jóven y tan hermosa, y tan desgraciada al propio tiempo. Ya se vé..... es pobre y nadie la dice nada: si llevase vestidos bordados de oro como los llevan las queridas de los nobles..... entonces, es claro, todos la amarian. Pero en fin; mas vale vivir pobre y honrada, que rica y....

En este instante se abrió la puerta que daba paso á la casa en que nuestro personaje llamaba, y un gracioso paguecillo ricamente vestido y de rubia y rizada cabellera apareció en los umbrales sonriendo maliciosamente.

— ¿A quién buskais?—dijo despues de mirar de alto á bajo al caballero.

— Al judío Abraham;—contestó el interrogado.

— ¿Venis por ventura?....

— Vengo á todo menos á satisfacer tu curiosidad.

— Es qué.....

— ¿Está el judío, ó no?

— Está; pero tengo orden.....

— Toma esa moneda: vale mas que cuantas órdenes tengas recibidas.

El pague tomó la moneda que el de la puerta le mostraba, y despues de examinarla detenidamente, se la devolvió diciendo:

— Es un maravedí de oro, ya lo veo; pero mi señor Abraham me tiene prohibido.....

— Toma y guárdalo en tu bolso, que por esta vez las órdenes del judío tienen que quedar sin cumplimiento. Ahora guíame hasta la habitacion de Abraham.

— Pero señor;—esclamó el page como asombrado, aunque no tanto que su asombro no le hubiese dejado el tiempo suficiente para guardarse la moneda:—mi señor me tiene prohibido que abra la puerta, sin saber primero á que clase pertenecen las personas que llaman, porque habeis de saber que todos los que visitan al judío Abraham son personas de distincion.

— Pues bien;—repuso el caballero:—anuncia al conde de Trastamara.

— El page se quedó como sorprendido, y volviendo á examinar al recién llegado:

— Pasad, pasad;—dijo cerrando despues la puerta.

— ¡El conde de Trastamara!—esclamó la vieja del rostro avinagrado:—ya decia yo que era un gran caballero; su porte no indicaba otra cosa. ¡Oh! si mi nieta hubiese estado aquí, yo hubiese bostezado á fin de llamarle la atencion. Quizá hubiese reparado en ella y ¿quién sabe? tal vez se hubiese enamorado de ella. De mujeres de mas baja esfera se han enamorado algunos reyes, y mi nieta al fin, es una jóven honrada y virtuosa. Si yo lo hubiese sabido.....

Los curiosos vecinos que al ruido del aldabon se habian asomado á las ventanas, permanecieron asomados aun algunos instantes mas, y viendo que ningun ruido se notaba en casa del judío, se retiraron unos á descansar y otros á proseguir sus interrumpidas tareas.

El conde de Trastamara, pues este era el personaje que como han visto nuestros lectores llamaba á la casa

del judío, siguió al page á lo largo de una espaciosa galería, atravesó un inmenso patio en medio del cual se veía una gran caldera llena de un líquido amarillo, que merced al vivo fuego que ardia debajo de ella hervía estrepitosamente exhalando unos vapores entre rojos y azulados; cruzó despues por un hermoso jardin cubierto todo de flores, é internándose en una escalera de caracol que habia en uno de los rincones de dicho jardin, prosiguió detrás del page hasta hallarse en una cámara magníficamente amueblada, en la cual el lujo disputaba su preferencia á la belleza y el buen gusto.

El hermano bastardo del rey se quedó como asombrado al ver la magnificencia con que el judío Abraham tenia ahajada su habitacion, y no notó en medio de su asombro que el page habia desaparecido sin saber cómo, ni por dónde, puesto que no habia ninguna otra puerta que diese salida á aquella estancia.

Al pronto se creyó encantado y no acertaba siquiera á respirar.

— ¿Qué es esto?—esclamó despues de unos instantes arugando el entrecejo y como saliendo de su estupor.—¿Por dónde ha salido ese diablo de page que tantas preguntas me ha hecho á la puerta de esta casa? ¡Por vida mia que no comprendo ni una sola jota de cuanto me está pasando! Aquí no hay puerta ninguna. ¿Por dónde se ha escapado? Estos diablos de nigromantes tienen pacto con los malos espíritus, porque de otro modo ¿cómo se explica esto? Pero en fin, hábleme él de lo futuro, esplíqueme el porvenir que la suerte me depara, y lo demas poco me importa.

El page volvió á aparecer en la cámara por una puerta

secretá practicada en uno de los lienzos de pared, y haciendo una profunda reverencia :

— Pasad, señor conde;—dijo levantando con su diestra un precioso cortinaje de damasco que habia á la entrada de la nueva habitacion.

El conde de Trastamara traspasó los umbrales de aquella puerta tan disimuladamente embutida en la pared, y en su rostro apareció otra nueva espresion de asombro mas marcada aun que la primera.

La cámara en que el hermano bastardo se hallaba podria tener unas seis varas en cuadro. Una mesa de mármol negro, en la cual apoyaba sus codos un viejo respetable, cuya barba cenicienta le llegaba á la mitad del pecho; un sillón de baqueta claveteado todo y pintado tambien de negro en el cual estaba sentado el viejo; otro sillón de baqueta pintado tambien del mismo color y unos cuantos hornillos y vasijas de diferentes hechuras y tamaños en los cuales se veian polvos, piedras y líquidos de colores diferentes, constituian el adorno de la habitacion en que el conde de Trastamara acababa de penetrar.

Las paredes se hallaban cubiertas de pieles de jabalies, algunas de las cuales conservaban las cabezas disecadas con sus blancos y afiladísimos colmillos, y encima de la puerta se veia clavado un enorme dragon, disecado tambien como las cabezas de los jabalies, y cuya asquerosa figura era capaz de inspirar miedo á otro cualquier hombre que no hubiese sido su morador.

Sobre la mesa del anciano se veia un reloj de arena, otro hornillo pequeño lleno de lumbre y encima del cual hervia un líquido azulado que habia en una cacerola de barro, un

enorme antejo forrado de metal, un voluminoso libro escrito todo en hebreo, algunos pergaminos enrollados y sellados con cera, y una lámpara de hierro, cuyos pálidos resplandores daban una expresión siniestra al rostro del anciano.

Aquel hombre reflexivo y en cuya espaciosa y arrugada frente se veían claramente los gérmenes de un genio profundo y un talento superior, era el judío Abraham, cuyos grandes estudios sobre la astrología iban á admirar frecuentemente los nobles de Castilla, preguntándole el porvenir que su estrella les deparaba.

— Ladoo seais al entrar en la habitacion del pobre viejo, señor conde de Trastamara;—dijo Abraham levantándose del sillón y saludando á don Enrique con un leve movimiento de cabeza.

— Gracias, sábio Abraham;—contestó el conde acertando apenas á pronunciar una palabra.

— No os agiteis, señor;—repuso el judío notando la turbacion de don Enrique.

— No, no;—contestó éste:—no me turbó. Acaso el olor que exhala ese liquido que teneis en la cacerola.....

— ¡Oh!—le interrumpió Abraham:—este es un costoso elixir que me han mandado preparar, pagándolo por supuesto como merece. Es un gran remedio contra el desdén de ciertas damas.

El conde de Trastamara contemplaba al judío lleno de asombro, y no perdía ni uno solo de sus gestos, ni una sola de sus acciones.

— Parece que estais como turbado;—dijo el judío despues de unos instantes:—¿qué os pasa, señor conde de Trastamara?

— ¡Turbado!—esclamó don Enrique aparentando una serenidad de que carecía en aquel momento.

— Turbado, sí, y no os estrañéis, señor conde; porque todos cuantos entran aquí, se sienten como dominados por un vértigo horrible, que yo no he acabado todavía de comprender.

Don Enrique fijó una mirada investigadora en el rostro del judío, y despues añadió con mucha calma:

— Yo, señor Abraham, no me turbo ante los hombres y no sé porque me haceis esa observacion. Si creéis que todo este aparato que hay en torno mio me causa alguna impresion, os engañais tambien, señor Abraham: yo no me espanto nunca de embustes astrológicos.

— ¡Cómo!—esclamó el sábio al oír las palabras de don Enrique.—¿Embustes llamais á los profundos conocimientos que á fuerza de estudios y vigiliass hemos logrado adquirir en la ciencia astrológica? Embustes llamais á los fijos é inmutables principios de esta ciencia que no tiene rival? ¡Ay! cuán engañado vivís, señor conde de Trastamara; y ¡por Dios! que lo siento; don Enrique, porque la ciencia me está diciendo en este instante que vais á ser dichoso.

— ¡Dichoso!—esclamó el conde de Trastamara al escuchar la profecia que el astrólogo le anunciaba.

— Dichoso sí; ¿no me comprendéis?

— Si no os explicais.....

— ¿No seriais dichoso—replicó el judío—si viéseis á don Pedro alejado del trono de Castilla?

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Creo, señor conde, que ya debéis haberlo adivinado.

— Os juro que no.

— Pues bien ; quiero daros á entender que si os agradaría ser rey de Castilla.

— ¡ Oh, mucho ! Odio á mi hermano por los muchos honores de que colma á los parientes de la Padilla y lo mal que nos trata á nosotros , que al menos somos sus hermanos ; pero á costa de su vida.....

— Y aun de su sangre : no disimuleis.

— ¡ Cómo !

— Quiero decir que si os fuese dable verter la sangre de don Pedro á trueque de ocupar el trono de Castilla , la verteríais.

— ¡ Oh ! vivís muy engañado ; al fin es mi hermano y.....

— Pero hermano bastardo ; -repitió el judío con intencion.

— Convengo , pero.....

— Pero nada , don Enrique : ¿ os gustaria ó no ser rey de Castilla ?

— ¿ Y á quién no le gusta gobernar ? -repuso el conde.

— Pues bien ; vos sereis rey de Castilla : vuestro horóscopo está bien claro.

El conde de Trastamara fijó sus ojos en el libro que el judío tenia sobre la mesa , y parecia como querer adivinar en medio de su asombro lo que aquellas líneas y figuras estrañas querian significar.

— ¿ Os asombráis ? -repuso Abraham dando á sus palabras un tono profético imposible de describir.

— Me asombro , sí ; -contestó el conde : -porque todo cuanto me decís es mentira.

— Mi cabeza responde -añadió el judío - de la verdad de mis palabras : los juicios de Dios son incomprendibles y los juicios de esta ciencia los son tambien

para los que como vos no han envejecido en su estudio:

— ¿ Es decir que yo seré rey de Castilla ?

El sábio tomó una especie de antejo que tenía sobre la mesa , y por toda respuesta se puso á observar los astros por una especie de tragaluz que al efecto habia practicado en la pared de su estraña habitacion.

— Hay una mancha en el cielo—dijo despues de unos cortos instantes de observacion—que indica sangre. Teneis que verter la sangre de vuestro hermano.

— ¡ La sangre de mi hermano !—esclamó el conde de Trastámara cada vez mas asombrado.

— De vuestro hermano, si ;—contestó el judío :—de vuestro hermano el rey.

— Y cómo ha de suceder.....—añadió el conde sin atreverse á concluir la frase.

— Ese puñal que llevais á la cintura vale una corona :—repuso el judío con misterio.

— ¡ Este puñal ! ¿ Es decir que este puñal es el destinado á dar muerte al rey don Pedro ?

— Me alegro de que me hayais comprendido.

— ¡ Oh ! ¡ imposible , imposible !

— Como querais , señor conde ; ese es vuestro horóscopo , y creo que bien vale unos cuantos maravedises de oro revelacion de tanta importancia como la que acabo de haceros en este instante.

— ¡ Oh ! me habeis engañado :—esclamó el conde de Trastámara sacando un puñado de monedas de su escarcela y depositándolas sobre la mesa de Abraham.—Me habeis predicho un porvenir dichoso á trueque de sacarme unos cuantos maravedises.

— ¡Señor conde!—esclamó el judío retirando el montoncito de oro que el hermano bastardo del rey habia dejado sobre la mesa:—yo soy pobre; pero cuando dudan de mis palabras hasta el punto de confundirme con un simple agorero, entonces desprecio el oro y todas las riquezas que puedan ofrecerme. Mi ciencia es mas elevada que todo eso y mis fallos no tienen precio sobre la tierra. Ahí teneis vuestras monedas; yo desprecio las dádivas de un poderoso que duda de mi ciencia; pero á fin de que os convenzais de que mis cálculos no yerran, voy á deciros todo lo que pensais en este instante, todo lo que habeis pensado antes de ahora, y todo lo que pensareis en lo futuro. Ahora pensais en vuestro hermano el rey; estais reflexionando en si será cierto ó no el horóscopo que acabo de revelaros; pensais en que mis palabras van envueltas en cierta especie de misterio que no acertais á comprender, y creéis en ellas sin embargo. Creéis que es muy posible el llegar á ser rey de Castilla y hasta teneis esperanzas de serlo muy en breve; en todo esto pensais; todo esto pasa por vuestra imaginacion en este instante. Habeis pensado tambien en muchas cosas y voy á hacer os una relacion exacta de todas ellas. Primeramente nunca pensásteis en ser rey ni creísteis posible que llegase un dia en que declaráseis la guerra á vuestro hermano; despues tuvisteis envidia de los Padillas y quisisteis que el rey os distinguiese, señalándoos un puesto honorifico en su cámara; luego que vuestra madre fué asesinada, un sentimiento de odio profundo hácia don Pedro de Castilla empezó á germinar en vuestro corazon; este sentimiento de odio fué aumentándose de dia en dia, hasta el punto de que hoy os hallais dispuesto á dar muerte á vuestro hermano. En todo

esto habeis pensado, señor conde de Trastamara; todos estos pensamientos han pasado por vuestra imaginacion en el corto espacio de algunos meses: ahora voy á deciros lo que pensareis en lo futuro; ahora voy á revelaros el tiempo que vais á vivir y cómo y cuándo tiene que ser vuestra temprana muerte.

— ¡Basta! ¡basta!—esclamó el conde de Trastamara cubriéndose el rostro con las manos:—basta, señor Abraham: creo ya en todas vuestras palabras.

— ¡Ah! ¿creeis ya?—repuso el judío con ironía.—Dudad si quereis; Abraham por eso nunca se incomoda; tan acostumbrado está á que duden de sus palabras cuantos vienen á consultarle, que ya no le hacen impresion vuestras infundadas dudas. El tiempo os dirá si son errados los cálculos profundos de mi ciencia.

El conde de Trastamara nada replicó, y sacando otro puñado de monedas las depositó sobre la mesa del judío.

— Esperad, esperad:—dijo éste levantándose del sillón y dirigiéndose á uno de los rincones de su estraño gabinete.—No basta que nunca os desprendais de ese puñal que llevais á la cintura: para que llegueis á ser rey de Castilla, es necesario que vaya impregnado de este líquido azulado que tengo en ese pomo, y sin el cual acaso perdiese toda su virtud.

El conde de Trastamara entregó su puñal al judío, y éste despues de haberle bañado en el líquido azulado de la redoma, lo puso al fuego hasta conseguir que se tornase rojo merced á una grande elevacion de temperatura. Luego lo dejó posar dentro de la cacerola que tenia sobre el hornillo, y despues de limpiarlo perfectamente hasta sacarle

otra vez el brillo con una piel de dragon que tenia suspendida de un clavo fijo en la pared, se lo entregó á don Enrique, diciendo:

— Tomad, señor conde de Trastamara; está templado á prueba de rey. Este es el puñal destinado á dar muerte á vuestro hermano; nunca os desprendais de él, si no quereis regalar una corona.

El conde de Trastamara volvió el puñal á su cintura, y sin acertar á responder una palabra salió del estudio de Abraham confuso y reflexivo y guiado por el pagecillo, que á una seña del sábio apareció en la puerta de aquella cámara.

.....

.....

.....

— Este puñal es el destinado á dar muerte á mi hermano; este puñal vale una corona:—decia don Enrique saliendo de la casa del judío:—¡Oh! no lo despreciaré; ya haré uso de él tan luego como se me presente una ocasion propicia. Y no hay duda; los cálculos de Abraham, son muy fundados; ha leido en mi pasado, y ha analizado mi presente. ¿Qué extraño tiene, pues, que lea en mi porvenir?

Y así continuó reflexionando por todo su camino.

CAPITULO XXXI.

En el que se vé la estraña manera que tenia don Fernando de Castro de declararse enemigo del rey , y de cómo los individuos de la liga trataron de hacer armas contra don Pedro.

INTERIN estos sucesos tenian lugar en Castilla, en Portugal ocurrían otros no menos interesantes y de los cuales no podemos menos de hacer mencion, si hemos de seguir punto por punto el curso de nuestra historia.

Don Fernando de Castro hermano de la hermosa y jóven doña Juana , á quien el rey habia abandonado despues de haberla hecho su esposa , partió de Monforte de Lemus, una de las tardes mas calurosas del mes de julio y se encaminó hácia Monzon , pueblo sito en la ribera del Miño, tierra de Portugal.

Es de advertir , y así conviene anotarlo á fin de que se comprenda mejor la conducta de este noble , que don Fernando de Castro andaba tiempo habia loco de amor por una hermana del conde don Enrique, y que éste interesado como

se hallaba en llevar á cabo su guerra contra el rey, era natural que buscase por todos los medios posibles hombres poderosos á quienes unirse en contra de su hermano, para que de este modo sus planes obtuviesen el resultado apetecido.

Don Enrique de Trastamara envió, pues, á llamar á don Fernando de Castro, y pintándole con los mas negros colores la triste situacion á que la infeliz doña Juana habia quedado reducida merced á la escandalosa conducta del rey para con ella, y anunciándole al propio tiempo que no tenia inconveniente alguno en otorgarle la mano de su hermana para que con ella contrajese matrimonio; el conde de Trastamara consiguió por el pronto lo que tanto necesitaba en aquellas circunstancias: esto es, un nuevo aliado para llevar á cabo sus planes de rebelion.

Don Fernando de Castro se hallaba resentido por otra parte con el rey, y nuestros lectores recordarán sin duda que estos motivos eran muy fundados por parte del noble, pues cuando el rey se casó en Valladolid con doña Blanca, faltó muy poco para que el monarca le dejase sin vida en medio del palenque.

Las razones que el rey tuviese para atacarle de una manera tal en aquel torneo las ignoraba don Fernando de Castro, ó si las sabia, no juzgaba conveniente revelárselas á nadie. De todos modos, el recuerdo de esta especie de venganza, y el mal comportamiento que habia tenido para con doña Juana despues de casarse con ella, decidieron á don Fernando de Castro, á aliarse con el conde de Trastamara, ansioso de declarar la guerra á un rey contra el cual abrigaba tantos resentimientos.

Alegróse mucho de esto el conde don Enrique, y don

Fernando de Castro emprendió como decimos su marcha hácia Monzon, donde se propuso aclarar los motivos que tenia para variar de conducta uniéndose con los confederados y declarándose enemigo de don Pedro de Castilla.

El modo que este noble tenia de declararse enemigo del rey era bastante singular, y creemos oportuno referirlo á nuestros lectores.

Apenas llegó á Monzon, acompañado por supuesto de todos sus vasallos, puesto que don Fernando de Castro era como hemos dicho un hombre poderoso, estableció sus reales en las afueras de aquella villa, y allí se dispuso á permanecer por espacio de algun tiempo.

Todas las mañanas acompañado de uno de sus escuderos entraba en Monzon y oía misa con el mayor recogimiento; despues se volvía á sus reales y montando en un corcel de guerra pasaba el vado del Miño seguido de su escolta, y se dirigia á Salvatierra, perteneciente ya al dominio de Castilla.

Una vez allí, delante de un notario y á presencia de todos sus servidores y demas gentes de aquella villa que acudian á presenciar el acto, anunciaba á voz en grito que se despedia y emancipaba del dominio del rey don Pedro por medio de las siguientes palabras.

«Por quanto el rey don Pedro de Castilla me infirió grandes agravios en los torneos celebrados en Valladolid el día 3 de junio de 1353, quando celebró sus bodas con doña Blanca, tratando de asesinar me en medio del palenque con la punta de su lanza; por quanto el rey don Pedro de Castilla abandonó á aquella jóven princesa sin que existiesen motivos para esta separacion; por quanto el rey don Pedro de Castilla engañó á mi pobre hermana doña Juana de Castro,

»casándose con ella despues de anular su primer matrimonio
»abandonándola tambien á la segunda noche de su boda; por
»cuanto el rey don Pedro de Castilla mandó asesinar á la
»madre de sus hermanos bastardos doña Leonor de Guzman,
»cuando ninguna razon tenia para ello; por quanto el rey
»don Pedro de Castilla ha cometido, en fin, toda clase de es-
»cándalos y tropelias, sin respeto á sexos ni edades, y sin
»reparar en que sembraba la discordia y el mal ejemplo por
»sus reinos; anuncio y declaro pública y solemnemente, que
»renuncio desde hoy á seguir siendo su vasallo; que me uno
»con el conde de Trastamara y todos los confederados; que
»me declaro su enemigo, y en una palabra, que pienso ha-
»cerle guerra hasta morir, vengando los agravios que tan-
»to mi hermana como yo hemos recibido de un monarca
»tan cruel como tirano.»

El notario público tomaba acta de todas las palabras del noble caballero, y haciendo constar como testimonio los nombres de todos los que á aquella declaracion habian estado presentes, tornaba á Salvatierra, hasta que llegada la misma hora del dia siguiente volvía al sitio en que don Fernando de Castro acostumbraba á hacer su declaracion.

El hermano de doña Juana continuó acampado por espacio de nueve dias en las afueras de Monzon, y ni uno solo faltó á hacer su declaracion acostumbrada.

Pasado este término, don Fernando de Castro se fué para Orense, y desde allí á Valderas, marchando desde esta villa á Cacabelos, de donde salió con setecientas treinta lanzas y doscientos hombres de á pié, encaminándose á Ponferrada y decidido á esperar las órdenes de don Enrique y de don Juan Alfonso de Alburquerque.

Estos rebeldes, que como saben nuestros lectores habian entrado en Ciudad-Rodrigo despues de devastar la tierra de Badajoz, salieron de aquella ciudad, pasaron el vado de Tormes y se encaminaron hácia los Barrios de Salas donde don Fernando de Castro vino á juntarse con ellos, decidido á ayudarles en la guerra.

Una vez allí, comenzaron á tratar del modo de presentar la guerra al rey y de los motivos que para tomar esta determinacion habian de alegar.

— La cosa es muy sencilla:—decia don Juan Alfonso de Alburquerque fijando sus ojos en el conde de Trastamara.

— Explícaos;—añadió éste interrumpiendo al portugués.

— Como la conducta del rey para con sus dos mujeres ha sido tan escandalosa, creo que la mejor razon que podemos alegar es la de que pretendemos que se una con su legítima esposa.

Don Fernando de Castro hizo un gesto de disgusto que no pasó desapercibido para Alburquerque.

Este procurando enmendar su falta continuó:

— Porque en realidad, todavía no sabemos cuál de las dos será su legítima esposa.

— ¿Qué duda tiene eso, don Juan Alfonso?—dijo entonces el conde de Trastamara como asombrado.—Doña Blanca y ninguna mas que doña Blanca.

— ¡Cómo!—esclamó don Fernando de Castro viendo el mal lugar en que dejaba á su hermana el conde.—¿Pues acaso doña Blanca de Borbon tiene algun otro derecho que no tenga doña Juana de Castro?

— Sí, señor don Fernando;—contestó el conde:—doña Blanca de Borbon es la primera esposa del rey, y como

quiera que ninguna razon existe para declarar nulo su matrimonio.....

— ¿Qué?

— Que el matrimonio del rey con vuestra hermana es el nulo en realidad.

— ¡Señor conde!—esclamó don Fernando de Castro incomodado.

— No os altereis, señor Castro; discutamos con sosiego y vos os convencereis.

— ¡Imposible! yo no puedo convencerme de cosas como esas.

— Tened un poco de calma y escuchadme.

— Hablad.

— ¿Ha habido alguna razon para que el rey se separe de doña Blanca?

— Sobre eso, señor conde, hubiera mucho que hablar.

— Pero bien; hablemos sin rodeos. ¿Crecis ó no que esa separacion ha sido motivada?

— De manera, señor conde,—repuso el de Castro—que si vos os empeñais en negar todas las razones que con respecto á ese asunto pueda daros.....

— No, señor Castro; yo no tengo ese empeño; pero os digo sí, que ese matrimonio ha sido válido, y que ninguna razon ha habido por consiguiente para declararle nulo.

— Si os empeñais.....—volvió á repetir don Fernando.

— No es que me empeñe—vuelvo á deciros;—es que la voz pública así lo dice; es que el pueblo entero así lo declara.

— Y entonces ¿el solemne juramento de los obispos de Ávila y Salamanca nada vale para vos?

— Los obispos de Ávila y Salamanca fueron puestos por el rey en grande aprieto, y nada de particular tiene por lo tanto que accediesen á su demanda.

— ¡Es imposible!—esclamó el de Castro cada vez mas irritado.

— Puedo responderos con mi cabeza de la exactitud de mis palabras.

— ¡Por Dios! señor conde, que si os empeñais en probar que mi hermana no tiene derecho alguno para llamarse reina de Castilla, lo conseguireis indudablemente; pero no me convenceis, señor conde de Trastamara; inútil es que os espliqueis sobre este asunto.

— Yo no digo, señor Castro, que vuestra hermana no tenga derecho alguno en el mero hecho de haberse unido con el rey; muchos son los que tiene á mi parecer, y no estoy conforme en que don Pedro de Castilla haya quitado á don Enrique Enriquez el alcázar de Jaen y los castillos de Castrojeriz y Dueñas, que en prenda de seguridad le otorgó en rehenes, decidido como se hallaba á llevar á cabo su casamiento. Inicuo ha sido, vuelvo á decir, el comportamiento del rey, y es necesario que reclamemos de él los perjuicios que á esa jóven ha ocasionado la escandalosa conducta que ha observado para con ella, Ved, pues, cuán alejado estoy de creer que ningun derecho tiene vuestra hermana; pero de esto, á decir que el matrimonio del rey con doña Blanca ha sido nulo, hay una notable diferencia.

— Ese casamiento, repito—esclamó don Fernando de Castro con voz de trueno—ha sido nulo y yo me conformo con la

solemne declaracion que sobre este particular han dado los obispos de Ávila y Salamanca.

— Esos prelados, señor Castro, —replicó el conde de Trastamara, furioso ya y decidido á cortar aquella cuestion de un modo brusco—han obrado en virtud de la terrible amenaza que contra ellos fulminó el rey don Pedro de Castilla. Este les dió á elegir entre la muerte y la declaracion que les pedia; si esta le era negada, los verdugos estaban dispuestos á hacer rodar por la estancia sus cabezas; si le era concedida, los prelados nada tenian que temer de la cólera del rey. Ved, pues, señor Castro, como esa declaracion ha sido nula, como esa declaracion ha sido falsa.

Y el conde de Trastamara pronunció estas palabras con un acento tal de cólera y desesperacion, que don Fernando de Castro nada tuvo que replicar á las observaciones de don Enrique. Sin embargo, pasados unos instantes, añadió:

— ¿Segun eso quereis que el matrimonio de mi hermana sea declarado nulo?

— No, señor Castro; yo no quiero eso: lo único que pretendia era probaros que doña Blanca tenia derecho á llamarse reina de Castilla.

— Lo tenia, señor conde: pero ahora ya no lo tiene.

— Lo tenia y tiene, señor Castro; eso es lo que yo quiero decir.

— Entonces volvemos al principio de la cuestion.

— Vamos, señores; —dijo don Juan Alfonso de Alburquerque que hasta entonces habia permanecido silencioso:— aquí de lo que se trata es de declarar la guerra al rey y de

deshacer todos sus entuertos ; tratándose de esto , dicho se está que pensamos en devolver á cada uno lo perdido y dejar á cada cual en el lugar que le corresponda : vuestra hermana, señor Castro , ha sido ofendida, y natural es que tratemos de vengarla , devolviéndola todo lo que el rey la ha arrancado últimamente ; esos castillos y algunas otras fortalezas le serán devueltos por lo tanto, y doña Juana podrá vivir tranquila en adelante. En cuanto á lo demas nada podemos hacer ; si el rey se ha unido con ella en matrimonio , y despues la ha abandonado dejémosla en buen hora alejada del monarca ; que mal podrá vivir á gusto al lado de un hombre que al siguiente dia de su enlace la abandona. Creo, señor Castro, que la cuestion está puesta en su terreno verdadero, y que á esto nada teneis que replicar.

— Es verdad;—repuso el hermano de la segunda esposa del rey:—pero don Pedro ha engañado á mi hermana miserablemente y yo he jurado vengar su afrenta. Permitidme, pues, que lleve á cabo mi resolucion y que me explique de este modo con respecto al rey de Castilla , porque el honor de mi hermana ha sido herido, y yo no debo consentir que don Pedro se burle de ninguna mujer honrada. He jurado vengar mi afrenta , señor Alburquerque, y esta daga que llevo á la cintura tiene que hundirse en el pecho de ese hombre cruel y escandaloso que ocupa el trono de Castilla.

— Teneis razon, señor Castro, y yo no me opongo á que lleveis á cabo esa vuestra resolucion ; por el contrario, soy el primero en ofreceros mi escasa ayuda, porque yo peleé siempre al lado de aquellos que tienen razones para pelear,

y mi dignidad por otra parte se halla tambien lastimada. El señor conde-añadió Alburquerque dirigiendo una mirada á don Enrique-tiene tambien motivos suficientes para hallarse resentido del comportamiento que para con él ha usado el rey, y creo por lo tanto que no será el último en prestaros su ayuda; el maestre don Fadrique tambien se halla receloso de don Pedro, porque éste, segun públicas voces ha ofrecido el maestrazgo de Santiago á don Diego García de Padilla. Todos, pues, nos hallamos interesados en llevar á cabo nuestra rebelion; todos tenemos motivos mas que suficientes para declarar la guerra al rey don Pedro de Castilla: ninguna duda, pues, debeis abrigar con respecto á nuestro modo de proceder en lo futuro; ningun recelo debeis guardar con respecto á nuestra conducta.

— Gracias, gracias, señor Alburquerque;-repuso el de Castro inclinando ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento: -veo que os mostrais dispuesto á prestarme vuestra ayuda, y justo es que yo os demuestre tambien de algun modo la profunda satisfaccion con que acabo de escuchar vuestras palabras. En mi tendreis siempre un amigo dispuesto á vengar vuestros agravios, y desde este instante podeis contar con mi escasa ayuda y con la de todos mis vasallos. Vos señor conde-dijo dirigiéndose á don Enrique -contad tambien con los pocos recursos de que puedo disponer; y vos, señor maestre de Santiago-añadió volviéndose á don Fadrique-podeis aplicaros tambien las palabras que acabo de dirigir á vuestro hermano.

— Gracias, gracias; -repitieron á duo el conde de Trastamara y el maestre de Santiago: -gracias, señor Castro; nosotros solo deseamos marchar unidos hasta el fin de nuestra

guerra, y despues de ella ya trataremos de volver á cada cual lo que el rey le haya arrebatado. Vuestra hermana será por lo tanto vengada ; nada temais señor Castro.

La liga de los confederados iba tomando cada vez mas incremento , y el rey de Castilla temia ya que aquellos, sembrando la discordia por todos los puntos de su reino distrajesen las pocas fuerzas de que en aquellos momentos podia disponer , obligándole por fin á darse á partido , con menoscabo tal vez de su régia dignidad.

Triste era por demas la situacion en que el reino se hallaba , y triste tambien el estado á que don Pedro se veia reducido.

Abandonado de la mayor parte de los nobles que podian prestarle algun apoyo en circunstancias tan azarosas como las que estaba atravesando ; amenazado de muerte por algunos descontentos ; odiado ademas por gran parte de sus vasallos , y malquistado al propio tiempo con su querida madre á consecuencia de los muchos disturbios á que su escandalosa conducta para con doña Blanca habia dado lugar; el rey don Pedro padecia horriblemente y apenas contaba con un puñado de leales servidores al lado de los cuales hacer armas en contra de los rebeldes.

La familia de los Padillas era la única con cuyo apoyo podia contar para en caso de tener que hacer guerra á los triadores; aquellos eran los únicos que se hallaban dispuestos á combatir á su lado en caso de necesidad; pero este apoyo era comprado , y don Pedro de Castilla se hallaba muy poco satisfecho del miserable estado á que se veia reducido.

Triste y muy triste era , pues , la situacion del rey; la de los rebeldes en cambio era en extremo venturosa y

presagiaba continuar así por espacio de algun tiempo.

El apoyo de don Fernando de Castro les servia de mucho, y deseaban por lo tanto declararse en guerra abierta contra el monarca.

Trataron, pues, de los medios de llevar á cabo su rebellion, y despues de una larga polémica, convinieron en que se esparcirian por el reino, para de este modo hacer mas imposible la resistencia del monarca castellano.



CAPITULO XXXII.

De cómo el rey don Pedro se incomodó por primera vez con doña María de Padilla, y de los motivos que tuvo para incomodarse.

— ¿Qué hacer en situación tan angustiosa?—decía el rey fijando sus ojos en don Diego García de Padilla, como pidiéndole consejo.—¿Qué determinacion tomar cuando todos mis vasallos me venden y los nobles me abandonan? ¡Oh! es una posicion envidiable la de un rey de Castilla; pensar de noche y dia en el modo de someter á los rebeldes: tener la vista fija en todos los puntos del reino á fin de saber con tiempo donde se levanta su bandera; sumar ochenta veces por dia el número de lanzas de que puede disponer, para repartirlas convenientemente y no encontrarse sin fuerzas para combatir..... esto es delicioso; esto es envidiable. ¿No es cierto, señor maestro de Calatrava?

El rey pronunciaba estas palabras con un tono tan sar-

cástico, acompañándolas al propio tiempo con tan satánicas carcajadas, que don Diego García de Padilla no sabia que responder al soberano, contentándose únicamente con bajar la vista como avergonzado.

— ¡Oh! esto es magnífico;—proseguia el rey:—esto es delicioso: luchar y luchar y nunca concluir con los rebeldes..... la vida de un monarca es envidiable; no tiene rival, señor Padilla.

Y el rey don Pedro hablaba con razon hasta cierto punto al desahogarse de esta manera.

Los infantes de Aragon con quienes se habia unido para atacar á los rebeldes, se le mostraban tambien traidores y separándose de él en Tordehumos se marcharon en busca del conde de Trastamara en compañía de su madre la reina viuda doña Leonor.

Desgracia era de don Pedro la de que todos sus caballeros le abandonasen en los momentos mas criticos de su vida.

Por esto, sin embargo, nunca se apuraba, y rara vez perdia la sangre fria con que acostumbraba á mirar siempre, aun las cosas mas estrañas y de mas dificil resolucion.

— Los infantes de Aragon—decia—me han abandonado; pero no importa: dia llegará en que el rey de Castilla abandone á los infantes de Aragon al capricho de sus verdugos. ¡Oh! la venganza motivada es la justicia; si un rey no se vengase dejaria de ser justo. ¡Bellos primos tengo por vida mia! ¡Como hay Dios que los infantes de Aragon han dado pruebas de caballeros! pero no importa, no importa. ¡Pobre don Juan! aspirabas á hacerte dueño del señorío de Vizcaya..... mas tarde; hoy por hoy aun no has hecho mé-

ritos mas que para que mande á mis verdugos que te corten la cabeza. Y tú, pobre viejo Juan Fernandez de Hínestrosa ¿qué has hecho, que no has cumplido con las órdenes del rey? ¿qué has hecho que no solo has consentido que don Fadrique entre en Toledo, sino que has permitido que la ciudad entera se subleve? ¡Oh! tengo yo muy buenos servidores: con nobles tan valientes y leales, ya puede gobernarse un reino.

El monarca habia dispuesto en efecto, que el tío de la Padilla don Juan Fernandez de Hínestrosa, trasladase á doña Blanca desde Arévalo al alcázar de Toledo, donde quedaba encargado de custodiarla; y como el maestre de Santiago don Fadrique, entrase en la ciudad al frente de setecientos hombres de á caballo, y á petición de los toledanos proclamase reina á doña Blanca de Borbon y la rindiese pleito homenaje, el tío de la Padilla, impotente como era para contrarrestar las fuerzas de don Fadrique, no tuvo otro remedio que someterse, so pena de que el maestre le mandase degollar.

El reino de Castilla se hallaba indignado al ver la escandalosa conducta observada por don Pedro, y trataba por una parte de vengar los agravios inferidos á aquella jóven tan hermosa como desgraciada, y á quien su señoría el rey mandaba encerrar en un castillo sin que ninguna razon hubiese que bastara á motivar aquella despótica resolucion.

La juventud, la inocencia, el infortunio de una princesa de tan ilustre linage, comenzó por escitar la compasion y las simpatias de las damas toledanas, y acabó por interesar á los caballeros é hidalgos de aquella ciudad hasta el punto de que se alzaran casi todos en su defensa, tomándola bajo

su proteccion y llamando en su auxilio al maestre don Fadrique, que abandonó el castillo de Segura, atacado á la sazón por las gentes del rey, acudiendo inmediatamente en defensa de la dama.

El resultado de esta especie de sublevacion, fué que la ciudad de Toledo reconociese á doña Blanca de Borbon como reina de Castilla con grave riesgo de la vida de Fernandez de Hinesrosa, y que Córdoba, Jaen, Úbeda, Cuenca y Talavera siguiesen poco despues su ejemplo levantándose tambien en contra del rey y proclamando á doña Blanca.

Don Pedro, sin embargo, por nada de esto se apuraba; y aun cuando el defensor del castillo de Segura, don Lope Sanchez de Bendaña, á quien el maestre don Fadrique habia encargado mucha cautela, se negó obstinadamente á entregar el castillo al rey; éste que en punto á dar y quitar á sus vasallos bienes y riquezas se andaba siempre con muy pocos miramientos, se dirigió á Ocaña, juntó allí á todos los caballeros y freyres de la órden de Santiago que eran con él, y les mandó que en adelante reconociesen como maestre de su órden, á don Juan García de Villagera, hermano bastardo de la Padilla.

En la familia de los Padillas, se acumulaban, pues, las mas altas y pingües dignidades del reino, y esto como era natural exasperaba mas el ánimo de los rebeldes que se veian postergados á los parientes de una manceba.

Continuaron los insurrectos combatiendo los castillos y fortalezas que estaban por el rey, despues de haber sembrado la discordia por todos los puntos de la assolada monarquía, se reunieron por último en Cuenca de Tamariz, á donde acudieron tambien como hemos dicho los infantes de

Aragon con su madre doña Leonor , engrosando con esto las filas de los rebeldes.

Muy triste era ya la situacion á que el rey don Pedro se hallaba reducido ; abandonado por todos los principales nobles, que siguiendo el ejemplo de los infantes se acogieron al partido de que podian sacar mas medro , á don Pedro de Castilla apenas le quedaban ya unos seiscientos hombres para combatir, incluyendo en estos á los escuderos y demas gentes de su servidumbre y de la de los Padillas.

— ¿Qué hacer—decia, pues, dirigiéndose á su camarero mayor como pidiéndole consejo.—¿Qué determinacion tomar, señor Diego de Padilla?

Este como hemos visto, bajaba la vista avergonzado y no encontraba palabras para responder al rey.

— ¿Qué hacer, repito?—volvió á esclamar el rey con voz de trueno y levantándose del sillón en que se hallaba.—¿Qué determinacion tomar en circunstancias tan azarosas, señor Diego de Padilla? ¿Así creéis que se ganan los maestrazgos? ¿Escuchando al rey sin replicar, pero sin ayudarle tampoco á buscar un medio á propósito para combatir con ventaja á los rebeldes? ¡Oh! don Diego de Padilla, ¡y cuán abandonado me veo de todos mis servidores! pero no importa; ya llegará el día en que unos y otros me respeten y tiemblen al oirme pronunciar una palabra; pero ¿qué digo? ¿no me temen ahora por ventura? ¡Ah! nobles ambiciosos, y cuán pronto vais á ver al lobo las orejas.

— ¡Señor!—esclamó el camarero mayor todo aterrado:—yo quisiera poderos aconsejar en este instante; pero es tan difícil la situacion en que nos hallamos, que apenas veo un medio de salvacion.

— De las situaciones difíciles es de las que que el hombre debe saber librarse;—repuso el rey :—que de las ordinarias libre se encuentra á todas horas.

— Es verdad ; pero.....

— Pero nada , señor maestre de Calatrava; mándoos que salgais de aqui , porque todo me incomoda ; hasta vuestra presencia en mi cámara.

El rey de Castilla estaba pálido de cólera y sus ojos inyectados de sangre se fijaban de un modo tan aterrador en el rostro de don Diego , que éste no pudiendo resistir el fuego de sus miradas, salió de la cámara tembloroso y agitado y sin atreverse á murmurar una palabra.

Don Pedro quedó solo en su estancia, y furioso como un leon condenado á vivir en los estrechos limites de su jaula, se paseaba agitado y lleno de desesperacion fijando sus terribles miradas en cuantos objetos se le ponian á la vista.

— ¡ Cruel ! ¡ cruel !—esclamaba loco de furor y llenando el espacio con su voz de trueno :—cruel me llama el pueblo porque mando degollar ; cruel me llaman los nobles porque corto las cabezas de los traidores; cruel me llaman todos mis vasallos porque hago demasiadas justicias y nunca tengo demas á mis verdugos. ¡ Oh ! ya llegará dia en que me llamen tigre carnicero , si de este modo prosiguen los rebeldes atacando mis villas y fortalezas : pues qué ¿ no tengo motivos suficientes para colgar de las almenas de mi alcázar á toda la nobleza de Castilla? Mucho ganaria el reino si yo pudiese llevar á cabo esta resolucion ; pero por desgracia mia, los nobles son muchos contra un rey, y el rey es solo contra muchos nobles. ¿ Qué derechos les he quitado yo

para que de ese modo se rebelen? ¿qué motivos pueden tener, ni el conde de Trastámara, ni el maestro de Santiago, ni don Juan Alfonso de Alburquerque, ni el mismo don Fernando de Castro, ni los infantes de Aragon para que de ese modo se coaliguen y todos juntos me declaren guerra? ¡Oh! ¡son muy sagaces los nobles de estos tiempos! ¡Saben mucho para vivir callados al lado de un rey tan ignorante! ya les haré yo ver y tocar el resultado de mi venganza; ya llegará día en que les haga confesar sus desaciertos; pero aquel día será ya tarde para implorar perdón. ¡No hay clemencia!—les diré con voz de trueno.—¿La habeis usado conmigo cuando tratábais de arrojarme del trono de Castilla? ¿Y qué derecho teniais para ello, señor don Juan Alfonso de Alburquerque? ¿qué derecho teniais para ello, señor conde de Trastámara? ¿qué derecho os asistia para ello, señor maestro de Santiago? ¿con qué derecho me combatiais, señor don Fernando de Castro? Todas estas preguntas les haré y á todas ellas me contestarán, ó rodarán sus cabezas por el suelo sin necesidad de que me ayuden mis verdugos. ¡Oh, maestro don Fadrique! ¿tomas por pretexto para declararme guerra el que no hago vida con doña Blanca ni la trato como reina de Castilla? Mi matrimonio con esa princesa ha sido nulo; así lo han declarado al menos los obispos de Ávila y Salamanca; y sobre todo personas tiene mas allegadas doña Blanca de Borbon para quejarse de mi comportamiento; pero esas personas y vos, saben perfectamente los motivos que he tenido para obrar de esa manera: no me combatirá por eso el rey de Francia; no se dará tampoco por ofendido el duque de Borbon; apreciarán mas el honor de una familia que la felicidad de una

mujer, y doña Blanca estaba deshonrada cuando llegó á Valladolid. Vos lo sabeis mejor que yo, señor maestre de Santiago. ¿No tengo motivos todavía para vivir muy lejos de ella?

Y el rey don Pedro pronunciaba con tal calor sus últimas palabras, que cualquiera que en aquel instante hubiese penetrado en su cámara le hubiese tenido por un loco; pero el rey estaba muy cuerdo en aquella ocasion, y su amor propio ofendido y su buena fé burlada eran los que le obligaban á hablar de aquella manera.

El rey reflexionaba siempre antes de dar un paso, y solo despues de haberlo meditado por espacio de mucho tiempo, era cuando se decidia á obrar; solo entonces era cuando se decidia á poner en planta cualquiera de sus pensamientos.

Aun resonaba el eco de sus últimas palabras en los ángulos de su cámara, cuando uno de los ballesteros de maza se presentó en la puerta solicitando su permiso en ademan respetuoso.

— ¿Qué quieres?—le dijo el rey con sequedad y muy poco dispuesto á oírle.

— Señor,—contestó el balletero;—la reina viuda de Aragon acaba de llegar á Tordesillas, segun me ha noticiado uno de los vigías de la torre, y es muy posible que venga á esta fortaleza solicitando una audiencia para hablaros. Vengo á recibir vuestras órdenes.

— ¡La reina viuda de Aragon!—esclamó el rey en voz baja y como asombrado.—¡La madre de los infantes! Que pase si quiere verme;—añadió despues dirigiéndose al balletero.

Este desapareció de la puerta de la cámara y el rey se quedó mudo y reflexivo.

— ¡Doña Leonor de Aragon!—esclamó despues de unos instantes.—¡ Por Dios! que no comprendo su venida; pero en fin, veremos la comision que trae la madre de los rebeldes y librela el diablo de exaltar un poco mi sangre en ocasion como la presente; porque sin respeto á su sexo y sin consideraciones de ninguna especie, la haré colgar de una de las almenas del castillo. Vendrá acaso á implorar el perdon de sus hijos. ¡ Oh! triste es la situacion en que me hallo pero aun conservo ánimos suficientes para despreciar toda clase de auxilios y hacerme respetar encerrado en cualquiera de mis villas. Los rebeldes me cercarán, ya lo veo; pero no importa; de lances mas apurados he salido en otras ocasiones, y la presente nada de particular tiene sobre aquellas para que yo me atemorice.

El balletero de maza anunció en este instante á la reina viuda doña Leonor, y el rey la recibió con alguna frialdad; don Pedro como hemos dicho en otra página de nuestro libro, no sabia dominar nunca sus pasiones, ni fingir por lo tanto lo que no sentia. Furioso como se hallaba, recibió, pues, con muy poca galantería á la madre de los infantes de Aragon.

— Noble rey de Castilla, —dijo la dama inclinándose respetuosamente ante el soberano:—os estrañará sin duda una visita tan importuna como la que hoy me decido á haceros.

— Si, en verdad;—contestó el rey en tono bastante seco.

La reina de Aragon al oír la rápida y poco afectuosa contestacion del rey, se quedó como parada y sin saber que replicar.

— Si quereis esplicarme—continuó entonces don Pedro—el objeto de vuestra venida.....

— ¡Oh! en muy breves palabras ;—contestó la dama, arrepentida al parecer de haber descubierto que traía una misión especial para el rey.

— Como queráis ;—repuso don Pedro :—estoy dispuesto á oiros, y podeis empezar cuando mejor os plazca.

La madre de los infantes de Aragon lanzó un profundo suspiro y continuó :

— Yo, señor, vengo comisionada por los de la liga para.....

— ¡Por los de la liga!—esclamó el rey fingiendo grande asombro.

— Por los de la liga, sí ;—replicó la reina :—¿ os extrañais ?

— ¿Y cómo no, señora, si es la primera noticia que tengo de esa liga de que me hablais ?

— ¡Oh! pues permitidme que os diga, don Pedro, que andáis muy atrasado de noticias, cuando aun no sabeis que se ha formado una liga contra vos, que se han unido vuestros hermanos bastardos, vuestro antiguo favorito y el hermano de vuestra segunda esposa para declararos guerra. Mucho extraño, don Pedro, que aun no haya llegado esta noticia á vuestros oidos, y mucho mas cuando.....

— Es cierto, es cierto ;—dijo el rey interrumpiendo á doña Leonor :—pero decidme ¿ no son tambien partidarios de esa liga mis pundonorosos primos los infantes de Aragon ?

Con un tono tan sarcástico hizo el rey esta pregunta, que la reina viuda nada supo al pronto que replicar ; pero repuesta despues de su primera impresion, respondió

— Creo que sí, don Pedro: mis hijos tienen por fortuna bastante talento para conocer el giro que van tomando los

asuntos de Castilla, y creo que sean tambien del número de los confederados.

— ¿Pero vos no lo asegurais?—repuso el rey con intencion.

— No lo aseguro;—contestó la dama:—porque aun no he conferenciado con ellos acerca de este asunto y.....

— Es verdad, es verdad: aun no habeis tenido tiempo de decirles esplicaciones acerca de su salida de Tordehumos, y no es estraño que nada sepais todavía.

— Nuestra salida de Tordehumos ignoro todavía la significacion que podrá tener; acaso mañana sepa alguna cosa, pero hasta hoy, don Pedro, ignoro las causas que motivaron nuestra repentina marcha de aquella villa.

— Bien, bien;—repuso el rey pasmado al ver la sangre fria con que aquella dama contestaba á todas sus preguntas. —Yo, como comprendéis, pude mandar en persecucion vuestra unos cuantos centenares de lanzas; pero preferí dejaros caminar tranquilos á haceros emprender vuestra marcha al galope. Continudad, doña Leonor, que van gustándome vuestras esplicaciones.

La dama hizo un grande esfuerzo por conservar su serenidad, y luego continuó:

— Como os decia, vengo comisionada por los individuos de la liga para haceros unas ligeras observaciones acerca de lo que segun ellos conviene que hagais, si quereis conservaros en el trono.

— ¡Oh! ¿amenazas tenemos?—esclamó el rey.

— Consejos, don Pedro, no amenazas;—dijo la reina.

— Seguid, seguid.

— Los confederados quieren que volvais al lado de doña

Blanca, puesto que ningun motivo justo habeis tenido para repudiarla.

— Seguid, seguid.

— Los confederados quieren que os separeis para siempre de doña María de Padilla, y la pongais en alguna orden del reino de Francia ó del de Aragon.

— Seguid, seguid;—volvió á decir el rey no pudiendo contenerse ya en el acceso de cólera que le dominaba.

— Y por último, don Pedro;—añadió la reina viuda con una calma aparente que la costaba ya mucho trabajo continuar fingiendo:—los confederados quieren que no tengais por privados á los parientes de vuestra manceba.

— Basta ya, doña Leonor; basta ya de insultos:—esclamó el rey de Castilla lleno de despecho dando un fuerte puñetazo sobre un tablero de damas, y haciendo saltar una de sus piezas á merced del golpe.—No son los confederados los que tienen que imponer leyes al rey de Castilla; es el rey de Castilla el que tiene que imponérselas á los confederados. ¿De cuando acá se han llegado á imaginar esos soberbios nobles que el rey de Castilla tiene que someterse á sus caprichosas exigencias? ¿De cuando acá han podido figurarse que tienen derecho para imponerme leyes?

— Pero, don Pedro.....

— Basta, doña Leonor; basta ya de insultos. El rey no pide nunca á sus vasallos; son los vasallos los que piden y se humillan á las plantas de su rey.

— Pero tened en cuenta, señor, que los confederados son gente amotinada y que los rebeldes rara vez piden favores, si no que los conquistan con las armas en la mano.

— ¿Todavía proseguís, doña Leonor? Pues bien; mar-

chad otra vez hácia el sitio donde se hallan los rebeldes, y decidles de mi parte que desprecio todos sus consejos, que no escucharé jamás las peticiones que me hagan, que no aceptaré nunca las condiciones que me propongan, y en una palabra, que estoy dispuesto á sostener la guerra contra ellos, para despues aplicar á cada cual el castigo á que se haya hecho acreedor por su conducta como rebelde. Esto les direis de mi parte, doña Leonor; pero añadidles mas; decidles que no me contentaré con ver rodar sus cabezas por el suelo hechas pedazos, si no que las haré pasear por las calles públicas clavadas en una pica.

— ¡Señor! ¡señor!-esclamó la reina viuda de Aragon toda temblorosa al ver la actitud severa é imponente del monarca.

— Todo eso haré, sí;—continuó el rey:—sin esceptuar de la regla á vuestros dos hijos; decidles, pues, que su villana conducta tiene que llevar tambien su merecido.

— ¡Señor! ¡señor!-volvió á esclamar la reina cada vez mas conmovida y agitada.-Oid ¡por Dios! las súplicas de vuestra tia, ya que no querais escuchar las condiciones que os imponen los confederados para volver á vuestro servicio.

El rey se quedó como pensativo, y despues se fué serenando por instantes.

La reina viuda prosiguió entonces:

— Abandonad á la Padilla; abandonad á esa mujer que os tiene fascinado y es la causa de todos los males que afligen á vuestro reino; dejadla ¡por Dios! y vuelva á reinar la paz en toda Castilla.

— ¡Basta, doña Leonor, basta! otra vez me hablásteis de ese asunto y ningun resultado favorable obtuvieron vues-

tras súplicas ; marchaos , pues , ó de lo contrario , no proseguais hablando de esa manera.

— Ved , señor ,—volvió á decir la tia del soberano—que las gentes de los confederados son muy numerosas , y que en vano tratais de oponerles resistencia.

— Vuelvo á deciros , doña Leonor , que perdeis el tiempo si tratais de convencerme ; porque ni el conde de Trastamara , ni el maestre de Santiago , ni don Juan Alfonso de Alburquerque , ni don Fernando de Castro , ni los infantes de Aragon , ni todos los nobles juntos , serán bastantes á hacerme cejar en mi decidido empeño. Hé resuelto no separarme jamás de doña Maria ni volver á unirme jamás con doña Blanca , y nunca variaré de resolucion. Doña Maria de Padilla es la única mujer á quien yo adoro , y nadie será capaz de arrancarme de sus brazos. Poco me importa que mi hermano don Fadrique haya proclamado en Toledo á doña Blanca como reina de Castilla ; mi matrimonio con doña Blanca ha sido nulo , é inútiles son por lo tanto cuantos esfuerzos hagan los rebeldes por declararla reina. Don Pedro de Castilla no la reconoce por esposa , y nunca se unirá con ella aunque se subleven contra él , no cuatro nobles ambiciosos , sino la nacion entera.

— Señor ;—dijo entonces la reina viuda :—no quereis hacer caso de los consejos de vuestra tia ; pero dia llegará en que os acordeis de mis palabras y purgueis aunque ya tarde los malos resultados de ese amor escandaloso. ¡Adios , don Pedro!

— ¡Adios , doña Leonor !

Y la reina viuda salió de la cámara del rey.

— ¡Oh ! tratan de hacerme volver al lado de doña Blan-

ca ; pero mucho se engañan los rebeldes. El rey don Pedro vivirá siempre con la Padilla , mal que pese á todos esos nobles ambiciosos. Conde de Trastamara..... dia llegará en que yo te haga purgar todos tus crímenes; y vos, señor de Alburquerque , cuidad tambien de no caer en las manos del rey ; porque entonces..... ¡Oh! entonces os mandaria atar á la cola de uno de mis caballos, á fin de que os arrastrase por las calles y plazuelas.

Don Pedro de Castilla era muy generoso ; pero cuando algun noble se rebelaba contra él , el sentimiento de la venganza renacia en su corazon acompañado de todos los horrores del tormento , y mas tarde ó mas temprano le hacia sufrir el castigo á que por su pasada conducta se habia hecho acreedor. Esta era , pues , la causa de que el rey se mostrase tan iracundo contra los nobles de la liga.

— ¡Oh! yo me vengaré ;—volvió á decir despues de unos instantes :—ya me pedireis perdon hincados de rodillas , y yo no escucharé vuestras palabras.....

— Señor ;—dijo entonces un balletero desde la puerta de la cámara :—el adelantado mayor de Andalucía os remite este mensaje , que vuestro camarero mayor me manda poner en vuestras manos.

El rey tomó el pergamino que en una bandeja preciosa le presentaba el balletero y despues le mandó salir.

Don Diego García de Padilla entregaba á su hermana otro enrollado pergamino.

— ¿Qué diablos es esto?—esclamó el rey examinando escrupulosamente el legajo.

— ¡Ah! es el del Papa :—añadió despues fijando sus ojos en un sello de cera pendiente de una cinta encarnada.—

Este es su sello, sí; veamos lo que el buen Inocencio VI nos dice en este pergamino. Siempre será una terrible amenaza.

Y el rey de Castilla comenzó la lectura del pergamino.

— ¡Oh! no me equivocaba;—esclamó despues de unos instantes.—El Papa Inocencio ha tenido la humorada de enviarme una excomunion envuelta en este rollo de papel. Y ¡por Dios! que se molesta en vano el sucesor de San Pedro; pero sigamos, sigamos.

El rey continuó la lectura del pergamino, y su semblante se iba tornando pálido á medida que sus ojos iban avanzando en el escrito.

— ¡Rayos del cielo!—esclamó por fin arrojando el pergamino antes de concluir de leerlo.—Esto es insufrible, esto es insoportable: todos me atacan, todos me censuran, ninguno me defiende; uno solo es el que se muestra leal para conmigo; uno solo es el que no se atreve á juzgar nunca mis acciones. Pero ese es uno solo, y con un vasallo valiente, leal y caballero, mal puede un rey declarar la guerra á un soberano; porque tan soberano es el Papa Inocencio ocupando la thiara, como el hijo de Alfonso XI sentado en el trono de Castilla. Y esto es atroz, esto no debe soportarse, so pena de que el mundo entero se eche sobre mí arrancándome la corona que llevo puesta sobre las sienes. ¿Qué delito he cometido para que de ese modo se me trate? ¿Qué crimen es el mio para que de una manera tal se me emplace ante el tribunal de Dios? ¿Se obra mal por ventura adorando á una mujer? ¿Se ofende á la iglesia acaso derramando la sangre de los traidores? De ningun modo. Ó el Papa y el rey son incompatibles, ó el que ocupa el trono debe obrar siempre por inspiraciones de la Iglesia:

y esto no ; vive Dios ! ó queda establecido el principio teocrático ; el principio teocrático que todo lo mina y avasalla, que todo lo sujeta y lo comprime , con escarnio de las saludables máximas de la Iglesia y con menoscabo tambien de los fueros del pobre pueblo , y hasta del mismo rey . ¡ Ira del cielo ! esto es insufrible , esto no puede soportarse .

Y el rey de Castilla se paseaba furioso por la estancia, dando como de costumbre terribles golpes sobre la mesa y cuantos objetos se le ponian por delante .

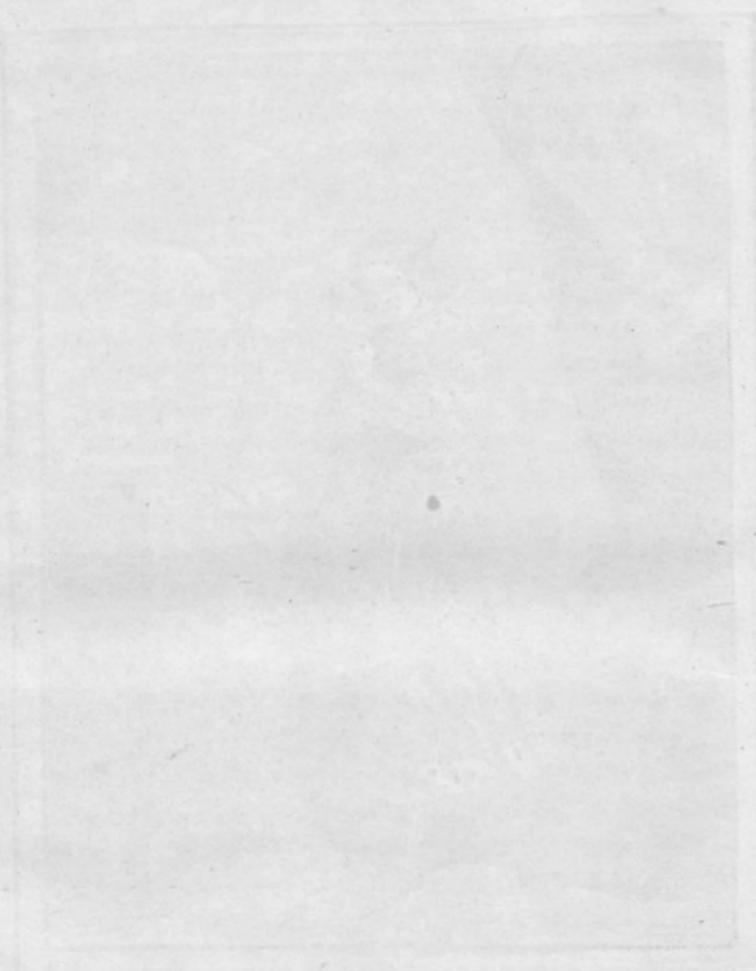
El pergamino que habia sido causa de la terrible cólera del rey , estaba concebido en términos muy duros , aunque no tanto como la escandalosa conducta del monarca merecia .

El Papa Inocencio VI á quien los hermanos bastardos del rey y todos los partidarios de estos temian al corriente de cuantos sucesos tenian lugar por los reinos de Castilla , sabia ya lo mal que don Pedro habia obrado al separarse de doña Blanca ; y el escándalo que su segundo casamiento con la de Castro habia promovido , y noticioso tambien de la extrema debilidad con que los obispos de Ávila y Salamanca habian procedido , espidió un breve en el momento aconsejando al rey que se separase de la Padilla y volviese al lado de doña Blanca , y como este breve ningun resultado favorable hubiese obtenido , comisionó al obispo Bertran de Sienne , su internuncio , para que emplazara ante la córte de Roma á los prelados de Ávila y Salamanca , espidiendo otro breve al propio tiempo en el cual apostrafaba al rey de esta manera .

« Mira que la fama de tus crímenes resuena por el mundo : que ya suena en los oidos de todos el rumor de



Y el Rey se paseaba por la estancia.



... ..

»tus pecados, con los cuales se halla tu salvacion comprometi-
 »tida, el lustre de tu nombre oscurecido, violada tu gloria,
 »rebajada tu dignidad, marchitado tu honor, y tu real nom-
 »bre manchado en su principio, destrozado por los lábios de
 »la multitud, escarneado por las lenguas de todos los que
 »observan tu conducta.... *Ecce jam quasi orbis scelerum*
»tuorum rumoribus perstrepit etc. (1)»

Así se esplicaba el breve que el rey don Pedro acababa de arrojar lleno de cólera, y en dichos términos le apostrofabá el Papa por su imponderable y escandalosa conducta para con la bella princesa doña Blanca, y por los muchos excesos en que habia incurrido por satisfacer su amoroso delirio hácia doña María de Padilla.

Esta infeliz mujer, á quien los continuos devaneos del monarca habian hecho tambien muy desgraciada, lloraba sin consuelo dentro del su camarín, leyendo asimismo otro pergamino, que el mismo Papa Inocencio le habia mandado desde Roma á instancias suyas y á propuesta del mismo obispo Bertran de Sienna.

Cansada ya de verse reducida á la triste condicion de una manceba, á quien acaso el rey pensaba tambien abandonar, y noticiosa por otra parte, de que los bastardos pedian al rey la encerrase en un convento, ella adelantándose á los deseos de los sublevados, mandó pedir al Papa un breve de concesion para edificar un monasterio y vivir en él el resto de su vida.

Leyendo se hallaba á la sazón el breve que juntamente con el del rey habia llegado á Castilla, quando don Pe-

(1) Raynaldó.—Annales Ecles. ann. 1354, núm. 21.

dro, furioso y agitado á consecuencia de la lectura de dicho documento, se presentó de improviso en el camarín de la Padilla.

Procuró ésta disimular ocultándolo entre los pliegues de su lindísimo brial; pero el rey advirtió en seguida la acción de la dama, y acercándose á ella en actitud amenazante, con voz terrible la dijo:

— ¿Qué ocultais ahí, doña María? ¿qué misterio es ese que tanto empeño mostrais en que yo ignore?

— ¡Señor!—esclamó la dama:—no es misterio ninguno; yo nada he ocultado.

— ¡Nada! cuidado, doña María, de no engañarme; porque estoy en muy mala disposición para que no procure averiguar la verdad desnuda de los hechos.....

— Pero señor.....

— Silencio, doña María; contestad á mi pregunta y nada repliqueis.

— ¡Oh! si os empeñais, don Pedro, me veré precisada á inventar alguna mentira á fin de que no me juzgueis culpable.

— No, no; quiero que me digais la verdad; no exijo de vos que inventeis una mentira.

— La verdad, señor, es que yo nada he ocultado.

— ¡Oh! basta, basta ya de sarcasmo, doña María, basta ya de ficción para conmigo. Al rey de Castilla no le engaña nadie y á su vista mucho menos: cuidado, pues, amante hipócrita de no proseguir engañando al que os adora; cuidado de no decid mentira delante del rey don Pedro; ¿qué habeis notado en mí para que de ese modo tan inicuo me trateis? ¿Os he engañado por ventura? ¿Os engaño en este instante

al decirnos que os adoro? Creo que no, doña María; creo que ningun motivo de queja teneis para ocultarme la verdad cuando yo mismo la he presenciado. ¿Qué ocultabais ahí doña María? ¿Qué misterio es ese que tanto afan mostrais por ocultarme? ¡Oh! ya veo que no me amais, ya veo que es fingido todo ese estremado cariño con que no ha mucho me engañabais.

— ¡Perdon, señor, perdon!—esclamó entonces doña María echándose á los piés del rey y abrazándose á él, toda conmovida.—¡Perdon, señor! porque he sido culpable.

En los ojos del rey se pintó una terrible emocion imposible de esplicar, y arrojándose sobre el pergamino que la Padilla habia dejado caer en medio de su arrebató, lo devoró con la vista estrujándolo despues entre sus manos.

— ¡Maldicion! ¡maldicion!—esclamó despues de un breve instante de silencio separándose de la Padilla y arrojando el breve á uno de los rincones de la estancia.—Ya comprendo vuestro temor, y veo el origen de vuestra tenacidad.

— ¡Perdon, señor, perdon!—volvió á esclamar la Padilla vertiendo lágrimas de amargura.—Perdonadme si os he ofendido; pero nunca dudeis de mi pasion. ¡Oh! ¡era yo tan feliz á vuestro lado!

—Callad, callad, doña María; no abrais de nuevo la profunda llaga que tengo en mi corazon; ya sé que no me amais; ya sé que es fingido todo cuanto me estais diciendo y ese pergamino me lo acaba de probar en este instante. Si tan bien estais á mi lado, si tan feliz os considerais cuando estais en mi presencia ¿con qué objeto habeis mandado pedir al Papa ese breve de concesion? ¿qué fin os proponeis al edificar ese convento? ¿no era yo digno por ventura de

gozar vuestras caricias para que de ese modo me abandonéis? ¿por qué ocultarme la verdad? ¡Oh! doña María, doña María! ¡cuán fingidas han sido vuestras palabras de amor para conmigo!

— ¡Por Dios, don Pedro! no me atormentéis; yo os amo como nunca y os he amado siempre como ninguna mujer en el mundo os amará. ¿Qué motivo tenéis para dudar de mi pasión? ¿por qué os espresáis de esa manera, si sabéis que mi corazón es todo vuestro? ¡Oh! don Pedro; no tenéis motivos para hablarme de ese modo.

— Y entonces; si tanto me amais ¿qué fin os proponéis al pensar encerraros en un convento?

— Ninguno, señor; la tranquilidad de espíritu....

— ¡Ah! la tranquilidad.... bien, bien, doña María; descuidad: desde este momento vivireis tranquila; no volverá á molestaros mi presencia. ¡Adios, doña María!

— Y el rey don Pedro salió del camarín mordiendo los labios de coraje.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó la dama tan luego como el rey hubo traspasado los umbrales.—¿Por qué me tratais de esta manera? ¿por qué tanta crueldad para conmigo? ¡Oh! soy muy desgraciada.

— Y cayó como desfallecida sobre uno de los sillones bordados que adornaban su camarín.

CAPITULO XXXIII.

De cómo el maestro Pablo se determinó á administrar un mortífero brebaje á don Juan Alfonso de Albuquerque.

AUN no hacía muchas horas que la reina viuda de Aragon habia salido de Tordesillas, desesperanzada de conseguir del rey lo que por disposicion de los confederados le habia pedido, cuando don Diego García de Padilla volvió á entrar en la cámara del monarca, dispuesto á hablarle al parecer de un asunto de importancia.

El rey estaba furioso á consecuencia de la lectura de los mensajes que el Papa le habia enviado, y el hermano de la Padilla quiso retroceder y aun dió algunos pasos atrás con intencion de salir de la cámara; pero el rey no le dió tiempo para ello, y fijando en él una mirada de cólera y de desprecio;

— ¿Qué quieres?—le dijo con voz atronadora.

— Señor.....-esclamó Padilla sin atreverse á levantar los ojos delante del monarca;-yo.....

— ¡Silencio! ¿no te basta todavía con lo que has hecho sino que aun quieres gozarte en mi martirio?

— ¡Pero, señor! ¿yo que he hecho.....

— Basta, don Diego: levantad los ojos si es que teneis valor para mirarme y no continueis hablándome con esa hipocresia, que es cien veces peor que la cólera con que suele espresarse un enemigo.

El camarero mayor del rey, que ignoraba por completo la escena que habia tenido lugar entre su hermana y don Pedro, no comprendía el sentido que aquel queria dar á sus palabras, y lleno de asombro y sin atreverse á pedirle esplicaciones, se contentó con murmurar:

— Yo, señor, creo que ningun motivo os he dado para que de ese modo me trateis en este instante. Acaso os haya ofendido sin saberlo, pero.....

— ¡Callad, menguado!-esclamó el rey de Castilla amenazando con el puño de su espada al camarero.

Este inclinó la cabeza lleno de temor sin determinarse á murmurar una palabra.

— ¿Con qué no habeis dado motivos-prosiguió el rey-para que me espese de este modo? ¿Con qué no sabeis todavía si me habeis ofendido ó no? ¡Oh! muy cándido me creeis, señor don Diego, cuando de ese modo os esplicais.

— ¡Pero señor!-volvió á repetir el hermano de la Padilla deseoso ya de que el rey descifrase aquel misterio:-acabad de una vez y hacedme los cargos que tengais por conveniente; pero no me hableis con tanto misterio: por favor os lo pido, rey don Pedro de Castilla.

— Pues bien ; puesto que así lo quieres—dijo entonces el rey aparentando querer devorar con la vista al camarero—voy á decirte que eres un traidor , que abusas hace mucho tiempo de mi confianza , y que tú y tu hermana estais conspirando contra mí : eso es lo que tengo que decirte , Diego , eso es lo que tengo que anunciarte.

— ¡ Yo traidor !—esclamó entonces el camarero asombrado al oír las últimas palabras del monarca.

— Traidor , sí ; porque has tratado de encerrar á tu hermana en un convento ; traidor , porque esto ha sido tratado por los individuos de la liga y tú te has vendido á ellos por pasiones miserables ; traidor , porque has comerciado con el porvenir de tu hermana sacrificándole á tu capricho ; traidor , porque has vendido á tu rey por servir á los bastardos ; por eso eres traidor , Diego García de Padilla ; por eso te acuso de infame y maldigo tu hipocresía.

El camarero mayor continuaba cada vez mas envuelto en horribles confusiones , y ni una sola palabra comprendia de todas cuantas el rey acababa de dirigirle. Deseoso por fin de que el rey desfogase toda su cólera le dejó continuar sin atreverse á desplegar sus labios.

— Digo—continuó el rey—que eres un traidor , porque no me das parte de nada cuanto ocurre dentro de mi alcázar , y yo soy el último que llega á saber los mil y mil enredos que dentro de él se tramam : por eso te digo que eres un traidor ; y sino ¿quién ha entregado á tu hermana este pergamino ?

Don Diego de Padilla se arrojó sobre el rollo que el rey le presentaba , y despues de pasar por él rápidamente sus ojos :

— ¡ Señor ! ¡ Señor !—dijo lleno de coraje ;—yo no soy

culpable; yo no he visto hasta ahora este pergamino.

— ¡Oh! ¿con qué no lo has visto hasta ahora?—le interrogó el rey con mucha calma.

— Por la sombra de mi madre os juró, que esta es la primera vez que lo he tenido en mis manos.

— ¡Oh! disimulais con mucho aplomo;—repuso el monarca mordiéndose los labios de coraje, aunque sin dar á entender en su semblante la rabia y desesperacion y el deseo de venganza, de que en aquel momento se hallaba poseído.—Pero no importa, continuó despues:—ya me lo confesarás luego sin necesidad de que yo vuelva á preguntártelo.

— Nunca, nunca;—le interrumpió el camarero cada vez mas irritado.

— ¡Oh! y no han de pasar muchos dias;—añadió el rey.

— Os repito, don Pedro, que os ha engañado el que esa noticia haya traído á vuestro alcázar.

— ¿Con qué es decir—esclamó entonces el rey, no pudiendo contener ya la profunda rabia de que se sentia dominado y clavando una mirada terrible en el camarero—que todo cuanto yo acabo de decir es una mentira, que todo lo he inventado y que tú solo dices la verdad? ¿Con qué es decir que se han engañado mis dos ojos, que me ha engañado la espresion de sorpresa que he visto pintada en tu rostro al hablarte de este asunto, que me ha engañado tambien quien me lo ha dicho, y que me han engañado, en fin, todas las señales que he podido notar de que tú eres el culpable? ¿Todo esto me ha engañado, don Diego de Padilla? ¿Todo esto es mentira, segun debo colegir de vuestras espresiones?

— ¡Todo, señor!—esclamó entonces doña María de Padilla, saliendo como una loca de su camarín y echándose á los piés del rey:—todo es mentira, don Pedro, é inútil es que prósigais, porque nadie mas que una persona ha intervenido en este asunto, y esa persona no está aquí: no culpeis por lo tanto á mi pobre hermano, porque mi hermano, señor, no es el culpable.

— ¡Oh! acabad, acabad;—esclamó entonces el rey sin apartar los ojos de su amada favorita.—Acabad ¡por Dios! y no me martiriceis, doña María.

— Don Juan Alfonso de Alburquerque ha sido el encargado de llevar á cabo este negocio.

— ¡Cómo!—esclamó el rey:—Alburquerque.....

— Ha sido el que por orden mia ha solicitado del Papa este permiso.

— Gracias, gracias;—añadió entonces el rey dando á sus palabras un tono sarcástico imposible de pintar.—Os doy las gracias, doña María; me amais mucho sin duda cuando tratáis de alejaros de mí, sin decirme una palabra; pero marchad, marchad á vuestro camarín y reponéos en él de la emoción.

Doña María de Padilla, llorosa y desconsolada salió de la cámara del rey dejándole entregado á las mas tristes reflexiones al lado de don Diego.

— ¿Estais convencido, señor?—dijo éste por fin, despues de unos instantes de silencio;—¿estais convencido de que no he sido yo el que ha tratado de que mi hermana se aparte de vos encerrándose en un convento?

— Si, si;—contestó el rey como apesadumbrado.—Dispensame, Padilla; son tantos los traidores que me rodean, que

apenas puedo ya señalar á un amigo sin equivocarme.

— Pero yo, señor.....

— Sí; ya lo sé; tú me has dado muestras de aprecio en mas de una ocasion y no se como en este instante me he atrevido á dudar de tus palabras; pero los enemigos.....

— Es cierto, es cierto; pero escuchadme, señor. Al entrar en vuestra cámara lo hice con objeto de proponeros un asunto..... un crimen quizá; pero cuando se trata de traidores no hay crimen posible aun cuando el modo de darles muerte.....

— ¿Qué quieres decir, Padilla?

— Quiero decir, señor; que se os presenta una ocasion á propósito para acabar con Alburquerque; con ese endiablado portugués que tantos disgustos nos está ocasionando de pocos meses á esta parte.

— Explicate, explicate;—dijo el rey con ansiedad.

— Don Juan Alfonso como sabeis, anda enfermo hace algunos dias, y el médico italiano que le asiste es segun tengo entendido bastante ambicioso, y.....

— Basta, basta;—dijo entonces el monarca como iluminado por un grande pensamiento.—¿Dónde se halla ese médico?

— Ahora, señor—dijo el camarero—se encuentra en esta villa, porque ha sido de los que han acompañado á la reina de Aragon.

— Marcha, pues, en seguida en su busca, y tráele á mi presencia; que acaso, acaso.....

— Le traeré, don Pedro.

Y don Diego García de Padilla salió de la cámara del rey algo mas satisfecho que cuando habia entrado en ella.

— Sí, sí; es un buen medio;—murmuraba el rey lleno

de júbilo y paseándose por la estancia silencioso y meditabundo.—El maestro Pablo le administrará un brebaje.....
¡Oh! ¡buen pensamiento! ¿Por qué dudaría yo de mi leal camarero?

Y estas y otras reflexiones parecidas continuaba haciendo el rey, cuando uno de los ballesteros de maza anunció desde la puerta al médico italiano, Pablo.

— Pasa, pasa;—le dijo el rey con un tono de amabilidad que no dejó de agradar al italiano.

Este, que era un hombre como de unos cuarenta y cuatro años de edad, calvo ya por la parte superior de la cabeza y con la frente algun tanto arrugada, entró en la cámara real, y saludando respetuosamente al monarca, se echó á sus piés en ademán de besarle la mano.

— Levanta, levanta:—le dijo el rey que no pensaba en aquel instante en cumplimientos.—Tú eres segun noticias un médico afamado.....

— ¡Señor!—le interrumpió el italiano;—las arrugas que veis marcadas en mi frente, son hijas del estudio y.....

— Si, sí, eres un sábio segun me han informado; y justamente porque estoy convencido de tus profundos conocimientos, es por lo que te he mandado venir á mi presencia.

— ¿Estais enfermo, señor?

— No: pero lo está don Juan Alfonso de Albuquerque, y quisiera..... ponerle bueno de una vez.

— ¡Oh! don Juan Alfonso de Albuquerque—repuso el italiano—moriria sin duda alguna á no haber caido en mis manos.

— He ahí, pues, para lo que yo te he mandado llamar.

Yo siento que Alburquerque haya caído en manos tuyas, porque quisiera que muriera.

— ¡ Señor! ¿ qué decis?

— Lo que oyes.

— Don Juan Alfonso es todo un caballero.....

— Todo un traïdor, debias haber dicho.

— Pero paga bien.....

— Yo pago mejor.

— Sin embargo; yo soy pobre y ejerzo mi facultad.

— Puedes ser rico sin ejercerla.

— Tengo una hija, señor, y si yo muero.....

— Puedes dejarla heredera de una suma respetable.

— Pero y bien ¿ qué quereis darme á entender con eso?

— Que si aceptas mis proposiciones, puedes hacer tu felicidad.

— Explicaos, señor.

— Quiero que asesineis á Alburquerque.

— ¡ Señor!

— ¿ Aceptas ó no mis proposiciones?

— Tened en cuenta, señor, que yo soy pobre; Alburquerque es poderoso y sus amigos todos me perseguirian á muerte sin que nadie saliese en ayuda de este viejo miserable.

— Te defenderia el rey.

— ¡ Oh! señor; eso es tan vago.....

— La palabra de un rey se cumple.

— Y bien, ¿ cómo quereis que yo me determine á asesinarle? aun cuando vos me defendiéseis ¿ quién seria el defensor de mi conciencia ante el supremo tribunal de justicia de ese Dios que nos escucha? Esa inmensa responsabilidad.....

- Cae toda sobre mi.
- Sin embargo,....
- ¿Aceptas ó no?
- Y ¿qué garantías me ofreceis?.....
- Te instituyo heredero de todos sus cuantiosos bienes.
- Mirad, señor, que es muy fácil que se sepa, y don Juan Alfonso vive sobre aviso,....
- Nadie nos escucha. El rey de Castilla y tú son los únicos que entienden en este asunto.
- Pero y bien ¿qué seguridades tengo yo para decidirme á hacer lo que su señoría me propone?
- En esos pergaminos tienes la concesion de todo cuanto te ofrezco.
- Están en blanco, señor, solo tienen vuestro sello.
- Tanto mejor; puedes llenarlos á tu gusto.
- Meditaré :—dijo el italiano despues de unos instantes de reflexion disponiéndose á marchar.
- No, no; quiero que me des una respuesta afirmativa:—repuso el rey.
- Pero señor, tened en cuenta que es un asunto delicado.....
- Tanto para tí como para mí.
- Vos sois el soberano de Castilla.....
- Y tú un vasallo que nada tienes que temer del rey.
- Acepto.
- Adios, pues : tu cabeza responde de tu palabra.
- Y don Pedro se internó en el camarín de la Padilla.
- Alburquerque es rico;—decia el maestro Pablo al traspasar los umbrales de la cámara del rey.—¡Qué diablos! arrojó y decision y todo se consigue : con uno de aquellos bre-

bajes..... Sí, sí, á los ocho dias muere de calentura, y nadie adivina que ha sido envenenado. El rey de Castilla es caballero y me cumplirá todo lo ofrecido: y aun cuando no, aqui tengo la cédula de concesion firmada por él y con el sello de su cancelleria. Morirá don Juan Alfonso de Alburquerque.

Y salió de la cámara del rey.



los conde de Urgel, cuando el príncipe don Pedro y don Juan Alfonso de Alburquerque se unieron con él por unas fuertes honras de renta, acompañados de unos terratenientes de la corte, que se iban reuniendo por su vida.

El noble italiano que le estaba sirviendo conde de Trastámara, que se acordó del castro que se le había dado y se fue a dar aviso al conde de Castilla, sin que nadie se diese apercibir su propósito.

CAPITULO XXXIV.

Tras de esto el conde de Trastámara se fue a dar aviso al conde de Castilla, que se acordó del castro que se le había dado y se fue a dar aviso al conde de Castilla, sin que nadie se diese apercibir su propósito.

Que sirve de continuación al anterior.

Luego que la reina doña Leonor de Aragon hubo notificado á los individuos de la liga que el rey don Pedro no pensaba darse á partido, estos, que como hemos dicho, eran un número mucho mas considerable que las gentes de que el monarca podia disponer, se dirigieron á Valladolid, y poco despues á Salamanca, con intencion de hacerse dueños de estas ciudades; pero como sus manteuedores Martin Alfonso Tello y Alvar Gonzalez Moran se negasen á escuchar sus proposiciones, los confederados emprendieron su marcha hácia Medina del Campo, villa que tomaron despues de un fuerte y horroroso ataque entrando en ella la víspera del dia de San Miguel, el 28 de setiembre.

Aun no hacia una semana que se hallaban en Medina

los confederados, cuando el antiguo privado del rey don Juan Alfonso de Alburquerque se sintió acometido por unos fuertes dolores de vientre acompañados de unos terribles dolores de cabeza, que hacian temer por su vida.

El médico italiano que le asistia afirmó al conde de Trastamara, que la muerte del enfermo era inevitable, y á las pocas horas desapareció de Medina, sin que nadie pudiese averiguar su paradero.

Triste era el cuadro que el dormitorio del noble portugués ofrecia la víspera de su muerte.

Rodeado por todos los individuos de la liga, consolado por el conde de Trastamara y por el hermano de doña Juana de Castro, y asistido, en fin, por una porcion de nobles caballeros, que se esforzaban por aplicarle mil remedios diferentes con objeto de conservar una vida que en aquellos momentos les era tan necesaria, á don Juan Alfonso nada le faltaba y todos rogaban á Dios porque conservase su existencia en momentos tan críticos como los que entonces estaban atrevesando.

Péro ni los cuidados del conde de Trastamara, ni los solícitos afanes de don Fernando de Castro, ni las fervientes súplicas de los individuos de la liga, bastaron á mejorar el peligroso estado en que se hallaba el antiguo favorito, y éste pidió por fin un confesor, convencido ya de que le quedaban muy pocos instantes de vida.

Fray Diego Lopez que veia en la muerte del noble portugués un triste presagio de la suerte que habia de seguir la causa de Trastamara, acudió muy compungido al llamamiento de Alburquerque, procurando consolarle en los últimos momentos de su vida.

— Don Juan Alfonso murió por fin , y una de las cláusulas que hizo poner en su testamento decía , que no se enterrase su cadáver hasta que concluyese la guerra que en vida venia sosteniendo con el rey , porque hasta aquel momento no se creeria vengado.

Los de la liga todos así se lo prometieron , y Alburquerque bajó á la tumba con deseos de vengarse del monarca castellano.

— Grande es la desgracia que acaba de ocurrirnos ;—decia fray Diego Lopez algunos dias despues hablando con su señor , el conde de Trastamara.

— Sí en verdad ;—contestaba éste lleno de emocion :—don Juan Alfonso es un hombre inreemplazable en nuestro partido.

— Y no es lo peor que sea inreemplazable ;—añadió el confesor en tono de tristeza :—sino que desde el dia de su muerte nuestros planes todos se han desconcertado.

— ¡ Cómo !—replicaba don Enrique :—no comprendo....

— Pues yo sí , señor conde de Trastamara : el noble portugués era un hombre , no solo poderoso y el único por lo tanto para llevar á cabo nuestros planes de rebelion sin temer á la falta de recursos ; sino un hombre de prendas elevadas y de talento reconocido , que aunque viejo , todavia se hallaba en disposicion de ponerse al frente de nuestras tropas y de dirigir los ataques por el lado que mas nos conviniese.

— ¡ Oh ! descuidad , señor Diego ; por ese lado nada tenemos que temer . ¿ Ignorais por ventura que llevo pendiente de este cinto el puñal que tiene que dar muerte al rey don Pedro de Castilla ? ¿ ignorais que contra este poderoso talisman no hay fuerza humana que pueda resistirse ?

— Mucho confiais en esa arma insignificante, señor conde de Trastamara, y ¡por Dios! que no son tan profetas los judíos que debamos creer siempre en sus palabras.

— Pero cuando esos judíos leen en el pasado, adivinan el presente, profetizan el porvenir y no se equivocan en ninguno de sus juicios.....

— Sin embargo.....

— Callad, fray Diego; no trateis ahora de infundirme sospechas vanas, con las que nada conseguireis en último resultado.

— Si tanta fé teneis.....

— Mucha, señor Diego; os repito que este puñal que llevo pendiente de la cintura.....

— Es un puñal como otro cualquiera y sin virtud de ninguna especie.

— Basta, basta, señor Diégo. Este puñal está destinado á dar muerte á don Pedro de Castilla, y morirá ¡voto á brios! ó dejaré yo de ser conde de Trastamara.

Algunos dias despues de la muerte de Alburquerque el hermano bastardo del rey don Fadrique, que como ya saben nuestros lectores habia proclamado en Toledo por reina de Castilla á doña Blanca de Borbon, partió inmediatamente para Medina con seiscientos hombres de á caballo y con todo el dinero que en Toledo habia hallado en las casas de Samuel Levi, tesorero mayor del rey, y el que la reina doña Blanca habia podido recoger.

La hueste que reunieron entonces los individuos de la liga, ascendía á siete mil caballos y quintuplicado número de infantes; imponente y numerosa era, pues, la confederacion y pocos esfuerzos necesitaban hacer para destronar al rey de

Castilla, si con ese fin se hubiesen atrevido á llevar á cabo su guerra : pero si el conde de Trastamara ambicionaba la corona, su hermano don Fadrique se creia tambien con derecho á ella, y era inconveniente por lo tanto tratar de dicha cuestion en aquel instante.

Prosiguieron, pues, con su pretesto de que el rey volviese al lado de doña Blanca, de que ésta fuese declarada reina, y de que toda la familia de los Padillas fuese alejada del trono, y una vez organizados nuevamente sus planes, volvieron á enviar al rey nuevos mensajes con el fin de levantarse con las principales dignidades de palacio, aunque bajo el frivolo pretesto de poner alguna paz en el reino de Castilla.

Hallábase el rey á la sazón en Toro en compañía de su madre, y como ésta le mostrase los muchos deseos que los individuos de la liga tenian de ponerse de acuerdo con él y las muchas ventajas que una pronta avenencia habia de traer consigo, don Pedro accedió gustoso á las reiteradas súplicas de su señora madre y la dijo que se hallaba dispuesto á conferenciar con los individuos de la liga.

Llegó esto á oídos de los rebeldes, y como sus planes todos se habian torcido en algun tanto con la muerte de don Juan Alfonso, y como por otra parte creyesen que el rey tenia verdaderos deseos de transigir, convinieron con él en avistarse en Tejadillo, para conferenciar acerca de la marcha que en adelante habian de seguir las cosas.

Presentáronse en efecto el dia señalado en medio de la plaza de aquel pueblo hasta cincuenta caballeros de cada parte armados de lorigas y espadas, aunque desprovistos todos de lanza á escepcion del rey y el infante don Fernan-

do, y tomando la palabra primeramente el repostero mayor don Gutierre Fernandez de Toledo en nombre del rey, dijo que se maravillaba mucho de que tan á pecho llevasen los coaligados el que el rey dispensase su confianza á los parientes de los Padillas, siendo como era ya costumbre admitida entre los reyes la de tener por privados y hacer mercedes á aquellos que quisiesen; pero que no obstante esto, el rey don Pedro tenia voluntad de honrarles tambien á ellos para lo cual pensaba seriamente en otorgarles los grandes oficios y dignidades que tuviese en su casa y estado. En cuanto á la reina doña Blanca (añadió el rey) pienso tambien traerla á mi lado y honrarla como reina y como esposa.

Oidas estas esplicaciones, Fernan Perez de Ayala, por acuerdo de todos los individuos de la liga tomó la palabra para contestar en su nombre al rey, y manifestó por medio de un largo discurso el marcado disgusto y profundo pesar con que los confederados habian visto el desamparo en que el monarca habia dejado á doña Blanca de Borbon, los grandes temores que la horrible persecucion y muerte del maestro de Calatrava les habia causado, y la gran desconfianza que se habia apoderado de ellos al ver que el rey, rompiendo toda clase de pactos habia atacado sin consideracion los castillos de Alburquerque, sin mirar que tenia á sus dos hijos en rehenes; pero todo esto (continuó) lo echarán al olvido los caballeros de la liga, si tornando al lado de doña Blanca devolveis la paz á vuestros assolados reinos. Si todo esto poneis en práctica, tened por seguro que volverán á vuestro servicio los individuos todos que contra vos se han coaligado.

Quedaron conformes ambas partes en que todo esto se llevaria á cabo, y fundándose en que estas cosas no eran

para tratarse y resolverse con precipitacion acordaron nombrar cuatro caballeros de cada partido , para que hablando y conferenciando propusiesen por fin el medio mas á propósito para llevar á feliz término este negocio.

Aprobado por todos el pensamiento , don Pedro quedó en nombrar sus cuatro caballeros , y despidiéndose las gentes del rey de los de la liga , estas se fueron á Medina , y aquellos se encaminaron hácia Toro.

El rey , sin embargo , solo pensaba en la Padilla , y cuidándose muy poco de llevar á cabo lo que habia prometido , se encaminó hácia Ureña donde habia dejado á su desgraciada amante.

Su madre entonces por una de esas singularidades monstruosas de las que las historias nos dan muy pocos ejemplos , avisó á los coaligados de la marcha del rey instándoles á que se presentasen en Toro inmediatamente , donde ella los esperaba con objeto de reducir á prision á su hijo obligándole á cumplir lo pactado.



CAPITULO XXXV.

De cómo los privados suelen dejar solos á los reyes en los momentos mas críticos de su vida.

En Conteros se hallaban los rebeldes al siguiente dia de la salida del rey de Toro, y pensaban emprender la marcha hácia Zamora, porque la escasez de viveres les obligaba á abandonar aquella comarca, cuando un fornido escudero de ruin talla y de mirada algo traviesa, al cual conocen ya nuestros lectores desde el principio de esta historia, entró en aquel pueblo al galope, y preguntando por el conde de Trastamara á uno de los pocos soldados que á aquellas horas (era pasada ya la media noche) salian de las tabernas, echó á andar detrás de él á paso bastante corto, y sujetando cuanto le era posible á su fogoso alazán, llegó por fin á la plaza de dicho pueblo, en una de cuyas casas se hospedaba el conde.

— Aquí teneis—dijo el soldado—la casa donde por hoy tiene sentados sus reales el conde don Enrique.

— Y bien ;—repuso el escudero :—¿ puedo hablar al señor conde ?

— Subid y los guardias de su cámara os dirán lo que hace su señoría.

Alfonso Fernandez de Olmedo , pues este era el escudero que á galope tendido acababa de entrar en aquella aldea , dejó el caballo sujeto á una de las rejas que habia en el patio de aquella casa , y siguiendo la direccion que su nocturno amigo le habia marcado , llegó hasta la antecámara del conde don Enrique.

— ¿ Está el señor conde ?—dijo á uno de los soldados que daban guardia al hermano bastardo del rey.

— Está :—contestó á secas el interpelado.

— Pues bien ;—repuso Olmedo :—decidle que un enviado de la señora madre del rey desea entregarle un pliego.

— El señor conde está durmiendo ;—añadió entonces el ballestero.

— Entregádselo , pues , á su camarero á fin de que lo ponga en sus manos.

— Tambien duerme en este instante.

— Pues entonces yo se lo entregaré.

Y esto diciendo , el asesino de doña Leonor de Guzman , se abrió paso por entre los soldados que componian la guardia de don Enrique , y penetró en su cámara con mucha resolucion.

— ¡ Señor conde de Trastamara !—esclamó luego que se halló dentro de la pieza.

— ¿ Quién me llama ?—repuso entonces una voz hueca y

sónora que salia al parecer de otra habitacion mas retirada: —¿sois vos, fray Diego?

Los ballesteros de don Enrique habian penetrado ya en la cámara y arrojándose sobre Olmedo, pugnaban por echarle fuera.

A las voces y estrépito se levantó el conde, y enterado del incidente que habia dado origen á aquella cuestion;

— ¿Quién os ha dado este pliego?—le preguntó con indiferencia.

— La madre de mi señor el rey:—contestó Olmedo con gravedad.

— ¿Y qué quiere esa señora?

— Ese pergamino os lo dirá:—contestó el escudero con desdén.

El conde de Trastamara rompió el sello de cera que cerraba el pergamino, y despues de leerlo detenidamente:

— Está bien;—dijo con un acento marcado de satisfaccion:—decid á doña María que dentro de pocas horas nos hallaremos en su presencia. Marchad, marchad y noticiadla la respuesta.

Alfonso Fernandez de Olmedo salió de la habitacion del conde, y dirigiendo una terrible mirada á los soldados de la antecámara, volvió á montar en su caballo y salió al galope de Conteros.

Una hora antes de amanecer, las gentes de la liga se pusieron en camino para Toro en medio del mayor orden, y el cadáver de don Juan Alfonso de Alburquerque metido en un atalud forrado de paños de oro y sostenido en hombros de sus escuderos, marchaba al frente de aquella expedicion,

como gozándose todavía en capitanear despues de muerto á las gentes de los confederados.

El conde de Trastámara y su confesor fray Diego, iban á la derecha del atahud; don Fernando de Castro y el maestro don Fadrique á la izquierda del mismo, y los demas nobles y caballeros de aquella ilustre comitiva marchaban al frente de los soldados, quienes con el mas religioso respeto parecia como que acataban todavía las órdenes de su difunto gefe.

— ¿No sabeis—decia el confesor al conde cuando ya iban tocando al término de su viaje—quien es el que os ha traído el mensaje de la reina?

— No:—contestó el conde con frialdad.—¿Por qué?

— Por nada, señor;—repuso fray Diego como pesaroso ya de haber hecho aquella pregunta.

— Por algo me lo decís;—repuso entonces el conde escitado por la curiosidad.

— ¡Por Dios! que no, señor conde de Trastámara; únicamente porque habiéndome chocado su mala figura y preguntado á los escuderos si alguno de ellos le conocia, me contestaron que era un antiguo criado de la madre del rey.

— Pero y bien ¿cómo se llama?—repuso el conde con mas interés aun que la vez primera.

— Puesto que os empeñais, señor,—dijo fray Diego Lopez—os diré que ese escudero es el asesino de vuestra madre, doña Leonor de Guzman.

— ¡Qué decís!—esclamó el conde aterrado.

— Lo que ois, don Enrique; el que os ha traído ese mensaje es Alfonso Fernandez de Olmedo.

— ¡Oh! maldicion..... no haberlo sabido, cuando á des-

pecho de todos mis ballesteros se ha colado en mi cámara...

— No os agiteis, señor; tiempo teneis todavía....

— Es verdad; dia llegará en que todos juntos sucumban al filo de nuestras espadas.

— Y no ha de tardar mucho, señor conde de Trastamara.

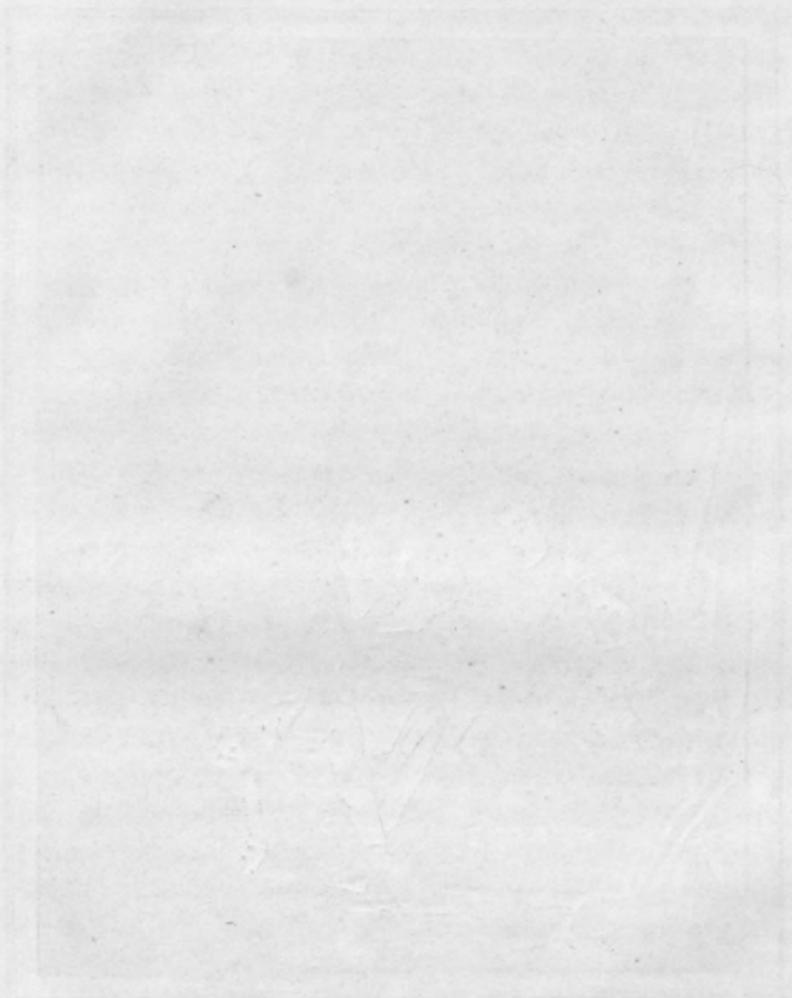
En este momento llegaban á Toro; las puertas de la ciudad se abrieron, y los caballeros de la liga entraron por ellas dirigiéndose al palacio donde la reina madre se hallaba.

Recibiólos ésta con mucha amabilidad, y despues de los cumplimientos y ordenanzas de costumbre, pasaron á tratar del modo de hacer que el rey volviese á Toro, para concluir lo pactado con los individuos de la liga.

Estraño era por cierto que la reina doña María, á quien tan furiosa hemos visto en otra ocasion contra la madre de los bastardos hasta el punto de mandarla asesinar, se mostrase ahora tan amiga de los hijos de aquella desgraciada mujer que tan infeliz la habia hecho en vida de su esposo.

Estraño es que aquella reina despreciada en tiempo de doña Leonor, alejada del trono de Castilla interin aquella manceba le ocupaba, desvalida, en fin, y abandonada como el infante don Pedro por un rey caprichoso y desleal, se adhiriese ahora á la causa de los hijos de aquella prostituta y les ayudase en contra de un rey, que aunque cruel y caprichoso tambien como su padre, le habia llevado al fin dentro de sus entrañas.

Doña María, sin embargo, por una de esas anomalías inconcebibles y raras que algunas veces se verifican en el mundo, se mostraba amiga de los rebeldes, combatiendo contra la causa de su propio hijo sin que hubiese motivo alguno que justificase su conducta. Convinieron, pues, en en-



Faint, illegible text or markings located below the large rectangular area.



Te amo, si; decia el rey don Pedro fijando sus ardientes miradas en el rostro de la Padilla.

viar al rey dos mensajeros, á fin de que volviese á Toro á cumplir lo pactado con los individuos de la liga, y Juan Rodríguez de Sandoval, amigo y partidario del rey, y Juan Gonzalez del Bazan, caballero al servicio de don Enrique, fueron los encargados de llevar la nueva al monarca, que ciego por la Padilla, se hallaba en Ureña en compañía de los principales individuos de su corte.

Encerrado con doña María en su reducido gabinete adornado á la morisca, ella muellmente recostada sobre un magnífico diván de terciopelo, y él echado á sus piés en ademán suplicante, ambos se contemplaban como estasiados y ninguno se atrevia á romper aquel silencio elocuente que tanto placer derramaba sobre sus corazones.

— ¡María! — exclamó por fin el rey fijando una lánguida mirada en el rostro de su dama y estrechando con efusion una de sus manos: — ¿por qué estás triste á mi lado? ¿por qué te asaltan esos terribles pensamientos que hacen tan amarga tu existencia y que tanto me hacen padecer, hermosa mia? ¿no estás contenta á mi lado? ¿no estás satisfecha de mi cariño? ¿qué tienes María?

— No estoy triste, don Pedro; — contestaba la jóven con dulce acento: — por el contrario, me considero la mas feliz de todas las mujeres cuando os tengo al lado mio, y quisiera que nunca os separaseis de mí.

— Pues si eso piensas, hermosa mia; si eso siente tu razon ¿por qué pedir ese breve al Papa para edificar un convento?

— ¡Oh, don Pedro! porque me era muy sensible el veros unido á otra mujer con la cual ninguna clase de vinculos os enlazaban hace unos cuantos meses;

por eso, don Pedro; por eso pedí parecer al de Alburquerque!....

— Callad, callad, doña María: somos muy desgraciados.

— Mucho, señor; ya es hora de que lo comprendais; ya es hora de que me deis la razon que me habeis negado por espacio de tanto tiempo.

— Tened en cuenta, María, que mi posicion en aquellos instantes era embarazosa, y que!....

— ¡Por Dios, don Pedro! ¿quién os obligó, ni aconsejó siquiera á que os uniéseis con doña Juana de Castro despues de haber contraido matrimonio con doña Blanca de Borbon? ¿quién os dijo que semejante enlace iba á ser bien recibidº en vuestros reinos? Creo, señor, que vivís muy equivocado si otra cosa pensáis con respecto á ese asunto. Vuestra conducta para conmigo no ha sido la mas leal; don Pedro; confesad que por entonces anduvisteis algun tanto extraviado y no pretendais convencerme con palabras engañosas: mi corazon es vuestro, sin embargo, y vuestro será hasta la muerte; pero convenid en que vuestra conducta ha sido muy desacertada; convenid en que habeis sido muy cruel con la pobre doña María.

— ¡Angel mio!—esclamó entonces el rey besando con efusion la torneada mano de la jóven:—perdóname si te ofendí; perdóname, si olvidando un instante mis deberes me he alejado de tí, hermosa mia; perdóname y echemos un velo sobre lo pasado amándonos eternamente.

— ¡Oh! soy tan feliz á vuestro lado!.... ¡No me abandoneis nunca, don Pedro!

En los lábios del rey apareció una lánguida sonrisa que podia traducirse muy bien por una muestra de sentimiento.

Doña María de Padilla lo notó, y fijando en él sus expresivos ojos le dijo:

— ¿Qué teneis, don Pedro? parece que estais triste: ¿qué os pasa? ¿qué os sucede?

— Nada, nada;—contestó el rey lleno de emocion.

— ¡Oh! sí; algo os sucede, don Pedro, cuando os mostrais tan reflexivo: no me lo oculteis; contadme lo que os pasa.

— No sé que fatal presentimiento.....—murmuró entonces el rey sin atreverse á concluir la frase.

— Acabad;—le interrumpió la dama llena de sobresalto.

— Nada, nada, María; estoy triste porque tengo que emprender mi marcha para Toro.....

— ¿Otra vez, don Pedro?

— Me lo ruega mi madre.....

— ¡Oh! cuán desgraciada soy; aun no hace dos dias que vinisteis á mi lado, y ya me abandonais..... ¡por Dios! no me dejéis, don Pedro.

— Es imposible, María; he dado mi palabra á los conductores del mensaje, y ya me esperan en Toro los individuos de la liga. Pronto volveréis.....

— No marcheis, no marcheis; vuestros hermanos bastardos os tienden tal vez una celada y acaso pongais en peligro vuestra vida: para tratar con los de la liga, el último de mis pages basta.

— No, no, María; tengo que ir yo mismo en persona: es el único medio de acabar cuanto antes con todas esas guerras que tan abatido tienen el reino de Castilla.

— Mirad, señor, que los de la liga todos son traidores.

— Lo sé, lo sé; pero cuando mi madre me llama.....

— Acaso la hayan engañado.

— No, María; no tengas recelos, que dentro de pocos días volveré á tu lado.

El rey estrechó contra su seno á la hermosa jóven que tantos y tantos disgustos sufría por él, y ya se disponía á salir de su estancia, cuando volviéndose á ella de repente;

— Júrame, María, —la dijo con acento de ternura— no volver á pensar en esos lúgubres planes que no há mucho te preocupaban; júrame no volver á pensar en el monasterio; acuérdate solo de que hay un hombre en el mundo que te adora; acuérdate de que el rey de Castilla nunca te abandonará. ¿Me lo juras, María?

— Si, don Pedro; nunca os olvidaré.

— Adios, ángel mio.

— Adios.

Y el rey salió de la estancia despues de abrazar á la hermana del maestre de Calatrava.

— No os marcheis, señor; —le decian poco despues algunos de sus privados aconsejándole que no acudiese al llamamiento de su madre.

— Marcho, sí; —contestaba don Pedro con resolucion:— he dado mi palabra, nada tengo que temer y creo por consiguiente que debo cumplirla.

— Acaso os pese mañana; —le replicaba Gutier Fernandez de Toledo dando á sus palabras el tono de sentencias.

— No importa, no importa: es un compromiso y....

— Los compromisos se evitan cuando pueden dejar al hombre mas comprometido: —añadia don Diego de Padilla algun tanto agitado.

— Tened, en cuenta señor, —esclamaba á su vez Hines—

trosa—que si los rebeldes han entrado en Toro, habrá sido indudablemente porque vuestra madre habrá transigido con ellos.

— ¿Y qué quieres decirme con eso?

— Que debéis obrar con mucha cautela.

— En ninguna ocasion me ha faltado todavia.

— Sin embargo.....

— Nada, nada; os inútil todo cuanto me digais acerca de ese particular; he determinado marchar y marcharé en vuestra compañía si os place acompañarme, ó solo si es que temeis á los rebeldes.

— Mirad, señor,—decia el camarero mayor del rey—que el paso que vais á dar es muy arriesgado y.....

— ¿Y qué?

— que debéis permanecer quieto en Ureña y no acceder en manera alguna á los ruegos de vuestra madre.

— Veo, señor maestre de Calatrava, que sois bastante cobarde y no quiero por lo tanto que vengais en mi compañía.

— ¡Señor!

— Si; mas vale ir solo que mal acompañado. Tú te muestras bastante receloso, y no consiento que me acompañes.

— Yo, señor, no tengo inconveniente alguno en acompañaros; pero tened en cuenta que si yo soy maestre de Calatrava lo debo primero á vuestra generosidad, y después á la muerte de don Juan Nuñez de Prado á quien hice asesinar en el castillo de Maqueda, y que los amigos de Alburquerque, como amigos que eran de mi predecesor en el maestrazgo, me apresarán indudablemente en el mismo ins-

tante en que me vean, y ya comprendeis, señor, que todo esto puede muy bien evitarse únicamente con que vos desistais de vuestro empeño. Si quereis, no obstante, ir á Toro, yo seré el primero en acompañaros; pero convenid conmigo en que no es necesario que salgais de Ureña para arreglar vuestras diferencias con los individuos de la liga.

— No, no quiero que me acompañes, Diego de Padilla; puedes quedarte en compañía de tu hermana y yo me iré mas descuidado, y tú, Gutier Fernandez de Toledo, puedes quedarte tambien con el maestro; porque veo que no eres el que menos recelos tienes de los bastardos.

— Ya veis, señor,—repuso el interpelado—que no me faltan motivos para recelar: yo custodiaba el alcázar de Talavera cuando por orden de vuestra madre asesinaron en él á doña Leonor de Guzman, madre del conde de Trastámara, y creo por lo tanto, que tan luego como ese conde me divise, mandará á sus escuderos que me cosan á puñaladas. Estos, señor, creo que son motivos mas que suficientes para que tema ponerme al lado de los bastardos.

— Y tú ¿qué dices?—añadió entonces el rey mordiéndose los labios de coraje y dirigiéndose á don Juan Fernandez de Hinestrosa, tio de la Padilla;—tú no tienes, me parece, motivo alguno que alegar para no venir en mi compañía; á no ser que temas tambien que el maestro don Fadrique te guarde algun rencor, por haberle ayudado en Toledo á proclamar á doña Blanca.

— ¡Por Dios, señor!—esclamó Hinestrosa lleno de pesar:—yo no ayudé al maestro de Santiago á que proclamase reina á doña Blanca de Borbon. Don Fadrique, como sabeis, entró en Toledo al frente de seiscientos de á caballo, y

como era imposible que yo defendiese el alcázar donde estaba vuestra esposa contra una fuerza tan crecida, natural era que me rindiese. Ya sabeis que me sostuve firme por espacio de algun tiempo y que puse mi vida en peligro solo por defenderos; pero.....

— Bien, bien; ya sé como te portaste en aquella ocasion y no necesito que vuelvas á repetirme el elogio de tu conducta; sé que te portaste peor que el último de tus escuderos; pero no es de eso de lo que tratamos en este instante. ¿Te atreves ó no á acompañarme?

— ¡Oh! viejo soy, don Pedro; pero no me faltan ánimos para arrostrar segunda vez la muerte, siempre que trate de defender vuestra vida. Os acompañaré.

— Gracias, gracias; dijo el rey fijando una afectuosa mirada en el rostro de Hinestrosa.—Vosotros—añadió dirigiéndose á Padilla y Fernandez de Toledo—permaneceréis aquí, hasta que yo os mande llamar. A vosotros—dijo despues encarándose con su tesorero mayor, don Samuel Levi y su canciller don Fernan Sanchez—nada os digo de que os quedeis, porque ya sabeis que siempre os necesito. Dad orden, pues, á todos vuestros criados de que se preparen para la marcha; y tú Hinestrosa, anuncia tambien á todas mis gentes que mañana al amanecer salimos de Llerena con direccion á Toro.

.....

.....

.....

.....

Al siguiente dia antes de que el sol apareciese, don Pedro de Castilla, su tesorero mayor don Samuel Levi,

su canciller Fernan Sanchez de Valladolid, el tio de la Padilla don Juan Fernandez de Hinestrosa y una reducida escolta, compuesta de unas cincuenta lanzas, salian de Llerena con direccion á Toro, donde las gentes de la liga se encontraban.

Doña María de Padilla quedó en Llerena muy desconsolada.



Al siguiente día antes de que el sol apareciese, don Pedro de Castilla, su tesorero mayor don Samuel Loy,

CAPITULO XXXVI.

De cómo el rey don Pedro fué hecho prisionero en Toro, y del recibimiento que le hicieron los individuos de la liga en las bóvedas del monasterio de Santo Domingo.

No en vano presagiaba mal don Pedro de su viaje á Toro, y no en vano su camarero mayor trataba de disuadirle á fin de que no marchase.

Tan luego como los individuos de la liga vieron entrar al rey por las puertas de la ciudad, salieron á recibirle con el mayor agrado, aunque armados de todas armas y cubierto el rostro con la visera.

Despues de besarle la mano y observar con él todos los cumplimientos de costumbre, los confederados condujeron al rey al monasterio de los frailes de Santo Domingo, donde se hallaban su madre doña María y su tia, la reina viuda de Aragon.

Recibióronle estas tambien con mucha amabilidad y

doña María le auguró muy bien de su viaje, diciendo que aviniéndose ahora con los caballeros de la liga, todo podia quedar perfectamente arreglado.

No lo comprendió así sin duda la reina de Aragon; porque encarándose con su sobrino, y dirigiéndole una mirada de reconvencion:

— Señor;—le dijo fingiendo hallarse conmovida:—mejor vos parece estar acompañado así como agora sódes de todos los grandes é buenos de vuestros regnos, que andar de la guisa que fasta aqui avedes andado, dejando vuestra mujer legítima, la reina doña Blanca, ó andar apartado por los castillos. É nos non avedes culpa, ca aun non sodes de tan grand edad; pero esto facen los privados que tenedes que así vos aconsejan, de los cuales es uno Juan Fernandez de Hinestrosa, que aquí viene con vosco, é don Samuel Levi, é otros; é será bien que estos sean arredrados de vos, é que vos rijades de aquí adelante por otros que sean mas honrados, é que caten mejor por vuestro servicio, é por vuestra honra (1).

Profundo disgusto causaron en el ánimo del rey las palabras de doña Leonor; y furioso y encolerizado (que aunque comprendía muy bien la triste situación á que se hallaba reducido, conservaba todavía los coléricos arrebatos hijos de su carácter) la dijo con voz seca y vibrante, y atronando las galerías bajas del monasterio de Santo Domingo:

— Yo, señora, me sirvo de aquellos que mas me place servirme, y como nadie mas que yo paga á mis servidores,

(1) Palabras de la Crónica.

justo es que nadie mas que yo los escoja. Creo por lo tanto que estais en un error, amada tia, y he resuelto des-hacerle cuanto antes contestando á vuestras palabras.

— Sin embargo, señor;-repuso la reina viuda:-tened en cuenta que nadie os aconsejaria mejor que vuestros mismos parientes, y que vuestros parientes, no obstante, están muy lejos de la privanza.

— Están donde deben, señora;-contestó el rey con entereza.-¿Cómo habia yo de nombrar mis consejeros á parientes como el conde de Trastamara, y el maestre de Santiago, que hoy en Gijon, mañana en Medina, esta noche en Toledo y cada dia en un punto diferente levantan su pendon contra el legitimo soberano y se atreven á declararle guerra? ¿Cómo quereis, amada tia, que á hombres como esos los traiga yo á mi lado? imposible, imposible: antes muerto que en poder de mis hermanos.

— Pues mirad, señor,-repuso la tia del rey-que acaso, acaso esteis en su poder en este instante.

Don Pedro de Castilla hizo un gesto como de rabia; y comprendiendo ya del todo lo que las palabras de su tia querian significar, juzgó mas oportuno guardar silencio, porque sus palabras en aquel momento de nada le servian, y acaso hubiesen escitado la risa de los rebeldes que llenos de gozo le rodeaban.

La reina madre callaba, y no se atrevia á fijar los ojos en el rostro de su hijo; éste la clavaba unas miradas de despecho imposibles de esplicar para todo aquel que no hubiese presenciado aquella escena.

— ¡ Rayos del cielo !-dijo entonces el conde de Trastamara levantándose la visera y encarándose con Hinestrosa.

—¿Qué haceis ahí buen Juan Fernandez, que no seguis los pasos del infante de Aragon?—Y vos ¿qué haceis ahí también, señor Fernan Sanchez de Valladolid? ¿no habeis adivinado ya que estais en el monasterio de santo Domingo en calidad de presos?

— ¡ Señor conde!—esclamó entonces el rey con voz de trueno:—tened en cuenta que estais hablando delante del legitimo soberano de Castilla, y que pudiera acarrearos malas consecuencias vuestro inicuo modo de proceder.

— Y vos, señor rey de Castilla,—repuso el conde de Trastamara mirando con desprecio al soberano—tened en cuenta también que no estais en Aguilar atacando á don Alfonso Fernandez Coronel; si no que estais en Toro bajo el dominio absoluto del conde de Trastamara.

— ¡ Villano!

— Nada me importa, don Pedro, que me apellideis de esa manera. A los pechos angustiados siempre les es licito espresar su dolor de cualquier modo.

— ¡ Villano y cobarde!—esclamó entonces el rey procurando que el conde se alterase.

— ¡ Oh! en cuanto á eso, señor rey de Castilla, ocasiones ha habido en que no he dejado de mostrar mi valentia. Ahora, señor, á nada conduciria un alarde de mi fuerza, porque aunque sois rey, sois mi prisionero.

Don Pedro no acertaba á murmurar una palabra; pero al ver la manera con que el conde le atacaba, la sangre le hervia dentro de las venas, y buscaba con los ojos su madre por entre el inmenso grupo de rebeldes que rodeaba.

Su madre, no obstante, habia desaparecido de la bóve-

da del monasterio, y se habia retirado á su habitacion por no presenciar aquella escena.

— No la busqueis, no;—prosiguió el conde comprendiendo el objeto de las miradas del rey:—vuestra misma madre os ha tendido este lazo, porque hasta vuestra misma madre estaba escandalizada ya de vuestra conducta: pero no la culpeis, don Pedro; culpad á los Padillas que son la causa de todas cuantas desgracias afligen á vuestros reinos; culpad á los Padillas, que ellos como privados son la causa de todos vuestros extravíos.

— ¡Silencio, señor conde!—esclamó el rey en tono amenazante dirigiendo una terrible mirada á su hermano.—¡Silencio, repito, si no quereis que aqui mismo y á presencia de toda vuestra gente dé cuenta de vuestra vida. ¿Quién, señor conde, os ha dicho que los Padillas son la causa de mis extravíos? Y aun cuando lo fuesen ¿quién os ha dicho que tenéis derecho alguno para juzgar de ese modo mi conducta? ¿os he privado yo por ventura, de que escuchéis los consejos de fray Diego Lopez? Pues entonces ¿qué derecho alegais para espresaros de ese modo? El de la fuerza; el que usan todos los traidores: no tenéis otro tampoco, señor conde de Trastamara; pues no os durará mucho por fortuna. El dominio de los traidores pasa fugaz como un relámpago, aunque por el pronto nos haga sentir sus terribles crueldades. Tened cuidado, pues, señor conde de Trastamara, porque pudiera suceder.....

— Nada puede suceder, señor rey de Castilla: vos nos prometisteis en Tejadillo, volveros á unir con doña Blanca: nos prometisteis apartar de vuestro lado á los Padillas y concedernos al menos alguna dignidad ó empleo de palacio;

nos prometisteis tambien apartaros de doña María, y nada de esto habeis hecho ni pensais hacer; eso es lo que ha pasado, don Pedro; esa es la razon de que nosotros hayamos venido á Toro despues de tratar con vuestra madre.

— ¿Es decir que vosotros todo lo quereis sobre la marcha, y no podeis esperar ni un solo instante?

— Bastante hemos esperado, don Pedro.

— Tambien yo esperé antes. Pero nada; dejadme: sois unos traidores y no ha de pasarse mucho tiempo sin que alcanceis las consecuencias del enojo de don Pedro de Castilla.

— Bien, bien;—dijo entonces don Fadrique tomando parte en la cuestion;—mas adelante trataremos de ese asunto: por ahora ocupémonos solo de volver las cosas al estado en que se debian hallar, y dejemos jurar al soberano de Castilla. Vos, señor infante don Fernando, os encargareis de custodiar á don Juan Fernandez de Hinestrosa; vos, hermano don Tello, tendreis mucho cuidado con este pícaro judío, porque don Samuel Levi es muy astuto, y pudiera suceder que os la pegase; yo tomo á mi cargo la custodia del rey don Pedro, porque asi conviene sin duda alguna á nuestros planes. Ahora bien; vos, señor conde de Trastamara, que en esto de los empleos de palacio andais algo mas ducho que yo, repártelos como mejor os plazca, que ni don Fernando de Castro ni yo creo que nos incomodaremos.

— Es cierto;—repuso el hermano de la segunda esposa del rey.

El conde de Trastamara permaneció reflexivo durante unos momentos y luego contestó:

— Puesto que vos, hermano don Fadrique, os encargais de la custodia del rey, desde ahora podeis quedaros con el

nombramiento de camarero mayor; vos infante, don Fernando de Aragon, que no teneis mucho afecto á Fernan Sanchez de Valladolid, quedais encargado desde este instante de sustituirle en la chancillería; vos, infante don Juan de Aragon, podeis apellidaros ya alférez mayor del rey, y vos, señor don Fernando de Castro, que hace algun tiempo no ansiábais otra cosa, quedais encargado á la vez de la mayordomía.

El rey de Castilla rugia de cólera al oír el repartimiento que de los empleos de su palacio hacia su hermano el conde, y furioso y arrebatado, aunque sin determinarse á murmurar una palabra, fijaba sus espantados ojos en los gefes de la liga, que reunidos en aquella bóveda parecia como que trataban de rebajar su propia dignidad, apropiándose empleos y destinos que la justicia del ántes rey les habia negado.

Los de la liga, no obstante, se cuidaban muy poco de las coléricas demostraciones de don Pedro, y atendiendo únicamente á saciar sus ambiciosos pensamientos apenas fijaban sus ojos en el rey.

El conde de Trastamara sobre todo era el que mas agitado se encontraba, y mas deseoso al parecer de que aquel improvisado plan de gobierno se llevase á cabo.

No era don Fadrique tampoco el que menos lo deseaba; pero le aventajaba en deseos su noble amigo don Fernando de Castro, que ofendido como era natural de la infame conducta observada por el rey para con su hermana, solo trataba de vivir junto á él todo lo posible para vigilar sus pasos y tratar de convencerle, á fin de que volviese de nuevo á hacer vida con su hermana.

Los infantes de Aragon en medio de aquel júbilo general que se notaba en la bóveda del monasterio, temblaban no obstante á presencia de su primo el rey, temiendo sin duda que tarde ó temprano les aplicase el justo castigo á que se habian hecho acreedores por su fuga de Tordehumos.

Los rebeldes todos se engañaban, no obstante, al creer que el rey estaba ya abatido y no tenia ánimos para otra cosa que para someterse á su voluntad. Don Pedro meditaba en aquel instante acerca del modo de librarse de aquella infame canalla que de un modo tan villano le habia reducido á prision, y acordándose de su madre, pensaba tambien alejarla para siempre de su lado en pago del lazo miserable que en tan crítica ocasion le habia tendido.

— ¡Oh, gentes miserables!—murmuraba para sus adentros devorando en su pecho la amarga pena que le acosaba.—Ya os hará ver don Pedro de Castilla adonde alcanza su poderío; ya os hará ver adonde alcanzan los ímpetus de su furia y los tristes resultados de su venganza. No es tarde; no es tarde; dia llegará y.... ¡Oh, conde de Trastamara! guárdate de tu hermano el dia en que logre salir de Toro.

Los escuderos y demas gentes de los caballeros de la liga prendieron á don Juan Fernandez de Hínestrosa y á don Samuel Leví; y el maestre de Santiago se arrojó sobre Fernan Sanchez de Valladolid, con la daga levantada y decidido sin duda á asesinarle. Su hermano fijó en él, no obstante, una terrible mirada de reconvencion, y don Fadrique volvió su arma á la cintura.

— ¡A las casas del obispo de Zamora!—dijo el conde de Trastamara con imperioso tono.

El rey y su escasa comitiva fueron conducidos al lugar designado por el conde, y una vez allí todos ellos fueron alojados en departamentos diferentes, quedando encargados de su guarda, los escuderos en quienes mas confianza tenian los gefes de la liga.

Don Lope Sanchez de Bendaña, comendador mayor de Castilla, fué encargado por el maestre don Fadrique de custodiar al rey.

La madre de éste encerrada en una de las salas del monasterio de Santo Domingo, lloraba ya arrepentida el triste paso que acababa de dar en contra de su hijo.

— ¡Me han engañado!—esclamaba llena de desconsuelo: —me juraron que solo tratarian de que llevase á efecto lo pactado en Tejadillo, y le han hecho prisionero insultándole además y apropiándose todos los buenos destinos de su casa. ¡Oh! esto es horrible, esto es infame, esto es escandaloso.

Don Fernandó de Castro y el conde de Trastamara que trataban entretanto de solemnizar la prision del rey y su victoria por consiguiente con fiestas y regocijos, convinieron en que á los pocos dias se llevase á cabo el casamiento de aquel noble con la hermana del conde de Trastamara.

Como la guerra sostenida contra el rey se daba ya por terminada, el mayordomo mayor de don Juan Alfonso de Alburquerque, Rui Diaz Cabeza de Vaca, se presentó al conde de Trastamara, y le dijo:

— Puesto que mi difunto señor nos encargó en su testamento antes de morir, que no diésemos sepultura á su cadáver hasta tanto que acabase la demanda sostenida con el rey, y esta demanda la damos ya por terminada; puesto

que el rey se ha dado ya á partido vengo, señor, á deciros qué os place que hagamos de su cuerpo, ó donde quereis que le demos sepultura.

— Pláceme—dijo el conde de Trastamara, que en aquellos momentos soñaba ya con ceñir en sus sienes la corona— que el cadáver de don Juan Alfonso sea depositado en el monasterio de monjas blancas, llamado de Espina, y que le acompañen en el entierro su viuda doña Isabel de Meneses, la reina doña Leonor, mi hermano don Tello, don Juan de la Cerda y algunos otros caballeros y nobles de la liga.

— Os doy las gracias, señor ;—contestó el conde :—esta misma tarde será enterrado el cadáver de don Juan Alfonso de Alburquerque.

— Que se haga con toda la pompa y lujo que requiere su dignidad.

— Así se hará, señor conde.

Y el mayordomo mayor de Alburquerque, Rui Diaz Cabeza de Vaca salió de las casas del obispo de Zamora á cumplir con la última voluntad de su señor.

CAPITULO XXXVII.

En el que continua la relacion de los hechos precedentes.

YA hacia unos cuantos dias que el rey se encontraba en Toro y si bien es cierto que gozaba de alguna libertad, puesto que se le permitia salir del palacio, como quiera que esto no lo verificaba sino muy acompañado de las gentes del conde y del maestro, á nadie se le escapaba que el estado del rey era el de un prisionero á quien para hacer menos penosa y mas disimulable su prision, le dejaban algunos ratos de libertad en la apariencia, si bien en la realidad podian juzgarse de un modo muy diferente.

Prohibiéronle que hablase con don Juan Fernandez de Hinestrosa, con don Samuel Leví y con su chanciller, y á tan escaso terreno dejaron reducido, en fin, el círculo de sus relaciones, que apenas podia hablar con una persona que no fuese de la liga, y enemigo suyo por consiguiente.

Todo esto desesperaba como era natural al rey, y si alguna esperanza tenia de ponerse en libertad, en vista de todas estas cosas la habia perdido por completo.

Los confederados, que como se puede colegir de su conducta, lejos de pensar en pacificar el reino solo trataban de satisfacer sus ambiciosas miras, de esquilmar en lo posible las arcas reales y de hacerse dueños de Castilla para gobernar á su capricho por medio de la prision del rey, lo primero que hicieron fué quitar los sellos al chanciller, estenderse sus nombramientos, otorgarse á sí propios cuantos terrenos, títulos y castillos tuvieron por conveniente, entregar dichos sellos al infante don Fernando de Aragon, y solemnizar públicamente este acontecimiento por medio del casamiento de don Fernando de Castro con doña Juana de Trastamara, hermana de dicho conde.

El pretexto que los coaligados tomaron para declararse en rebeldía, fué como saben nuestros lectores, el de que el rey se habia casado segunda vez con doña Juana de Castro, siendo asi que era válido su primer enlace con doña Blanca de Borbon, y que trataban por lo tanto de hacer que el rey volviese al lado de esta princesa.

Despues que se hubieron despachado á su gusto, no volvieron á acordarse, sin embargo, de hacer que el rey reconociese como esposa á doña Blanca, ni don Fernando de Castro con ser el mas ofendido, se acordó tampoco de vengar el honor de su hermana, públicamente rebajado por el rey, contentándose con ser mayordomo mayor de su señoría.

Don Pedro bufaba, no obstante, dentro de su cámara al ver la villana conducta observada para con él por los bas-

tardos, y acordándose de su adorada doña María, solo pensaba en salir de su mal encubierta prision para ver de que modo podria fugarse de la ciudad.

Rara era la ocasion en que el maestre de Santiago entraba en su cámara, sin que tuviese que sostener con él una acalorada discusion acerca de los motivos que tenian para obrar de aquella manera.

El rey solicitaba que se le dejase en libertad, puesto que avenido como se hallaba á que ellos continuasen ejerciendo los destinos que se habian apropiado, nada tenian que temer de él sus hermanos, y mucho menos cuando nunca le dejaban salir sino acompañado por personas de su mas completa confianza.

El maestre de Santiago se esforzaba por probar al rey que de ninguna manera le tenian prisionero, como él queria suponer; que si tan custodiado le tenian era únicamente porque no se marchase á Llerena en busca de su amante, porque no querian que jamás volviese á unirse con aquella mujer que le tenia fascinado.

— No estais prisionero;—le decia el maestre don Fadrique dulcificando en cuanto le era posible sus palabras á fin de no irritar al rey.—No queremos que por ahora salgais de Toro, y no queremos que salgais por.....

— Porque creéis que voy á fugarme;—le interrumpió el rey con ansiedad:—por eso no me dejais que salga fuera de sus muros.

— Pero, señor ¿ creéis que nosotros abrigamos esos malos pensamientos que el vulgo nos atribuye de usurparos la corona?

— Y ¿ con qué derecho—replicaba el rey enfurecido—ha-

biais de pretender vosotros arrojarne del trono de Castilla? ¿Vos creéis segun eso que el rey don Pedro había de someterse á vuestro capricho y regalaros una corona que por ningun concepto os pertenece?

— No decimos eso, señor; acaso tuviésemos algun derecho para ello, si mañana ó cualquier otro dia nos diese la idea de destronaros, pero hoy por hoy no abrigamos esas intenciones.

— ¡Cómo! ¡destronarme! ¿Qué habeis dicho señor maestro de Santiago? ¿Cómo os atreveis delante de mí á soltar esas palabras?

— ¡Por Dios! que os estrañais de cosas bien sencillas. No me estrañé yo tanto cuando despojándome del maestrazgo hicisteis á los principales freires de la órden que reconociesen por maestro á don Juan García de Villagera.

— Pero el monarca tiene derecho para dar y quitar sus titulos á todos sus vasallos.

— Cuando haya una razon poderosa que justifique la conducta del rey.

— La mia estaba justificada.

— Ignoro por que, señor.

— Pues qué ¿os habeis olvidado por ventura del motin que armásteis en Toledo, al proclamar á deña Blanca de Borbon reina de Castilla? ¿Cómo es que ahora no la proclamais? ¡Ah! porque no eran esas vuestras miras: ese era un simple pretesto para justificar vuestra rebelion, y como Alburquerque ha muerto, el pretesto ha muerto tambien, ó al menos ya no lo invocais.

— ¡Señor!

— Sí, señor maestre de Santiago; son muy ambiciosos y á mas de ambiciosos egoistas y crueles.

— ¡Cómo! ¿qué quereis decir con eso?

— Que porque no me permitís hablar con mis antiguos servidores?

— Señor, yo he sido uno de los primeros que han abogado por vos acerca de este asunto; pero don Fernando de Castro y el conde de Trastamara se han opuesto á mi resolución, y yo he tenido que ceder al voto de la mayoría.

— Es decir que tú no te has opuesto.....

— Podeis informaros señor.

— Pues bien; yo ruego..... ¿pero qué ruego? mando, exijo, dispongo, ordeno que desde este instante se permita á mi tesorero, á mi chanciller, y á mi consejero que vengan á verme, ó de lo contrario pensad muy bien lo que haceis, porque es muy posible que caigais en la ratonera. Díselo así al conde de Trastamara; dile que quiero ir á caza todas las mañanas en compañía de las gentes mas de su confianza; pero que quiero tambien que vengan conmigo esas tres personas que acabo de nombrar. Corre y díselo, maestre de Santiago.

— Pero señor, si el conde de Trastamara.....

— No quiero oir mas esplicaciones, retirate.

El hermano bastardo del rey salió de la cámara triste y pensativo, y el rey prosiguió murmurando en voz baja palabras ininteligibles.

— No faltaba mas;—esclamó por fin despues de unos instantes de silencio:—¿yo rey de Castilla he de bajarme á los rebeldes? ¡Ira de Dios! no sé como me contengo; no sé como no he sepultado mi espada en ellos hasta la empuñadura. Y mi

madre..... ; Oh! todos me venden, todos me son traidores; hasta aquel pundonoroso noble de la Puebla de Sanabria tambien me ha abandonado: ¿dónde estará que no acude en mi socorro? ; Oh! esto es atroz..... es una posicion envidiable la de un rey de Castilla en los tiempos que atravesamos.

Y estas y otras parecidas reflexiones solia hacerse el rey don Pedro, meditando acerca de su triste posicion y soñando con las terribles venganzas que habia de llevar á cabo el dia en que se viese en libertad.

Pasaron asi unos cuantos dias, y el rey obtuvo por fin permiso para salir á caza por los alrededores de Toro, acompañado por supuesto de un gran número de caballeros adictos á la causa de los bastardos. Don Samuel Leví solia acompañarle tambien en sus escursiones, y ya la prision del rey iba haciéndose algun tanto mas soportable.

El conde de Trastamara, el maestre de Santiago, su hermano don Tello y don Fernando de Castro, fueron, no obstante, adquiriendo de dia en dia mas preponderancia y los demas caballeros de la liga se incomodaron como era natural, al ver el giro que iban tomando los asuntos de Toro, y poco á poco fueron haciéndose partidarios del monarca hasta el punto de hallarse decididos á ponerle en libertad.

El tesorero del rey con su natural perspicacia y génio observador, se fué apercibiendo de esta súbita mutacion y participó á su señor el estado en que las cosas se encontraban.

— Promételes—dijo—tierra y dinero, que ellos nos ayudarán.

El judío Samuel á quien, no obstante la sangria que

el maestre don Fadrique habia hecho á sus arcas en Toledo, aun le restaban algunos cuentos de maravedises, siguió el consejo del rey con intencion de cobrarse un interés crecido en aquella suma, y la mayor parte de los adeptos al partido de los bastardos se pasaron al del rey.

Don Pedro por otra parte habia ofrecido tambien grandes donaciones á todos los que mostraban deseos de servirle, y de este modo las cosas, ni el conde sospechaba nada, ni el rey se daba por entendido de cuanto ocurría.

Por una de esas anomalías inconcebibles y de las que tantos ejemplos vamos viendo ya en el curso de nuestra historia, doña Leonor de Aragon, que como saben nuestros lectores fué la primera en aconsejar al rey que entrase en tratos con los bastardos, fué tambien la primera en adherirse ahora al partido de aquel vendiendo al conde y al maestre, mediante la donacion que de la villa de Roa le hizo el rey por medio de una cédula.

El infante don Fernando se pasó tambien al partido de su primo el rey mediante la donacion de las villas de Madrigal, Aranda, el Real de Manzanares y algunos otros lugares de Andalucía.

Otro tanto hizo su hermano don Juan al ver la promesa que el rey le hacia de los señoríos de Vizcaya, Lara, Valdecorneja y Oropesa y el Adelantamiento mayor de la frontera.

Pero Ruiz de Villegas quedó tambien satisfecho con el Adelantamiento mayor de Castilla y la villa de Aracena; don Juan de la Cerda con la villa de Gibraleon; Diego Perez Sarmiento con las aldeas de Treviño, Berberana, Verganzon y Villasana; el hermano de don Fernando de Castro,

Alvar Perez, con la de Salvatierra; Sanchez Ruiz de Rojas con la merindad de Burgos, y de este modo acallados gran parte de los que antes eran sus enemigos, el rey don Pedro confiaba ya de una manera segura en no volver á Toro si no para castigar á los bastardos.

Llegó en efecto una de las mas nebulosas mañanas del mes de diciembre, y acompañado de su tesorero don Samuel Levi y de casi todos los principales caballeros de la liga, salió como de costumbre á dar una batida á los muchos jabbalíes que por aquella época habia en los alrededores de Toro, y alejándose poco á poco de la ciudad emprendió su marcha hácia Segovia, adonde le siguieron todos sus partidarios.

Cuando sus hermanos bastardos quisieron notar su fuga, ya el rey se hallaba en Segovia, dispuesto á llevar á cabo las terribles venganzas que por espacio de muchos dias habia meditado en Toro, hallándose prisionero en poder de su hermano.

Lo primero que hizo tan luego como llegó á Segovia, fué mandar á los sublevados de Toro una carta en la cual les decia, que inmediatamente le remitiesen los sellos de su chancillería para autorizar ciertas cédulas de donaciones, ó que de lo contrario, plata y hierro tenia para mandar forjar otros nuevos inutilizando los que ellos depositaban.

— ¿Qué hacemos?—decia el conde de Trastamara dirigiéndose á su hermano sin apartar la vista del pergamino que acababa de remitirles el rey.

El maestre de Santiago permanecia como sumido en profundas meditaciones y no hizo caso de la pregunta de su hermano.

— ¿Qué hacemos te pregunto?—volvió á decir el conde de Trastamara con sequedad.

Don Fadrique salió entonces de su estupor y se contentó con murmurar :

— Lo que te parezca , hermano.

— ¡Buen consejo por mi vida!—repuso entonces el conde fijando una mirada de cólera en don Fadrique.

— ¿Y qué quieres que te diga?

— ¿Te parece regular que cuando en circunstancias tan críticas como las que hoy estamos atravesando, se pide parecer á una persona interesada, es buena contestacion la que tú acabas de darme? ¡Por Dios! hermano Fadrique, que no sé como tienes calma para presenciar con sangre fria los tristes sucesos de que estamos siendo victimas.

— ¿Y qué quieres que haga?

— Siempre la misma observacion : aconsejarme siquiera lo que en la ocasion presente debemos contestar al rey. Ya sabes que nos ha enviado á pedir los sellos de su chancilleria.

— Ya lo sé, Enrique; pero ¿qué quieres que contestemos á un rey como don Pedro, que lejos de alterarse en caso de negativa, nos dice que aun tiene metales en sus arcas para forjar otros nuevos, si nosotros se los negamos?

— Es cierto, es cierto.

— ¿Qué contestacion hemos de dar á un rey como don Pedro, que no obstante la critica situacion á que le hemos reducido, ha ganado á todos nuestros servidores hasta el punto de convertirlos en enemigos encarnizados de los que antes eran sus señores?

— Es cierto, Fadrique.

— No sé, pues, cómo te atreves á reconvenirme de ese modo, querido hermano, cuando estás tan convencido como yo de que es imposible continuar la guerra con el rey.

— Es decir que tú opinas.....

— Que debemos remitírseles sin tardanza.

— ¡Oh! si supieses, hermano Fadrique, el disgusto que me cuesta.....

— ¿Y á mí no, por ventura?

— Es verdad, pero.....

— Pero nada, Enrique; nuestra situacion, como comprendes es demasiado falsa, é inútiles serán todas cuantas tentativas hagamos por volver á recobrar lo que tantos meses de guerra nos ha costado y en un solo dia hemos perdido. Hasta la misma madre del rey nos ayudaba.

— ¡Oh! esto es horrible, insoportable.

— No nos queda otro recurso, hermano Enrique, que el de retirarnos á nuestras tierras, si no queremos ser víctimas de la cólera del rey.

— Eso nunca, señor maestre de Santiago;—repuso el conde de Trastamara con un tono tal de resolucion que dejó asombrado á don Fadrique:—tú harás lo que quieras y obrarás como mejor te plazca; pero el conde de Trastamara permanecerá fijo en Toro hasta tanto que las gentes del rey no le obliguen á alejarse de sus muros. El conde de Trastamara tiene mucha mas energia de la que á tí te parece, y no se halla dispuesto á ceder en la demanda interin los sajonos del rey no le corten la cabeza: á esto me hallo dispuesto, hermano Fadrique; esto es lo que yo pienso hacer sin contar con otro auxilio que el de mis escasas gentes: tú y los demas podeis obrar como os parezca.

— Ten presente, hermano Enrique, que ningun derecho tenemos ya para proseguir la guerra, puesto que si la ciudad de Toledo se levantó en nuestro favor, tan luego como yo hice proclamar en ella á doña Blanca como reina de Castilla, y algunas otras ciudades siguieron tambien la misma conducta que Toledo; como quiera que despues de haber sometido al rey y héchole nuestro prisionero no hemos vuelto á acordarnos de éste ni hemos pensado jamás en reparar los escandalosos estravíos del rey obligándole á vivir con su primera esposa, hoy ningun derecho nos asiste para proseguir la guerra; todo cuanto hagamos en adelante será tenido por mal hecho, juzgando el pueblo nuestras acciones como hijas solo de una ambicion desmesurada.

— Pero ya sabes, hermano Fadrique, que si despues de someter al rey no volvimos á pensar en doña Blanca, fué porque don Fernando de Castro, ofendido como se hallaba naturalmente al ver la conducta observada por el rey para con su hermana, no accedia á ello en manera alguna y nos obligó á desistir de nuestro proyecto.

— Todo lo sé, Enrique; pero al pueblo no le consta nada de eso y tiene razon para juzgar nuestras acciones de un modo muy diferente.

— Vamos, esto quiere decir que no te encuentras dispuesto á proseguir en la demanda y me abandonas; no es esto?

— No, no; yo no te abandono, hermano Enrique; en mí siempre encontrarás una escasa ayuda para llevar á cabo tus belicosos planes, y desde este instante, si lo crees necesario, puedes quedarte con mis gentes; pero.....

— Basta, basta, hermano Fadrique: no necesito auxilios

de ninguna especie, basto yo solo para continuar la guerra. Los sellos se los remitiremos al rey porque asi nos conviene obrar por el momento. Despues, cada uno seguirá la marcha que le convenga.

Y el conde de Trastamara salió de las casas del obispo de Zamora en busca de su privado Pero Gonzalez de Mendoza, al cual como saben nuestros lectores recurriria en los mas criticos momentos de su vida, pidiéndole parecer acerca de la marcha que debia seguir en adelante y del rumbo que debia dar á sus negocios.

El maestro don Fadrique quedó silencioso y pensativo, y decidido al parecer á salir de Toro, desistiendo por completo de proseguir la guerra contra su hermano.

— No, no;—murmuraba por lo bajo fijando los ojos en el pergamino que el rey habia remitido desde Segovia en solicitud de los sellos de su chancilleria:—no es conveniente proseguir una guerra, justa en un principio, si, pero para la continuacion de la cual hemos perdido ya todos los derechos, desde el momento mismo en que desistimos del proyecto de unir al rey con la princesa doña Blanca. ¿Qué razones alegar ahora para levantar nuevamente nuestro pendon? ¿qué pretexto elegir para hacer justificable nuestro levantamiento? ¿Hemos obrado bien con el rey por ventura al traerle engañado á Toro y hacerle prisionero? ¿hemos obrado bien en el mero hecho de haber aceptado el auxilio de su madre? No; la reina doña María ha sido nuestro mas encarnizado enemigo durante la privanza de Alburquerque; la reina doña María fué la que mandó asesinar á nuestra madre en el alcázar de Talavera. ¡Oh! hemos obrado con muy poca prudencia; hemos dado pruebas de muy poco caballe-

ros en el mero hecho de aceptar el auxilio de la madre de un rey á quien odiamos, y á quien hemos jurado guerra á muerte desde el momento mismo en que echándose en brazos de los Padillas nos despreció por medio de obras y palabras, no contando con nosotros para nada ni pidiéndonos consejo. Nuestra conducta para con el rey estaba antes justificada, desde el dia en que al frente de seiscientas lanzas entré yo en Toledo é hice proclamar reina á doña Blanca: hoy ya no tenemos derecho alguno para proseguir la guerra; hoy estamos completamente desautorizados y en vano es que tratemos de motivar nuestras acciones; todas ellas serán miradas como hijas de la ambicion. Nuestro bando, por otra parte, se halla ya enteramente dividido; la reina de Aragon y sus hijos los infantes han desertado de nuestras filas, por mas que hoy se esfuerzen en demostrarnos lo contrario; don Juan de la Cerda nos abandona tambien; Diego Perez Sarmiento se marcha asimismo con el rey; nuestro hermano don Tello se muestra bastante frio por nuestra causa; el hermano de don Fernando de Castro, Alvar Perez, nos hace tambien traicion: ¿Qué hacer, pues, en situacion tan apurada? Retirarnos á nuestras tierras y esperar otros tiempos mas propicios, ya que los presentes nos son demasiado adversos; eso es lo que nos resta que hacer; ese es el único partido que nos queda que tomar; mi hermano sueña, pues, al decir que piensa continuar la guerra. Haga lo que quiera el conde de Trastamara; yo juzgo mas conveniente retirarme á mi maestrazgo.

Y el maestro don Fadrique hacia estas reflexiones con una calma tal, que daba á entender desde luego lo mucho que acerca de este asunto habia meditado.

El conde por el contrario proseguía firme en su resolución y mirando de cuando en cuando el puñal que llevaba á la cintura ;

— Este está destinado á dar muerte á don Pedro ;—decía lleno de júbilo y estrechándole entre su mano con una especie de delirio inesplicable:—este tiene que hundirse en el pecho de mi hermano. Este puñal vale una corona.

Y volvió á colocarlo en su vaina, preocupado al parecer por un gran pensamiento.

Remitióle, no obstante, al rey los sellos que le pedía, despues de consultarlo con los demas caballeros de la liga, y luego les anunció su resolución de no salir de Toro hasta tanto que las gentes del rey le obligasen á abandonar sus muros.

Don Fernando de Castro, sin embargo, se marchó á sus tierras de Galicia con su esposa doña Juana.

El hermano bastardo del rey, don Tello, no obstante la marcha que pensaba seguir en adelante de no mezclarse por el pronto en mas asuntos de guerra retirándose á su señorío de Vizcaya, dejó algunos de sus caballeros en un lugar de la Rioja llamado Trepiana, por si acaso al conde podia prestarle algun servicio.

El maestro de Santiago, don Fadrique, se marchó á la villa de Talavera, donde tenia sus gentes, y en Toro solo quedaron la madre del rey don Pedro, y el primogénito de los bastardos don Enrique de Trastamara.

Estraña asociacion por cierto, que no dejaba de repugnar á cuantos se hallaban en antecedentes acerca de dichos personajes.

El tio de la Padilla, don Juan Fernandez de Hinestrosa,

que era uno de los encarcelados en Toro, fué puesto también en libertad por la reina doña María, y éste y el conde de Trastamara, fueron los únicos que quedaron en la ciudad de todos los individuos de que antes se componia la liga.

CAPITULO XXXVIII



CAPITULO XXXVIII.

Del discurso que el rey don Pedro pronunció delante de todos los nobles é hidalgos de Búrgos, y de la conferencia que tuvo despues con don Diego de Padilla.

TAN luego como el rey llegó á Segovia, lo primero que hizo fué ordenar sus gentes en disposicion de que pudiesen entrar en pelea cuando las circunstancias lo hiciesen necesario, y dirigiéndose luego á sus primos los infantes de Aragon:

— Oid;—les dijo:—si pensais continuar á mi servicio, ahora mismo podeis decirme si habeis de serme fieles en adelante; porque si tratais de volver á repetir la escena de Tordehumos, entonces mas vale que de una vez me abandonéis, y de ese modo vosotros ganareis mucho y yo nada perderé.

— No, señor don Pedro;—contestó don Fernando como avergonzado:—si entonces os abandonamos.....

— Sí, sí;—repuso don Juan interrumpiéndole :—si entonces os abandonamos fué únicamente por instigaciones de nuestra madre.

— Sin embargo; cuando los hombres son leales poco importa que nadie les aconseje, porque los consejos poco ó ningun valor pueden tener para personas que no piensan seguirlos.

— Es verdad, pero.....

— Bien, bien : ¿ estais ó no decididos á servirme ?

— Hasta la muerte.

— No lo perdereis. Ahora es necesario que os dispongais para emprender una jornada, porque pienso marchar á Búrgos.

— Cuando querais, señor. Nosotros siempre estamos dispuestos á seguiros.

A los pocos dias salió en efecto de Segovia con direccion á Búrgos, y tan luego como hubo llegado á esta ciudad, convocó á todos los nobles é hijos-dalgos de aquellos alrededores y una vez reunidos en asamblea, con voz de trueno, les dijo :

— Nobles vasallos ; mis hermanos bastardos prosiguen levantados en varios puntos de mi reino, y se hace necesario que yo los castigue por rebeldes : cogiéndome prisionero en Toro, han rebajado mi propia dignidad y atacado abiertamente á la corona. El conde de Trastamara, el maestre de Santiago, su madre doña María, don Fernando de Castro y mi hermano don Tello, todos unidos tratan de arrojarme del trono para de ese modo saciar sus ambiciosos instintos y llenar de plata sus arcas ya vacías. Mi madre doña María tiene la culpa de no pocas de las cosas que me están pasando; ella

fué la que engañándome por medio de una carta me hizo entrar en Toro, donde ya los rebeldes lo tenían todo dispuesto para mi prision: esto, como comprendéis, no debía esperarlo yo nunca de una madre, y no debe estrañaros por lo tanto mi firme resolucion en hacerla salir inmediatamente de mis reinos y enviarla á Portugal al lado de su padre. Don Enrique de Trastamara tambien me ha tratado bastante mal durante mi prision, y justo es que me indigne cuando pienso en la infame y villana conducta que ha usado para conmigo; el maestre don Fadrique, si bien es cierto que se ha mostrado menos inflexible, no por eso ha dejado tambien de atormentarme escitando contra mí á todos los toledanos á fin de que se rebelasen: don Fadrique, como sabeis, ha proclamado á doña Blanca por reina de Castilla, levantando su grito en varias de las principales ciudades de mis reinos, y reclama que yo vuelva á unirle con aquella princesa; pero don Fadrique, sin embargo, no dice que doña Blanca y él se veian la mayor parte de las noches en un lujoso camarín adornado con magnificos divanes; esto lo calla don Fadrique, porque no le conviene dar publicidad á ciertas cosas, que al fin y al cabo vienen á matar el poco prestigio de que goza hasta entre los mismos individuos de su servidumbre; el conde de Trastamara es mas franco, porque al menos se ha declarado mi enemigo hace algun tiempo, y desde el momento mismo en que me vió traspasar los umbrales de las puertas de Toro, me hizo su prisionero: éste me combate sin cesar, y escita contra mí el ánimo de todos cuantos le rodean, pintando con los mas negros colores el cuadro de mi vida. Creo por lo tanto, nobles burgaleses, que tengo motivos y razones poderosas para defender el trono, que legitima-

mente he heredado de Alfonso XI de Castilla. Los bastardos, por el contrario, ningun derecho creo que tengan á la corona ni ningun motivo para declararme la guerra de un modo tan inusitado. ¿Qué agravio les he hecho para que con tanto ardor me combatan? ¿qué perjuicios les he ocasionado para que de un modo tal me ataquen? El conde de Trastamara y el maestro de Santiago son unos traidores, y espero que todos vosotros me ayudareis en la guerra que contra ellos trato de emprender: ninguno de vosotros creo que haya encontrado en mí motivos para anatematizarme de ese modo; ninguno de vosotros creo que tenga queja alguna del rey don Pedro de Castilla. ¡Nobles castellanos! prestadme, pues, vuestro apoyo y ayudadme en una guerra tan justa como forzosa: no me gusta verter sangre cuando no hay necesidad de derramarla; pero cuando las circunstancias hacen necesario que rueden las cabezas de los rebeldes separadas de sus troncos, entonces es preciso cortar cabezas. Las de Trastamara y su hermano están muy mal hace tiempo sobre sus hombros.

Y el rey de Castilla se dejó caer sobre el sillón delante del cual habia permanecido, y un grito unánime de ¡viva el rey de Castilla! ¡mueran los bastardos! resonó en el salón donde los hidalgos burgaleses se hallaban reunidos.

Don Pedro les pidió despues los subsidios necesarios para comenzar la guerra contra los rebeldes, y una vez encerrados en sus arcas por su tesorero mayor don Samuel Leví, emprendió su bélica escursión dirigiéndose á Medina del Campo en compañía de los infantes de Aragon.

— ¡Es necesario matar!—decía encarándose con su camarero mayor don Diego de Padilla:—es necesario que ni aun

rastros quede de la huella de esos traidores. ¿Me habeis comprendido, Diego? ¿Has comprendido lo que quiero decir con mis palabras? Que el conde de Trastámara y el maestro don Fadrique es preciso que mueran á nuestras manos; que sus cabezas deben ser clavadas en una pica y puestas en las plazas públicas de todas las ciudades. Eso es lo que he querido darte á entender al espresarme de ese modo. ¿Has comprendido Diego?

— Comprendo, señor, comprendo:—le contestaba el maestro de Calatrava lleno de sobresalto.—Es preciso que mueran vuestros hermanos.

— Mis hermanos bartardos, si;—continuaba el rey:— esas víboras traidoras que de un modo tan rastrero me persiguen, envenenando lentamente los dias de mi existencia; pero es preciso que su muerte sea lenta tambien, como los horribles tormentos que á mí me hacen sufrir; es preciso que se invente un nuevo género de martirio para que públicamente sean castigados. El cortarles la cabeza de un hachazo ó aplastársela con la maza nada de nuevo tiene; el colgarlos por los piés de las almenas de un castillo tampoco me satisface; el aplicarles la rueda del tormento es castigo tambien bastante usado; no quiero tampoco atarlos por cada extremo á la cola de un caballo para que al partir en distintas direcciones los partan en pedazos; no es esto bastante, no; yo deseo darles otro género de muerte mas terrible, pero mas lenta tambien al propio tiempo, para que el pueblo pueda disfrutar del espectáculo; eso es lo que quiero, Diego de Padilla; eso es lo que deseo poner en práctica si he de ver satisfecha mi venganza.

El rey don Pedro arrojaba espuma por la boca al pro-

nunciar estas palabras, y sus músculos todos horriblemente dilatados, daban á su semblante una espresion terrible que no pudo menos de atemorizar al maestre de Calatrava.

— ¡ Señor! ¡ señor! —esclamó Padilla viendo la imponente actitud del soberano y la horrible situacion en que se hallaba:—tened en cuenta que todavia no sabemos lo que sucederá con vuestros hermanos: acaso traten ahora de someterse y ya no sean necesarios todos esos horrores de que hablais.

— ¡ Someterse! no hace falta que se sometan, amigo Padilla; y aun cuando traten de someterse, no quiero yo aceptar sus homenajes. Ni uno solo de los que me han atacado tiene que quedar con vida; ni aun mi misma madre, señor maestre de Calatrava.

— ¡ Don Pedro! ¿ qué decís? —esclamó el camarero mayor horrorizado.

— Lo que oyes, Diego; ni aun para mi propia madre tiene que haber perdon.

— ¡ Callad, callad; no digais eso, señor.

— Lo repito; hasta los mismos infantes de Aragon con los cuales me encuentro ahora tan unido: tambien ellos tienen que purgar sus desaciertos.

— ¡ Señor! señor! callad que acaso nos estén oyendo en este instante.

— No importa, no importa; tanto mejor para que vivan prevenidos: pero sígueme, sígueme, que quiero empezar hoy mismo á hacer justicias. ¡ Ballesteros!

Los ballesteros del rey se presentaron en la estancia armados de sus mazas de bronce y á una señal

de aquel le siguieron con el mas profundo silencio. Como una exhalacion atravesó el rey una vasta y espaciosa galeria que conducia á las cámaras de Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas, agraciado el primero con el Adelantamiento mayor de Castilla y el segundo con la merindad (1) de Búrgos, y penetrando en un elegante salon donde ambos amigos reposaban la hora de siesta;

— ¡ A ellos, ballesteros!—gritó en medio de su arrebató:—que no les quede ni un solo instante de vida.

Los ballesteros del rey se arrojaron sobre los nobles que éste habia designado por víctimas con las mazas levantadas, y descargando sobre ellos cuatro horribles mazazos, ni aun tiempo les dejaron siquiera para despertar de su pesado sueño.

— ¡ Retiraos!—dijo despues aterrandó con su voz á los verdugos.

Estos se retiraron, y el rey quedó solo en la estancia con Diego de Padilla, que horrorizado y conmovido al presenciar el terrible drama que en la estancia de aquellos nobles acababa de ejecutarse, ni aun valor le quedaba para pronunciar una palabra.

— ¡ No tiembles!—esclamó el rey notando la mortal palidez que cubria el rostro de su camarero:—no tiembles nunca ante ningun cadáver: esos han sido unos traidores y justo es que reciban el premio de su traicion.

— Pero traidores arrepentidos:—murmuró entonces una voz débil y angustiada salida al parecer de los lábios de uno de los cadáveres.

(1) Administracion de justicia.

El rey se acercó con la daga levantada al lecho de Pedro Ruiz de Villegas; pero el adelantado mayor ya no existía: llegóse despues al de Ruiz de Rojas, y viendo, que no obstante los mazazos descargados por sus verdugos sobre la cabeza y los hombros del merino mayor de Búrgos, todavía respiraba;

— ¡Cómo!—esclamó disponiéndose á sepultar su daga en el pecho del moribundo:—¿todavía tratas de engañarme? ¿aun despues de muerto piensas burlarte de mí?

Ya iba á descargar el golpe sobre aquella desgraciada víctima de su cólera, cuando su camarero mayor le detuvo el brazo diciendo:

— ¡Señor! ¡señor! bastante muertos están; no destroceis sus cadáveres.

El rey volvió su daga á la cintura, y despues de unos breves instantes exclamó como fuera de sí, fijando sus ardientes é hinchados ojos en el rostro de su valido:

— ¡Jamás! ¡jamás! ni uno solo tiene que quedar con vida; ni uno solo de los confederados tiene que libertarse de la cólera del rey. ¡Conde de Trastamara! también á tí tiene que llegarte el día; y no ha de tardar mucho ¡vive Dios! ó dejo yo de ser rey de Castilla. Estos—continuó despues de una breve pausa—pertenecieron también á la famosa liga capitaneada por el cadáver de Alburquerque: ahí los tienes, pálidos y desencajados, brotando sangre por sus hinchadas venas, y apretando los lábios de coraje. Esos son Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas, al primero de los cuales premié con el Adelantamiento mayor de Castilla y al segundo con la merindad de Búrgos: se pasaron á mi partido abandonando las filas de la ya casi

disuelta confederacion, prometiéndome fidelidad hasta la muerte; pero no, no: el que se vende una vez, fácil es que vuelva á venderse la segunda: no, no quiero traidores á mi lado.

Don Diego García de Padilla, que como saben nuestros lectores no quiso acompañar al rey en su marcha hácia Toro, temblaba de piés á cabeza al oír la palabra traidores, porque su conducta bien examinada nada de leal tenia, si se atiende á los muchos favores que este privado habia recibido de su rey.

Don Pedro estaba tambien pálido de coraje y no acertaba á proseguir.

Fijos sus ojos en los cadáveres de Rojas y Villegas, mil distintos pensamientos, á cual mas sombríos y aterradores, cruzaban por su mente en aquel instante, y de cuando en cuando asomaba á sus lábios una sarcástica sonrisa; sonrisa que helaba el corazon á don Diego de Padilla.

— ¡Sangre! ¡sangre!—murmuraba el rey poco despues, pero sin apartar su vista de los ensangrentados cadáveres de aquellos nobles.—¡Sangre! ¡sangre! necesito beber sangre para saciar mi sed. ¡Sangre! ¡sangre!

— ¡Señor! ¡señor!—esclamaba Padilla tembloroso asiendo al rey del brazo derecho y procurando alejarle de aquel horrible espectáculo que tenia ante su vista.—Dejadlos; dejadlos ya, que bien han purgado su delito.

— ¡Sangre! ¡sangre!—continuaba murmurando el rey como desfallecido:—necesito beber sangre para saciar mi sed; necesito derramar la sangre de todos los nobles de Castilla, para que ni uno solo quede en mis reinos que

pueda rebelarse. ¡ Sangre ! ¡ sangre ! las cabezas de los nobles están muy mal sobre sus hombros.

Don Diego García de Padilla tembloroso y ajitado, consiguió sacar al rey de aquella lúgubre estancia, en la que quedaban dos víctimas de los coléricos arrebatos del monarca de Castilla.



¡Sangre! ¡Sangre! las espadas de los nobles están muy mal sobre sus hombros.

Don Diego García de Padilla tembloroso y agitado, con-
siguió sacar al rey de aquella legua estancia, en la que
quedaban las víctimas de los coléricos arrebatos del monar-
ca de Castilla.

CAPITULO XXXIX.

De cómo el rey de Castilla se encaminó hacia Toledo, decidido á hacer en ella un ejemplar castigo.

LUEGO que el rey hubo desahogado por el pronto los feroces ímpetus de cólera, que tan continuamente le atacaban desde su salida de Toro, con los asesinatos de Pedro Ruiz de Villegas y Sancho Ruiz de Rojas, se dirigió á la ciudad donde sus hermanos le habían tenido prisionero decidido á tomarla á sangre y fuego, en caso de que los rebeldes no le franqueasen las puertas.

Temerosa su madre de que en aquella ciudad entrase el rey cuchilla en mano, precedido como de costumbre de sus ballesteros de maza repartiendo mandobles á derecha é izquierda, y haciendo justicias á su antojo sin miramientos de ninguna especie ni respetos á clases ni personas, mandó cerrar las puertas de Toro, creyendo que con esto evitaba la entrada

del rey en la ciudad. Poco le importaban á éste, sin embargo, los cerrojos y cadenas cuando llevaba consigo alguna fuerza de que disponer: la orden de la reina hubiese sido por lo tanto inútil de todo punto, si antes de llegar á la ciudad no le hubiesen noticiado al rey, que su hermano bastardo el conde había salido de ella y encaminándose á Talavera, donde se hallaba don Fadrique.

Volvió, pues, piés atrás alejándose por el pronto de aquella comarca, y llamando luego al noble descendiente de la casa de Sanabria, que ya se le había unido en Segovia;

— Men Rodríguez;—le dijo con voz de trueno:—mete espuelas á tu caballo, recorre todas las tierras de Segovia y Ávila, y encarga de parte del rey á sus habitantes, que vigilen todos los puertos por donde haya de pasar el conde de Trastamara para ir á Talavera. Corre y lleva en tu compañía veinticinco lanzas; corre y apresa, si puedes, á don Enrique; que ya te tendrá en cuenta el rey este servicio.

El asturiano puso en orden de marcha las veinticinco lanzas de que en aquella ocasión le hacia merced el rey, y despues de saludarle respetuosamente, partió como un relámpago en direccion á Segovia á cumplir con las órdenes del monarca.

Don Pedro de Castilla, que desde el levantamiento de Toledo en favor de doña Blanca tenia puestas sus miras en aquella ciudad, deseoso de hacer un ejemplar castigo en ella á fin de que nunca ya se rebelase, se encaminó hácia Toledo con todas sus gentes, decidido á saquearla sin respetos á que en ella se albergase su esposa doña Blanca en clase de prisionera.

Horrible era la cólera de que el rey se sentia dominado

en aquellos días de venganza, y grandes los temores que su feroz semblante infundía á todos los que le rodeaban. — ¡Sangre! ¡sangre!—repetía á cada momento con una especie de delirio que dejaba temblorosos á todos cuantos le escuchaban.— ¡Sangre! ¡sangre! yo necesito sangre para saciar la sed de venganza que me devora. ¡Conde de Trastámara! no te perdono tu traicion. ¡Maestre de Santiago! juro castigar tu villanía.

CAPITULO XL.

En el que continúa la relacion de los sucesos referidos en el precedente.

Media hora despues de los sucesos que acabamos de referir en el capitulo anterior, el rey de Castilla y Men Rodriguez salian de Toro por caminos diferentes.

Men Rodriguez al frente de sus veinticinco lanzas marchaba al galope tendido por el camino de Segovia, ínterin el rey acompañado de todas sus gentes seguia la direccion de Toledo.

Llegó por fin á Segovia el asturiano, y despues de adquirir datos en aquella ciudad acerca del camino que llevaba el conde, prosiguió su escursion por todas aquellas tierras, cumpliendo con el encargo que el rey le habia hecho de mandar cerrar todos los puertos, por los cuales se presumiese habia de pasar don Enrique de Trastamara.

Dirigióse despues á la tierra de Ávila, y llevándose consigo cuantos mozos robustos y gentes capaces de empuñar las armas encontró por toda aquella comarca, se encaminó hácia el puerto del Pico, por donde segun todas las probabilidades habia de pasar el conde.

Apostóse con todas sus gentes en aquellos desfiladeros, y aun no hacia siete horas que se hallaba en ellos, cuando uno de los de su comitiva se acercó á él diciéndole con misterio :

— Señor Sanabria ; tened por seguro que antes del mediodia estaremos frente á frente de los tercios de don Enrique.

— ¡Cómo! — exclamó Men Rodríguez, lleno de gozo y asombrado al propio tiempo.—¿ Sera posible.....

— Como lo oís, señor : estos lábios que han de comer la tierra os lo aseguran.

— ¿Es decir que te lo han dicho ?

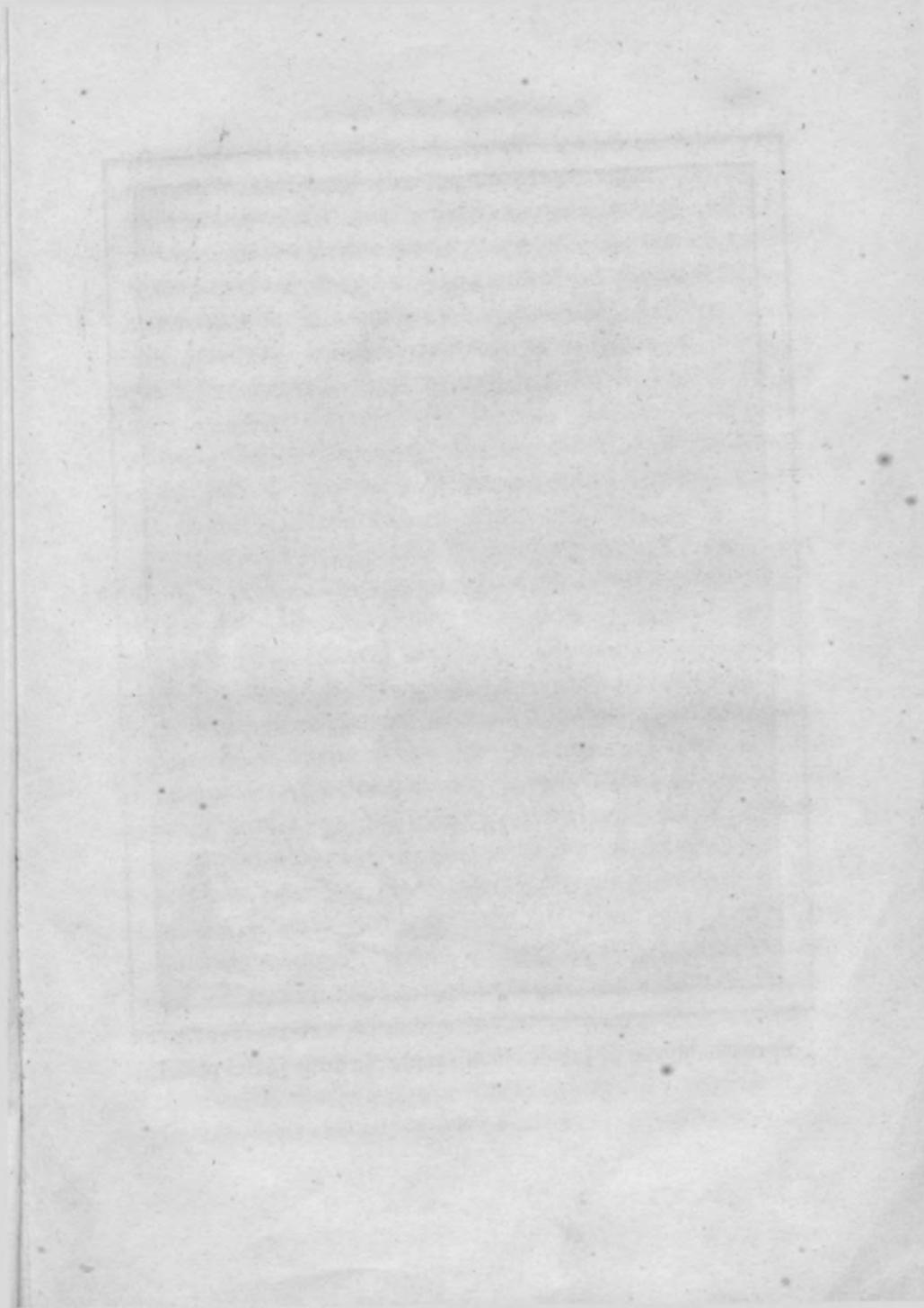
— Lo han visto mis propios ojos : trepando por uno de aquellos elevados picos que divisais en aquel desfiladero, he podido alcanzar á ver los plumeros que llevan en los cascos.

— ¿Las gentes de Trastamara ?

— Sus gentes, sí.

Men Rodríguez se apresuró á ordenar que todos estuviesen prontos á entrar en pelea, y algunas horas despues las gentes de Trastamara eran furiosamente combatidas por las lanzas de don Pedro y los templados aceros de los bizarros avileses.

El hermano bastardo del rey, que venia al frente de sus tercios rodeado de su escolta, fué el primero que se vió





Y aproximándose al Conde cuanto pudo, le despojó del puñal...

precisado á parar los golpes que Men Rodriguez, como gefe tambien de las lanzas del rey le dirigia.

Interin los vasallos del rebelde y los valerosos hijos de Ávila sostenian la pelea por las fragosidades de aquel terreno áspero y quebradizo, el conde de Trastamara y el escudero favorito del rey mantenian un horrible combate singular, en el que ambos lucian su gran destreza y asombrosa habilidad en el manejo de las armas.

El conde don Enrique habia partido de un hachazo la visera del casco de Men Rodriguez, y éste le habia destrozado el peto de otro golpe no menos feroz que los que le daba su adversario.

Continuaron la lucha por espacio de algunos instantes, hasta que Men Rodriguez en uno de los encuentros que tuvo con el conde, le dejó casi desarmado arrancándole el escudo: pero quiso Dios que el caballo del valiente escudero del rey diese una mala pisada sobre la embrazadura de uno de los escudos que rodaban por el suelo, y Men Rodriguez vino á tierra con su fogoso animal. Merced á un poderoso esfuerzo, el bruto logró levantarse, y el escudero del rey se arrojó sobre Trastamara lleno de furor.

— ¡ Ah! traidor; — dijo entonces el conde arrojándose tambien sobre el asturiano: — ahora te haré ver yo quien es el conde de Trastamara.

Y esto diciendo le amenazó con la espada intentando clavársela en el pecho; pero Men Rodriguez, que en aquella ocasion como en otras muchas nunca perdia la serenidad, asió con su mano izquierda el brazo derecho de Trastamara, y aproximándose al conde cuanto pudo, le despojó del puñal que en tanta estima tenia desde su conferencia

con el judío é hizo además de clavárselo en el pecho.

El caballo de Trastamara se revolvió en aquél instante como una culebra á quien la ostigan, y dando un agudo relincho partió como un relámpago del sitio de la pelea.

El conde don Enrique recobró al pronto su serenidad, y tirando de las riendas al fogoso bruto que de un modo tan inesperado le habia puesto fuera de peligro, y de peligro de muerte acaso, se encaramó sobre una pequeña loma y llamando hácia sí á todos sus vasallos, partió al galope por una derecha senda, siendo seguido poco despues por todas las gentes que antes le acompañaban.

— ¡El puñal! ¡el puñal!—murmuraba por lo bajo:—¡oh! me lo ha arrancado de las manos; me lo ha arrebatado, sí; pero no importa, no importa.

Y Men Rodriguez que ya estaba repuesto tambien de algunos golpes que habia recibido, contemplaba el arma del conde con una especie de frenético delirio, que ninguno de sus soldados se atrevia á interrumpir.

— Este—esclamó despues dirigiéndose á todos los soldados y avileses que se habian encontrado en la pelea—era el puñal destinado por el conde de Trastamara á dar muerte á su hermano. Esta es el arma fraticida con que mas de una vez quiso herir al rey cuando le tuvo en Toro prisionero. Ahí teneis su inscripcion; leedla.

Y algunos de los soldados del rey se acercaban á examinar el arma que Men Rodriguez habia arrebatado al conde.

— *Contra la dága del rey, el puñal de Trastamara:*—decian algunos por lo bajo leyendo la inscripcion grabada en el puñal de don Enrique.

Men Rodriguez les refirió la entrevista que el conde ha-

bia tenido , segun públicas voces , con el judío Abraham , el horóscopo que éste le leyó y el significado por consiguiente que tenian aquellas palabras.

En seguida viendo la cobardé fuga que las gentes de Trastamara habian emprendido , se despidió de los valientes avileses que con el mayor celo y buena fé le habian ayudado á derrotar á los rebeldes , les dió las gracias en nombre del rey , y acompañado de sus veinticinco lanzas , se encaminó hácia Segovia , donde don Pedro habia quedado á su partida.

Algunos de los vasallos de Trastamara , que ocultos entre las mil emboscadas , cuevas y hondonadas de aquellos desfiladeros habian observado todos los movimientos de las gentes del rey , tan luego como vieron la direcccion que habia tomado Men Rodriguez , corrieron en busca del conde y montando en algunos de los corceles que habian huido de la pelea , lo alcanzaron como á legua y media del Puerto del Pico y le refirieron cuanto habia pasado entre las gentes del rey. Irritado y lleno de gozo al propio tiempo , el conde puso en órden á todas sus gentes , y dirigiéndose á Colmenar , entró á saqueo en aquella villa y despues de degollar á la mayor parte de sus habitantes , prendió fuego á todas sus casas , y la dejó reducida á cenizas , encaminándose despues hácia Talavera , donde su hermano don Fadrique se encontraba.

Furiosos se hallaban ambos hermanos y deseosos de llevar á cabo una horrible venganza , en vista de la actitud severa é imponente del rey.

El maestre de Santiago , que á su salida de Toro no se habia mostrado muy propicio á continuar la guerra , deseó-

so de dar muerte al hermano de la Padilla, Juan García de Villagera, á quien el rey habia concedido el maestrazgo de Santiago, y mas irritado todavia á consecuencia del descaro con que desde la fuga del rey se hacia apellidar maestre; decidióse por fin á ayudar al conde en sus escursiones bélicas, y le hizo venir á Talavera con objeto de tratar con él acerca de lo que debian hacer en adelante.

El conde de Trastamara refirió á su hermano todo cuanto le habia pasado á su entrada en el Puerto del Pico, y cómo se habia vengado luego saqueando y quemando la villa de Colmenar, despues de haber degollado á la mayor parte de sus moradores.

— Pues bien;—decia don Fadrique:—una vez que Toledo permanece fiel á vuestras banderas y el rey piensa entrar en ella á degüello, dirijámonos á dicha ciudad y hagámonos fuertes en su alcázar, levantando nuevamente nuestro grito de ¡viva doña Blanca, reina de Castilla!

— Corriente;—dijo don Enrique:—pero y si el rey entra en ella antes que nosotros?

— No;—contestó el maestre:—el rey se encuentra ahora en Torrijos, y saliendo nosotros esta misma tarde de Talavera podemos llegar á Toledo algunas horas antes que el rey.

— En marcha, pues;—dijo el conde.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora; no desperdiciemos el tiempo.

Y media hora despues la hueste de los rebeldes, que era ya bastante numerosa, tomó el camino de Toledo y emprendió su marcha al galope con direccion á aquella ciudad.

Ya se hallaban junto al puente de San Martin sobre el Tajo, cuando una lucida cabalgata de caballeros toledanos

que estaban contra el rey se dirijieron á ellos al galope.
— ¡ Viva el conde de Trastamara !-dijeron á voz en grito
luego que estuvieron cerca.-¡ Viva doña Blanca , reina de
Castilla !

— ¡ ¡ ¡ Viva ! ! !-contestaron las gentes del conde.

Una vez dada esta señal, los caballeros toledanos se aproximaron á los tercios de los rebeldes, y preguntaron por el conde de Trastamara.

Salió éste de entre las filas, y acercándose á él uno de los caballeros toledanos que por su porte y gallarda presencia daba á entender que era el gefe de aquel pequeño grupo de ginetes, le dijo despues de saludarle respetuosamente:

— Señor conde de Trastamara; os aconsejo que no entrais en Toledo si no quereis veros chasqueado.

— ¡ Cómo !-esclamó don Enrique lleno de asombro.

— Porque las gentes de esta ciudad andan en tratos con el rey.

— ¿ Estais seguro ?

— Porque lo estoy, vengo á noticiároslo.

— No importa, no importa;-dijo el conde volviéndose á sus gentes : ¿ Estais decididos á continuar defendiendo mis banderas ?

— ¡ Hasta la muerte !-contestaron todos.

— En ese caso,-dijo el conde volviendo á continuar su interrumpido diálogo con el toledano-vamos á entrar en la ciudad.

— Ved, señor,-repuso entonces el caballero-que las puertas están cerradas.

— ¿ Todas ?

— Todas, señor conde.

— ¿Y ningún partidario nos queda dentro de esa ciudad que ni una sola pueda franquearnos?

— Partidarios os quedan todavía, señor conde, cuando nos teneis á nosotros aquí dispuestos á defenderos.

— Entrad, pues, en la ciudad, y abridnos una de las puertas.

— Señor; aunque la situación en que nos vemos vuestros partidarios es bastante angustiosa dentro de la ciudad, sin embargo, caminad por alrededor del Tajo, dirijios á la Huerta del Rey, pasad el puente de Alcántara, y acaso por esta puerta podamos facilitaros la entrada en Toledo.

El conde de Trastámara se puso á la cabeza de sus gentes, y siguiendo el camino que los caballeros toledanos le habian marcado, esperaron en la Huerta del Rey algunas horas, y cuando ya la noche habia cerrado por completo, un toledano vino á noticiarles que la puerta de Alcántara se hallaba abierta.

Entraron, pues, en Toledo, el conde y el maestro y se aposentaron en sus posadas, meditando acaso en los medios con que contaban para hacerse fuertes; pero las gentes que formaban sus compañías, mal pagadas como se hallaban y gentes bandoleras en su mayor parte, se encaminaron á la judería, que en aquellos tiempos era el barrio mas poderoso de la ciudad, é internándose en las casas de los judíos degollaron á todos sus moradores y las saquearon por completo apoderándose de sus inmensos tesoros y riquezas.

Alarmadas las gentes de la ciudad con matanza tan horrosa, pues ascendian á mil doscientos los cadáveres que se veian por las calles, enviaron cartas al rey don Pedro que

se hallaba en Torrijos noticiándole la horrible conducta que los bastardos habían observado en Toledo, á los pocos momentos de su entrada en la ciudad.

— ¡Rayos del cielo!—esclamaba el rey al leer las cartas de los toledanos:—y aun se espantan algunos de que mando hacer muchas justicias; aun dicen las gentes del pueblo que soy un rey muy sanguinario. ¡Oh, cuernos de Satanás! y cuán benigna ha sido mi conducta hasta aquí; pero no importa, no importa; dentro de poco sabrán los rebeldes hasta donde llega el furor de mi venganza. ¡Rayos y truenos! ni uno solo ha de quedar de toda esa canalla. ¡Ballesteros!

Uno de los ballesteros de maza se presentó en la cámara del rey.

— Que venga mi camarero mayor.

Don Diego García de Padilla se presentó á los pocos instantes delante del monarca.

— ¡Esto es atroz, Padilla! ¡esto es insoportable!—dijo el rey dirigiéndose al maestro de Calatrava y dando un terrible golpe sobre la mesa.—Las gentes de Toledo, no obstante las seguridades que me daban hace poco de lealtad y de firmeza, abren ahora las puertas á los rebeldes, y estos premian su generosidad entrando á saco en la ciudad y degollando á sus moradores; pasan de mil doscientos los cadáveres que se ven por las calles de la ciudad; casi todos son de habitantes de la judería. Esta vez los rebeldes han querido llenar su bolsa con el oro de los judíos; pero eso es infame, eso es escandaloso. No mas perdon para la gente de los bastardos; no mas piedad para con los vencidos. ¡Conde de Trastamara! dentro de poco serás colgado de

una de las almenas. ¡Maestre de Santiago! tu cadáver será arrastrado por la ciudad atado á la cola de mi caballo.

Y el rey de Castilla se ponía rojo de cólera al pronunciar estas palabras; si en aquellos momentos hubiese tenido delante de sí á sus hermanos, los hubiese asesinado con una de sus miradas.

Era tal la espresion de ferocidad que daba á su semblante, que era imposible fijar los ojos en él por un solo momento sin retirarlos en seguida llenos de terror.

Don Pedro de Castilla hacia temblar á todos los que se hallaban á su lado con solo dirigirles una mirada, y esto sin duda debió sucederle á don Diego García de Padilla, cuando no supo que replicar á las palabras del rey, quedándose mudo y pensativo.

Otro balletero se presentó en aquel instante en la puerta de la cámara, y aprovechando uno de los momentos de silencio del rey, anunció á Men Rodríguez de Sanabria.

— ¡Que pase!—contestó don Pedro como agitado y deseoso al parecer de hablar con el oficial de su guardia.

Men Rodríguez pasó los umbrales de la puerta, y aun no habia tenido tiempo de acercarse al rey, cuando éste le preguntó lleno de cólera:

— ¿Por dónde ha pasado el conde de Trastamara?

— ¡Señor!—esclamó Men Rodríguez lleno de asombro y sin atreverse á continuar.

— ¿Qué por dónde ha pasado el conde de Trastamara, vuelvo á repetir?—esclamó de nuevo el rey fijando una mirada aterradora en el rostro de Men Rodríguez.

— Por ninguna parte, señor:—contestó éste tembloroso.

— Por ninguna parte ¿eh?—replicó el rey.—¿Por ninguna

parte, y ahora se encuentra en Toledo con su hermano don Fadrique? ¿Por ninguna parte y acaba de degollar á mas de mil doscientos judíos? ¿Por ninguna parte, y no contentó con reducir á cenizas la villa de Colmenar, lleva la desolacion por todas las ciudades de Castilla? ¡Oh! tengo yo muy buenos servidores; es una delicia el tener á su servicio hombres de tanta actividad como el noble descendiente de la Puebla de Sanabria. ¿No es verdad, señor Men Rodriguez? ¿No es cierto que sois un hombre muy enérgico y activo en demasia?

— ¡Señor!-volvió á esclamar el asturiano lleno de asombro.-Yo ataqué al conde de Trastamara en el puerto del Pico obligándole á emprender la retirada.

— Sin duda lo has soñado, Men Rodriguez.

— Ahí están los ginetes que llevé en mi compañía; ellos pueden atestiguar si es cierto ó no cuanto acabo de deciros.

— ¡Oh! ellos ¿qué han de hacer mas que apoyarte?

— ¡Señor!

— No finjas asombro, no; que el rey don Pedro no se paga de ficciones. Los resultados son los que le prueban ó no la actividad de sus servidores.

— ¿Es decir que no creéis?....

— Nada de cuanto me dices.

— Aquí tenéis, señor, el arma que he conseguido arrebatár á vuestro hermano; el puñal con el cual pensaba daros muerte, rey don Pedro de Castilla.

El rey arrebató de las manos á Men Rodriguez el arma que le presentaba, y despues de examinarla detenidamente:

— *¡Contra la daga del rey, el puñal de Trastamara!* exclamó lleno de rabia y acompañando sus palabras de una

sarcástica sonrisa.—Bien, bien; que me place la amenaza de mi hermano. ¡Oh, conde de Trastamara! y cuantos motivos tengo ya para mandarte colgar de una de las almenas del mas alto castillo de mis reinos. Y ¿cómo te hiciste dueño de este puñal?—añadió despues dirigiéndose á Men Rodriguez.

— Señor, combatiendo con él brazo á brazo, dando y parando algunos golpes y dejándole por último indefenso.

— Bien, bien; ¡pero no pudiste clavarle este mismo puñal en su garganta?

— Señor.....

— ¡Diego de Padillá! anuncia á nuestras gentes que se pongan en marcha hácia Toledo: en marcha, Men Rodriguez!

Y el rey de Castilla seguido de todos los oficiales de su guardia y demas caballeros empleados en su servicio, bajó á los patios de su casa, y montando en un fogoso corcel de guerra salió de Torrijos á galope tomando el camino de Toledo.

La historia de los sucesos que desde este instante hasta la fuga del conde don Enrique á Francia tuvieron lugar en Castilla, son una série interminable de combates sangrientos y luchas fratricidas, en las que unas veces la victoria quedaba por el rey y otras por sus hermanos bastardos el conde y don Fadrique.

A la llegada del monarca á Toledo, el espíritu de esta poblacion por una de esas mudanzas que con tanta frecuencia suelen observarse en todas las revoluciones, era ya adverso á los hijos de doña Leonor de Guzman, y todos los toledanos recibieron con vivas al rey don Pedro tan luego como éste hubo pasado el puente de San Martin.

Las puertas, sin embargo, permanecian cerradas, y agrupadas las gentes de los bastardos en todas las que daban paso á la ciudad, parecian como dispuestos á defenderse por espacio de algunas horas, segun las disposiciones que daban y los medios de resistencia que oponian.

Atemorizados los habitantes de Toledo con la horrible matanza que los hermanos bastardos habian hecho en la ciudad, ni uno solo se determinaba á hacer armas contra ellos, temiendo quizá el mal resultado que habia de obtener su tentativa, contra una hueste tan numerosa y compuesta en su mayor parte de gentes de mal vivir.

Nada de esto arredró, sin embargo, al monarca de Castilla, y acercándose á la puerta de San Martin la puso fuego, mandó derribar toda la parte de muralla en que se hallaba sostenida, y penetrando en la ciudad al mando de sus gentes, sembró el terror por todas las calles de Toledo, prendiendo y degollando á cuantos rebeldes se le ponian por delante, ayudado en gran parte por los caballeros toledanos, que nunca se habian apartado de sus bandéras.

El maestre de Santiago y el conde don Enrique salieron fugitivos por la opuesta puerta de Alcántara, por donde dos dias antes habian entrado, y se alejaron de Toledo temiendo los resultados de la cólera del rey y los horribles desenlaces á que daban lugar siempre sus terribles venganzas.

Las gentes de Toledo que creyeron encontrar al rey mas indulgente, se engañaron por completo y muy luego tuvieron ocasion de ver cuanto se equivocaban.

Lo primero que hizo don Pedro tan luego como los bastardos salieron fugitivos de la ciudad, fué redoblar la guardia del alcázar en que se hallaba presa doña Blanca de Borbon, y dar órdenes á Hinestrosa para que tomase tales disposiciones, que nunca pudiese fugarse de la prision; mas no pareciéndole todavia bastante segura aquella fortaleza para evitar una fuga inesperada, mandó trasladarla á Sigüenza bajo la custodia de Iñigo Ortiz de las Cuevas y Rui Perez de Soto, caballeros en quienes el rey tenia absoluta confianza.

Preso tambien el obispo de Sigüenza, natural de Toledo, por haber andado en tratos con don Enrique, fué trasportado con otros muchos caballeros á Aguilar de Campó; destinó asimismo á otros á la prision del castillo de Mora; y la cuchilla de la venganza segó los cuellos de toledanos tan ilustres como Ferran Sanchez de Rojas, Alfonso Gomez, comentador de Otos de la órden de Calatrava, Gonzalez Melendez, Lope de Velasco, Tel Gonzalez Palomeque, Pero Diaz y de algunos otros caballeros y escuderos del conde don Enrique y el maestre de Santiago.

Veintidos hombres buenos del comun fueron además decapitados en el mismo dia; entre los pobres vencidos destinados en aquel horrible dia á purgar sus desaciertos entregando su cabeza á la cuchilla del verdugo, hallábase un platero otogenario, cuya sola presencia infundia respeto y era capaz de escitar la piedad del corazon mas empedernido. El rey, sin embargo, no le escluia de la regla, y como todos los demas iba á ser decapitado. Tenia este platero un hijo que apenas contaba diez y ocho años: lleno de amor filial y deseoso de salvar la vida de un padre tan querido, se presentó al rey, é incándose de rodillas y besándole los piés:

— Matadme, señor;—le dijo:—matadme y que no sufra el horrible castigo que á todos los presentes vais á aplicar, un pobre anciano que tiene ya el pié junto á la sepultura.

— ¡Matadle!—esclamó entonces el rey con voz de trueno dirigiéndose á sus verdugos.

El inocente hijo del platero inclinó entonces la cabeza sobre el tajo preparado en medio de la plaza para llevar á cabo las justicias que el rey mandaba ejecutar, y la cuchilla

del verdugo cayó sobre su cuello, separando la cabeza del tronco de aquel piadoso hijo, que dió su vida por salvar la de su padre.

Llenos de horror presenciaron los toledanos aquel cuadro, y atemorizados todos al ver la actitud imponente y severa de aquel rey tan sanguinario, huyeron despavoridos, se ocultaron en sus casas y cerraron las puertas, á fin de que no penetrase en ellas el fétido olor que despedían los corrompidos cadáveres que poblaban las calles de la ciudad.

«Pluguiera á todos-dice la Crónica que nos sirve de guía en la relación de nuestra historia-que el rey mandára que non matasen á ninguno de ellos, nin al padre nin al hijo.» Mas lo que pluguiera á todos los toledanos, testigos de las horribles justicias resultado de la cólera del rey, no le plugó al monarca de Castilla, que ansioso de verter sangre, no reparaba en aquellos momentos en la roja aureola de que iba rodeándose su trono.

Dirigiéndose despues á Cuenca, otra de las ciudades sublevadas en que se hallaba don Sancho, hermano tambien del conde de Trastámara y que no obstante no ha jugado ningun papel en nuestra historia al defender el partido de don Enrique, hizo treguas con los sublevados á consecuencia de no haber podido tomar la ciudad, y se encaminó á Toro, donde don Enrique y don Fadrique se hallaban á la sazón, habiendo sido llamados por la madre de don Pedro.

Imposible le fué por entonces apoderarse de una ciudad tan fuerte y que se hallaba ademas muy bien custodiada; pero sediento de sangre, ansioso de hacer un escarmiento más horrible todavía que todos los que hasta entonces habia ejecutado; loco, en fin, y sin saber que partido tomar con

unos hermanos que tanto le acosaban y que en tantas ocasiones habian burlado su actividad, derramó todas sus gentes por varios puntos de la comarca, y ya combatiendo á Rueda, ya tomando á Valderas, ya esparciendo el terror por otras muchas villas de la tierra de Campos, rebeladas todas contra él y que seguian el partido de don Enrique, hacia prisiones á su capricho, castigando horriblemente á todos cuantos caian por su cuenta, en tanto que por Galicia, Vizcaya y Estremadura, se sostenian tambien combates horribles y sangrientos, propagándose de este modo la guerra civil hasta los mas apartados rincones de sus dominios.

Entre los hombres mas notables que en estas luchas fratricidas sucumbieron, tuvo que lamentar el rey la pérdida de uno de sus vasallos mas leales y caballeros, de uno de los hombres que con mas ardor habian seguido sus banderas, defendiéndole en los mas críticos momentos y esponiendo no pocas veces su vida por salvar la de su rey.

Don Juan García de Villagera, hermano de la Padilla á quien el rey habia hecho maestre de Santiago, fué muerto el 20 de noviembre de 1355 entre Tarancon y Uclés, combatiendo con don Gonzalo Mejia, comendador mayor de Castilla, y con Gonzalez Carrillo hijo de Rui Diaz, ambos celosos partidarios del maestre don Fadrique.

El conde de Trastamara cansado de permanecer encerrado en Toro y atemorizado por otra parte al saber los horribles escarmientos que hacia por todas las ciudades y villas que se levantaban contra él, huyó de dicha ciudad y fué á incorporarse á Galicia con su cuñado don Fernando de Castro. Las gentes de la ciudad, sin embargo, continuaban haciéndose fuertes dentro de Toro al mando de don Fadrique,

y el rey entonces aproximándose con su lucida hueste á las murallas de la ciudad por el puente del Duero, lo combatió con arrojo y bizarría, tomándolo á las pocas horas de combate, aunque teniendo, no obstante, que lamentar la desgracia de que fué víctima su camarero mayor.

Don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava perdió un brazo en aquel ataque, á consecuencia de una pedrada que uno de los honderos de don Fadrique le dirigió desde la torre.

Pero la toma del puente no era todavía la toma de la ciudad, y el rey de Castilla habia jurado no apartarse de sus muros hasta tanto que la tomase, aun cuando perdiese en ella todas sus gentes y su propia vida. Garcí Alfonso Trigueros le facilitó, no obstante, los medios de entrar en ella, prometiendo abrirle una de sus puertas y tomando cuantas medidas creyese necesarias para realizar sus deseos. A cosa de la media noche entró, pues, el rey con toda su gente por la puerta de Santa Clara, y todos los habitantes se extrañaron al ver su inesperada entrada en la ciudad. Unos se ocultaron en sus casas, otros huyeron despavoridos, quienes se acogieron al abrigo del alcázar donde se hallaba la madre de don Pedro, y quienes, en fin, se atravesaron el pecho con la espada creyendo que era llegada la hora de su muerte.

El rey, no obstante los furiosos instintos de venganza de que se hallaba acometido, respetó á su madre y á la mujer del conde de Trastámara, quienes salieron presas del alcázar de Toro dudando todavía de la misericordia del rey.

No tuvieron la misma suerte los demas caballeros que se albergaban en el alcázar. Rui Gonzalez de Castañeda,

murió á los pocos momentos; Pero Estébanez Carpentero, maestre que se habia nombrado de Calatrava tan luego como el rey fué preso en Toro, sucumbió tambien á manos de un escudero de don Diego García de Padilla, y otros maceros acabaron asimismo con las vidas de los caballeros Martin Alfonso y Alfonso Tellez, salpicando los rostros de la reina doña María y la condesa doña Juana que aun no habian salido de illa presencia del rey, con la humeante sangre de aquellas víctimas.

Ambas señoras cayeron al suelo desmayadas, y la reina doña María maldecia en medio de su delirio al hijo que habia llevado dentro de sus entrañas; pero el rey don Pedro, á quien estos terroríficos cuadros apenas le causaban impresion, escuchó con sumo desdén las palabras de su madre, gozándose en contemplar los cadáveres macilentos y ensangrentados que tenia á sus piés.

La reina doña María fué llevada á la mansion de su padre en Portugal, donde murió á los pocos dias con síntomas vehementes de haber sido envenenada.

Noticiosos los rebeldes de los horribles suplicios que el rey habia ejecutado, no se atrevieron ya á permanecer por mas tiempo en Castilla, y unos por un lado, otros por otro, cada cual por donde mejor pudo librarse, todos se fugaron, temerosos de que la cólera del rey llegase á aplastar sus cabezas.

El conde de Trastamara, gefe y cabeza de todos los rebeldes que con su cuñado don Fernando de Castro se hallaba en Galicia, pidió seguros al rey para retirarse á Francia. El rey se los concedió dando en la apariencia una prueba de generosidad, pero disponiendo secretamente que le siguie-

ran los pasos y acabasen con su vida allí donde primero le encontrasen. Don Enrique, sin embargo, trasluciendo alguna cosa de las órdenes secretas del rey y acelerando su viaje por Asturias y Vizcaya, se embarcó para La Rochelle, donde se le reunieron otros varios fugitivos y partidarios suyos, entre ellos los caballeros que habían dado muerte al hermano de la Padilla don Juan de Villagera.

Refugiados ya en tierra estraña, se creyeron libres por entonces de la cólera del rey.

Don Tello, el hermano bastardo del monarca, permaneció en su señorío de Vizcaya, desconfiando de las cartas de seguro que le enviaba don Pedro.

El maestre de Santiago don Fadrique fué el único con quien el rey de Castilla no se ensañó por entonces, perdonándole al parecer, y dispuesto á no vengarse de él, echando al olvido su pasada conducta como rebelde.

Libre ya don Pedro de sus principales enemigos, y concluida por entonces la guerra que por espacio de tanto tiempo habia venido sosteniendo, pasó á Tordesillas, donde se entretuvo en hacer torneos en celebridad de su victoria.

Encerrado, no obstante, con la Padilla en un lujoso camarín, fácil era adivinar por el diálogo que con ella sostenia, que aunque la guerra estaba terminada, no por eso habían desaparecido los deseos de venganza que aun abrigaba en su corazon.

— No, María;—esclamaba apretando con efusion la mano de su amante:—yo nunca te abandonaré; tú eres mi único consuelo; yo sin tí no puedo vivir ni un solo instante, y ó muerto ó tuyo; sí, María.

— ¡O muerta ó tuya!—repetia la Padilla llena de emocion.

— Esas guerras que he venido sosteniendo por espacio de tantos meses han sido por ti, María; hoy por fortuna he castigado ya á algunos de los rebeldes, pero aun me falta que acabar con la vida de algunos traidores. Descansemos, no obstante, por ahora; gocemos por unos momentos de nuestro amor; que ya llegará el dia en que por completo vea yo satisfecha mi venganza.

— ¡ Por Dios, don Pedro! mas sangre todavia.....

— Mas, mas; aun no se ha derramado bastante; aun me resta que cortar las cabezas de algunos traidores.

— ¡ Señor!

— Sí, María; mi pasion hácia tí no tiene límites; pero mi horror á los bastardos tampoco los reconoce. Mira, mira: Este es el puñal de Trastamara; este es el puñal con que trataba de asesinar-me: pero no pasará mucho tiempo sin que yo lo sepulse en su garganta.

Y el rey apretaba el puñal entre su crispada mano, como si tratase de hacer uso de él en aquel instante.

— Y si tú me hicieses traicion, María,—añadió poco despues mostrándole el filo de aquella arma traidora—entonces.... te mataria.

— Señor ¿podeis dudar?....

— No, María: pero aquel pergamino, aquel breve de concesion para edificar aquel convento.....

— Olvidadlo, señor; tambien yo lo he olvidado.

— ¡ Oh! si me engañases..... pero no, no: ¿no es cierto, María, que nunca dejarás de amarme.

— ¡ Dejaros, señor!

— No, no, María; perdóname; soy muy cruel para contigo.

Y la Padilla y el rey se contemplaban llenos de ternura, abrazándose con efusión y besando ambos á su linda hija Beatriz.

Era un cuadro verdaderamente admirable el que presentaba el camarín en que ambos amantes se encontraban.

La figura de aquella mujer hermosa y desgraciada, al lado de aquel rey tan cruel y sanguinario que por nada se impresionaba, eran incompatibles. Aquella imágen de la inocencia, aquella hermosa Beatriz que no comprendía la horrible situacion en que se hallaban sus padres, estaba tambien muy mal colocada en aquel cuadro.

Doña Blanca de Borbon y doña Juana de Castro se hallaban entretanto preocupadas por mil pensamientos diferentes dentro de sus alcázares, y eran presas de la mas horrible desesperacion.

De ambas nos ocuparemos en la novela que á continuacion de esta vamos á publicar con el título de JUSTICIAS DEL REY DON PEDRO y en esta nueva novela, segunda parte de la que acabamos de escribir, verán nuestros lectores lo que fué de esas dos desgraciadas jóvenes, y de otras tantas personas como han danzado en nuestra historia, al propio que el trágico desenlace que tuvo el reinado de un príncipe, tan colérico y arrebatado como don Pedro de Castilla.

FIN DE EL PUÑAL DE TRASTAMARA.

INDICE.

	Páginas
PRÓLOGO.	5
CAPÍTULO PRIMERO.—En el que se vé que una hermosa dama franquea á su galan la puerta del jar- din.	24
CAP. II.—En el que se dan algunas noticias históri- cas indispensables para la inteligencia de esta obra.	33
CAP. III.—Del encuentro que tuvo el rey en casa de doña María de Padilla.	45
CAP. IV.—De cómo el rey don Pedro se mostró ge- neroso con su hermano á despecho de los con- sejos que le daba su favorito.	54
CAP. V.—En el que el lector traba conocimiento con un fraile.	64

CAPÍTULO VI.—En el que doña María de Padilla se lamenta de la marcha del rey don Pedro.	67
CAP. VII.—En el que el lector traba conocimiento con Guillén y empieza á comprender el carácter de fray Diego Lopez.	77
CAP. VIII.—En el que el lector vislumbra alguna cosa del carácter sanguinario de don Pedro de Castilla.	88
CAP. IX.—De cómo doña María de Padilla dió á luz el primer fruto de sus amores, y de cómo su hermano don Diego recibió el nombramiento de camarero mayor del rey.	107
CAP. X.—De cómo fray Diego Lopez tuvo ocasion de hacer palpable al rey don Pedro el poco afecto que le tenia.	124
CAP. XI.—En el que el rey de Castilla, merced á los consejos de don Juan Alfonso del Alburquerque, se decide á contraer matrimonio con doña Blanca de Borbón.	134
CAP. XII.—En el que se prueba que el vino es uno de los agentes mas poderosos de que puede valerse el hombre en muchas ocasiones para llevar á feliz término algunas de sus empresas.	152
CAP. XIII.—De cómo el rey don Pedro, no obstante los consejos de su camarero mayor, de su madre y de su tia, partió de Valladolid abandonando á doña Blanca.	167

CAPÍTULO XIV.—De cómo Pero Gonzalez Orejon anunció al rey, que don Juan Alfonso de Alburquerque, el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado y algunos otros caballeros, venian hácia él armados de todas armas y en son de guerra.	490
CAP. XV.—En el que se trata de la entrevista que tuvieron don Juan Alfonso de Alburquerque y el tesorero mayor del rey.	208
CAP. XVI.—De cómo el rey de Castilla por consejo de los caballeros de su córte, tornó al lado de su esposa doña Blanca.	236
CAP. XVII.—De cómo don Juan de la Cerda hizo prisionero en Almagro al maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y de cómo por orden de don Diego García de Padilla fué trasladado al castillo de Maqueda.	249
CAP. XVIII.—De cómo por orden del camarero mayor del rey fué asesinado el maestre de Calatrava, y de otras cosas que verá el lector.	263
CAP. XIX.—De cómo el rey don Pedro quedó prendado de un noble descendiente de la Puebla de Sanabria, y del primer encargo que le dió.	275
CAP. XX.—De la conferencia que tuvo el conde de Trastamara con Pero Gonzalez de Mendoza, y quién era este caballero.	287
CAP. XXI.—Que no es otra cosa que la continuacion del anterior.	296
CAP. XXII.—De cómo Pero Gonzalez de Mendoza hizo	

- prisioneros á don Juan García de Villagera y á don Diego Gutierrez de Ceballos. 301
- CAP. XXIII.—De cómo Pero Gonzalez de Mendoza tuvo una entrevista con Alburquerque, y de cómo don Diego Gutierrez de Ceballos se fugó del calabozo. 307
- CAP. XXIV.—De cómo doña Juana de Castro fué conducida á la cámara del rey. 321
- CAP. XXV.—En el que se vé que don Pedro no se paraba en barras cuando trataba de llevar á cabo cualquier empresa. 331
- CAP. XXVI.—De cómo el rey don Pedro por medio de amenazas, consiguió lo que apetecía de los obispos de Ávila y Salamanca. 344
- CAP. XXVII.—De cómo don Juan Alfonso de Alburquerque, el conde de Trastamara y el maestro de Santiago se vieron en Riva de Caya, y el resultado que tuvo su conferencia. 355
- CAP. XXVIII.—Del coloquio que tuvo el rey con doña Juana de Castro, su segunda esposa. 363
- CAP. XXIX.—En el que el lector vé una segunda prueba de la inconstancia del rey don Pedro. 372
- CAP. XXX.—En el que el conde de Trastamara consulta su horóscopo con el judío Abraham. 388
- CAP. XXXI.—En el que se vé la estraña manera que tenia don Fernando de Castro de declararse enemigo del rey, y de cómo los individuos de la liga trataron de hacer armas contra don Pedro. 404

- CAP. XXXII.—De cómo el rey don Pedro se incomodó por primera vez con doña María de Padilla, y de los motivos que tuvo para incomodarse. 446
- CAP. XXXIII.—De cómo el maestro Pablo se determinó á administrar un mortifero brebaje á don Juan Alfonso de Alburquerque. 437
- CAP. XXXIV.—Que sirve de continuacion al anterior. 447
- CAP. XXXV.—De cómo los privados suelen dejar solos á los reyes en los momentos mas críticos de su vida. 454
- CAP. XXXVI.—De cómo el rey don Pedro fué hecho prisionero en Toro, y del recibimiento que le hicieron los individuos de la liga en las bóvedas del monasterio de Santo Domingo. . . . 467
- CAP. XXXVII.—En el que continúa la relacion de los hechos precedentes. 477
- CAP. XXXVIII.—Del discurso que el rey don Pedro pronunció delante de todos los nobles é hidalgos de Búrgos, y de la conferencia que tuvo despues con don Diego de Padilla. 492
- CAP. XXXIX.—De cómo el rey de Castilla se encaminó hácia Toledo, decidido á hacer en ella un ejemplar castigo. 502
- CAP. XL.—En el que continúa la relacion de los sucesos referidos en el precedente. 505
- CAP. XLI.—En el que el lector tiene ocasion de ver otra nueva prueba de la cólera del rey, y de otros varios sucesos con los cuales dá fin la novela. 518

518	Cap. XLII.—En el primer tomo tiene ocasión de volver a una prueba de la corte del rey, y de otros asuntos burocráticos con los que se da fin a la novela.
505	Cap. XL.—En el primer tomo tiene lugar la petición de los sucesores de la reina en el procedimiento.
502	Cap. XXXIX.—El cómo el rey de Castilla se encara con el príncipe de Gales, después de haber estado en la corte de Francia.
492	Cap. XXXVIII.—Del discurso que el rey don Pedro pronuncia delante de todos los nobles e hidalgos de la corte, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
477	Cap. XXXVII.—Del discurso que el rey don Pedro pronuncia delante de todos los nobles e hidalgos de la corte, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
467	Cap. XXXVI.—Del cómo el rey don Pedro, después de haber estado en la corte de Francia, vuelve a España, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
464	Cap. XXXV.—De cómo los príncipes andaluces se encaran con el rey don Pedro, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
447	Cap. XXXIV.—De cómo el príncipe de Gales se encara con el rey don Pedro, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
437	Cap. XXXIII.—De cómo el príncipe de Gales se encara con el rey don Pedro, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
416	Cap. XXXII.—De cómo el príncipe de Gales se encara con el rey don Pedro, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.
400	Cap. XXXI.—De cómo el príncipe de Gales se encara con el rey don Pedro, y de la correspondencia que tuvo con el príncipe de Gales.

PAUTA

para la colocacion de las láminas.

	<u>Páginas.</u>
Alfonso Fernandez de Olmedo sacó entonces su puñal, é hincando una rodilla en tierra.	20
Toma de Aguilar por las gentes del rey don Pedro.	93
Muerte del maestro de Calatrava.	272
Y el rey se paseaba por la estancia.	432
Te amo, si; decia el rey fijando sus ardientes miradas en el rostro de la Padilla.	459
Y aproximándose al conde cuanto pudo, le despojó del puñal.	507



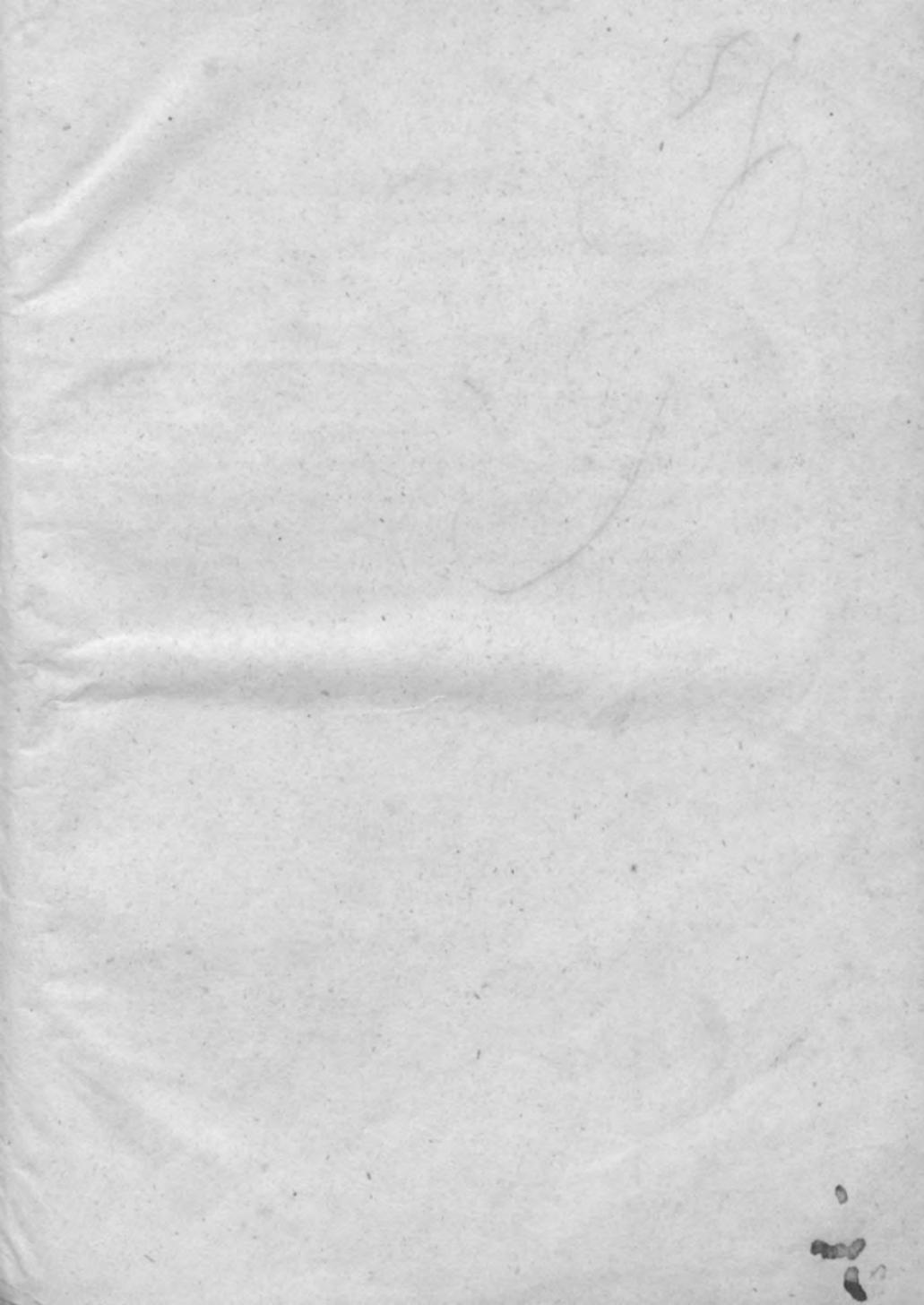
PAUTA

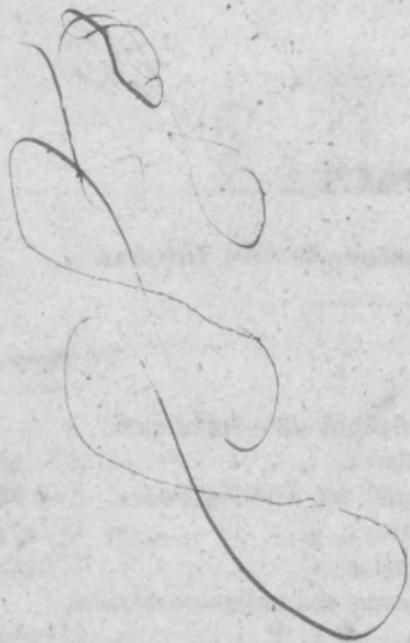
para la colocación de las láminas.

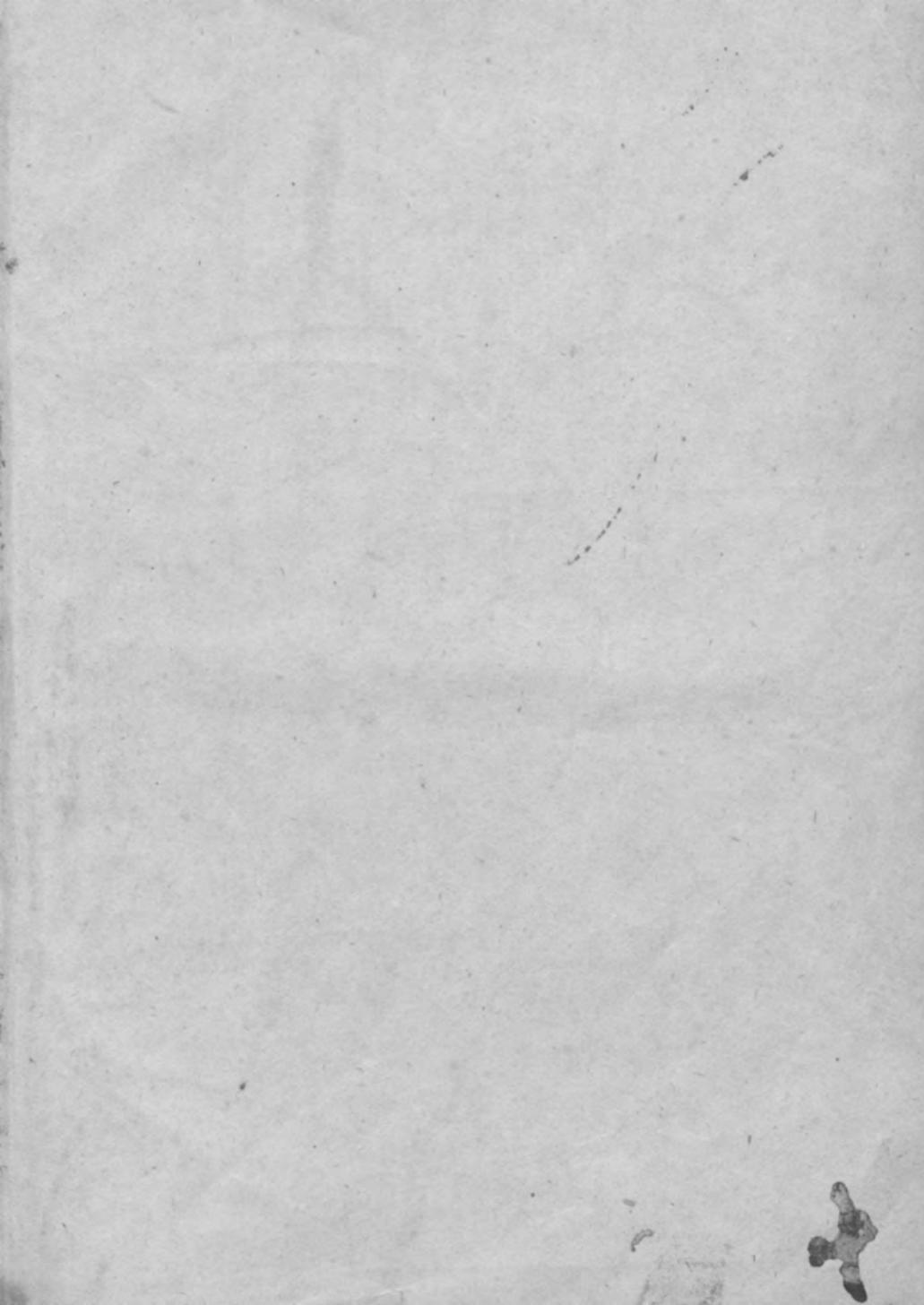
Páginas.

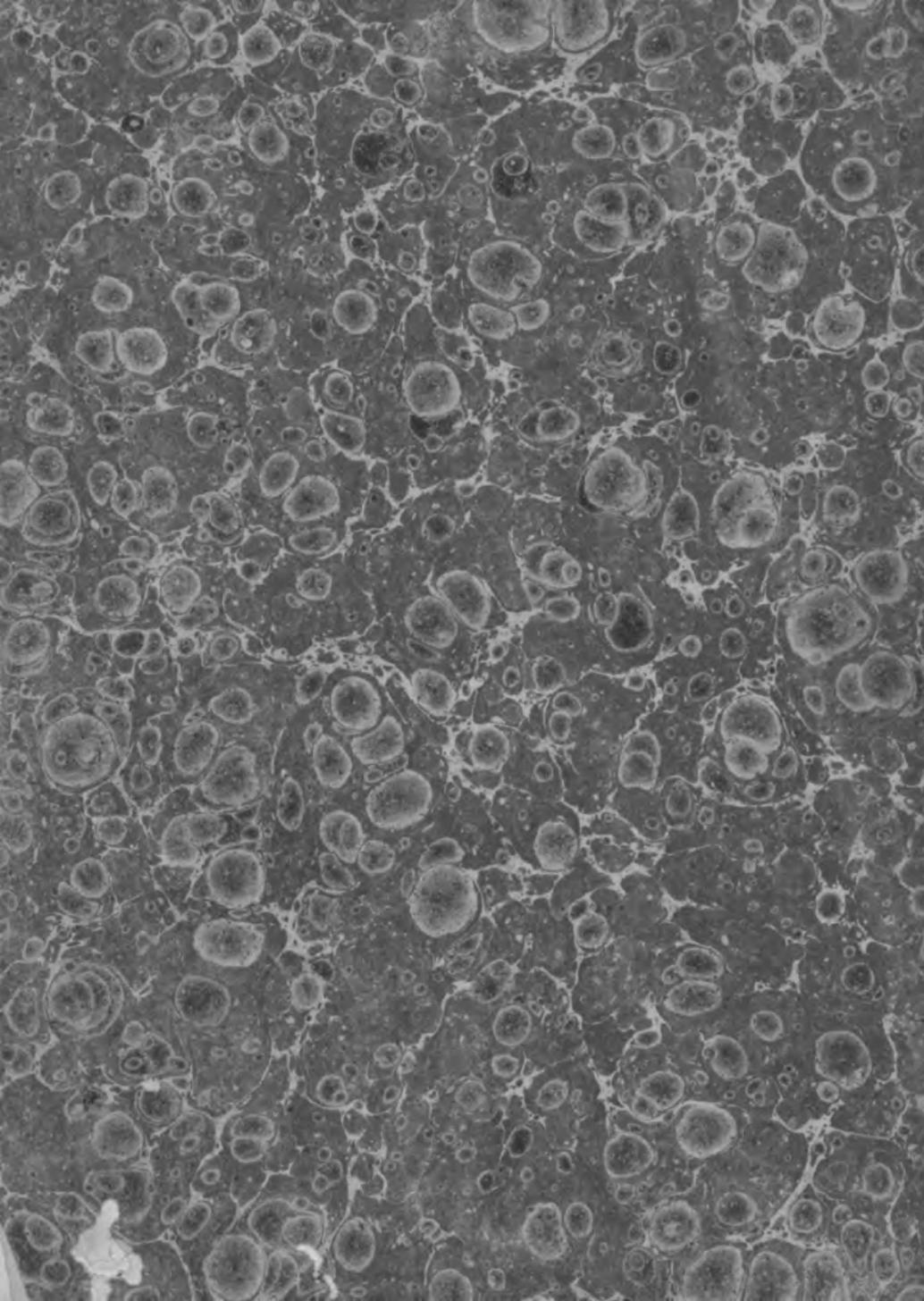
307	Y aproximándose al conde cuando pudo, le despoja del puñal.
459	en el rostro de la Padilla.
459	Te amo, si; decía el rey fijando sus ardientes miradas y el rey se pasaba por la estancia.
482	Muerte del maestro de Calatrava.
93	Toma de Aguilár por las gentes del rey don Pedro.
30	hincando una rodilla en tierra.
Alfonso Ferrnandez de Olmedo sacó entonces su puñal, é	

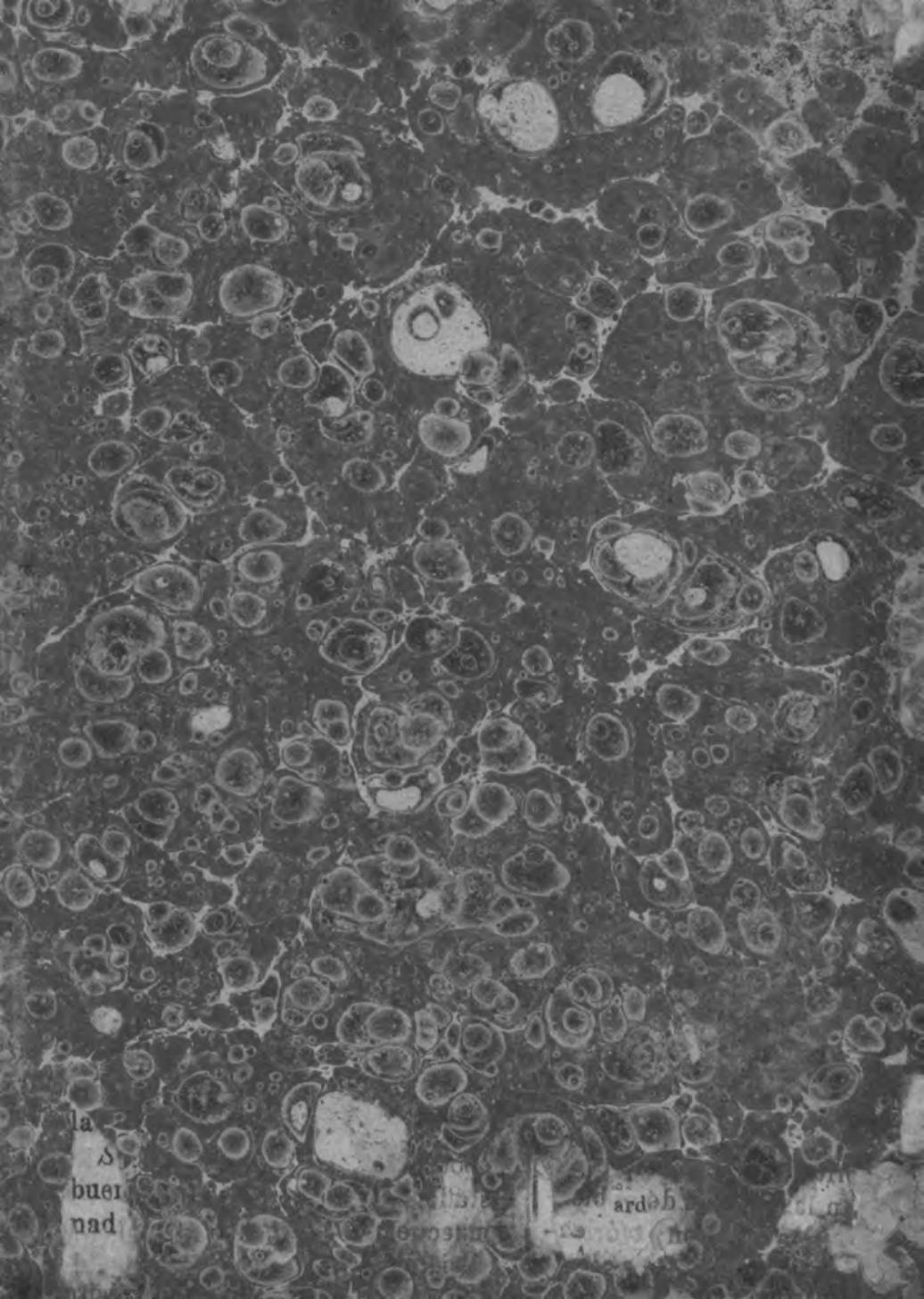












la
S
buen
nad

ard
ard
ard
ard

ard
ard



EL PUÑAL

DE

MASTAMARA

JT 109